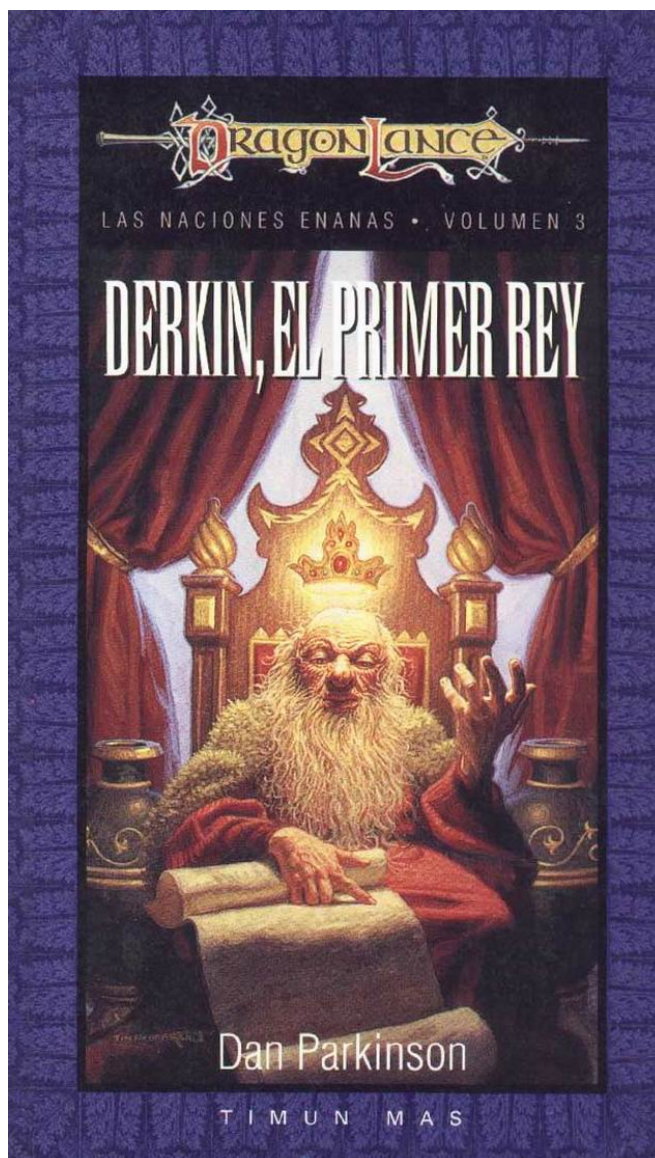


Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Dan Parkinson

DERKIN, EL PRIMER REY

Trilogía de las naciones enanas, volumen 3



*Dedicado al capitán y a su dama,
Rob y Marianne Little.*

*Y, como siempre,
dedicado a la dama que vive
en todos mis recuerdos.*

INDICE

| | |
|--------------------------------------|-----|
| PRÓLOGO | 4 |
| EL SEÑOR DE LAS MINAS | 11 |
| Las Minas De Ergoth..... | 11 |
| Huida De Klanath..... | 18 |
| Líder Sin Quererlo..... | 25 |
| Ataque A Pequeña Escala..... | 33 |
| El Cabecilla | 39 |
| Los Elegidos | 47 |
| La Batalla De La Mina | 53 |
| EL SEÑOR DE LOS ELEGIDOS..... | 61 |
| De Las Tierras Salvajes | 61 |
| Balladine..... | 68 |
| Thorbardin | 76 |
| El Mandato De Kal-Thax | 82 |
| EL SEÑOR DE THARKAS | 90 |
| Una Incursión Cobar..... | 90 |
| Primer Derramamiento De Sangre | 96 |
| La Reclamación | 103 |
| El Señor Del Paso..... | 109 |
| EL SEÑOR DE KAL-THAX | 117 |
| Un Giro En La Guerra | 117 |
| La Venganza De Lord Kane | 123 |
| Tiempo De Represalias..... | 129 |
| El Humo De Klanath | 135 |
| El Invierno De La Demolición | 141 |
| EL SEÑOR DE LAS MONTAÑAS..... | 148 |
| La Calzada Imperial | 148 |
| El Último Día | 154 |
| Ajuste De Cuentas | 161 |
| Un Lugar Para Dos Naciones | 167 |
| EPÍLOGO | 173 |

PRÓLOGO

El Esclavo

En los siglos siguientes a la Guerra de los Hechiceros, la importante hazaña de la nación enana de Thorbardin fue establecer una era dorada en la que los belicosos clanes de Kal-Thax se unieron bajo un consejo de regentes para construir la fortaleza subterránea de Thorbardin. Ésta fue una época de relativa paz y prosperidad, aunque de breve duración. Sin la seria amenaza del exterior del reino enano, las viejas envidias y rivalidades latentes entre los clanes empezaron a salir de nuevo a la superficie.

Desde el principio se había decidido que no habría rey de Thorbardin, y, en consecuencia, todas las tribus de la nación subterránea obraban por su cuenta, manteniéndose unidas en una causa común sólo gracias a la inspirada sabiduría de un grupo de viejos dirigentes que formaban el consejo de thanes. Con el paso del tiempo, el término thane, que antaño había sido sinónimo de clan, había terminado por ser el título con el que se denominaba al regente de cada tribu y que actuaba en representación de ésta en los consejos. Sin embargo, cincuenta años después de la terminación de Thorbardin, el consejo había empezado a perder poder. Algunos decían que el viejo orden había acabado cuando había dimitido Willen Mazo de Hierro, cabecilla de los hylars que en cierto momento había actuado como jefe de los thanes. Willen había renunciado a su puesto en el consejo, indignado, cuando, tras la muerte del viejo jefe theiwar, su clan había sido incapaz de ponerse de acuerdo para nombrar a su sustituto y, en cambio, se había dividido en dos bandos opuestos.

Olim Hebilla de Oro, príncipe de los daewars, había fallecido años atrás, y su sucesor estaba mucho más interesado en acrecentar la grandiosidad de Daebardin, la inmensa ciudad daewar situada en la orilla noreste del mar de Urkhan, que en el funcionamiento del reino en conjunto.

Los daergars, que ya no eran dirigidos por la sabiduría del viejo Vog Cara de Hierro, se habían retirado a sus minas y a sus fundiciones y rara vez se molestaban en enviar a su representante en el consejo a los tres años del fallecimiento del viejo theiwar, Talud Tolec, Thorbardin se había convertido en un lugar peligroso, donde el choque metálico de las armas resonaba casi a diario en las calzadas subterráneas donde los bandos rivales de theiwars se tendían emboscadas. Los jefes de las tribus daewar y daergar retuvieron sus tarifas a los cofres del consejo para mantener sus propias unidades de guardias independientes para sus territorios, e incluso los salvajes e impredecibles kiars, que, sorprendentemente, habían mantenido su lealtad al concepto hylar de una nación unida durante más tiempo que algunos otros clanes, dejaron de lado los asuntos centrales al verse obligados a defender las cavernas de cultivos para evitar que se convirtieran en campos de batalla.

Por lo tanto, cuando el hylar Willen Mazo de Hierro dimitió, el consejo de thanes casi dejó de existir, y el funcionamiento de los vastos sistemas de Thorbardin -seguridad, red de canales, calzadas y conductos de ventilación, así como abastecimientos e incluso el comercio con el mundo exterior-, recayó en los protectores, cuya única autoridad consistía en continuar haciendo exactamente lo que habían hecho antes.

La nación subterránea, sumida en una creciente disolución bajo la cumbre de la montaña, se convirtió en poco más que una colección de ciudades pendencieras y tribus rivales, cuyo único vínculo era la proximidad.

Entonces empezaron los tiempos tenebrosos de Thorbardin, y poco llegaría a conocerse de los siglos que siguieron salvo por los esporádicos documentos de los escribanos hylars y daewars que llevaban un registro aleatorio de los acontecimientos.

Durante todo el tumultuoso conflicto de los theiwars, los daergars, con su capacidad para ver en la oscuridad, continuaron extrayendo y fundiendo metales obstinadamente, y los joviales y astutos daewars mantuvieron un remedo de trato comercial con los asentamientos neidars fuera de Thorbardin, así como con algunos mercaderes humanos y elfos que llegaban a sus fronteras. Los kiars continuaron la producción de los campos de cultivos, y los protectores mantuvieron, de algún modo, las calzadas abiertas, el agua distribuyéndose por la red de canales, y los elevadores en funcionamiento.

Pero sólo entre los hylars, en su ciudad de Hybardin en progresivo crecimiento a medida que se excavaba la gigantesca estalactita suspendida sobre el mar de Urkhan, existían registros de linajes que sobrevivieron a los tiempos conflictivos de aquellos siglos. Y, a medida que pasaba el tiempo, incluso los registros hylars se hicieron escasos y menos fiables.

De los cuatro hijos de Colin Diente de Piedra, el primer cabecilla visionario de los hylars que inicialmente unió a los clanes de la montaña, sólo uno permaneció en Thorbardin tras la Guerra de los Hechiceros. Cale Ojo Verde se marchó, prefiriendo la vida en el exterior de los neidars a la vida de los holgars dentro de la fortaleza. Su hermano mayor, Handil Hoja Fría, había muerto mucho tiempo atrás y estaba enterrado bajo los escombros de la antigua ciudad de los calnars, en las lejanas montañas Khalkist, mientras que el segundo hijo, Tolon Vista Penetrante, se había quedado allí como regente de los calnars. Sólo la hija del viejo cabecilla, Tera Sharn, acabó sus días en Thorbardin, como esposa de Willen Mazo de Hierro.

Su único hijo, Damon, se casó con una muchacha neidar poco después de la Guerra de los Hechiceros. El primogénito de Damon, Dalam Fuego Fundidor, se convirtió en jefe de la guardia en el lejano Tharkas, al norte de Thorbardin. El hermano menor de Dalam, Cort, sucedió a Willen como thane de los hylars, y posteriormente cedió el puesto a su propio hijo, Harl Lanzapesos.

A Harl llegó a conocerse en Thorbandin por Mano de Hierro. Fue su tenaz intervención, respaldada por las formidables compañías de hylars armados saliendo de Hybardin en oleadas, la que puso fin a la anarquía de las batallas theiwars, y de nuevo instauró un cierto orden en el reino subterráneo. Con firme eficiencia, Harl restableció el consejo de thanes y las Salas de Justicia.

En el exterior de Thorbardin, este cabecilla enano, -a quien nadie había visto fuera del reino de la montaña-, era conocido entre humanos y elfos como Hal-Waith. Muchos humanos de los territorios colindantes llegaron a creer, por los comentarios propagados por los mercaderes, que Thorbardin era un reino y que Hal-Waith era el nombre del soberano de los enanos. Incluso entre los neidars, el clan instalado en asentamientos repartidos en el

exterior de la montaña bajo el protectorado de Kal-Thax, había muchos enanos que aceptaban que Thorbardin ahora tenía rey. Los que sabían que no era así, no hicieron nada para sacar de su error a los comerciales humanos y elfos que se referían al rey Hal-Waith. Humanos y elfos eran forasteros y, en lo que concernía a los enanos, podían creer lo que quisieran de Thorbardin. En cualquier caso, no les incumbía.

La Paz Hylar impuesta por Harl en Thorbardin y el reino de la montaña que protegía se prolongó durante más de cien años, cuarenta más de lo que duró la función de Harl como regente de los hylars y miembro más antiguo del consejo de thanes. En el año del Hierro, de la década del Sauce, siglo de la Lluvia, el gran cabecilla y siete de los diez miembros de su guardia de elite perecieron aplastados en un desprendimiento cerca de la entrada a la ciudad de Theibardin.

Un cabecilla daewar, Jeron Cuero Rojo, y un antiguo embajador hylar, Dunbarth Cepo de Hierro, se encargaron de la coordinación de los acontecimientos en Thorbardin subsiguientes a la muerte de Harl. Mediante una firme determinación, los dos mantuvieron en funcionamiento el consejo de thanes, así como una paz inestable en el reino subterráneo.

Por desgracia, el único hijo de Harl Lanzapesos, que había nacido siendo él ya un enano maduro y al que llamó Derkin Semilla de Invierno, desapareció en una expedición al paso de Tharkas.

Los grilletes que le habían puesto en los tobillos, cerrándolos a golpe de martillo y asegurándolos con remaches al rojo vivo a manera de cadenas que nunca habrían de quitarse, habían sido un tormento para él durante mucho tiempo. Primero habían sido las profundas quemaduras causadas por los remaches, y después las llagas abiertas y sangrantes ocasionadas por el constante roce del hierro contra la piel. Pero lo que le duró más fueron los dolores de espalda y de piernas debido a pasarse el largo día cojeando de aquí para allí arrastrando la cadena de dos metros y medio que unía los grilletes. Eso, y la profunda, callada cólera que ardía en su interior.

Había soportado los dolores con tenaz silencio, del mismo modo que aguantaba los verdugones en su espalda causados por los látigos de los capataces, y, finalmente, las heridas se habían curado y los dolores quedaron atrás. Ahora unas gruesas capas callosas, formadas encima de las cicatrices, habían endurecido sus tobillos, y sus piernas y su espalda estaban acostumbradas al incómodo peso de la cadena arrastrando tras de sí mientras se afanaba subiendo y bajando por los sombríos conductos de los pozos mineros burdamente excavados, con su artesa llena de mineral en bruto procedente de las excavaciones de las galerías inferiores o con herramientas y antorchas en los viajes de vuelta.

Casi todos lo conocían por su profunda cólera y su empecinado silencio. Los amos y los otros esclavos de estas minas sólo sabían de él que era un enano joven, fornido, con ojos penetrantes y una barba oscura y peinada hacia atrás; que su nombre era Derkin, y que causaría tantos problemas como le fuera posible.

Tres veces en los dos últimos años lo habían azotado hasta que la espalda le sangró; dos veces por intentar escapar de su cautiverio, y una vez, la última, después de que uno de los guardias humanos se precipitara a su muerte por un foso de residuos, cerca de la entrada de la mina. No había sido el único al que habían azotado en esta ocasión los esclavistas humanos habían flagelado a todos los esclavos que se encontraban por los alrededores del foso como medida preventiva, ya que se sospechaba que el hombre muerto no había caído por accidente, y los amos sabían que a veces unos buenos latigazos soltaban la lengua. Sin

embargo, no habían descubierto nada. La mayoría de los esclavos eran enanos, y soportaron el castigo con estoicismo. Los pocos esclavos humanos que había no tenían nada que contarles a sus verdugos, porque ninguno de ellos se encontraba por los alrededores cuando había ocurrido la caída.

Como los demás enanos, a los que no había hecho el menor caso, Derkin aguantó el castigo sumido en un frío silencio. Resistió los coléricos gritos de los humanos, el chasquido y el ardiente mordisco de sus látigos sin emitir un solo sonido.

Pero después, cuando los esclavos de ese pozo estuvieron encerrados en su mazmorra para un descanso de unas pocas horas, hubo movimientos cautelosos en las sombras, y otro enano se acercó sigiloso y se puso en cuclillas junto a él. En la lóbrega celda, Derkin apenas podía ver al recién llegado, pero lo reconoció. Era uno al que llamaban Taladro, un joven neidar de uno de los asentamientos de las colinas. Tenía los hombros anchos y los brazos largos heredados de algún antepasado theiwar, y su espalda, como la de Derkin, tenía las marcas sangrantes del látigo.

Por un instante, el neidar se limitó a quedarse sentado en cuclillas a su lado, echando miradas furtivas en derredor.

-Vi lo que hiciste, -susurró después.

Derkin pasó por alto el murmullo, simulando no haberlo oído.

-Comprendo, -siguió Taladro-. No te estoy interrogando; sólo quería que supieras que te vi matar a ese guardia. Utilizaste la cadena para golpearlo. Ojalá tuviera yo ocasión de matar también a uno de ellos.

Derkin siguió sin contestar, haciendo caso omiso del otro enano. Pasados unos segundos, Taladro se encogió de hombros.

-Eres hylar, ¿verdad? -inquirió en un susurro-. ¿De Thorbardin?

-Sí, lo soy, -admitió Derkin, sin volver la vista hacia el otro.

-Es lo que pensé, porque tienes aspecto de hylar. Y he oído que te llamas Derkin, que suena como un nombre hylar. ¿Cuál es tu segundo nombre? -El hylar mantuvo un gélido silencio, pero Taladro insistió:- ¿Nada más, sólo Derkin?

-Me llamo Derkin y basta, -replicó.

-Encantado de conocerte. Soy Taladro. He oído a los otros hablar de ti. Dicen que has intentado huir dos veces.

-Es evidente que no lo conseguí -gruñó Derkin.

-Y nunca lo conseguirás solo. Necesitarás amigos.

-No necesito amigos, y no los tengo.

-Pero podrías tenerlos. No fui el único que vio lo que le pasó a ese guardia humano. Piénsalo.

Cuando el neidar se hubo marchado, de vuelta al otro extremo de la gran celda. Derkin permaneció sentado, inmóvil, durante un rato. Lo incomodaba que alguien hubiera visto cómo había muerto el guardia humano; creía que el incidente había pasado inadvertido. Lo había planeado durante mucho tiempo, esperando hasta que se presentó la ocasión propicia: un momento en que el relevo se retrasara y los guardias estuvieran adormilados; y, lo más importante, cuando uno de ellos se encontrara solo en la cornisa encima del foso mientras una hilera de cargadores de artesas con herramientas bajara a las galerías inferiores. Había tenido la impresión de estar esperando siglos, pero finalmente el momento se presentó. Un guardia solo en la cornisa, y una fila de cargadores de artesas.

En las sombras, Derkin se había apartado a un lado y se había colocado al final de la hilera. Delante de él iba media docena de enanos cargados con las artesas llenas de herramientas.

Como ocurría siempre en las cornisas, el guardia se echó hacia atrás alejándose del borde, de manera que obligaba a los esclavos a pasar ante él precariamente. Derkin se detuvo con cuidado, recogió una piedra grande, y continuó caminando hacia el guardia.

El hombre miraba sin apenas interés a los enanos mientras pasaban ante él. Derkin casi había llegado junto al hombre cuando lo vio girar la cabeza hacia un lado en un momento de distracción. Y en ese instante el hylar lanzó la piedra, no al guardia, sino describiendo un alto arco hacia los cargadores que iban al frente de la fila. La piedra golpeó en una de las artesas, y las herramientas tintinearón al caer cuando la artesa se ladeó con el impacto. El guardia se apartó de la pared y se asomó para ver qué pasaba allí delante; entonces Derkin soltó su artesa, impulsó la cabeza de los grilletes contra los tobillos del hombre, y tiró con fuerza.

Todo ocurrió muy deprisa. El hombre se precipitó por el borde, gritó, y desapareció. Derkin recuperó su artesa, se escabulló entre varios enanos que se habían vuelto al oír el grito, dejó atrás al enano que estaba agachado intentando recoger las herramientas esparcidas.

Sólo habían transcurrido unos segundos y, para cuando los otros humanos reaccionaron, Derkin se encontraba muy lejos en la fila, un enano más entre los muchos que miraban hacia atrás el alboroto surgido a su espalda.

Sin embargo, Taladro lo había visto. El neidar lo había presenciado todo y, por lo visto, no había sido el único. ¿Lo delatarían? Hasta el momento, al parecer, no lo habían hecho.

-¿Amigos? -masculló para sí mientras sacudía la cabeza-. No necesito amigos.

Cuando reinó el silencio en la gran celda, cogió el cincel que había escondido entre los pliegos de su falda montañesa y se puso a manipular en los grilletes. Era la causa de todo el incidente la muerte del guardia humano, los recientes latigazos en su espalda y en las de los otros. Y había merecido la pena. En otra ocasión había intentado robar un cincel, pero era una empresa arriesgada, ya que las herramientas se contaban y se controlaban para que no faltara ninguna.

Pero esta vez no. No parecía probable que alguien supiera que había desaparecido un cincel con todo el jaleo del guardia muerto y las herramientas de la artesa desperdigadas por el suelo.

Lejos, en las sombras de la celda, otros esclavos escudriñaban en la oscuridad, y uno de ellos, un joven enano con los ojos grandes y contemplativos, y los rasgos zorrunos de su ascendencia daergar, esbozó una sonrisa sesgada.

-Así que era eso, -masculló.

-¿Qué? -susurró junto a él Taladro, que forzaba los ojos tratando de atisbar en la oscuridad-. ¿Qué has visto, Vin?

-Un cincel. El hylar tiene un cincel y está hurgando en los grilletes.

-¡Ah! Será de la artesa que se volcó. Es un tipo afortunado, ¿no te parece?

-¿Acaso crees que fue sólo suerte? -El semblante del daergar se arrugó en una expresión astuta mientras echaba una mirada de reproche a su compañero-. La suerte no ha tenido nada que ver en ello. El hylar planteó y llevó a cabo la maniobra con la habilidad de un capitán en el campo de batalla. Creo que deberíamos conocer mejor a este tipo, Taladro. Me gusta su forma de pensar.

El otro enano echó una ojeada a su alrededor cuando una sombra se movió cerca de ellos.

-Chist, -susurró; luego se encogió de hombros al reconocer al individuo. Sólo era el viejo manco que se ocupaba de repartir las gachas. Taladro se volvió de nuevo hacia el daergar-. No será fácil intimar con ese hylar. Es un tipo duro. Que yo sepa, no ha tenido trato con nadie. Ahora mismo, a pesar de la clara invitación que le he hecho para unirse a nosotros, he tenido el mismo resultado que si le hubiera hablado a una pared.

-¿Unirse a nosotros? ¿En qué? No tenemos ningún plan.

-Pero quizá él sí. Es un hylar, de Thorbardin, y, según tengo entendido, a los de su clan nunca les faltan ideas.

Vin se rascó la barba con gesto pensativo.

-Entonces, quizá deberíamos ser nosotros los que nos uniéramos a él, le guste o no. Tiene un cincel, pero no un martillo.

-Ni nosotros tampoco, -le recordó Taladro.

El daergar lo miró con expresión irónica.

-No, -dijo-, pero si ese hylar ha podido conseguir un cincel, yo puedo hacerme con un martillo. O con una palanqueta o un mazo. Haz correr la voz, Taladro. Diles a los del grupo que estamos esperando una señal del hylar, que está preparándose para huir.

-¿Cómo sabes que planea eso? -Taladro frunció el entrecejo-. Quizá sólo está aflojando un poco sus grilletes.

El daergar lo miró, pensativo, y sus grandes ojos, como solía ocurrir con los de su clan, parecieron traspasarlo.

-Digamos que es una corazonada, -repuso-. Ya sé que la mitad de los enanos que están aquí han intentado escapar en un momento u otro, pero ese hylar es el único que tiene posibilidades de éxito. Ése es el motivo de que lleve esa cadena tan pesada.

Si Derkin se había percatado de su escrutinio desde el otro extremo de la enorme y abarrotada celda no daba señales de ello. El cincel que manejaba apenas hizo ruido cuando empezó la tediosa tarea de cortar los remaches aplicando el extremo afilado de la herramienta contra el metal más blando de los roblones y utilizando el puño como martillo.

Tardaría en conseguirlo, pero no tenía prisa. En sus dos intentos de huida previos, había aprendido mucho del trazado de las galerías y del terreno que rodeaba la mina. Y había escuchado con atención las conversaciones mantenidas en las galerías. Dentro de pocas semanas, se decía, empezaría la siguiente gran gira de inspección.

Durante el resto del período de descanso trabajó, haciendo sólo una breve pausa para tragarse las asquerosas gachas que le sirvió en un cuenco de madera el viejo manco. Cuando sonaron los cuernos, enterró el cincel en una grieta del suelo de piedra, embadurnó con hollín las zonas brillantes del metal que había desgastado en los remaches, y se puso en la fila con los demás de su turno para salir de la celda y comenzar otra agotadora jornada de trabajo bajo la vigilancia de los guardias humanos armados. A cada paso que daba, como siempre, la pesada cadena arrastraba y tintineaba detrás de él. Además de medir dos metros y medio de largo, los eslabones de hierro tenían casi cuatro centímetros de diámetro, por lo que pesaba alrededor de unos dieciocho kilos. Gran parte de los esclavos de la mina, -en especial los que eran lo bastante jóvenes o fuertes como para representar una amenaza para sus amos-, llevaban grilletes y cadenas, si bien la mayoría de ellas eran más ligeras y pequeñas que la de Derkin. La pesada cadena que arrastraba era su recompensa por el segundo intento de huida.

Casi todos los esclavos de las minas soñaban con escapar. Algunos, en particular entre los testarudos y huraños enanos, habían intentado huir en un momento u otro. Pero rara vez alguno de ellos hizo una segunda intentona. El castigo era más severo y doloroso para el reincidente. La segunda flagelación de Derkin se había llevado a cabo con un látigo especial, cuyas puntas estaban rematadas con bolas de plomo. Semejante castigo habría roto las costillas de un humano o de un elfo. Tras esta flagelación fue cuando le pusieron la pesada cadena.

Al final de la jornada de trabajo y tras otro plato de gachas, volvió a sacar el cincel y puso manos a la obra de nuevo. Mientras tanto, hoy, mañana, y durante todos los días que tardara en romper los roblones, se prepararía para dejar atrás la esclavitud.

Ahora sabía el camino, y sabía el momento. Había visto las fortificaciones en el extremo norte del paso de Tharkas. El momento para intentar la escapada, y posiblemente tener éxito, sería cuando la delegación humana de Daltigoth llegara, cuando los amos y los guardias del complejo minero estuvieran ocupados en dar la bienvenida a los dignatarios visitantes.

EL SEÑOR DE LAS MINAS

Klanath
siglo de la Lluvia
década del Cerezo
verano, año del Cobre

Las Minas De Ergoth

Las minas de Klanath, bajo la dirección de tres sucesivos emperadores de Ergoth occidental, se habían convertido en un vasto complejo de fosos, pozos y galerías que se extendía kilómetros a lo largo de las vertiginosas pendientes de las cumbres que se alzaban como un muro de monolitos alineados por encima de los grandes bosques del norte y del oeste. Llamadas así en memoria del primer emperador del reino humano de Ergoth, Klanath el Conquistador, las minas, así como toda la región que dominaban, se habían convertido en un importante puesto avanzado del poder central del imperio, en la lejana Daltigoth. Incluso antes del reciente descubrimiento de nuevos y ricos yacimientos metalíferos en las agrestes montañas al sur del paso de Tharkas, las minas de Klanath habían suministrado más de la mitad del valioso abastecimiento de hierro, níquel y coque de Ergoth, así como cobre y estaño en menores cantidades. Pero, desde el descubrimiento de los yacimientos metalíferos en Tharkas, el complejo minero casi había duplicado su extensión.

El propio Sakar Kane había dirigido las fuerzas humanas que cruzaron en masa el paso para atacar y derrotar a los mineros enanos en su pueblo de Tharkas, y había reclamado para el imperio las tierras al sur del paso. Los enanos que sobrevivieron, junto con miles más capturados por los tratantes de esclavos que actuaban por las tierras altas, pasaron a ser propiedad de lord Kane. Trabajaron en pozos y galerías, en cavernas y sumideros, en fosos y escoriales, en vertientes y minas abiertas.

Entre los esclavos había también miembros de otras razas: humanos, goblins, ogros e incluso unos cuantos elfos. Pero los más numerosos y los más valorados por sus amos eran los enanos. Testarudos e implacablemente hostiles, a menudo dispuestos a luchar entre sí como contra otros, los millares de enanos cautivos aquí eran una molestia constante para los capataces. Pero, cuando se trataba del trabajo en las minas, cada enano valía por cinco de cualquier otra raza. Expertos en abrir túneles, escalar, excavar y quebrar o dar forma a la piedra, los enanos eran mineros natos.

Las montañas al sur del paso de Tharkas estaban llenas de enanos. Según la leyenda allí había habido en el pasado una poderosa nación enana protegida por la gigantesca fortaleza subterránea llamada Thorbardin. Pero Thorbardin ya no tenía dominio alguno sobre las tierras altas. Pueblo tras pueblo, mina tras mina y valle tras valle, los invasores lo habían arrasado todo lanzando ataques en masa hasta que casi todos los enanos instalados al norte de la agreste cordillera ahora estaban muertos o eran esclavos, o simplemente habían desaparecido en las tierras agrestes.

Con la expansión de las minas de Klanath también había crecido la población humana en la zona. Lo que antes no era más que un pequeño núcleo de unas cuantas chozas y cabañas de capataces se había convertido en una ciudad de considerable tamaño que se iba extendiendo por los llanos del extremo norte del paso de Tharkas, y era aquí donde gran parte de la riqueza del imperio estaba localizada.

En consecuencia, no era inusitado que diversos personajes de alta alcurnia procedentes de la corte del emperador formaran parte de las visitas anuales de inspección llevadas a cabo por el gobernador de las minas. Muchos cortesanos habían visitado Klanath en el pasado, aunque por lo general sólo lo habían hecho una vez. Podía ser rica, pero la superpoblada Klanath era fea y maloliente, y carecía de cualquiera de las comodidades y lujos de Daltigoth, la opulenta urbe en la que vivían.

Durante los últimos años, sin embargo, había habido cambios. Éstos se habían producido con las repetidas visitas de Sakar Kane, el alto y severo hombre al que se conocía más como lord Kane. Tres veces en igual número de años, Kane, un primo del emperador según algunos, había pasado por Klanath en su camino hacia las conquistadas regiones mineras al sur del paso de Tharkas.

Desde su segunda visita, multitudes de artesanos y esclavos habían estado trabajando para construir una nueva fortificación en el centro de los barrios en expansión. Ahora, la residencia de lord Kane, que dominaba el acceso norte del paso de Tharkas, era la estructura más formidable de la región. Por Klanath se había corrido el rumor, incluso entre los esclavos, de que la siguiente visita de lord Kane sería permanente. Se decía que lo habían puesto al mando de la región, incluso con autoridad sobre el gobernador de las minas, y que Klanath sería su base de operaciones.

Se murmuraba que el emperador tenía intención de extender su reino hacia el este, tal vez tan lejos como las tierras elfas de Silvanesti. También se decía que la autoridad de lord Kane era parte de un plan más ambicioso, y que su fortaleza serviría para algo más que como cuartel general de las explotaciones mineras del imperio.

Se sospechaba que Klanath se convertiría en una plaza fuerte para los ataques al este, un eslabón en la cadena de conquistas que se llevarían a cabo por todo el sur de Ansalon.

Shalit Mileen había oído todos los rumores y los había saboreado. Como jefe de fosos, Shalit era uno de los doce adjuntos del viejo Renus Sabad, el delegado de las minas. Uno entre doce, pero, según lo veía él, distinto de sus homónimos. Casi todos ellos parecían sentirse completamente satisfechos con su posición, con tener un poco de autoridad en una área de Klanath, y más que dispuestos a limpiarle las botas al viejo Renus, a adularlo y a llevarle su jarra de cerveza a fin de asegurarse su posición y conservar el favor de su superior.

Casi todo el funcionamiento de las minas dependía de estos adjuntos. Al igual que Shalit Mileen dirigía los fosos de metales blandos impartiendo órdenes y llevando registros, presionando a sus capataces para que ellos a su vez azuzaran a los esclavos para

incrementar la producción cada año, lo mismo hacían los otros adjuntos con sus respectivas áreas de responsabilidad. Sin embargo, cada año, cuando los personajes de alto copete llegaban de Daltigoth con un espléndido séquito para inspeccionar los recursos del emperador, no eran los adjuntos quienes los recibían y tenían el honor de informar sobre los últimos éxitos. No. Cuando se presentaban los inspectores, a los adjuntos encargados de las minas se los enviaba a sus respectivos trabajos, bien profundo bajo tierra. Era el delegado de las minas, el viejo Renus, quien cada año se reunía con los dignatarios y recibía humildemente todo el mérito por los logros conseguidos.

Sólo cuando las cosas no iban bien había algún adjunto ante los dignatarios. Como Shalit había advertido, cuando todo iba bien era al delegado de las minas a quien se le reconocía el mérito; mientras que, si algo iba mal, siempre era uno de los adjuntos en quien recaían las culpas. Shalit había visto cómo utilizaban así a cuatro de sus homónimos durante los últimos años. Tres de ellos eran esclavos ahora, aunque no en las mismas minas que habían dirigido en el pasado, ya que un encargado convertido en esclavo no habría durado ni un día entre los cautivos que lo conocían. El cuarto había sido culpado por un derrumbe que había disgustado tanto a los grandes señores que fue ejecutado allí mismo.

Rara vez se reunían en grupo los adjuntos, pero Shalit había oído sus comentarios individuales de tanto en tanto, y sacudía la cabeza con incredulidad. Cada adjunto era, al igual que él, un hombre fuerte, brutal. Pero, a diferencia de Shalit, los otros eran como borregos. Les faltaba ambición para maquinarse un modo de mejorar su posición, o el valor para poner en práctica tales proyectos.

Y eso le convenía a Shalit, porque a él no le faltaba tal ambición. Se había enterado de que habría un nuevo dirigente en Klanath, y tenía intención de ganarse el favor de ese personaje. De un modo u otro, pretendía dar una buena imagen de sí mismo a lord Kane, y hacer que el viejo Renus pareciera un necio.

Si lo conseguía, Shalit no tardaría mucho en ser el delegado de las minas y tendría sus propios adjuntos.

Estos planes los guardaba en secreto, ya que no confiaba en nadie; pero, a medida que la época de la inspección se aproximaba, dirigió sus fosos con gran cuidado, preparándose. Reservaba los mejores minerales, acumulándolos en galerías donde no se trabajaba, esperando el momento en el que pudiera descubrir nuevos filones ricos. Hacía que sus esclavos conservaran las energías, ofrecía a sus capataces lo mejor de comida y bebida, sobornaba al capitán de la compañía de guardias asignada a sus fosos, y almacenaba las mejores herramientas. Cuando llegara la inspección, los delegados recibirían de Renus el informe de una producción más bien corriente en los fosos de metales blandos; se enterarían de que los fosos estaban produciendo, pero sólo al límite de la cuota. Después verían algo totalmente distinto. Verían salir los ricos metales de las minas de Shalit en cantidades mucho más abundantes que las presentadas por Renus en su informe.

El viejo caería en desgracia, puede que hasta fuera sospechoso de robar los metales para su propio beneficio. Y entonces Shalit entraría en acción. Presentaría su propio informe al nuevo dirigente, lord Kane.

Los días pasaban, y Shalit estuvo muy ocupado en los fosos metalíferos. En esta zona había cuatro profundas y anchas excavaciones, un rectángulo de grandes cicatrices en las vertientes debajo de Tharkas. Habían empezado como minas abiertas, donde ejércitos de esclavos habían trabajado con rastras y narrias para retirar la capa de tierra que cubría el estrato de piedra y descubrir las vetas metalíferas que entonces se extraían con taladros y pernos. Pero la explotación se había extendido en los últimos meses. A medida que se

seguían las vetas, fue necesario excavar profundos túneles hacia el interior de la montaña y después hacia el exterior. En la actualidad, el área era una vasta red de pozos y galerías que se internaban en las entrañas de la montaña, y los fosos sólo eran áreas visibles de excavaciones más profundas.

La distribución era muy adecuada para minas de esclavos. Los cuatro fosos estaban conectados entre sí por largos túneles, donde guardias y capataces iban en una y otra dirección. Cada foso tenía su propio contingente de esclavos, alrededor de unos dos mil, así como una única celda excavada, lo bastante grande para que cupieran los esclavos de ese foso. Pero sólo existía un acceso a todo el complejo: una rampa muy inclinada y estrecha que siempre estaba muy bien vigilada. Para los esclavos que trabajaban en los fosos, el mundo estaba bajo la superficie. Pasaban sus vidas allí y sólo salían al morir, cuando sus cadáveres eran arrastrados fuera para deshacerse de ellos.

Ahora, Shalit Mileen recorría pausadamente los fosos, leyendo sus mapas, repasando sus cálculos, preparando sus planes. Sólo hablaba con los capataces, pero sus palabras llegaron a los esclavos que iban y venían entre los pozos, y se corrieron en susurros.

-El jefe de fosos está dirigiendo mal las excavaciones, -le dijo un enano de anchos hombros, cargado con cubos de mineral, a otro-. En ese séptimo pozo, y en el noveno, está acumulando los mejores minerales metalíferos de todas las galerías. Los picadores dicen que hay una fortuna en ricos metales guardada allí.

-Quizá no lo sabe, -sugirió el otro enano-. O quizá los picadores mienten. Tal vez sólo buscan jaleo.

-Ellos no. -El cargador de minerales frunció el ceño-. Esos excavadores son todos daergars. Puede que mientan sobre el día que es o sobre quién escamoteó el cuenco de gachas, pero no mentirían sobre cosas relacionadas con minerales. En lo concerniente a la minería, los daergars son todos unos fanáticos.

-Entonces, el jefe de fosos trama algo, -susurró un tercer enano-. Quizá quiere guardar el material bueno para él.

El cargador se encogió de hombros y siguió su camino, pero los rumores se propagaron, como suele ocurrir, y en el descanso de mediodía para la comida Vin se acercó a Taladro.

-¿Te has enterado? -susurró-. El jefe de fosos está almacenando los mejores metales.

-Sí, lo he oído. ¿Qué significa?

-Creo que significa que los inspectores están al llegar. -El enano estrechó los grandes ojos capacitados para ver en la oscuridad-. Creo que los humanos están maquinando unos contra otros.

-A nosotros eso ni nos va ni nos viene, -dijo Taladro-. Lo que nos interesa es lo que ese hylar está haciendo. Lo he estado observando, y ha estado muy atareado con el cincel, pero durante los dos últimos días no lo ha tocado. Creo que los remaches han desaparecido, y que él está preparado para actuar.

-Ah, -Vin asintió con un cabeceo-. Ha elegido el momento oportuno. Planea huir cuando los inspectores estén aquí. Con el jaleo, es posible que lo consiga, porque los humanos estarán distraídos.

-Sí, quizá tenga éxito, -se mostró de acuerdo Taladro-. Un enano solo podría escabullirse, pero ¿y el resto de nosotros?

Vin guardó silencio un momento, pensativo.

-Con la distracción necesaria, también podríamos escapar. Claro que, tal cosa quizá estropearía los planes del hylar, si es que realmente está planeando huir como pensamos.

-Al infierno con sus planes. -Taladro frunció el ceño-. Intenté que nos incluyera en ellos, y rehusó. Le estaría bien empleado si hiciéramos de su huida la diversión que nosotros necesitamos.

A un lado, un viejo enano de barba canosa se detuvo, soltó el balde de gachas que transportaba, y se limpió el sudor con su única mano. Viejo, mutilado y achacoso, Calan Pie de Plata ya no llevaba cadena. Los demás ni siquiera recordaban desde cuándo era esclavo, y formaba parte de los fosos como las propias piedras. Se encargaba de trabajos livianos tales como servir las gachas que comían los esclavos, y casi nadie se fijaba en él. Le faltaba el brazo izquierdo, que ahora sólo era un corto muñón, y los ajados rasgos de su rostro que la barba no cubría estaban tan curtidos y arrugados como cuero viejo.

Sólo los ojos, de un color azul claro, -entrecerrados en un semblante que antaño habría parecido astuto y jovial-, y los vestigios dorados en su cabello y barba plateados, denotaban lo que en tiempos había sido: un daewar puro, un enano destacado. Y sólo el oído más fino habría percibido el leve vestigio de acento en su pronunciación que delataba que no había sido un neidar, sino un habitante del reino subterráneo de Thorbardin.

De hecho, en Klanath eran pocos los que alguna vez habían reparado en estos detalles, y había transcurrido mucho tiempo desde que alguien, ya fuera amo o esclavo, reparara en Calan Pie de Plata. El viejo iba a su aire, hablaba poco y no tenía trato con los demás. Los largos años de esclavitud le habían enseñado mucho. Se las arreglaba para estar ocupado en todo momento y no llamar la atención. Como siempre, observaba y escuchaba. Y esperaba.

Ahora, sin embargo, presentía que la espera había llegado a su fin.

Discretamente, se dirigió hacia una de las paredes del pozo envuelta en sombras, donde colgó el balde de una clavija y luego echó un vistazo a su alrededor. Nadie lo miraba, así que, con un movimiento rápido, se inclinó, se metió en las sombras, y se coló por detrás de un saliente en la roca burdamente tallado. El hueco era virtualmente invisible. Si alguien hubiera estado observando, habría creído que el viejo enano desaparecía en el muro de piedra.

Detrás había un nicho poco profundo y oscuro, poco mayor, que un agujero abierto en la piedra porosa por la erosión del viento; pero, al meterse presuroso en la oscuridad, pareció extenderse delante de él, convirtiéndose en un angosto túnel. Al cabo de pocos metros, el túnel se ensanchó, y se vio la mortecina luz que se colaba por una grieta, muy arriba. Allí había una persona, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, contemplando fijamente el somero y oscuro recipiente de madera donde un líquido turbio reflejaba la débil luz. En la penumbra resultaba imposible distinguir algo más que la silueta de la persona, envuelta en ropas sueltas de la cabeza a los pies. Podría haber sido un humano o un elfo o un miembro de cualquier otra raza de las docenas que poblaban Ansalon. Lo único evidente, a juzgar por la longitud de su espalda y de sus brazos cubiertos, era que no se trataba de un enano.

-¿Has visto y oído? -preguntó Calan a la imprecisa figura.

-He estado observando, -sonó la queda respuesta.

-Entonces, ¿crees que es él? Me refiero al hylar. ¿Es el predestinado?

El que contemplaba fijamente el recipiente no alzó la vista.

-Lo es, -respondió su suave voz-. Céfiro lo ha estado observando, como le pedí. El hylar tiene espíritu de líder, y creo que es el hijo de Harl Lanzapesos.

-Entonces, ¿se acerca el momento?

-Planea esperar a la inspección, -musitó la figura encapuchada-; pero, si lo hace, los otros estarán preparados para ir con él... o intentarlo.

-¿Tengo que advertirle acerca de los otros?

-Dile lo que tienes que decirle, -repuso el encapuchado-. Infórmale de la situación, y después libéralo de estas minas, como lo habíamos proyectado.

-¿He de hablarle sobre su destino, Despaxas?

La capucha se movió, y el rostro oculto en las sombras del embozo se volvió hacia Calan.

-Ninguna persona acepta lo que otra le diga acerca de su destino, -musitó la voz-. No, debe descubrirlo por sí mismo a medida que pase el tiempo. Pero hazle comprender lo de los otros esclavos, que conocen su plan, y que pueden ponerlo en peligro.

Calan miró hacia atrás al parecerle que había oído ruido en el túnel. La tenue luz fuera del túnel parecía titilar, como si en ella se movieran sombras, y entonces sonó un débil y espeluznante susurro. Con los pelos de punta, el viejo enano gateó hacia un lado cuando algo apareció en la boca del túnel, algo que no se veía con claridad. Era grande, pero insustancial. Ni caminaba ni volaba, sino que parecía ondear en el aire, como si nadara. Se posó a la entrada de la gruta, en completo silencio, y su tamaño se redujo al envolverse en las anchas y transparentes alas que más parecían aletas de una manta raya.

Calan no había conseguido acostumbrarse a la sombra mascota que Despaxas llamaba Céfiro. La criatura parecía ser completamente inmaterial, sólo un indefinido tejido de sombras, engañoso a la vista. Casi resultaba invisible, y a menudo Calan había imaginado que si la tocara, -cosa que jamás haría-, descubriría que tampoco era tangible. Al mismo tiempo, sin embargo, Céfiro irradiaba una sensación de gran fuerza, y con frecuencia a Calan le había dado la impresión de atisbar unos dientes afilados como agujas debajo de las rendijas de los ojos rasgados.

-Me gustaría que impidieras que esta cosa entrara cuando estamos reunidos, -gruñó el enano-. Cada vez que la veo sufro pesadillas durante una semana, -Sacudió la cabeza al tiempo que hacía un gesto de crispación, y se volvió hacia Despaxas, pero allí se había quedado solo. Tanto Despaxas como su extraña criatura habían desaparecido.

-¿Despaxas? -susurró el enano, que se estremeció. Pocos de su raza lograban sentirse a gusto con la magia, y el viejo daewar no era una excepción-. ¡Herrín! -masculló-. Ojalá dejara de hacer eso. No sé qué es peor, si su sombra mascota o sus desapariciones repentinas.

De vuelta al pozo, el viejo Calan se detuvo un instante en las sombras, en lo que de nuevo era sólo un agujero poco profundo detrás de un saliente, y después salió con sigilo y recuperó su balde de gachas. Tras llenarlo en el humeante caldero donde unos hoscos esclavos humanos trabajaban preparando comida de las sobras y desperdicios de las raciones de los guardias, regresó a las celdas situadas debajo de las galerías y deambuló entre los esclavos, parándose de vez en cuando para llenar los cuencos de los que acababan de volver de los fosos. Reservó la última ración del sopicaldo para el joven hylar y se quedó acucillado en su oscuro rincón; cuando Derkin llegó se acercó a él y soltó el balde, simulando que llenaba el cuenco de madera.

-¿Están ya sueltos tus grilletes, Derkin? -susurró al tiempo que levantaba el cucharón-. Si tienes intención de escapar, ahora es el momento.

-¿Qué? -El hylar alzó la vista, sobresaltado.

-Que a menos que intentes huir ahora, esta noche, muchos otros tratarán de acompañarte. Saben lo que planeas, y han decidido hacerte su líder y seguirte. Sin embargo, el plan para uno puede fracasar para muchos.

-Hablas de manera enigmática, anciano, -gruñó Derkin-. ¿Qué es lo que quieres de mí?

-Quiero que me lleves contigo cuando te marches, -susurró el viejo enano-. Sólo yo, y nadie más.

-Cuando me marche de aquí, lo haré solo.

-Oh, pero tendrás que llevarme o nunca podrás salir. Me necesitas, Derkin. Puedo ayudarte.

-¿Ayudarme? ¿En qué?

El viejo enano se puso en cuclillas a su lado y ladeó el balde como si apurara los restos del contenido.

-A escapar. ¿Has visto lo que hay más allá de estos fosos? ¿Las defensas? Supongo que tienes intención de escabullirte por la rampa, pero nunca lo conseguirás por allí.

-No necesito tu ayuda, -siseó el hylar.

-Testarudo, -Calan esbozó una leve sonrisa-. ¿Qué prefieres? ¿Lograr escapar de ese sitio con mi ayuda, o encontrarte siendo el líder de una fallida huida en masa con el resto de estos esclavos? Te seguirán, Derkin, lo quieras o no. En esas cosas uno no tiene opción.

-Paparruchas, -gruñó Derkin.

-He oído decir que la sabiduría está en dejar que te ayuden quienes quieren hacerlo, -comentó el anciano-. Acepta tener amigos, y te servirán. Recházalos, y te utilizarán.

Derkin miró a su alrededor, con los ojos animados con una repentina curiosidad.

-Había oído esas mismas palabras antes. ¿Quién eres, anciano?

-Sólo un viejo enano. -Calan se encogió de hombros-. Pero tienes razón, esa frase no es mía. Se la oí decir a tu padre muchas veces. Y apuesto que tú también.

-¿Conocías a mi padre?

-Sí, y a ti también. ¿Querrás escuchar ahora lo que tengo que decirte, Derkin Semilla de Invierno?

-¿Cómo sabes mi nombre? -siseó el hylar.

-Sé mucho más que eso. ¿Querrás escucharme?

-Ya lo estoy haciendo, -replicó Derkin malhumorado.

-Entonces, cree lo que te digo, -instó el viejo enano-. Esta noche, cuando hayas regresado a la celda, vendré a reunirme contigo. Estate preparado para entonces. Conozco el camino para salir de los fosos.

-Si conoces la forma de salir, ¿por qué sigues aquí?

-Te he estado esperando, -contestó Calan.

-¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres de mí?

-Haces demasiadas preguntas para ser alguien que no tiene elección en el asunto, Derkin Semilla de Invierno. Estate preparado esta noche. Conozco la salida.

Huida De Klanath

En la casi total oscuridad de la celda durante la noche, donde la única luz era el débil resplandor de la llama baja de la lámpara del guardia al otro lado de la verja de la puerta, Derkin se incorporó sigilosamente del suelo de piedra y volvió la cabeza hacia un lado y otro, escuchando con atención. Desde hacía más de una hora no se oía ningún ruido ni movimiento en la amplia caverna; sólo la respiración acompasada y alguno que otro ronquido de los cientos de esclavos dormidos rompían el silencio.

El viejo manco chiflado no había dado señales de vida, y Derkin empezaba a sospechar que el anciano le había gastado una broma o, lo más probable, había olvidado su promesa de ayudarlo a escapar. Sin duda, pensó, el vejete estaba tan ido como parecía. Pasar muchos años trabajando como esclavo de los humanos en las minas podía haberle hecho perder el juicio. Y sólo porque el viejo enano sabía su nombre y la identidad de su padre no significaba que conociera una salida secreta de los fosos.

Aun así, algo de lo que el viejo esclavo había dicho lo había preocupado. Llevaba algún tiempo notando que algunos de los otros esclavos lo observaban con atención. Había visto que echaban miradas de soslayo en su dirección mientras cuchicheaban entre ellos.

El viejo enano había dicho que otros esclavos sabían que planeaba huir, y que tenían intención de ir con él. Tenía la clara sensación de que esto era verdad, y le preocupaba. Su plan casi no podía llamarse así. Había roto los remaches de sus grilletes, cortando la cabeza de los roblones, de manera que sólo las argollas estaban sujetas a sus tobillos; ahora se limitaba a esperar a que se presentara una oportunidad, un momento de confusión, como por ejemplo la llegada de los inspectores de minas, para separarse de su cuadrilla de trabajo y escabullirse sin ser visto o, si las cosas no salían bien, echar a correr hacia la rampa y probar suerte.

Como plan no valía gran cosa, lo admitía, pero era el único que tenía. Un enano, solo, quizá pudiera alcanzar la libertad de esa manera. Pero si otros intentaban seguirlo, no cabía duda de que los perseguirían, los atraparían y volverían a meterlos en las minas. Y él sería señalado como el líder.

En la penumbra, Derkin torció el gesto mientras contemplaba las sombras de todos los otros esclavos que compartían la celda. No les deseaba ningún mal, pero tampoco significaban nada para él. Tenían las mismas probabilidades de escapar, y, si querían intentarlo, que lo hicieran solos, como planeaba hacerlo él, pero no quería que interfirieran en sus planes y mermaran sus posibilidades de éxito.

El viejo enano lo había convencido de una cosa: no podía seguir esperando a que se presentara el momento oportuno. Tenía que intentarlo ahora, antes de encontrarse obstaculizado con el engorro de un montón de seguidores.

Durante unos segundos interminables permaneció escuchando los sonidos de los que dormían a su alrededor. Luego, con un suspiro de irritación, se sentó recto, agarró uno de los grilletes con sus fuertes manos, e hizo palanca. Los músculos de sus anchos hombros se abultaron por el esfuerzo, los de los antebrazos se tensaron como gruesos cables. Durante unos segundos interminables, el grillete no se movió. Después, con un apagado chasquido,

el remache descabezado cedió y la argolla se abrió por la juntura, separándose un par de centímetros, y luego otros dos, y otros dos más.

Cuando el hueco fue lo bastante ancho, se sacó el grillete del tobillo, moviéndolo con cuidado para que la cadena no sonara. Después empezó a hacer lo mismo con el otro grillete. Se le pasó por la cabeza la fugaz idea de que tenía suerte de que las argollas las hubieran hecho los humanos, a quienes jamás se les habría ocurrido que un aro de hierro de dos centímetros de grosor podía abrirse forzándolo sin más herramientas que las manos. Pocos humanos eran lo bastante fuertes para hacer algo así, y su orgullo innato los hacía ver a los enanos como una raza inferior.

El remache del segundo grillete saltó sin hacer ruido, y a continuación el aro de hierro se fue abriendo a medida que las anchas y cortas manos del enano, casi tan duras como el hierro que agarraban, separaban los dos extremos.

Respirando con cuidado, sin hacer ruido, Derkin se puso de rodillas, se subió la camisola hasta los hombros y, lentamente, con gran cuidado, enrolló los dos metros y medio de cadena en torno a su cintura. Le daba tres vueltas, formando un frío y pesado cinturón de eslabones, y le sobraba lo suficiente para atar los grilletes de los dos extremos con un burdo medio nudo. Con la camisola bajada, la cadena quedaba oculta.

La cadena y el desgastado cincel eran las únicas cosas que tenía que podrían servirle como armas o herramientas, y no tenía intención de dejarlas atrás.

Entonces se puso de pie, hizo una lenta y profunda inhalación, y se volvió hacia la reja de la entrada de la celda. Los barrotes cruzados de la verja de la puerta estaban silueteados por el débil resplandor de la luz que había al otro lado, aunque no se veía a ningún guardia, pero Derkin sabía que como mínimo había dos justo detrás de la puerta; unos corpulentos humanos armados con porras, látigos y espadas que siempre tenían al alcance de la mano. Más allá estaba el estrecho corredor que conducía a los fosos abiertos. Allí habría más guardias, pero primero tenía que pensar en los que estaban más cerca. Con un poco de suerte, no habría más que dos humanos detrás de la puerta, y quizá estuvieran dando una cabezada a estas horas.

Con el cincel en la mano, se dirigió hacia la entrada moviéndose tan silenciosamente como le era posible. Su única idea era correr de algún modo la barra que atrancaba las rejas de la puerta, cruzarla, y después, a saber cómo, con sólo sus manos y un cincel desgastado, silenciar a los guardias antes de que pudieran dar la alarma.

Con un gruñido de rabia, echó un vistazo hacia atrás, a los que dormían en la celda. ¡Que el herrín se os lleve! -pensó-. ¿Por qué no podéis dejarme en paz? Por vuestra culpa he de hacer esto del modo más difícil.

Como si el aire hubiera oído sus pensamientos, un quedo susurro sonó a su lado:

-No es su culpa, -musitó la voz-. Sólo desean salir de aquí tanto como tú.

Derkin se sobresaltó y miró en derredor.

-Estoy aquí, justo a tu lado, -continuó la voz-. Te dije que vendría.

Era la voz del viejo manco al que llamaban Calan. Derkin estrechó los ojos en la penumbra, esforzándose por verlo.

-No te preocupes, -dijo la voz-. No puedes verme, pero estoy aquí. Mira.

El aire pareció agitarse levemente, y un semblante envuelto en sombras se hizo visible.

-¿Cómo haces eso? -siseó el hylar.

-No lo sé con exactitud, -admitió Calan-. Es magia, por supuesto, una especie de túnica que engaña a los ojos. Tengo otra para ti. ¿Cómo planeas que salgamos de aquí?

-Creí oírte decir que conocías el camino de salida, -gruñó Derkin.

-Oh, y así es, pero después de cruzar esta puerta.

-¿Dónde está mi... mi túnica mágica? -Extendió la mano que tenía libre.

Se oyó un suave susurro de tela, y los vagos rasgos del viejo enano parecieron aparecer y desaparecer.

-Aquí mismo, -repuso, y Derkin sintió algo en la mano.

No podía verlo, pero tenía el tacto de un tejido muy suave. Sintióse un estúpido, desdobló la invisible prenda y se la puso.

-Estupendo, -aprobó la voz-. No olvides taparte también la cabeza, porque sólo oculta las partes que cubre.

Se echó la prenda sobre la cabeza, que tenía forma de capucha, y sus dedos tanteantes encontraron un cierre de dos botones. Cuando la tuvo colocada, levantó un brazo y miró. Efectivamente, era como si hubiera desaparecido. No podía ver parte alguna de sí mismo.

-La cara se te verá, por supuesto, -susurró la vieja voz-, así que mantén agachada la cabeza y vuélvela hacia otro lado cuando estés ante alguien que no quieras que te vea. Bien, pongámonos en marcha.

Derkin se asomó a las rejas de la puerta. No se veía a los guardias, pero imaginaba dónde estaban. Unos cuantos metros a la izquierda había una mesa de tablonos con bancos, donde los carceleros trabajaban durante las horas diurnas llevando registros para el jefe de fosos. Los guardias estarían allí, probablemente durmiendo. Al menos, esperaba que lo estuvieran.

Aplastándose contra las gruesas verjas de la puerta, Derkin metió los brazos entre los huecos y agarró la tranca con las dos manos. La tranca era un listón de sólida madera desbastada que corría a través de unos pasadores de hierro que había a cada lado de la doble puerta. Lentamente, flexionando los hombros, el enano deslizó la tranca unos cuantos centímetros, después la agarró mejor y la corrió un poco más. El tablón hizo un leve ruido de roce al deslizarse sobre los pasadores, y el viejo enano invisible susurró al lado de Derkin:

-¡Chist!

Al otro lado de la puerta alguien resopló, tosió y rebulló. Derkin retiró las manos, que eran completamente visibles a partir del borde de la túnica que lo cubría. Hubo un corto silencio, y después llegó un coro de ronquidos a través de la verja.

Derkin volvió a la tarea de deslizar la tranca hacia un lado. Cuando el pesado listón quedó fuera del primer pasador se ladeó, y el otro extremo cayó hacia el suelo. Pero Derkin estaba esperando que ocurriera esto y, cuando la tranca se movió, metió el cincel a través de una abertura, sujetando el listón contra la puerta, a guisa de cuña. A su lado, Calan soltó la respiración contenida, y una mano espectral apareció para enjugar el sudor del fantasmagórico rostro que parecía flotar en las sombras.

Derkin empujó la hoja abierta de la puerta y la cruzó, sintiendo el movimiento del viejo Calan que salía tras él. En la mesa de los carceleros una vela titilaba en un burdo candelero, iluminando débilmente las figuras de dos hombres corpulentos que dormían en los bancos.

Con cuidado, y lo más silenciosamente posible, Derkin cerró la puerta, recuperó su cincel, y colocó de nuevo la tranca en los pasadores. Después se giró cuando un ronquido se cortó en una ahogada exclamación. Junto a la mesa, la cabeza y la mano del viejo Calan parecían flotar en el aire; en la mano había una daga que goteaba sangre. Uno de los

guardias estaba muerto, y por debajo de la barba escurría sangre. Antes de que Derkim pudiera hacer alguna objeción, el viejo enano rodeó la mesa y degolló al segundo guardia. La mano y la daga desaparecieron, y el viejo rostro se volvió hacia el hylar, esbozando una mueca.

-¿Por qué has cerrado la puerta? -susurró.

Durante unos segundos, Derkin se limitó a mirarlo de hito en hito.

-Pensé que así nadie advertiría que habíamos escapado, -dijo después lentamente-, pero supongo que ahora se darán cuenta.

-¿Y qué más da, una vez que nos hayamos ido?

Derkin sacudió la cabeza y señaló hacia la celda. Luego, al caer en la cuenta de que Calan no podía verle la mano, se remangó y volvió a señalar.

-Por ellos, -dijo-. Todos serán castigados por esto, ¿sabes? Por los guardias muertos.

-Creía que los demás no te importaban, -murmuró Calan mientras le quitaba la porra a uno de los guardias muertos-. Vamos, salgamos de aquí. -Se echó la capucha y su rostro desapareció-. Sígueme.

-¿Cómo quieres que te siga si no te veo? -siseó Derkin.

-¡Herrín! Ven aquí. -El hylar sintió unos dedos fuertes e invisibles agarrándole la muñeca-. Pon la mano sobre mi hombro, y no te despistes.

El viejo enano echó a andar, y Derkin lo siguió al tiempo que se cubría la cabeza con la capucha.

-Habrá otros guardias más adelante, -susurró-. ¿Piensas matarlos también?

-No a menos que se me presente la ocasión, -respondió Calan con indiferencia.

-Por Reorx, -rezongó Derkin, que todavía estaba furioso. No se le ocurría por qué el viejo enano había tenido que matar a los dormidos guardias. Hacerlo había sido peor que innecesario, había sido una estupidez. Aun así, tenía la impresión de que Calan Pie de Plata podía ser cualquier cosa menos estúpido.

El corredor giró, y se divisó el final, que desembocaba en el suelo del foso de la mina. Varios humanos armados se encontraban en la entrada, tres de ellos arrodillados sobre una vieja manta, jugando a los dados, mientras que los otros daban cabezadas o dormían.

-Mantén cubierto el rostro, -susurró Calan, que ahora caminaba más despacio.

En completo silencio, pasaron junto a los guardias y salieron al foso iluminado por las antorchas. El enorme agujero estaba más tranquilo que durante las horas diurnas, pero seguía habiendo actividad. Las carretillas en las que se cargaba el mineral en bruto salían rodando desde las distintas galerías, y pequeños grupos de esclavos, vigilados por guardias humanos, trabajaban separando los minerales en diferentes montones. Derkin miró hacia la empinada rampa que era la única salida de la mina y maldijo en voz baja. A mitad del repecho ardía una pequeña hoguera y una docena de humanos o más estaba sentada a su alrededor, obstaculizando el paso.

-Jamás lograremos escabullirnos entre esos tipos, -susurró el hylar al tiempo que obligaba a Calan a pararse-. No hay hueco suficiente para pasar.

-No vamos por allí -respondió la voz del viejo enano-. Te lo dije, conozco el camino de salida. Un camino mejor.

Agarrándose al invisible hombro de Calan, Derkin siguió a su guía cruzando el foso en diagonal, hacia una pared de piedra en la que sólo se veía un balde colgado junto a un saliente rocoso. Al irse acercando, sin embargo, un guardia humano pasó despacio al lado

de los dos enanos, se detuvo junto al balde, se volvió y miró a su alrededor; luego bostezó y se recostó contra el saliente.

-¡Herrín! -masculló Calan, que se había parado.

-¿Qué pasa? -preguntó Derkin.

-Ese hombre está en nuestro camino, -respondió la voz del anciano-. Allí es adonde vamos. Detrás de ese resalte rocoso hay un agujero. -Hizo una pausa y después continuó:- Espera aquí, Derkin. Atraeré al hombre para que se aparte de la pared. En cuanto se mueva, ve hacia el agujero y espérame. Enseguida me reuniré contigo.

Se soltó de la mano del hylar y se marchó. Sin otra cosa que hacer, Derkin se quedó quieto, esperando. Pasó un minuto, y luego otro, y de repente un aullido de dolor resonó en el foso. El hylar se volvió a tiempo de ver a un humano caer de bruces al suelo, chillando. Después otro se desplomó a unos cuantos pasos de distancia, y luego otro más, sus gritos sumándose a los del primero. Varios guardias corrieron hacia ellos, y Derkin vio materializarse una porra de madera al lado de uno de los hombres y descargarse sobre él. El hombre cayó, igual que los otros.

Junto al saliente rocoso, el ocioso guardia se había erguido y miraba boquiabierto el jaleo organizado en el foso; después enarboló una porra y corrió hacia sus compañeros caídos. Derkin echó a correr hacia la pared, manteniendo ajustada al cuerpo la prenda que lo hacía invisible, encontró el agujero detrás del saliente de piedra y se metió en él, pero se detuvo al instante.

-¿Agujero? -susurró-. Aquí no hay ningún agujero. Esto es un callejón sin salida.

Se dio media vuelta y empezó a salir de la somera oscuridad, pero chocó contra algo sólido e invisible. Unas piernas se materializaron en el aire cuando Calan cayó de espaldas, y enseguida volvieron a desaparecer.

-¡Mira por dónde vas! -exclamó su voz iracunda-. Te dije que esperaras aquí, ¿no? - Una mano callosa apareció y empujó de nuevo a Derkin hacia las sombras.

-Dijiste que había un agujero, una salida, -replicó el hylar.

-¡Y la hay! -espetó Calan-. Cierra el pico y agárrate de mi hombro.

Sólo había dos pasos desde la entrada de la oscuridad hasta su parte trasera; pero, al acercarse a ella, la áspera e irregular pared rocosa pareció retroceder y se convirtió en un largo túnel.

-¡Magia! -rezongó Derkin.

-Por supuesto que sí -dijo Calan delante de él-. Cállate y sigue andando. La magia me gusta tan poco como a ti.

-Entonces ¿por qué la utilizas?

-Deja de protestar. No hay otro camino. Vamos.

El túnel se extendía ante ellos, sombrío y sinuoso, aunque a pesar de la oscuridad parecía recibir algún tipo de iluminación débil, un fulgor verdoso que daba la impresión de salir de la nada.

-Pensé que no ibas a matar a más guardias, -dijo Derkin con brusquedad, todavía molesto por el absurdo asesinato de los guardias dormidos en la celda.

-A éstos no los he matado, -replicó Calan, iracundo-. Me limité a romper unas cuantas rótulas para hacerlos chillar. Y funcionó.

-¿Cómo encontraste este túnel?

-Un amigo me lo mostró. ¿Quieres dejar de parlotear y darte prisa? Esto de la magia me pone muy nervioso.

Unos cuantos pasos más adelante el túnel se ensanchó, dando paso a una pequeña gruta, bastante dentro de la rocosa montaña. El mismo fulgor verdoso proporcionaba luz suficiente para ver. Calan se detuvo, se sacudió de encima la mano de Derkin, y se hizo visible, empezando por los pies, a medida que se sacaba la túnica mágica por la cabeza.

-Ya no las necesitamos, -dijo-. A partir de aquí nadie nos verá.

Derkin se quitó la prenda de invisibilidad y respiró profundamente. Como le ocurría a la mayoría de los enanos, la mera presencia de algo mágico le resultaba repugnante. Arrojó la túnica a un lado, y al instante deseó no haberlo hecho. Podría pasarse una hora gateando por el suelo para encontrarla a tientas, y, mágica o no, podría serle de utilidad otra vez.

-Olvida las túnicas, -gruñó el viejo daewar como si le hubiera leído el pensamiento-. Te dije que ya no las necesitaremos.

Lo único que había en la gruta era un somero cuenco oscuro que estaba sobre el suelo de piedra, y Calan se acercó a él. Derkin lo siguió, aunque se agachó una vez para recoger la túnica invisible que había tirado. No podía verla, pero sus dedos la encontraron. Rápidamente, la enrolló, se la metió debajo de la camisola, y la aseguró bajo la cadena enroscada en torno a la cintura.

El cuenco de madera oscuro contenía un par de centímetros de líquido lechoso. Calan se puso en cuclillas delante del recipiente y contempló fijamente sus quietas, misteriosas profundidades. Derkin echó un vistazo al cuenco, y después siguió caminando hacia la pared trasera de la gruta. Con las manos extendidas, empezó a tantear la pétreo superficie, preguntándose dónde aparecería el siguiente túnel.

A su espalda, oyó decir a Calan:

-¿Despaxas? Estamos aquí.

Derkin se dio media vuelta, pero allí no había nadie excepto el viejo enano agachado junto al oscuro recipiente. Se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia la pared.

-¿Dónde está el siguiente túnel? -preguntó-. No encuentro ningu...

De repente, la roca pareció ondear ante él. Se sintió mareado, aturdido, desorientado. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, parpadeó, y cayó de espaldas. En lo alto, las estrellas titilaban en un vasto firmamento, y la luz de la luna roja saliente perfilaba las ramas de un árbol. No muy lejos, se veían escarpadas vertientes a ambos lados, grandes paredes de piedra que se alzaban hacia el cielo. Derkin se incorporó con dificultad, sintiendo el estómago revuelto. A unos cuantos pasos, el viejo Calan seguía acuclillado en el suelo, ciñéndose el estómago con su único brazo y sacudiendo la cabeza.

-Herrín, cómo odio esto, -gruñó.

-¿Qué..., qué ha pasado? -jadeó el hylar-. ¿Dónde estamos?

-Fuera de las minas. Te dije que sabía cómo salir de allí. -Todavía sacudiendo la cabeza, el viejo enano se puso de pie sobre las temblorosas piernas y se frotó el estómago con la sarmentosa mano-. Hemos sido transportados por un hechizo. Los magos los utilizan a veces.

-¿Eres mago? -Derkin lo miraba ceñudo.

-Cuidado con lo que dices, -increpó Calan-. ¡Por supuesto que no soy mago! Pero Despaxas sí lo es.

-¿Y quién es Despaxas?

-Él, -respondió el daewar, que se giró y señaló.

De las sombras de la arboleda de coníferas surgió una figura esbelta, encapuchada. Derkin no distinguió ningún rasgo del hombre, salvo su estatura y constitución, mientras se acercaba a ellos. Una cosa era segura: no era un enano.

La figura se aproximó, grácil y esbelta a pesar de la amplia cobertura de la larga túnica, y Derkin estrechó los ojos intentando distinguir sus rasgos. Entonces el recién llegado habló, y su voz sonó clara y armoniosa, musical como lo eran muy pocas voces humanas y ninguna enana.

-Bienvenido a la libertad, Derkin Semilla de Invierno. Soy Despaxas.

-¿Dónde estamos? -demandó el hylar.

-A unos seis kilómetros de donde te encontrabas antes, -contestó sosegadamente el encapuchado-. Este es el paso de Tharkas, y las minas de Klanath están en aquella dirección, hacia el norte. Al sur de aquí, al otro lado del paso, está el territorio enano... o lo que solía serlo.

Derkin miró hacia donde señalaba la figura encapuchada y después se volvió de nuevo hacia el desconocido.

-¿Qué quieres decir con que solía serlo? -inquirió.

-¿Acaso crees que has sido el único enano capturado por los esclavistas en los últimos años? -rezongó Calan-. Bueno, pues no es así. Los soldados del emperador humano ocupan las minas enanas ahora, así como todas las tierras desde aquí hasta el Fin del Cielo. Y todos los mineros que trabajaban en esas explotaciones lo hacen ahora como esclavos, igual que lo hacías tú en Klanath.

-No llegué tan lejos, -dijo Derkin, sombrío-. Fuimos atacados en la calzada al sur de las minas de Tharkas por unos merodeadores humanos. Mataron a los miembros de mi escolta, excepto a uno, que murió a causa de las heridas antes de que llegáramos a Klanath.

-Ésos no eran merodeadores, -replicó el encapuchado-, sino una avanzadilla de la fuerza de asalto que invadió Kal-Thax y se apoderó de las minas de Tharkas. Muy pocos enanos sobrevivieron al ataque y escaparon, dirigiéndose hacia Thorbardin.

-¿Entonces se dio la alarma?

-En efecto, -respondió el desconocido tristemente-. Pero no vino nadie. Los clanes estaban de nuevo en guerra en Thorbardin, y a nadie le pareció importante defender las minas que estaban fuera del reino subterráneo.

-Dioses, -musitó Derkin al comprender la enormidad de lo que acababa de oír. Desde su captura, Kal-Thax había sido invadida por los humanos, y ahora las montañas septentrionales estaban bajo su dominio-. ¿Y qué ha ocurrido en Thorbardin? -preguntó.

-El reino se mantiene, -le aseguró la figura encapuchada-. Se sabe que se ha reinstaurado cierto orden, al menos temporalmente. Pero aún sigue sin haber ayuda para estos territorios del norte.

Derkin estrechó de nuevo los ojos escudriñando las sombras de la capucha.

-¿Quién eres? -demandó-. ¿Qué quieres de mí, y cómo sabes todo eso?

Encogiéndose de hombros en un gesto elocuente, Despaxas alzó las manos y se retiró el embozo, dejándolo caer sobre sus hombros. La luz de la luna saliente descubrió un rostro de rasgos cincelados, serios, sin barba y enmarcado por largos cabellos. El semblante tenía una ligera expresión irónica, pero la sonrisa era tan inocente como la de un niño. Era un rostro casi humano, pero no exactamente.

-¡Eres un elfo! -dijo Derkin.

-Sí, lo soy, -admitió Despaxas-. Mi madre era una buena amiga de uno de tus antepasados. Lo admiraba, en cierto modo. Mira aquí. -El elfo se arrodilló y retiró la grava

y la tierra del suelo con un gesto grácil de su mano. Debajo surgió el brillo del hierro-. Ésta es una estaca de reclamación de tierras, Derkin. Mucho tiempo atrás se clavó aquí para marcar los límites del territorio enano. Mi madre estaba presente cuando se hizo. La persona que puso la estaca se llamaba Cale Ojo Verde, y su hermana era tu tataratarabuela.

-¿Y tu madre vivía entonces?

-Sí. Y todavía vive. Se llama Eloeth. Para ser sincero, fue idea de ella que viniera aquí para buscarte.

-¿Por qué? -Derkin alzó la vista hacia el rostro inocente e irónico. Su expresión ceñuda se tornó en otra de sobresalto. Detrás del elfo, a pocos pasos de distancia, algo lo estaba observando; algo que apenas lograba distinguir. Mientras lo miraba, la criatura pareció desenrollar y extender unos anchos apéndices que parecieron ondear en las sombras. Batiéndolos grácilmente, se elevó en silencio y después viró y se alejó, para desaparecer en la noche.

Derkin lo contempló fijamente hasta perderlo de vista.

-¿Qué infiernos era eso? -siseó.

-Lo llamo Céfiro, -repuso Despaxas-. Es un astral.

-¿Un qué?

-Un astral, -repitió el elfo-. Es un término que significa que no existe exactamente en este mundo, pero tampoco está exactamente fuera de él.

-Es la sombra mascota de Despaxas, -retumbó Calan Pie de Plata-. Lo sigue a todas partes. Feo, ¿verdad? Quiero decir, hasta donde se lo puede ver.

-Céfiro no os ve mejor que vosotros a él, Calan, -dijo el elfo quedamente-. Probablemente no ve tu cuerpo en absoluto. Lo que sí ve, sin embargo, es tu alma.

Derkin observó con fijeza al elfo, después dirigió la mirada hacia la noche, por donde la extraña criatura se había marchado.

-¿Esa cosa mira las almas? -gruñó-. ¿Por qué?

-Porque así puede decirme lo que ve en ellas. Céfiro es mi amigo.

Derkin sacudió la cabeza en un gesto de pasmo. Había algo que tenía pensado preguntar a esta gente rara, algo acerca de su huida de las minas, pero, aunque en ello le fuera la vida, no lograba recordar qué era.

Líder Sin Quererlo

Desde una alta y fría cima de piedra, dos enanos y un elfo contemplaban una escena de desolación, y Derkin Semilla de Invierno sintió crecer dentro de sí una ira ardiente. Estaban al sur del paso de Tharkas, y las escarpadas laderas que tenían a sus pies, a las que los primeros rayos del sol empezaban a tocar, eran la región de las minas de Tharkas. Antaño un conjunto de ricos y productivos pozos de metales duros, las minas habían sido explotadas cuidadosamente a lo largo de más de dos siglos por los enanos de Kal-Thax. Excavadas originalmente por expertos daergars de Thorbardin, las minas habían resultado ser inmensamente productivas, dando el valioso hierro de la más alta calidad que ninguno de ellos había visto en su vida.

Una vez, cuando era muy joven, Derkin había visitado las minas de Tharkas, y recordaba muy bien la bulliciosa actividad en las vertientes donde centenares de neidars

trabajaban en pozos y trituradores, en lavaderos donde el agua arrastraba la tierra, separándola del mineral de alta calidad, preparándolo para transportarlo a Thorbardin para el tratamiento en las grandes fundiciones, en las profundidades de la fortaleza subterránea. Le había parecido una escena alegre, según recordaba el hylar. Por dondequiera que mirara había cientos de enanos atareados, trabajando en relativa armonía, haciendo lo que más les gustaba: trabajar para sus propios fines.

Pero ahora la escena era diferente. Donde antes había ordenados montones de mineral en bruto y se oía el metódico repicar de martillos y taladros, un sonido tan musical como los tambores enanos resonando en las montañas, ahora era un feo desorden en la totalidad de la zona. Toda parecía discorde. Ríos de escoria se extendían aquí y allí, al azar; los montones de mineral eran cerros revueltos mal clasificados, y el tintineo de martillos y taladros carecía de ritmo: era el sonido del descuidado golpeteo de esclavos trabajando. Incluso sin las compañías de los humanos armados que deambulaban por la zona, habría resultado obvio para cualquier enano que esto no era ya una explotación enana. Por todas partes era patente la irreflexiva dejadez de los métodos humanos de minería.

Era la prueba de lo que sabían todos los enanos: los humanos eran malos mineros, y ni siquiera la destreza de los esclavos enanos mejoraría sus métodos. A diferencia de los enanos, los humanos no estaban en armonía con sus empresas, no trabajaban las minas como lo hacían los enanos, cooperando con la piedra para extraer sus riquezas. En lugar de eso, los humanos combatían a la mina como combatían a un enemigo. Y no sólo a las minas, sino también a los minerales y a las propias montañas que les proporcionaban sus riquezas. El concepto humano de minería, para la mayoría de los enanos, era como el que tenían de casi todas las cosas: tomar lo que se quisiera del modo que se pudiera, generalmente con fuerza bruta. La escena bajo la cima era una prueba de ello. Las pocas cabañas y cobertizos que había más abajo de las minas, -quedaban tres edificios de lo que antaño fuera un agradable pueblo neidar-, ahora estaban sin utilizar, en un estado ruinoso. Era evidente que sólo servían ya como dormitorios para los conquistadores humanos. Incluso desde lo alto de la cima, se veía la abatida desgana de las pocas enanas que trabajaban por los alrededores de lo que en tiempos había sido una bonita casa comunal. Al igual que los enanos en las minas, las mujeres también trabajaban como esclavas, cocinando y limpiando para los humanos.

El único otro asentamiento, que ellos pudieran ver, era un pequeño y lejano campamento en la falda de la montaña, junto a un bonito lago que Derkin recordaba de su infancia. El lago era un embalse construido siglos atrás por los artesanos enanos. Un largo y curvo dique de piedra represaba el caudal de varios arroyos de montaña, encauzándolos lentamente por una serie de canales de obra que serpenteaban por la falda de la montaña.

En el pasado, este sistema había asegurado el suministro de agua para toda la región de Tharkas. Pero eso había sido en la era dorada de Thorbardin, en los días de la Gran Calzada del Tránsito, cuando gentes de todas las razas y nacionalidades viajaban entre Ergoth meridional y las tierras del norte a lo largo de una ruta conservada conjuntamente por los enanos de Kal-Thax y las órdenes de caballería de la nación humana de Ergoth.

Aquellos tiempos habían quedado atrás, y la antigua calzada había caído en desuso, hasta el punto de que algunos tramos habían quedado borrados, destruidos. Y, aunque el embalse en la falda de la montaña permanecía, los canales estaban atascados con desechos y escombros. El lago aún existía, pero ya no daba servicio a pueblos y granjas enanos.

Con los ojos entrecerrados, Derkin intentó distinguir quién estaba acampado allí ahora.

-Son humanos, -dijo Calan-. Nómadas de las llanuras. ¿Ves cómo eluden a los soldados imperiales de las minas? Van y vienen, cruzan, pero las gentes de las planicies no suelen sentir aprecio alguno por el emperador.

Ceñudo, Derkin volvió a bajar la vista hacia la triste escena a sus pies y maldijo en voz baja. Después se volvió hacia el elfo encapuchado que lo había conducido allí.

-¿Dos años? -demandó-. ¿Han hecho todo este destrozo en sólo dos años?

-Lo mismo habrían hecho con el propio Thorbardin -contestó el elfo-, pero no lograron entrar. Lord Kane mandó una fuerza de asalto para tantear las defensas de la Puerta Norte. Céfiro los estuvo observando por encargo mío. Finalmente los humanos se dieron por vencidos y regresaron sin conseguir siquiera sobrepasar las defensas exteriores de Thorbardin. Pero las minas siguen en su poder, y llevan casi un año almacenando metales para enviarlos a Klanath por el paso.

-Pero ¿por qué Thorbardin no ha enviado tropas para expulsarlos?

-¿Qué tropas? -gruñó el viejo Calan-. Has vivido en Thorbardin como yo, joven hylar. ¿Cuánto hace que las enemistades entre clanes han cesado el tiempo suficiente para enviar tropas al exterior?

-¡Mi padre instauró el orden en Thorbardin! -espetó Derkin.

-Sí, desde luego, -se mofó el anciano-. Y la Paz Hylar duró poco más que la vida de tu padre. Después, como sabes mejor que yo, los enfrentamientos empezaron otra vez: theiwars contra daewars, daergars contra kiars, los hylars enclaustrándose en su Árbol de la Vida, enfurruñados...

-Lo sé -retumbó Derkin-. Por eso me marché de Thorbardin. Pero ignoraba que habían dado la espalda a las tierras altas.

-Bueno, pues lo hicieron. -El gesto ceñudo de Calan era tan fiero como el del hylar-. ¡Y, sin las tropas de Thorbardin, las tierras del exterior cayeron en manos de humanos! - Con una mueca desdeñosa, el viejo enano señaló hacia abajo, y su única mano semejó una rígida flecha acusadora, censuradora.

-¡Herrín y corrosión! -rezongó Derkin.

Detrás de él, Calan le susurró al elfo:

-Me recuerda a su padre cuando se pone así.

-Le hará falta ser tan fuerte como él, -contestó Despaxas.

Derkin se volvió hacia ellos, dando la espalda a la triste escena de abajo.

-Es hora de que alguien ponga fin a tanta atrocidad, -declaró-. Los humanos no tienen derecho a estar en Kal-Thax. Esta tierra es de los enanos.

-Estoy totalmente de acuerdo, -dijo el elfo, comprensivo.

-Haría falta un ejército para reconquistar este territorio -señaló Calan.

-Entonces iré a Thorbardin y traeré a ese ejército, -bramó Derkin.

-¿Cuál? -Calan sacudió la cabeza-. Estamos al corriente de lo que pasa en Thorbardin. No hay ejército alguno, sólo un puñado de clanes malquistados a los que Jeron Cuero Rojo y Dumbarth Cepo de Hierro mantienen a raya a duras penas, y que emplean hasta el último hombre vigilando el interior de la montaña. Nadie va a venir de allí para ayudar. No hasta que llegue el día en que Thorbardin vuelva a tener un verdadero líder, como en los viejos tiempos.

-Sí que hay un ejército, -dijo suavemente Despaxas-. Al menos, podría haberlo. Pero no lo encontrarás en Thorbardin.

Derkin miró al elfo con el ceño fruncido, y sus penetrantes ojos hylars parecieron traspasarlo.

-Entonces, ¿dónde? -inquirió.

-Allí. -Despaxas señaló al norte-. De donde vienes. Los humanos sólo tienen unos cuantos cientos de enanos trabajando en las minas al sur del paso, pero hay casi ocho mil esclavos en Klanath. Constituirían un gran ejército si contaran con el líder adecuado.

-Estás loco, -espetó Derkin-. Ahora soy libre, y no pienso volver allí.

-Mal asunto, -opinó Calan-. ¿Sabes? Esos esclavos de los fosos van a pagar muy caro lo de los dos guardias que por desgracia murieron cuando nos...

-¡Fuiste tú quien asesinó a esos hombres! -bramó Derkin-. Los degollaste alegremente, ¿y ahora te preocupa quién lo va a pagar?

El elfo se cubrió con la capucha para ocultar la leve sonrisa que curvó sus labios.

-Fuiste tú quien huyó, Derkin, -dijo-. ¿Quieres ser responsable del sufrimiento que les sobrevendrá a esos enanos inocentes?

Derkin guardó silencio un momento, su mirada yendo de uno a otro de sus extraños compañeros. Estrechó los ojos y observó fieramente a Calan Pie de Plata.

-Me preguntaba por qué habías matado a esos guardias, -dijo-. Me pareció algo absurdo, inútil, pero tenías un motivo, ¿verdad, daewar? Debí imaginarlo. Un daewar no hace nada sin una razón.

-Tú eres hylar, -repuso Calan-, y los hylars seréis mejores o peores, pero ante todo tenéis un gran sentido del honor y la caballerosidad.

-Y también una gran aversión a la manipulación, -replicó Derkin bruscamente-. Ahora lo entiendo. Los dos lo planeasteis todo. ¿Qué es lo que queréis de mí?

-Queremos lo mismo que tú -contestó Despaxas sosegadamente-. Queremos expulsar de Kal-Thax a los invasores humanos de lord Kane, y restablecer la frontera en el paso. Pero para lograrlo hace falta un ejército. Un ejército de enanos, y queremos que seas tú quien lo forme y lo dirija.

-¿Por qué yo?

-Porque puedes hacerlo, -dijo el elfo-. Céfiro ha visto tu alma, y conocemos tu linaje. Sabemos mucho de ti, Derkin Semilla de Invierno; llevamos observándote casi un año.

-¿Por qué? -Derkin lo miraba indignado.

-¿Has oído hablar de un elfo llamado Kith-Kanan?

-No que yo recuerde. ¿Por qué?

-Kith-Kanan es amigo de mi madre, Eloeth -explicó Despaxas-. Lo preocupa el emperador humano, Quivalin Soth, cuya alma es la más negra que Céfiro ha visto nunca. Kith-Kanan le pidió consejo a mi madre sobre Kal-Thax, porque Klananth está cerca y porque mi madre había tenido trato con los enanos. Ella, a su vez, me pidió ayuda, y yo hice otro tanto con Calan, porque es amigo mío. Perdió el brazo salvándome la vida hace casi doscientos años.

-Me parece muy bien. -La mirada de Derkin no se suavizó-. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué tanto interés en mí?

-Por lo que hemos descubierto sobre ti. -Despaxas se encogió de hombros-. Eres descendiente directo de Colin Diente de Piedra, que unió a los clanes enanos, una empresa que nadie había conseguido hasta entonces. También eres descendiente de Damon el Anunciado, de quien se profetizó que sería padre de reyes. Eres pariente de Cale Ojo Verde, y descendiente de Willen Mazo de Hierro, que dirigió ejércitos. Eres hijo del rey Hal-Waith de Thorbardin...

-¡Se llamaba Harl Lanzapesos, y jamás fue rey! –rectificó Derkin, furioso-. ¡Thorbardin no tiene rey!

-Oh, eso ya lo sabemos, -le aseguró el elfo-. Pero es una confusión que conviene mantener de cara al mundo del exterior. Pero tú, Derkin Semilla de Invierno, tienes el espíritu de una estirpe de poderosos líderes, y los que están a tu alrededor lo notan, tanto si son conscientes de ello como si no. Los esclavos de Klanath te seguirán. De hecho, algunos de ellos ya habían decidido seguirte, aunque tú no querías que lo hicieran.

-¡Todo esto es absurdo! -gruñó Derkin, cuya mirada furiosa fue hacia Calan-. Tú mismo dijiste que los esclavos no podrían escapar en masa de los fosos. Afirmarse que tal cosa era imposible.

-Es imposible una huida desde dentro. -El viejo enano se encogió de hombros-. Pero un ataque desde el exterior es una cosa distinta.

-¿Un ataque? Lanzado por nosotros tres, supongo. Harían falta cientos de guerreros sólo para entrar allí, por no mencionar el volver a salir.

Calan se encogió de hombros una vez más, dio unos pasos hacia la cornisa meridional de la cima, y señaló hacia abajo.

-Ahí hay centenares de enanos, Derkin. Y muchos menos humanos a los que enfrentarse que al otro lado del paso, en Klanath.

Derkin volvió a mirar de hito en hito a los dos, primero a uno y después al otro, al viejo daewar manco y al esbelto elfo encapuchado.

-Primero forma un ejército, y después dirígelo, -lo engatusó Despaxas-. Hay una gran diferencia entre una turba de enanos indisciplinados, ya sean esclavos huidos o cualquier otra cosa, y un ejército de enanos. Tus antepasados hylars demostraron eso con creces en unos días que mi madre recuerda.

Derkin fue hacia el elfo y levantó el brazo, ya que era treinta centímetros más alto que él, para quitarle la capucha que le ocultaba los rasgos.

-¿Qué interés tienes tú en esto? -demandó-. Ahórrate lo de Kith-Kanan y Eloeth. No eres enano, y tampoco lo son ellos. ¿Por qué se preocupan los elfos por las tierras enanas?

Despaxas lo contempló con sus ojos francos.

-Buena pregunta, -dijo-. Lord Kane y sus invasores son problema vuestro, no nuestro. Pero el emperador, a quien sirve lord Kane, tiene grandes ambiciones. Ya está desplazando fuerzas hacia las llanuras al este de aquí, y al otro lado de esas planicies se encuentran las tierras elfas. Habrá guerra entre los humanos de Ergoth y los elfos de Silvanesti, Derkin, es inevitable. Ocurrirá, y muy pronto, y será un largo y arduo conflicto.

-No es nuestra guerra, -comentó Derkin.

-En cierto modo, sí -le respondió el elfo-. El emperador utilizará Klanath como una base para equipar y reforzar sus hordas humanas contra los elfos, y tal vez nos conquiste por ello. Después, la recompensa del emperador para lord Kane serán las tierras enanas.

-Comprendo, -musitó Derkin-. Así que para cortar las vías de abastecimiento de los humanos, planeáis un conflicto en la retaguardia, utilizando un ejército de enanos en vuestro beneficio.

-En el vuestro -puntualizó Despaxas-, que redundará en el nuestro.

-Tortuoso, -dijo Derkin con sorna-. Tortuoso, pero... En fin, puede que tenga sentido, en cierto modo.

-Gracias. A mi madre le encantará saber que lo apruebas.

-Aprobarlo es una cosa, -resopló el viejo Calan-, y aceptar es otra muy distinta. ¿Estás de acuerdo en llevar este plan adelante, Derkin?

-No lo sé -respondió el hylar lentamente-. ¿Qué tendría que hacer primero?

-Ir allí abajo, a las minas, organizar a los enanos, librarte de los humanos, de los que sólo hay una compañía de infantería y alrededor de una docena de encargados, y después adiestrar a los tuyos como una fuerza de asalto y marchar hacia Klanath.

-Oh, ¿eso es todo? -La risa de Derkin sonó fría e irónica-. ¿Y cómo planeáis que haga algo tan sencillo?

-Eso eres tú quien tiene que decidirlo, -repuso el viejo enano-. Eres el líder.

-Y mientras todo esto tiene lugar, ¿qué pasará en Klanath?

Despaxas volvió a ponerse la capucha.

-Se ha preparado una maniobra de diversión, -dijo, enérgico-. Mantendrá ocupado a todo el mundo durante un tiempo.

La luz del alba todavía no había llegado a los fosos de metales blandos de Klanath cuando el fornido esclavo llamado Taladro Tolec se despertó al sentir posarse una mano en su hombro. El interior de la enorme y apestosa celda estaba sumido en la oscuridad, pero conoció la voz susurrante que le habló al oído. Era el daergar, Vin la Sombra. Taladro gruñó y volvió la cabeza intentando ver al otro enano.

-¿Vin? -susurró-. ¿Eres tú? Suéltame, estoy despierto. ¿Qué pasa?

-Mira esto, -musitó Vin con un tono de excitación.

-¿Que mire qué? -rezongó Taladro-. Mis ojos no son como los tuyos, y aquí no hay luz suficiente para que pueda ver.

Con impaciencia, Vin agarró la mano del theiwar y le puso algo en ella. Incluso en la oscuridad, Taladro reconoció el mango de un pesado martillo. Se sentó y tanteó la herramienta con los dedos.

-¡Lo conseguiste! -susurró-. ¿Cómo te las arreglaste?

-De ninguna manera, -respondió Vin-. Me desperté y... En fin, puedes verlo por ti mismo.

Vin se escabulló de su lado y Taladro escuchó ruidos como si alguien estuviera revolviendo en un montón de herramientas. A su alrededor, otros enanos rebulleron y empezaron a despertarse. Cerca, alguien, obviamente otro minero daergar, masculló:

-¡Caramba! ¡Mirad eso!

-¿Qué? -preguntó otro en un susurro-. ¿Qué has visto?

Hubo una serie de rápidos chasquidos secos acompañados por minúsculos destellos de chispas. La yesca prendió sobre una callosa palma, y unos soplidos la avivaron; los que estaban cerca vieron a Vin la Sombra levantando una vela recién encendida.

-Aquí tenéis, -dijo-. Ahora podréis ver. ¡Mirad!

Taladro se quedó boquiabierto, con los ojos desorbitados. A su alrededor, otros esclavos enanos se frotaban los soñolientos ojos y luego contemplaban embobados lo que Vin señalaba. Sobre el suelo de la celda, en un montón revuelto, como si alguien los hubiera tirado allí, había gran cantidad de instrumentos, y más y más exclamaciones ahogadas sonaron a medida que más y más esclavos se daban cuenta de lo que estaban viendo. Había martillos y hachas, jabalinas con puntas de acero y relucientes espadas, mazas y dagas, ballestas del tipo utilizado por los goblins, con montones de mortíferas saetas, incluso unos cuantos arcos elfos de madera de limonero lacada, y aljabas llenas de flechas. La luz de la vela titilaba sobre un millar de letales filos y superficies metálicas.

Detrás de las armas apiladas, oscurecidas por la sombra arrojada por el montón, había piezas de armaduras de diversos tipos y diseños, pectorales, escudos, varias clases de

yelmos, brazales y cascos de cuero; era como si alguien hubiera hecho un precipitado aprovisionamiento en un bazar de armas usadas y hubiera cogido un poco de todo. Y más allá, en el límite de las sombras, se veían fardos y barriletes. Vin observó atentamente estos últimos, y sus grandes ojos se estrecharon.

-Fijaos en esas marcas, -dijo-. Son de los almacenes del delegado de la mina.

Otra cosa atrajo la atención del daergar, sin embargo. Justo enfrente del montón de armas, un cuenco pequeño y somero, de madera oscura, descansaba sobre el suelo de piedra. Se acercó a él con cautela y miró dentro. En el fondo del cuenco había un poco de líquido lechoso que, al mirarlo él, empezó a brillar con un débil fulgor verdoso.

-¿Pero qué...? -empezó, y entonces se encogió sobre sí mismo cuando una voz salió del cuenco; una voz sosegada, musical:

-Armaos, -dijo el líquido lechoso-. Cerrad con barricadas las rejas y fortificad la celda. Romped vuestras cadenas y defended la puerta a toda costa. Armaos, y resistid en la celda... Resistid en la celda...

Un enano de espesa barba se asomó al cuenco con expresión escéptica. Removió el líquido sin que se produjera ningún efecto aparente.

-Eso es una locura, -gruñó-. No podemos hacernos fuertes en esta celda.

Cerca de él, un sarmentoso enano, tuerto y con profundas cicatrices en la espalda, cogió una espada y un escudo.

-Al infierno con los cuencos parlantes, -gruñó-. Quitémonos estas cadenas y vayamos a matar unos cuantos esclavistas.

Empezó un murmullo generalizado de aprobación, pero enseguida se silenció al caer en la cuenta de que las voces podían llegar a los guardias de fuera.

-Lo primero es lo primero, -dijo con sosiego un corpulento enano-. Que alguien vigile la puerta mientras los demás se quitan las cadenas. Después, cuando estemos listos, podemos...

-Resistid en la celda, -repitió la voz musical del cuenco en tono urgente-. Al otro lado os espera la muerte. Resistid en la celda.

-Al cuerno con eso, -resopló alguien, algo sorprendido de estar hablando con un cuenco de lo que parecía ser leche-. ¿Cuánto tiempo podríamos resistir en una celda sin salida? Los humanos no tendrían que perseguirnos. Se limitarían a esperar a que nos muriéramos de hambre. O a enterrarnos vivos aquí.

-Resistid en la celda, -repitió la voz, que fluía sobre ellos como una música-. Va en camino ayuda. Llega alguien que os sacará de ahí. Armaos, asegurad con barricadas las verjas, y defended la celda...

La luz verdosa se apagó, y la voz se desvaneció. En la caverna de la celda se produjo un breve silencio, y la titilante llama de la vela de Vin perfiló los rostros de centenares de enanos, todos ellos ceñudos, y algunos recelosos.

De pronto surgió otra luz, una luz débil, los haces danzantes de linternas, al otro lado de la reja de la celda, y se oyeron los inconfundibles sonidos de guardias humanos en el corredor, detrás de la puerta. Dentro de la celda, centenares de enanos escucharon en un silencio intenso.

El silencio duró sólo un instante. En el corredor una voz humana gritó:

-¡Eh, vosotros dos, despertad! Es la hora del... ¿Qué es esto?

-Están muertos, -dijo otra voz humana-. ¡Los han degollado a los dos! ¡Dad la alarma!

Repicaron armas, una trompeta resonó, y se oyó ruido de pies corriendo, distantes pero acercándose.

Como un solo hombre, los enanos de la celda se apiñaron contra la reja.

-¿Qué imbécil mató a los guardias nocturnos? –gruñó Vin la Sombra-. Ahora todos se nos echarán encima antes de que sepamos qué hacer.

-Quizá fue quienquiera que trajo todo esto a la celda, -sugirió Taladro Tolec.

-Nadie lo trajo aquí -replicó Vin-. Vino por medios mágicos. Ese cuenco lo demuestra.

-Nunca he visto nada mágico, -dijo alguien.

-No confío en la magia, -añadió otro.

Detrás de la reja se alzó una lámpara, y su luz penetró a través de las barras proyectando un dibujo danzante sobre la apiñada masa de enanos.

-¡Eh, gorgojos, echaos atrás! ¡Apartaos de la puerta!

-Nadie de los que estamos aquí dentro mató a los guardias, -le dijo Taladro a Vin-. La tranca está en su sitio, ¿ves? La reja sigue cerrada.

Los que estaban en las primeras filas siguieron amontonados ante la reja, no sólo llevados por la curiosidad, sino porque los empujaban los que tenían detrás. Al otro lado de la puerta, el humano volvió a gritarles, y una lanza entró entre las barras, amenazando a la multitud de dentro. Pero, antes de que la punta pudiera alcanzar a nadie, una mano musculosa agarró el astil, y un brazo fuerte y corto tiró hacia arriba y hacia atrás. El humano que había al otro lado salió impulsado contra la reja, y se quedó petrificado cuando una espada centelleó a través de las barras y lo abrió en canal desde el vientre al esternón. El hombre chilló, se sostuvo un instante, y después se desplomó en el suelo de piedra cuando la espada se retiró.

Dentro de la celda, un enano, -el esclavo tuerto con las profundas cicatrices en la espalda-, limpió la hoja del arma en su túnica.

-Uno menos, -gruñó.

Entonces el corredor se llenó de humanos armados y de brillantes lámparas, y los enanos retrocedieron en la celda, apartándose de la reja.

-¡Deprisa! -bramó Vin la Sombra-. ¡No dejéis que retiren la tranca!

Lanzas y picas se colaron a través de la reja de la puerta, y unas manos humanas agarraron la tranca y empezaron a correrla hacia un lado. Se movió sólo un par de centímetros antes de que una andanada de flechas y saetas disparadas desde el interior de la celda se descargara sobre los humanos que estaban al otro lado. Los hombres gritaron, cayeron, y algunos huyeron. Unas sombras danzaron enloquecidas en el corredor repentinamente desierto, allí donde las lámparas caídas titilaban en el suelo.

-Bueno, se acabó -susurró Taladro Tolec-. Pero volverán. ¿Qué hacemos ahora?

-¡Fortificar la puerta! -exclamó una docena de voces.

-¡Echarla abajo y atacar los fosos! -gritaron otras voces.

-¡Matar humanos! -sugirieron varias.

-¡Un momento! -bramó alguien-. Hagamos lo que hagamos, será mejor que lo hagamos juntos. ¿Quién está a cargo aquí?

-Yo no, -respondieron al unísono una docena de voces.

-Bueno, pues alguien tendrá que ponerse al mando, -dijo una voz irritada-. ¿Quién lo hará?

-A mí no me miréis, -espetó el enano tuerto a varios que estaban a su alrededor-. Sé cómo luchar, pero no soy un líder.

-¿Y el hylar? -preguntó Taladro con una súbita inspiración-. ¿Dónde está el hylar? ¡Él puede dirigirnos!

Pasaron algunos minutos antes de que se dieran cuenta de que el hylar, al que sólo conocían como Derkin, ya no estaba entre ellos; cuando finalmente eso quedó claro, en la celda reinó el silencio. Durante un momento, todos los enanos habían imaginado una gran victoria: enanos luchando, abriéndose paso entre la masa de humanos, conquistando el camino a la libertad. Tal vez habría podido ocurrir en los viejos tiempos gloriosos de los que hablaba el saber popular. La arrolladora furia enana superando desventajas desesperadas... dirigida por un jefe hylar.

Pero la visión sólo duró un instante, y se impuso la realidad. Tenían armas y algunos víveres obtenidos a saber por qué magia infernal. Pero seguían siendo una pandilla de esclavos atrapados en una celda de piedra, y fuera estaban los amos, respaldados por centenares, tal vez miles, de guerreros humanos. Estaban atrapados aquí como ratas en un barril, y los humanos podían ir por ellos a voluntad.

-Supongo que más vale que hagamos lo que dijo el cuenco, -musitó Vin la Sombra tristemente-. Pongamos barricadas a la celda, defendamos la puerta, y esperemos refuerzos.

Ataque A Pequeña Escala

Despaxas se había marchado a alguna parte; en cierto momento estaba allí y al siguiente había desaparecido. Cuando Derkin preguntó a Calan dónde estaba el elfo, el daewar manco se limitó a encogerse de hombros y a hacer un ademán de indiferencia.

-Va y viene a voluntad, -dijo-. No mantengo un contacto regular con él.

-Y esa cosa que lo acompaña también se ha ido, -señaló Derkin.

-¿Céfiro? -Calan se estremeció-. Apenas se lo ve, pero alguna que otra vez es ya demasiado.

-¿Es peligroso?

-Despaxas dice que no, pero a mí no me gusta. Estaba con el elfo el día en que lo... traje. Estaba haciendo el tonto con pequeños hechizos, como haciendo prácticas mágicas, y de repente apareció esa cosa, justo delante de nosotros. Despaxas dice que no estaba realmente, que su cuerpo está en algún otro plano, sea lo que sea lo que signifique eso. Cree que uno de sus conjuros se enredó con el de otra persona de ese otro plano, y que Céfiro quedó atrapado a mitad de camino entre uno y otro. Así que el elfo lo hizo su mascota... o a la parte que está aquí. Supongo que es inofensivo; pero, como no me gusta la magia, tampoco me gustan las cosas que parecen la sombra de una manta raya.

Los dos enanos pasaron las horas diurnas en una gruta pequeña y profunda, en lo alto de la montaña. Por allí corría un arroyuelo cristalino, y por las cercanías había trochas de caza mayor, pero Derkin pasó esperando más de una hora junto al arroyo, camuflado con matojos y simulando ser parte del matorral, antes de que asomara algo comestible. De haber ido armado con una honda, o incluso con una hacha arrojadiza o una jabalina, habría recorrido las trochas buscando algún venado, un jabalí o hasta un oso pequeño. Pero todo lo que tenía a mano era una sólida estaca, así que esperó emboscado, y tuvo que conformarse con un par de conejos.

Calan encendió una pequeña lumbre en un profundo claro, y mientras cocinaban su cena el viejo daewar le contó a Derkin, con todo lujo de detalles, las costumbres y rutinas

de los humanos que dirigían las minas de Tharkas. La compañía de infantería estaba formada por dieciocho soldados; entre jefes y capataces ascendían a una docena, y sólo había un pozo en explotación. Varios cientos de esclavos enanos trabajaban divididos en pequeños grupos durante las horas diurnas. La entrada al pozo estaba vigilada, y sólo se permitía que salieran unos pocos enanos a la vez. Éstos transportaban los mejores minerales metalíferos al exterior para su almacenaje.

Cada noche, el pozo quedaba cerrado con todos los esclavos dentro, en tanto que los soldados montaban guardias en tres turnos de seis hombres.

Derkin estaba sorprendido de que el viejo enano, que hasta la noche anterior había sido también esclavo en un foso minero a bastante distancia, supiera tantos detalles sobre este lugar. Pero, como con todos los otros asuntos, Calan sólo dijo lo que se proponía decir, explicando lo que tenía intención de explicar, y se negó a comentar cómo lo sabía.

La casa comunal era sólo lo que parecía, dijo Calan. En otros tiempos la sala de reuniones de una próspera comunidad enana, ahora servía como cocina y lavadero, así como de alojamiento para las esclavas enanas que trabajaban en ella.

Para cuando el sol empezaba a meterse detrás de los picos occidentales, Derkin tenía una idea clara y detallada de los movimientos y costumbres de los humanos allí abajo, y sólo quedaba pendiente una pregunta:

-¿Cómo controlan a los esclavos dentro del pozo? Si sólo entran allí los jefes de la mina y los guardias no, ¿qué impide que los esclavos se levanten contra ellos y los maten?

-No estoy seguro, -admitió Calan-. Quizá sean los goblins.

-¿Qué goblins?

-Bueno, cuando las tropas de lord Kane llegaron aquí la primera vez para hacerse con el control, entre ellas venía una compañía de goblins. Cuando la zona fue segura y las fuerzas se marcharon, los goblins no iban con ellas. Y no se los ha visto desde entonces, así que tal vez estén en el pozo de la mina. Los goblins se sienten a sus anchas bajo tierra. Quizá los humanos los contrataron y los dejaron como una tropa de represión.

-Fantástico, -rezongó Derkin al tiempo que contenía un escalofrío. Si había algo que un enano detestara más que la magia, eran los goblins-. Goblins en la mina, -masculló-, como si las cosas no estuvieran ya bastante complicadas.

Con la última luz del día, Derkin se encontraba escondido justo encima del campamento minero, observando el cierre del pozo y la posición de los guardias. Era exactamente como le había dicho Calan. Se trajo comida desde la casa comunal, y después seis humanos armados se quedaron fuera, situándose en un amplio arco alrededor de la explanada de la mina, mientras que el resto se retiraba a dormir a un par de viejas cabañas enanas.

Los que estaban de guardia no encendieron hogueras, y Derkin comprendió que pronto tendrían luz de sobra. Dentro de una hora, por lo menos una de las lunas de Krynn estaría en el despejado cielo, y a los humanos no les haría falta la luz de las hogueras.

La posición de los guardias indicaba que los hombres no esperaban problemas, y, por supuesto, nada procedente del exterior de su perímetro. Se habían situado para vigilar la mina y los edificios, no el terreno agreste del entorno. Una leve y fría sonrisa estiró las mejillas barbudas del hylar.

-Cómo lo hagas es cosa tuya, -le había dicho el viejo daewar mientras se encogía de hombros como si no sintiera el menor interés en lo que iba a ocurrir a partir de entonces.

-En tal caso, lo haré a mi modo, y sólo al mío, -había replicado con aspereza.

Dejó al viejo daewar dormido junto al arroyuelo, y se alegró de que así fuera. No le hacía falta alguien tan imprevisible como Calan Pie de Plata.

Su plan era sencillo: quitar de en medio a todos los guardias que pudiera del modo más silencioso posible, después abrir el pozo de la mina y, de algún modo, liberar a los esclavos que estaban dentro. Ahora que, si también había goblins... En fin, no sabía dónde estaban o lo que podrían hacer, así que no conseguía nada preocupándose por ellos.

Llevaba una sola arma, un sólido palo de dura madera, de un metro veinte de largo y con ambos extremos afilados. Era lo más parecido a una jabalina de cavador que había podido improvisar. En Thorbardin, Derkin se habíapreciado de su destreza con esta herramienta.

En la profunda oscuridad, se deslizó hacia las primeras posiciones de los guardias y echó una ojeada en derredor. Antes de que se hiciera de noche había visto a un guardia humano tomar asiento junto un árbol caído, con la espalda recostada en el tronco. En aquel momento había decidido que este sería su primer blanco.

Derkin se acercó al hombre por detrás, caminando en total silencio y plantando los pies con seguridad en la ladera de la montaña. Estaba a menos de un metro del hombre cuando el humano oyó o presintió algo. El guardia empezó a darse media vuelta al tiempo que hacía intención de levantarse, pero era demasiado tarde. Derkin saltó sobre él por encima del tronco, y arremetió con la jabalina a la nuca del hombre; la afilada punta salió por debajo de la barbilla. Aferrando el astil con las dos manos, Derkin tiró hacia atrás. El guardia hizo un sonido borboteante a la vez que sus pies pateaban el suelo. Entonces su cuello chascó y el hombre se desplomó, muerto.

Derkin le quitó la daga, pero dejó las otras armas donde habían quedado tiradas. No merecía la pena cargar con el arco y las flechas, así como con la incómoda espada humana de hoja liviana.

No le resultó tan fácil llegar hasta el segundo guardia. Este hombre estaba en una angosta grieta vertical abierta en la roca, protegido por ambos lados. El enano podría haber cargado contra él y haberlo matado hincándole la jabalina, pero las posibilidades de poder llevarlo a cabo en silencio eran nulas, ya que el humano tendría tiempo de gritar antes de morir.

Por un momento, Derkin se devanó los sesos buscando la solución, y después se aproximó sigiloso por un lado de la grieta, manteniéndose oculto. Cuando estuvo lo bastante cerca para oír la respiración del guardia, sacó la daga y la arrojó al suelo en la pendiente que había justo fuera de la hendidura. El arma cayó con un apagado golpe, y quedó tirada en la tierra, brillando con la luz de las estrellas.

Dentro de la grieta, el humano se movió, rezongó algo para sí mismo, y avanzó un paso, con los ojos entrecerrados. Dio otro paso, y se encontró fuera de la hendidura; se inclinó y alargó la mano hacia la daga. Ni siquiera oyó el rápido zumbido de la jabalina de Derkin al descargarse sobre él; el sólido palo se estrelló en la desprotegida base del cráneo, y el hombre se tambaleó, se desplomó hacia adelante, y Derkin hincó uno de los afilados extremos en su garganta, ahogando el grito estrangulado antes de iniciarse.

Recuperó la daga, quitó al guardia lo que ya había decidido que quería, -una maza de cadena, con la cabeza de bronce-, y siguió adelante. Sabía que el tercer guardia no llevaba casco.

Al cabo de un rato, cinco de los guardias yacían muertos, y Derkin se dirigía sigilosamente hacia el sexto cuando se frenó en seco. Cerca, algo o alguien se había movido, rozando suavemente los arbustos. Esperó manteniéndose completamente inmóvil,

y de nuevo escuchó un ruido muy leve. Justo a su izquierda, alguien más se deslizaba sigiloso hacia la posición del adormilado guardia.

Un profundo ceño frunció las cejas de Derkin al tiempo que el enano maldecía en silencio.

Calan, -se dijo para sus adentros-, si me estropeas el plan, juro que te romperé la tapa de los sesos.

En la oscuridad de la noche, cuando reinaba el silencio en las laderas ricas en minerales y la fresca brisa soplaba en las montañas, Helta Bosque Gris se escabulló del polvoriento sofocante granero, bajó por la estrecha escalera de mano a la planta baja de la casa comunal, y cruzó en silencio la estancia, descalza, dirigiéndose a la puerta trasera sin dejar las sombras por si acaso alguno de los humanos que hacían guardia echaba un vistazo dentro por los postigos rotos de una ventana. Alrededor de la escasamente iluminada estancia principal, varias enanas estaban sentadas en bancos o tumbadas en jergones improvisados, descansando de las faenas del día. Algunas miraron a Helta mientras pasaba, y la que estaba más cerca, -una matrona canosa con profundas arrugas en torno a los ojos- dijo:

-No te alejes mucho, Helta. Esta noche habrá luna llena.

-Tendré cuidado, Nadeen -contestó la muchacha, que hizo un alto-. Pero es que necesito un poco de aire fresco.

Nadeen asintió con un cabeceo, comprendiendo a la joven. El granero no era un sitio agradable para trabajar, ni siquiera en las mejores circunstancias. Cerrado y bochornoso, el reducido espacio situado encima de la cocina estaba siempre lleno de polvo, caliente y apestando por el acre olor del grano pudriéndose. Y ahora, con los suministros redoblados que los invasores humanos habían metido en él, el lugar resultaba casi insoportable.

Helta era la esclava más joven que había en el complejo minero. Era poco más que una adolescente y muy hermosa, con un rostro en el que se combinaban los delicados rasgos de ascendencia daewar con los ojos grandes y ligeramente rasgados y el cabello oscuro y lustroso de un abuelo hylar. Por regla general, los varones humanos sentían poco interés por las mujeres enanas, encontrándolas a veces graciosas pero casi nunca atractivas. Sin embargo, a juicio de las mujeres de la casa comunal Helta Bosque Gris podía ser una excepción. Y, siendo así, más valía mantenerla lejos de los humanos del complejo minero.

En consecuencia, a Helta le había tocado de manera permanente ser la encargada del granero desde que los invasores humanos habían llegado. Era el único sitio disponible adonde no parecía probable que fueran los humanos.

Helta pasaba los días en el granero sin protestar, pero a veces, tras un día de sol cayendo de plano sobre el techo del granero, el sitio parecía un horno y resultaba insoportable. Algunas noches, la joven tenía que salir un rato para sentir el soplo de la brisa y respirar el limpio aire perfumado de la montaña.

A estas horas, con el pozo de la mina ya cerrado, los guardias nocturnos estaban distribuidos por el perímetro, y todos los demás humanos se habían ido a sus camastros. Helta echó un vistazo desde la puerta trasera, mirando a uno y otro lado, escuchando con atención, y después se escabulló fuera y cerró la puerta tras ella.

La luna saldría pronto, pero ahora mismo estaba oscuro fuera, y la única luz era el débil y helado resplandor de las estrellas en la negra bóveda celeste. Durante un rato, Helta se limitó a quedarse de pie, respirando con deleite el fresco y limpio aire. Luego, como era

su costumbre durante estas escapadas, echó a andar. El ejercicio era agradable, y hacía mucho tiempo que había calculado los límites de área visible desde los puestos de guardia cercanos a la casa comunal. Los cautivos no tenían permiso para salir después de la puesta de sol; pero, mientras se mantuviera oculta, se sentía bastante segura.

Mientras caminaba, paseando de un extremo a otro de la longitud del edificio, evocó con melancolía a la familia que nunca volvería a ver: su padre, muerto a manos de los invasores humanos; su madre y sus hermanas, llevadas a algún mercado de esclavos en territorio humano. Los humanos habían llegado por el paso en grandes cantidades y habían lanzado un ataque sorpresa que fue cruel y sangriento.

Durante un tiempo, los ejércitos humanos habían asolado las tierras de los alrededores. Todos los enanos varones en buenas condiciones físicas habían sido llevados al pozo principal o conducidos hacia las minas humanas de Klanath. Los viejos e incapacitados entre los cautivos habían desaparecido, simplemente, y a la mayoría de las mujeres y los niños se los habían llevado. Después, el ejército se había marchado, pero se quedaron los guardias y los capataces.

Helta soñaba fantasías sobre escabullirse, huir y ajustar cuentas. Todos los días y todas las noches durante los dos últimos años había tenido esos sueños. Soñaba que escapaba, pero más a menudo soñaba que aplastaba las cabezas de los humanos, que envenenaba sus bebidas, que de algún modo, merced a una compleja combinación de suerte y astucia, conseguía que todos los humanos de la región se precipitaran por algún risco, o algo igualmente satisfactorio.

Estas ideas eran tontas fantasías, pero le proporcionaban algo que pensar aparte del interminable y pesado trabajo, y el miedo de la vida en cautiverio.

Y en ocasiones soñaba con un héroe, con alguien que llegaría y acabaría con los invasores humanos. Imaginaba a un joven y fornido enano blandiendo una espada o un hacha o algo igualmente letal, que desafiaría a los humanos y que aceptaría el reto de todos y mataría en combate hasta el último de ellos sin que se le desarreglara ni un pelo de la barba. Incluso imaginaba cómo sería su aspecto. Llevaría una exquisita y brillante armadura, con el yelmo tachonado con gemas, y en sus ojos habría un brillo de fortaleza y coraje.

Se parecería a los personajes de los antiguos cuadros que una vez había visto en una feria neidar, los magníficos guerreros hylars de los viejos tiempos, cuando los enanos dominaban toda Kal-Thax, y la legendaria Thorbardin vivía su era dorada. Nunca había visto el reino subterráneo, ni nadie que ella conociera lo había hecho, pero aun así existían las leyendas de una época en que los hylars llegaron del este para unir a las beligerantes tribus en una gran nación y construir una poderosa fortaleza bajo la cumbre de la montaña.

Helta paseaba al tiempo que movía los brazos adelante y atrás, soltando los músculos contraídos de su cuerpo, pequeño y fuerte, dejando que el aire limpiara sus pulmones y le acariciara el rostro. Cerca de la casa comunal estaba el cobertizo en el que los humanos guardaban sus equipos, y estuvo tentada de colarse dentro de nuevo, como había hecho anteriormente, para buscar algún arma, pero faltaba poco para la salida de la luna, y se arriesgaba a que la vieran. Además, nunca había encontrado nada útil en el cobertizo, sólo grandes rollos de cuerda y de cable, pilas de pesados tablones, y una hilera de tornos y mordazas.

Un indicio de la salida de la luna se insinuaba en el cielo por encima de los picos orientales cuando Helta decidió que era hora de volver dentro. Se giró hacia la puerta de la casa comunal y entonces se quedó parada, escuchando. Le había parecido oír voces, no

muy lejos. Escuchó atentamente y llegó a la conclusión de que debían de ser algunos humanos roncando en las dos cabañas que utilizaban como barracones. Alargó la mano hacia el picaporte y entonces volvió a oír algo, con gran claridad. Una exclamación ahogada, ruidos apagados, y un golpe sordo. Después, otra vez, voces masculinas susurrando, como enzarzadas en una feroz pero queda discusión.

Llevada por la curiosidad, se deslizó hacia la esquina de la casa comunal y se asomó. Allí, a la luz de las estrellas, a plena vista de los puestos de guardia, había dos figuras oscuras: un enano y un hombre alto. Resultaba evidente que estaban discutiendo.

Aunque sus veces sólo eran susurros contenidos y furiosos cuchicheos, los ademanes eran obvios. El enano señalaba con el dedo al hombre y mascullaba algo, y el hombre extendió los brazos en un gesto exasperado. Después, el hombre apuntó con el dedo al enano, moviéndolo directamente delante de su cara... y de repente perdió el equilibrio cuando el enano lo agarró por la mano, giró sobre sí mismo, y lo arrojó por encima de su hombro; el humano aterrizó de espaldas en el suelo con un contundente golpe. Antes de que tuviera ocasión de moverse, el enano se le había echado encima y le cubría la boca con una mano al tiempo que con la otra lo golpeaba en la cabeza. El hombre dejó de forcejear, y el enano se puso de pie, sin dejar de rezongar.

En ese momento, el curvo filo de la luna blanca apareció por encima de las cumbres orientales, y la luz llegó a la explanada. El enano estaba a descubierto, a plena vista del perímetro de la guardia.

-¡Oh, dioses! -exclamó Helta, y echó a correr. Sus pies descalzos salvaron, veloces, los doce metros que la separaban del enano plantado junto al humano caído. El enano se volvía hacia ella cuando la joven hizo una finta a su alrededor, lo agarró por el brazo y tiró de él tan deprisa como le fue posible, de regreso a las sombras arrojadas por la casa comunal. Allí, él la miró sin salir de su asombro y abrió la boca para decir algo, pero ella se la tapó con la mano -. ¡Chist! -lo instó en un susurro-. Los guardias te cogerán.

Con súbita decisión, lo tomó del brazo, plantó los pies en el suelo con firmeza, y tiró de él hacia la puerta, abrió ésta y lo metió en la casa comunal de un empujón.

Casi todas las mujeres estaban dormidas, pero Nadeen levantó la cabeza, miró hacia la puerta, y se incorporó de golpe.

-¡Helta! -susurró-. ¿Qué...?

-¡Chist! -Helta cerró sin hacer ruido, y después medio arrastró al barbudo enano hacia la escalerilla, tapándole de nuevo la boca con la mano-. Vamos, sube, -dijo-. Te esconderé en el granero.

Allí, a la luz de una vela, lo vio mejor. No lo conocía, pero era evidente que necesitaba ayuda. Su barba y su cabello estaban sucios y enmarañados, y por única vestimenta llevaba una especie de blusón que no era de su talla y estaba mugriento; tenía las manos manchadas de sangre, así como la daga que llevaba a la cintura y un extraño palo, afilado por los extremos.

Nadeen lo miró con ojos como platos, y luego miró a Helta.

-¿Quién es éste? -susurró-. ¿Qué demonios...?

La puerta trasera se abrió violentamente, y los tres se volvieron hacia ella. La persona que entró era un humano, que se inclinó para cruzar el marco bajo. Llevaba una brazada de armas de diferentes clases, y miró con expresión acusadora al extraño enano.

-No tenías por qué darme un golpe en la cabeza, -gruñó-. Con decir gracias habría bastado. -Durante unos segundos él y el enano se miraron ceñudos. Después, el hombre soltó el montón de armas sobre la mesa de tablas que había junto a la escalerilla, y se volvió

para echar una rápida ojeada a la amplia estancia. Satisfecho, miró a Nadeen, después a Helta, y su rostro humano, de aspecto rudo y cruel, se iluminó con una sonrisa sincera. Hola, -saludó-. Soy Penacho Tierra Ancha. He estado ayudando a vuestro amigo a matar hombres del emperador... aunque tiene un modo raro de demostrar su agradecimiento.

En lo alto de la montaña, en un claro bañado por la luz de la luna, un elfo y un enano manco estaban de rodillas ante un somero cuenco y contemplaban fijamente el lechoso líquido que contenía.

-Lo está haciendo bien, -dijo el elfo-. Todos los guardias nocturnos están fuera de combate, y no se ha dado la voz de alarma. Los otros guardias y los jefes de mina están profundamente dormidos, pero ahora hay otros con él. Las mujeres de la casa comunal, y un hombre.

-¿Un hombre? -Calan Pie de Plata abrió los ojos de par en par-. ¿Un humano?

-No te alarmes, -dijo Despaxas sosegadamente-. No es un hombre del imperio. Supongo que se trata de alguno de esos nómadas del campamento que hay junto al lago.

-Bueno, ¿y qué está haciendo ahí, con Derkin?

-Al parecer, discutiendo, -repuso el elfo.

Calan resopló.

-¿Con dos cabañas llenas de enemigos dormidos y un pozo de mina repleto de goblins de los que ocuparse, y se dedica a haraganear con mujeres y a perder tiempo discutiendo con un nómada? ¿Se puede saber a qué juega?

-No lo sé -repuso Despaxas-. Pero recuerda que fuiste tú quien le dijo a nuestro líder de las fuerzas enanas elegido que hiciera las cosas a su aire.

El Cabecilla

-No, no te diré nada sobre nuestra misión, -dijo Penacho Tierra Ancha por tercera vez, haciendo caso omiso del feroz ceño de Derkin-. Pásame el pan, por favor.

Derkin partió un trozo de la oscura hogaza que había en la mesa y le tendió el resto.

-No quieres decirme lo que tú y tus amigos estáis haciendo en estas montañas, ¿y quieres que te deje deambular por ahí libremente? ¿Esperas que confíe en ti?

-Después de todo, -dijo el hombre-, te salvé la vida ahí fuera hace un rato. Ese último guardia te habría matado.

-No se habría dado cuenta de que estaba allí si tú no me hubieras seguido aplastando los arbustos, -retumbó Derkin-. Metes más ruido que un búfalo ciego.

-Tropecé -protestó Penacho-. No estoy acostumbrado a terrenos en pendiente. De donde vengo el suelo es llano, como los dioses tenían pensado que fuera. Pero, en cualquier caso, ese guardia te habría ensartado como una salchicha en un espetón si yo no le hubiera clavado una flecha en las tripas. -Echó una ojeada alrededor y añadió-: No toquéis el arco y las flechas, señoras, son míos. Pero podéis coger todo lo demás.

Alrededor de los dos hombres, las enanas se ajustaban las ropas, se trenzaban el cabello, y elegían armas del montón que el humano había traído, preparándose para entrar en batalla. Se produjo un estruendo cuando una de ellas dejó caer una espada sobre el duro suelo, y Penacho se incorporó de un brinco, faltando poco para que se golpeará la todavía dolorida cabeza contra una viga baja.

-¡Silencio, por favor! -ordenó-. Recordad que aún hay un montón de hombres del imperio ahí fuera. Si se despiertan antes de tiempo, estaremos metidos en un buen lío. - Penacho recogió la espada caída, y se la entregó a la ceñuda enana con la empuñadura por delante-. Toma, déjame que te enseñe cómo se coge, -ofreció.

En la mesa, Derkin se terminó el pan y lo pasó con un trago de agua tibia. Entonces reparó en que la guapa chica, Helta, lo estaba observando pensativamente. Al encontrarse con sus ojos, la joven sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

-Realmente, no te pareces mucho a como te había imaginado -comentó.

-¿Es que me esperabas?

-Bueno, no exactamente, -admitió-. Pero había soñado con que vendría alguien a rescatarnos, sólo que tenía una idea algo diferente de cómo sería esa persona. Esperaba a alguien apuesto, encantador, elegante, vestido con una brillante armadura, y... y... Bueno, lo que quiero decir es que estás hecho un desastre. Y si en tu carácter hay algo encantador, todavía no lo he notado.

Con un gruñido, Derkin se apartó de la mesa bruscamente y cruzó la sala para atisbar a través de los postigos rotos de una ventana.

-Vi hombres entrando en esas dos cabañas de ahí fuera, -dijo-. ¿Están todos en ellas?

-Todos excepto los seis guardias nocturnos, -contestó Helta, arrimándose a él para señalar-. Ésas son las únicas cabañas con suelos de madera. Supongo que a los humanos les gustan. Los guardias duermen en la que está más allá, la más grande, y los capataces de la mina duermen en la más próxima. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

-Matarlos, -respondió Derkin con expresión distraída-. Y cállate, estoy intentando pensar. -Se rascó la barbuda mandíbula, con el entrecejo fruncido-. Sería mucho más fácil si estuvieran todos en la misma cabaña.

-Sí, pero no lo están, -dijo Helta-. Siempre utilizan esas dos...

-He dicho que te calles, -gruñó Derkin. Después añadió para sí mismo-: Doce guardias armados más, y otros tantos esclavistas, y sólo cuento con un puñado de mujeres para hacerlo.

-Y con un guerrero cobar, -le recordó Penacho Tierra Ancha con orgullo mientras pasaba junto a él. El hombre estaba muy ocupado instruyendo a las enanas en el manejo de las espadas, lanzas y dagas.

-Y un maldito humano, -se corrigió a sí mismo Derkin-. Supongo que podríamos cargar contra la puerta de una cabaña, pero habiendo dos es imposible.

Una mano le dio unos golpecitos en el hombro, y Derkin se volvió. Era la mujer de pelo canoso, Nadeen.

-Dice que te diga que mires en el cobertizo. Ella piensa que quizá encuentres algo útil allí.

-¿Ella? ¿Quién?

-Helta, -repuso Nadeen-. Me pidió que te lo dijera.

-En el cobertizo, -masculló Derkin-. De acuerdo, echaré un vistazo. ¿Qué hay dentro?

-Ella lo sabe, -contestó Nadeen-. Ha estado allí.

El enano miró detrás de la enana mayor. A pocos pasos, Helta estaba plantada, mirando en otra dirección a propósito.

-¿Por qué no me lo ha dicho ella misma? -preguntó el hylar.

-Porque le dijiste que se callara, -explicó Nadeen-. Creo que heriste sus sentimientos.

Derkin dejó a la mujer mayor y se acercó a la muchacha.

-Enséñame el cobertizo. -Helta hizo caso omiso de él-. ¡Oh, herrín! -rezongó el enano, que a continuación agregó-: Lamento haberte chillado. ¿De acuerdo?

-Vale. -Helta se giró hacia él-. En adelante, me limitaré a pasar por alto tus malos modales. Vamos.

Cuando la segunda luna unió su luz a la primera, alumbrando el claro en las altas vertientes, Calan le preguntó a Despaxas:

-¿Qué hace ahora? ¿Lo puedes ver?

-Sí, lo veo, -repuso el elfo-. Tiene a todas las mujeres en el exterior del complejo, desenrollando cable. Están rodeando uno de los edificios con él.

-¿Qué? -exclamó Calan, que se inclinó para mirar el líquido del cuenco antes de darse cuenta de que sólo el elfo podía ver cosas en él-. ¿Por qué hacen eso?

-No tengo la más remota idea, -dijo Despaxas.

Las dos lunas estaban altas cuando las mujeres del campamento de Tharkas terminaron de rodear la cabaña de los guardias con el cable. Silenciosas y sombrías, con Derkin dirigiendo el trabajo mediante susurros y gestos, llevaron rollos de cable de acero desde el cobertizo, los extendieron, los empalmaron, y a continuación lo enrollaron varias veces alrededor de la cabaña, sujetando las planchas de madera con las que habían tapado la puerta y las dos ventanas. Derkin terminó el trabajo apretando y asegurando la unión de las puntas del cable con un torno de mano. Luego se retiró unos pasos, inspeccionó el resultado, y asintió con la cabeza.

-Bueno, ahora nadie saldrá de aquí -musitó. Miró de soslayo la cabaña más pequeña que había a corta distancia, deseando haber podido hacer lo mismo con ella, pero ya no quedaba más cable.

-Bien, id por esas vasijas y traed antorchas, -les dijo a las mujeres en voz baja.

Enseguida estuvieron de vuelta trayendo media docena de recipientes de barro grandes, un puñado de antorchas improvisadas, y un brasero con tapa de la cocina. Derkin quitó el tapón de una vasija y olisqueó el contenido. Era un buen aceite de lámparas, probablemente saqueado por los humanos en algún pueblo neidar. Con las mujeres siguiéndole los pasos, caminó alrededor de la cabaña clausurada al tiempo que iba vaciando un recipiente de aceite tras otro, empapando las paredes. Los resecos troncos absorbieron rápidamente el aceite. Cuando le quedaba sólo una vasija llena, Derkin se apartó del edificio y se volvió hacia las mujeres.

-Encended las antorchas, -dijo-. Es hora de levantarse.

Mientras las antorchas se prendían, el enano levantó el último recipiente de aceite y lo lanzó a lo alto. La vasija cayó sobre el sólido techo de la cabaña y se hizo añicos, derramando el aceite que contenía. Dentro de la cabaña se oyeron voces, y después golpes y gritos a medida que los guardias recién despiertos empezaban a darse cuenta que estaban atrapados.

Derkin cogió una de las antorchas, pero Helta se puso delante de él.

-Déjame hacerlo a mí -dijo-. He soñado con esto muchas veces.

Con el fuego de la antorcha reflejándose en su bonito rostro y centelleando en sus fieros y alegres ojos, la muchacha corrió alrededor del edificio, prendiendo las empapadas paredes.

El hylar chasqueó los dedos, y Nadeen le entregó un hacha. Derkin se volvió hacia Penacho, que había estado apartado, observando. El hosco semblante del humano estaba sombrío, y sus ojos muy abiertos por la impresión.

-Dioses, -musitó cuando las llamas se extendieron alrededor de la cabaña, hasta convertirse en una enorme y ardiente hoguera.

-¿Qué ocurre? -Derkin se acercó a él-. Si no tienes redaños para aguantarlo...

-Dioses, -repitió el hombre-. Vosotros, los enanos, no os andáis con chiquitas, ¿verdad?

-¿Vas a intentar detenernos? Los que están ahí dentro son humanos, como tú.

-Como yo, no, -espetó Penacho-. Son soldados del imperio, y yo soy cobar.

La cabaña ardía por los cuatro costados, y los gritos de dentro se convirtieron en aullidos. La puerta de la otra cabaña se abrió violentamente, y por ella salieron precipitadamente los hombres, que se quedaron mirando el fuego sin salir de su asombro, gritando en medio del desconcierto. Los primeros dos o tres ni siquiera llegaron a ver a las enanas agazapadas en las sombras, hasta que las espadas, las hachas y las porras se descargaron sobre ellos. Otros intentaron huir, y algunos de los últimos habían tenido la presencia de ánimo para coger sus armas, pero todo terminó en menos de un minuto. Cogido totalmente por sorpresa, atontados por el sueño y medio cegados por el resplandor de la llameante cabaña, los esclavistas no tuvieron la menor oportunidad contra la docena de enfurecidas mujeres que se les echó encima y los mató sin piedad.

Unas antorchas arrojadas obligaron a salir a los dos últimos esclavistas de su refugio. Uno de ellos cruzó la puerta agachado y se desvió hacia un lado, echó a correr, y entonces se encontró con Helta Bosque Gris plantada sola ante él; el hombre cargó contra la muchacha al tiempo que enarbolaba su espada, pero se desplomó de bruces cuando el hacha de Derkin se hundió en su pecho. El último esclavista corría hacia terreno agreste cuando una flecha disparada por el arco de Penacho Tierra Ancha lo derribó.

Derkin recuperó su hacha clavada en el humano muerto y se volvió hacia Helta.

-¡Estáte atenta! -instó bruscamente-. Ese hombre podría haberte matado.

Acto seguido empezó a recorrer los alrededores, contando los humanos muertos. Cuando comprobó que ninguno había escapado, miró aquí y allí buscando a Penacho. Al principio no vio señales de él, pero al cabo de unos segundos el cobar apareció en las sombras de la casa comunal. Tras él venían más humanos, en fila india.

En el momento que Derkin los veía, también lo hicieron algunas mujeres.

-¡Allí hay más! -gritó Nadeen-. ¡Vamos por ellos!

-¡Alto! -gritó Derkin.

A su alrededor las mujeres vacilaron, pero enseguida bajaron las armas ensangrentadas. Seguido por su variopinto grupo de voluntarias, Derkin se acercó a los humanos. Además de Penacho había otros seis, todos ellos vestidos con las características polainas de suave gamuza y los llamativos tejidos de los nómadas.

-Éstos son mis compañeros del campamento del lago, -explicó Penacho-. Vinieron al ver el fuego.

Un hombre alto, de barba canosa, saludó a los enanos inclinando la cabeza.

-Los hombres del imperio, -dijo después a Penacho-, ¿están todos muertos?

-Hasta el último, -le aseguró el hombre más joven.

-Bien. Entonces no se dará la alarma al otro lado del paso de Tharkas.
-No, pero mejor será que os vayáis ahora si queréis cruzarlo antes del amanecer. -
Penacho se volvió hacia Derkin-. Este es Ala, el jefe de nuestra misión.
Derkin observó con expresión severa al hombre de barba canosa llamado Ala.
-¿Qué es lo que queréis? -demandó.
Ala le devolvió la mirada con igual firmeza.
-Eres hylar, -dijo-. ¿Vienes de parte del rey Hal-Waith?
-No hay tal... -empezó Derkin, pero después cambió de opinión y terminó-: No me envía nadie. ¿A quién o qué buscáis?
-Cuéntale todo lo que quiera saber, -ordenó Ala a Penacho-. Tal vez nos sea de utilidad.
Dicho esto, el hombre se dio media vuelta, agitó una mano, y se alejó a un trote rápido. Los otros cinco extraños fueron tras él, corriendo tan silenciosos como elfos.
-¿No vas con ellos? -le preguntó Derkin a Penacho.
-No, por ahora me quedo aquí, con vosotros, -respondió el humano-. Considérame un observador. Estamos en el mismo bando, ¿sabes?
-No, no lo sé. No me has contado nada. ¿Cuál es ese bando en el que estamos los dos?
-En el contrario del emperador de Daltigoth. -Penacho se encogió de hombros-. Esos a los que asaltasteis eran de los suyos, ya sabes.
-No sé nada sobre emperadores humanos, -repuso Derkin-. Estoy aquí para reunir un ejército. ¿Qué tienes tú en contra del emperador?
-Soy cobar, -respondió Penacho-. Las tropas del emperador han invadido nuestras tierras al este de aquí. Estamos en guerra, así que me quedo contigo. Puede que te sea útil. Por cierto, ¿dónde está ese ejército del que hablas?
-Ahí arriba. -Derkin señaló-. Los tienen encerrados en el pozo de la mina, y he venido a liberarlos.
-Parece una tarea sencilla. Vayamos a sacarlos.
-Creo que hay una compañía de goblins dentro, con ellos, -añadió Derkin.
-Oh. -El humano alzó la mirada, pensativo, hacia la ladera-. Eso complica las cosas, ¿verdad? ¿Alguna idea?
-Creo que sí. Dijiste que podrías serme útil, y ahora podrás demostrarlo.

Al amanecer, un hombre de rostro hosco, vestido con ropas y armamento de la guardia, llegó a la entrada cerrada del principal pozo de la mina de Tharkas, levantó la pesada tranca de sus soportes, y después dio unos golpes en la puerta de tablones. Desde dentro llegó el sonido de otra tranca retirándose, y acto seguido la puerta se entreabrió un poco; una cara hinchada lo miró desde la rendija.

-¿Hora abrir mina? -preguntó.

Por un instante, el hombre vaciló al tiempo que encogía la nariz. Penacho Tierra Ancha no había visto un goblin en toda su vida. Había oído decir que eran unas feas criaturas, pero jamás se habría imaginado que lo fueran tanto. Unos ojos grandes, opacos, lo contemplaban desde un rostro que era más ancho que largo. Al hablar, la boca grande, sin labios, dejaba entrever unos dientes oscuros y puntiagudos. La barbilla era casi inexistente, y en su lugar había una excrescencia carnosa que se estrechaba a medida que caía sobre el peto de bronce. Llevaba puesto un yelmo de hierro más bien plano, y sostenía una ballesta en una de sus verdosas manos.

Además, la bocanada de aire que salió por la rendija de la puerta recién abierta apestaba. Durante un instante, Penacho creyó que iba a vomitar, pero cuadró los hombros, se irguió, y miró a la criatura con gesto fiero.

-¡Vamos, abre de una vez! -ordenó-. Los esclavos hacen falta en el campamento.

-¿Todos? -El goblin parpadeó varias veces.

-Todos, sí. ¡Sacadlos, de prisa!

El goblin abrió la puerta unos cuantos centímetros más y salió. Era más o menos igual de alto que un enano, pero ahí acababa la semejanza. Penacho tuvo la impresión de estar mirando a un sapo grande y pálido que estuviera de pie.

El goblin echó una ojeada desconfiada al hombre y miró detrás de él, estrechando los ojos para resguardarlos del resplandor de la luz del amanecer. Escudriñó la explanada del complejo que se extendía un poco más abajo, y después señaló las humeantes cenizas que era todo cuanto quedaba de la cabaña de los guardias.

-¿Qué cosa pasa? -preguntó-. ¿Haber fuego?

-A ti no te importa, -replicó bruscamente Penacho-. Límitate a hacer lo que se te ordena. Saca a los esclavos. Hacen falta en el complejo.

El goblin volvió a mirarlo de hito en hito y después regresó al interior del pozo. El cobar lo oyó decir en su voz gutural:

-Hombres quieren todos esclavos llevar fuera.

-¿Por qué? -inquirió otra voz similar.

-No sé. Parece hay problemas. Puede vayan matar algunos enanos.

-Vale, -respondió la segunda voz-. Dicen que sacarlos, pues sacamos. Abre puerta.

Conteniendo un suspiro de alivio, Penacho Tierra Ancha retrocedió un paso, poniendo algo de distancia entre él y el hedor que salía por el portón entreabierto. Había oído hablar de la pestilencia de los goblins, pero ahora se daba cuenta de que había que olerla para comprender realmente su fetidez.

Un coro de gritos, maldiciones y órdenes resonaron en la oscuridad del pozo de la mina, y luego salió un pelotón de goblins y formó en dos filas delante de la puerta. Todos ellos llevaban el cuerpo protegido con armaduras, e iban equipados con una ballesta colgada al hombro, así como una espada de bronce en la mano.

Sonaron más órdenes impartidas a gritos, y los enanos empezaron a salir del pozo. Penacho sacudió la cabeza compasivamente al verlos aparecer. Muchos de ellos tenían pequeñas heridas, unos cuantos tenían llagas ulceradas, y el aspecto de todos denotaba que eran golpeados y maltratados de manera sistemática.

Siguieron saliendo más y más enanos, empujados y azuzados por los sonrientes goblins alineados a ambos lados, hasta que toda el área delante del pozo estuvo abarrotada de esclavos andrajosos y hoscos, rodeados por goblins equipados con corazas y blandiendo armas. Cobrando ánimos, Penacho se adelantó y empezó a señalar a distintos enanos entre la multitud.

-Tú -dijo-, y tú, y tú. Acercaos aquí. -Mientras los enanos ya seleccionados se adelantaban, el cobar fue señalando a otros-. Tú, y tú, y tú.

Los veinte esclavos que había apartado eran los de aspecto más fuerte y que estaban en mejor forma. Todos eran jóvenes y se hallaban en buenas condiciones comparados con los demás.

-Me llevaré primero a estos veinte, -le dijo al goblin que parecía estar al mando-. Dejad al resto aquí hasta que regrese.

-Mejor llevar algunos guardias, -sugirió el goblin-. Quizá ellos intentan huir.

-Si lo hacen, recibirán una andanada de flechas, -replicó Penacho. Con gesto imperioso llamó por señas al grupo seleccionado-. Seguidme, -ordenó.

Habían caminado unos cuantos pasos cuando uno de los enanos que iban tras él dijo:

-No hemos hecho nada... ¿Quién...?

-¡Chitón! -instó-. Guardad silencio y seguidme. Soy un amigo.

Cerca ya del complejo, primero uno de los enanos y después todos los demás lanzaron exclamaciones ahogadas, algunos de ellos rompiendo el ritmo de la marcha al quedarse mirando, boquiabiertos, a los esclavistas que iban y venían por la zona abierta.

-Son mujeres, -dijo alguien-. Nuestras mujeres, que van vestidas con las ropas de los guardias.

-Ésa de allí es mi madre, -exclamó otro.

-Callaos y seguid caminando, -ordenó Penacho-. Esos goblins de ahí arriba están observando.

Los condujo hacia la casa comunal, y, tras hacerlos entrar en ella, se dejó caer pesadamente en un banco.

-¡Caray! -resopló-. Jamás imaginé que resultaría tan fácil.

Los esclavos de la mina miraban a su alrededor, pasmados, a las pocas enanas que seleccionaban armaduras y armas, y al hombre que los había conducido desde el pozo.

-¿Quién eres? -demandó uno de ellos-. ¿Qué está pasando aquí?

-Está conmigo, -dijo Derkin, que entraba por la puerta trasera en ese momento-. He venido a liberaros.

Los esclavos lo miraron de hito en hito.

-¿Por qué? -preguntó uno.

-Porque os necesito, -contestó el hylar. Cogió un hacha y se la echó al que había preguntado, que la cogió en el aire con destreza-. ¿Sabes cómo utilizarla?

-Desde luego que sí -repuso el minero-. ¿Contra quién tengo que usarla?

-Contra los goblins, -explicó Derkin.

En cuestión de segundos, todos los hasta entonces esclavos estaban armados y dispuestos, y Derkin envió a Penacho de regreso a la boca de la mina.

Cuando el cobar regresó, seguido por casi doscientos enanos y treinta goblins armados, -toda la compañía-, el complejo estaba vacío. El cobar se dirigió a la puerta de la casa comunal, la abrió y señaló con el pulgar a los enanos.

-Adentro, -ordenó.

Sumidos en un hosco silencio, los prisioneros entraron en fila en la casa comunal mientras los goblins, esbozando muecas, los azuzaban desde atrás.

Volcados por completo en atormentar a sus prisioneros, ninguno de los goblins se fijó en que las dos puertas del edificio estaban abiertas; tan pronto como los enanos entraban por la principal, los que los esperaban en el interior les entregaban alguna cosa que les sirviera como arma, -palancas, martillos, patas de mesas, hojas de sierra, cualquier cosa disponible-, y los hacían salir rápidamente por la puerta trasera y rodear el cobertizo de herramientas hacia el extremo más alejado. Sólo cuando el último enano hubo entrado en la casa comunal, unos pocos goblins se asomaron y advirtieron que sólo había unos doce enanos dentro, y que se volvían para atacarlos.

De hecho, uno de los goblins llegó a entrar en el edificio y atravesó a un enano con su espada de bronce antes de que otro enano le rompiera el cráneo golpeándolo con una

banqueta. Los restantes fueron frenados en la puerta y obligados a retroceder ante los enanos que blandían amenazadoramente cualquier cosa que tenían a mano.

La espada de Penacho silbó como un viento invernal y descabezó a un goblin y cortó las piernas de otro antes de que los demás comprendieran que los estaban atacando. Entonces, cuando se volvieron contra él, una oleada de aullantes enanos armados surgió impetuosa por detrás de la esquina del edificio, y se les echó encima. La sangre oscura y rancia de los goblins fluyó como agua.

Casi todos ellos cayeron en los primeros segundos, arrollados y superados en número. Unos pocos consiguieron huir, pero enseguida fueron alcanzados y derribados. Derkin había dejado muy claro que no se podía dejar escapar a ningún enemigo, y los enanos llevaron a cabo una total y concienzuda matanza.

Cuando todo hubo terminado, se contaron cuatro bajas en las filas enanas, y tres heridos. Bajo la dirección de Derkin, los vencedores recogieron los cadáveres de los goblins desperdigados por las inmediaciones, así como los cuerpos de los esclavistas muertos, que habían escondido en la otra cabaña, y los arrojaron todos a un pozo abandonado, que a continuación cegaron. Recogieron todas las armas y piezas de armaduras de los humanos, pero las corazas de los goblins fueron enterrados con ellos. Como Derkin explicó a Penacho, ningún enano se pondría jamás algo que hubiera llevado un goblin. Era imposible quitar la pestilencia.

Cuando todo esto estuvo hecho, el hylar reunió a su nuevo ejército en la explanada del complejo.

-Descansaremos aquí unos pocos días, -les dijo-. Os alimentaréis bien, os curaréis las heridas, y os lavaréis. Los que estén en condiciones de trabajar, pueden poner a funcionar una forja y empezar a fabricar armas. Necesitaremos mazas, hachas, espadas, picas, cualquier cosa que sepáis cómo utilizar. Y yo voy a enseñaros a combatir. Os...

-Disculpa... -dijo un enano, que había levantado una mano.

-¿Sí? -El hylar se volvió hacia él.

-Todo eso suena muy bien, -manifestó el minero-, pero ¿quién demonios eres tú?

-Me llamó Derkin, y soy vuestro cabecilla.

-¿Quién lo dice?

-Lo digo yo, -replicó, tajante.

Nadie osó contradecirlo.

Detrás de la casa comunal, las mujeres habían encendido lumbres en las que se calentaban grandes ollas de agua, y ahora cortaban en trozos las barras de jabón. Habían decidido que lo primero que había que hacer era adecentar y poner en buenas condiciones a los soldados. Enanos, ropas, herramientas y armas, -todo-, tenían que quedar bien lavados y restregados.

Cuando estuvieron listos, Helta fue hacia Derkin y le tendió un trozo de jabón, un peine, y unas tijeras de esquilar.

-Tú también, -le dijo-. Si vas a ser un líder, tendrás que parecerlo.

Los Elegidos

-Tengo que admitir que estoy impresionado, -le dijo Calan Pie de Plata a Derkin mientras paseaban por lo que hasta pocos días antes había sido el complejo central de un campamento minero de esclavistas.

A su alrededor, enanos vestidos con todo tipo de ropas y restos de armaduras se afanaban, en parejas, atacándose con espadas de madera y defendiéndose con escudos hechos de diferentes materiales, desde madera hasta cuero tensado. Cerca, los martillos repicaban en los yunques, y una forja improvisada hacía que el aire rielara por encima a causa del calor. Docenas de artesanos trabajaban allí, transformando en armas el hierro fundido. En el cobertizo, los montones de armamento de todo tipo crecían a cada hora.

La alta figura de Penacho Tierra Ancha sobresalía por encima de los combatientes de la explanada, mientras el cobar deambulaba pausadamente de aquí para allí, gritando instrucciones y críticas, sobre todo estas últimas. Siendo neidars, los mineros, -incluso las mujeres-, tenían una habilidad innata con las hachas, los martillos, las eslingas, las jabalinas y las picas, ya que los habían utilizado como herramientas toda su vida. Y, como mineros, la mayoría de ellos eran expertos en el uso del escudo. Pero muy pocos habían sostenido una espada en su mano nunca, y Derkin había encargado al humano que les enseñara su manejo.

-Aquí no tenemos acero, -les había explicado-. Las armas que podemos fabricar serán de hierro basto. En combate, se quedarán sin filo enseguida, y algunas se romperán. Habremos de equiparnos con las que pierdan los enemigos, y esos enemigos serán humanos en su mayoría, y casi todos ellos son partidarios de usar espadas.

-¿Adónde vamos, Derkin? -preguntaron algunos.

-Al otro lado del paso de Tharkas, a Klanath -respondió.

-¿Por qué?

-Para reunir el resto de nuestro ejército.

Aquella era respuesta suficiente para los esclavos liberados. Lo habían aceptado como su cabecilla, y, como era costumbre en los enanos, se contentaban con dejar que fuera su líder quien se ocupara de los detalles. Así pues, de momento, en la cocina se preparaban comidas sustanciosas mañana y tarde; los emplastos y los linimentos cumplían su labor en heridas y llagas; y todos los enanos que podían mantenerse de pie practicaban la esgrima y las tácticas de combate desde que se levantaban hasta que se acostaban.

En un plazo de tres días, Derkin convirtió una caterva de miserables esclavos liberados en una formidable fuerza de combate: los Elegidos, como se llamaron a sí mismos. No estaba muy claro cómo se había originado este nombre, pero todos los miembros de la pequeña tribu de Derkin parecían haberlo adoptado. Era un nombre que alimentaba su orgullo y les daba fortaleza. Sin embargo, el paso del tiempo irritaba al hylar, al que ahora se notaba preocupado y tenso mientras paseaba con Calan, observando los ejercicios de esgrima.

Por primera vez en más de dos años, Derkin Semilla de Invierno se sentía, -y parecía-, como el hylar que era. El jabón y el agua caliente habían arrastrado la mugre

acumulada en las cárceles de esclavos. La buena comida y la luz del sol le habían dado color a las mejillas; y un drástico rapado llevado a cabo por Helta y Nadeen había domado su largo cabello y su enmarañada barba. Ahora, vestido con la falda montañesa de cuero, camisa de suave tejido, fuertes botas, capa ondeante y guanteletes tachonados, y equipado con un brillante peto de acero y un yelmo adornado con cuernos, -seguía siendo un misterio de dónde habían sacado las mujeres todas estas cosas, y lo único cierto es que la armadura era muy antigua-, Derkin tenía todo el aspecto de un guerrero hylar. Llevaba muy recortada y peinada hacia atrás la oscura barba, y el cabello le caía en rizos sobre el cuello, la capa era de un grueso paño rojo, recién salida del telar reconstruido en la casa comunal. Llevaba un escudo pequeño en el antebrazo, y una pesada maza echada sobre el hombro.

Se había sentido azorado por el elegante atuendo cuando las mujeres se lo llevaron, pero enseguida se dio cuenta de que su ejército lo seguía con mucho más entusiasmo una vez que se lo puso. Era como Helta había dicho: para ser un líder, había que parecerlo.

La muchacha había examinado el resultado y después le había dirigido una deslumbrante sonrisa.

-Ahora sí que te pareces a él, -había dicho.

-¿A quién? -preguntó Derkin.

Pero Helta se limitó a sonreír otra vez, con una expresión satisfecha, misteriosa, y pasó por alto su pregunta.

Ahora, el viejo Calan lo observó fijamente y frunció el entrecejo.

-Pareces preocupado, -dijo-. ¿Por qué?

-Los esclavos de las minas, en Klanath -admitió-. Está pasando demasiado tiempo, y puede que todos estén muertos o mutilados a estas alturas. De ser así, todo este esfuerzo no habrá servido de nada.

-Se encuentran bien, -le aseguró Calan-. Despaxas y su sombra mascota no los pierden de vista.

-¿Cómo es posible que estén bien? -demandó Derkin-. Los humanos han dispuesto de todos estos días para castigarlos.

-Pero no lo han hecho, -aseguró el viejo enano-. Tus compañeros de celda se han hecho fuertes en ella, disponen de armas y comida, y los humanos no los han tocado.

-¿De dónde sacaron la comida y las armas?

-El elfo tiene sus propios sistemas. -Calan frunció el ceño-. Según tengo entendido, él... eh... transportó algunas cosas desde los alojamientos de los guardias y la despensa principal. Así que ahora están atrincherados en la cueva de la celda y, durante un tiempo, nadie va a molestarlos.

-¿Por qué no?

El viejo daewar esbozó una sonrisa lobuna.

-¿Recuerdas al jefe de fosos, un hombre llamado Shalit Mileen?

-Sí, lo recuerdo, -gruñó Derkin-. Fue quien ordenó que me azotaran y que me pusieran la pesada cadena.

-Bueno, pues parece que el tal Shalit mantiene en secreto que parte de sus esclavos se han amotinado. Estaba tramando un complot contra el jefe de minas, y Renus Sabad lo culparía de todo, así que ahora Shalit está maquinando el modo de conservar la cabeza gracias a ti. Y a mí, desde luego, y también a Despaxas.

-¿Cómo sabe el elfo lo que pasa en la mina?

-A mí no me preguntes. -Calan se encogió de hombros-. No comprendo sus hechizos.

-Pero confías en él, -comentó Derkin, que se situó frente al viejo enano para mirarlo directamente a los ojos.

-Tanto como nunca he confiado en nadie, -le aseguró Calan-. Afirma que una vez le salvé la vida, y supongo que es cierto. Ocurrió hace mucho tiempo, cuando aún era un mercader de Thorbardin, y antes de que Despaxas aprendiera sus hechizos. Un ogro salvaje lo tenía acorralado, desarmado, y dio la casualidad de que pasé por allí. Maté al ogro, pero no antes de que me arrancara el brazo de un mordisco.

-Pero ¿cómo sabes que puedes fiarte de un elfo?

-Porque podría haberme dejado allí, desangrándome hasta morir, pero no lo hizo. Me cuidó y se ocupó de mí hasta que recobré la salud. -El viejo enano estrechó los ojos y después se volvió y señaló a la explanada donde se llevaban a cabo los entrenamientos-. ¿Cómo sabes que puedes fiarte de un humano?

-Porque creo que tenemos los mismos intereses, -respondió Derkin.

-Igual que el elfo.

-No me gustan los magos.

-A nadie le gustan, -se mostró de acuerdo Calan-. Pero tendrás que admitir que uno decente puede resultar muy útil de vez en cuando.

Justo detrás de Calan el aire rieló y, de repente, apareció Despaxas, con una sonrisa irónica en sus suaves mejillas.

-Gracias, -ronroneó.

El viejo daewar giró bruscamente, a punto de tropezar con sus propios pies.

-¡Me gustaría que dejaras de hacer eso! -protestó.

-Lo siento, -dijo el elfo-, pero traigo noticias preocupantes. Lord Kane ha llegado a Klanath para preparar la inspección. Ha ordenado a una brigada cruzar el paso para fortificar este complejo. Tiene intención de abrir todos los pozos de aquí y construir una ciudadela. Con un contingente a ambos lados del paso de Tharkas, lord Kane podrá reclamar todas las tierras desde aquí hasta la Puerta Norte de Thorbardin.

-¡Y un cuerno! -siseó Derkin-. Esto es territorio enano.

-Ya se han puesto en marcha, -anunció Despaxas-. Hay tropas de caballería y de infantería, y a la caída de la noche estarán en el paso.

Penacho Tierra Ancha había llegado a tiempo de oír el informe; masculló un juramento, sacudió la cabeza, miró fijamente al elfo y después suspiró.

-Entonces, habéis perdido antes de empezar, -le dijo a Derkin tristemente-. Ahora nunca iremos a Klanath.

-Iremos -gruñó el hylar. Su capa ondeó cuando el enano giró sobre sus talones y llamó con un gesto de la mano. Al instante, los corpulentos enanos a los que había hecho su guardia personal, los Diez, se apresuraron a acudir junto a él-. Que todo el mundo se prepare para emprender viaje, -ordenó-. Partimos hacia Klanath.

-Sí, señor, -respondió el Primero de los Diez a la par que se cuadraba y hacía un saludo.

Penacho miró al hylar de hito en hito y sacudió la cabeza.

-Es imposible, -dijo-. Jamás conseguiremos burlar a toda una brigada en ese paso contando con apenas doscientos guerreros.

-No vamos a cruzarlo, -bramó Derkin-. Vamos a pasar por encima.

El cobar parpadeó, dirigió la vista hacia las escarpadas paredes montañosas que se encumbraban a lo alto, como si quisieran tocar el cielo.

-Ningún ser humano podría escalar por ahí -musitó.

A su lado, Calan Pie de Plata esbozó una mueca irónica.
-Nosotros no somos humanos, -le recordó-. Somos enanos.

Las primeras luces del nuevo día acariciaron las cumbres de las montañas y, al reflejarse en ellas, se iluminaron las vertientes más bajas. Donde antes se encontraba el campamento de Tharkas, ahora sólo había laderas hendidas, terreno desolado y volutas de humo que se alzaban desde un lugar no sólo abandonado, sino arrasado y desmantelado. Al marcharse de Tharkas con los Elegidos, Derkin Semilla de Invierno no dejó a nadie detrás, y tampoco nada que pudiera beneficiar a los invasores humanos. Donde antes había pozos de minas, ahora sólo se veían pendientes desplomadas, ya que las minas habían sido derrumbadas y cegadas. En donde antes había unos cuantos edificios, ahora sólo quedaban montones de ceniza. Los Elegidos se habían llevado consigo todo lo que podía tener alguna utilidad y podía ser transportado. Lo que tuvieron que dejar había sido destruido metódicamente, desperdigado, escondido o enterrado. Salvo por el menguante humo de las cenizas y las llagas dejadas en la tierra por los dos años de explotación minera bajo dirección de humanos, era como si nunca hubiese existido un lugar llamado las minas de Tharkas. Un forastero que mirara el paisaje en esta mañana no habría distinguido señales de vida por los alrededores... a menos que hubiera mirado a lo alto.

Allí, a unos tres kilómetros de distancia y unos ochocientos metros más arriba, una serpenteante hilera de diminutos puntos se movía por la escarpada cara de los Altos de Tharkas. En un lugar donde ningún humano habría ido, una vertiente de granito escabrosa, casi vertical, que ningún humano habría podido escalar, Derkin Semilla de Invierno y los Elegidos trepaban hacia la cresta situada por encima del extremo occidental del paso de Tharkas. Con cuerdas y martillos, con picas y eslingas, con jabalinas y cordadas, con mosquetones y agarres, y a fuerza de pura y tenaz determinación, los enanos iban abriéndose camino por la cara de la montaña, hacia lo alto, haciendo aquello que era tan innato en ellos como excavar o forjar metales: escalar.

Y los que no podían hacerlo -unos pocos enanos de la mina que estaban enfermos o heridos; el viejo Calan, que tenía un solo brazo; y Penacho, porque era un humano- eran izados a pulso, metidos en las eslingas, como los bultos de equipaje. Para Penacho fue una experiencia que jamás olvidaría. A mitad de camino de la cima, se encontró meciéndose en el vacío desde una cornisa, con la superficie horizontal más próxima a centenares de metros bajo sus pies, colgado de una ligera cuerda que subía lentamente al tirar de ella un par de fornidos enanos encaramados precariamente en una increíble escarpadura, por encima de él.

-Si salgo vivo de aquí -juraba una y otra vez-, espero no volver a ver una montaña jamás.

Arriba y a su derecha, Calan estaba alegremente repantigado en la red de una eslinga mientras lo iban izando poco a poco. Su voz, en la que se advertía una risa contenida, dijo:

-Llevamos siglos intentando explicaros a los de vuestra raza que esta tierra no es para humanos. Supongo que ahora uno de vosotros, por lo menos, está de acuerdo.

El trayecto hasta la cresta por encima del paso de Tharkas les llevó casi un día. Desde lo alto del rocoso pico, los enanos contemplaron las sombrías profundidades del paso. Unos ochocientos metros más abajo, casi en vertical, se movían columnas de soldados en dirección sur. La brigada expedicionaria de lord Kane estaba de camino hacia la antigua Kal-Thax para ocupar y dirigir el territorio enano.

-Me gustaría dejar caer rocas sobre todo ese ejército, -gruñó Calan.

-Déjalos en paz, -ordenó Derkin-. Estando ellos de viaje, tendremos que enfrentarnos a menos en Klanath.

Dio media vuelta y se apartó del abismo; recogió el escudo y la espada de uno de los bultos metidos en las eslingas, se puso el yelmo de cuernos y la capa roja, y echó a andar hacia el noroeste, alejándose en ángulo de la profunda garganta. La pendiente a este lado de la montaña era menos escarpada; descendía en un largo y ondulado declive en el que algunos árboles, conformados por el viento, salpicaban el abrupto paisaje, anunciando los bosques que empezaban más abajo. La marcha era más fácil que la larga escalada, pero todavía quedaban más de treinta kilómetros hasta Klanath, y Derkin estaba ansioso por llegar allí. El hylar no se llamaba a engaño de cómo se había metido en esta aventura; sabía que lo habían manipulado un hechicero elfo y un viejo daewar manco e intrigante. Sin embargo, fiel a la obstinación innata de su raza, una vez empezado algo, Derkin seguiría adelante con ello con la misma tenaz determinación que si hubiera sido idea suya.

Detrás de él, los Elegidos recogieron los bártulos, las provisiones y sus armas, y se apresuraron a seguirlo. La mayoría sólo tenía una vaga idea de lo que había más adelante, pero el hylar los había liberado de la esclavitud, del confinamiento y de los goblins. Era su cabecilla, su jefe, y a donde fuera él, irían ellos.

Cuando Sakar Kane llegó a Klanath con tres brigadas de las fuerzas del emperador además de su habitual séquito, lo primero que hizo fue enviar una brigada hacia el sur, a través del paso de Tharkas. A sus oídos habían llegado rumores de que había entre los nobles algunos que tenían puestos los ojos en el antiguo reino enano ahora que los clanes de Thorbardin ya no parecían ser una amenaza. Lord Kane había oído que al menos dos de sus pares en la corte tenían planes para las tierras montañosas y estaban reuniendo partidarios.

Situando a sus propias tropas al sur del paso, lord Kane intentaba frenar cualquier aventura con este fin antes de que empezara. Aquel que dominara Tharkas, razonó, controlaría el acceso a las tierras que los enanos llamaban, -o antaño habían llamado- Kal-Thax. A lord Kane le habían asegurado que, a cambio de sus servicios en Klanath, el emperador le concedería las tierras montañosas para que las gobernara. Su intención era tener todas aquellas tierras bajo su control cuando tal cosa ocurriera.

Con la brigada en su camino hacia el sur, lord Kane asignó el resto de sus tropas como guarnición y se retiró a la ciudadela que le estaban terminando de construir. Entró, seguido de sus sirvientes, mozos, guardias personales y ayudantes, e hizo que las grandes puertas se cerraran. Dejó que los otros nobles que habían venido con él, alrededor de una docena, encontraran alojamiento por sí mismos. Después de haber cenado mientras lo entretenían músicos y bailarines, envió un mensajero en busca del delegado de las minas de Klanath, del jefe de los guardias, y de otros funcionarios locales con la orden de que se presentaran ante él. Después se retiró a sus aposentos privados.

Dentro de una hora, todas las personalidades de Klanath estarían reunidas en el gran salón de lord Kane, esperando que tuviera a bien recibirlos. Los dejaría a todos plantados por lo menos un día, paseando de aquí para allí, y preocupándose. Eso les recordaría quién mandaba allí. Después, cuando estuviera dispuesto, haría que le presentaran sus informes individualmente. A continuación, dirigiría personalmente la habitual inspección de las minas. Era una rutina fastidiosa, pero el emperador ordenaba que se hiciera.

Lord Kane no esperaba con impaciencia la inspección. Las minas eran unos agujeros sucios y apestosos que no le interesaban, pero eran la razón oficial por la que lord

Kane se encontraba allí. La razón secreta, y primordial, era establecer una base para la invasión de las llanuras centrales del este.

El ataque había empezado ya, desde luego. Llevaba en marcha casi tres años, pero hasta el momento sólo había sido una incursión encubierta, dispersa. Pequeñas unidades del ejército habían escoltado hordas de colonos en distintas zonas de las planicies, expulsando a los que ya estaban instalados y reemplazándolos con gente comprometida con los propósitos del emperador. Era una preparación para la invasión a gran escala que llevaría la bandera del imperio hasta los lejanos territorios de las Khalkist y los bosques elfos.

La callada invasión había ido muy bien, indudablemente. Vastas áreas al este de las montañas Kharolis estaban ahora pobladas por leales al imperio. Sólo en dos zonas había habido verdaderos problemas. Los colonos que penetraron en tierras de los nómadas cobars habían encontrado una feroz oposición. Las tribus cobars, en su mayoría formadas por jinetes bárbaros, se habían unido contra los invasores y literalmente los habían expulsado una y otra vez. Lo que tendría que haber sido una sencilla ocupación de tierras se había convertido en una guerra total que todavía continuaba.

En el lejano sureste, los súbditos del emperador habían topado con otra clase de fuerza. Los elfos de Silvanesti habían salido de sus amados bosques y se habían desperdigado por los ondulados terrenos de Ergoth oriental. Tampoco ellos acogían de buen grado la presencia del imperio. Dirigidos por un elfo llamado Kith-Kanan, los elfos occidentales, o los Montaraces, como también se los conocía, habían frenado el avance de los colonos del emperador demasiado lejos de la meta que tenían.

En privado, lord Kane dudaba de la habilidad del imperio para ganar una guerra contra los elfos, si la situación desembocaba en un conflicto, pero eso sería problema de otros, no suyo. Él tenía su propia misión y sus propios planes.

Dirigiría la inspección de las minas del emperador y prepararía vías de suministro para los ejércitos que muy pronto pasarían por allí, camino del este. Entonces se dedicaría a consolidar su dominio en el paso de Tharkas y las tierras montañosas del otro lado.

Durante días no había ocurrido gran cosa cerca de la gran celda subterránea, detrás del primer pozo de metales blandos. Dentro de ella, unos dos mil enanos comían, dormían, hacían guardia junto a la puerta fortificada, y esperaban. Había habido algo de lucha al principio, cuando las compañías de guardias se deslizaron por el corredor exterior intentando lanzar ataques a la celda, pero los enanos los habían rechazado con andanadas de proyectiles lanzados o arrojados a través de las rejas. Y entonces los soldados se habían retirado. Ahora había una numerosa guardia en el propio corredor, pero no se volvieron a lanzar ataques contra la celda. Los enanos sabían por los sonidos que llegaban del pozo que el trabajo continuaba como siempre. Otros enanos habían sido trasladados de los otros pozos, y los trabajos de extracción seguían.

Fue Taladro Tolec quien comprendió primero lo que estaba pasando.

-La inspección, -dijo, con su aguda intuición theiwar-. Esas trompetas que oímos antes significan que la comisión de inspectores ha llegado de Daltigoth. Creo que el adjunto intenta mantener en secreto nuestro motín hasta que los nobles se hayan marchado.

-¿Por qué iba a hacer eso? -preguntó Vin la Sombra, que se agachó a su lado.

-Ha estado conspirando contra el delegado de minas, -dedujo Taladro-. Ése es el motivo por el que los minerales más ricos se han estado almacenando en las galerías séptima y novena. Shalit Mileen planeaba sacarlos durante la inspección para hacer que el viejo cayera en desgracia. Pero entonces nos hicimos fuertes en la celda, y los guardias no

pudieron llegar hasta nosotros. Y así, quien caería en desgracia sería Shalit Mileen. Creo que está manteniendo en secreto la situación aquí y utilizando los minerales almacenados a fin de dar la impresión de que los fosos están funcionando a pleno rendimiento para que así nadie sepa que una cuarta parte de sus esclavos está amotinada y se ha hecho fuerte en su celda.

-Podría ser, -asintió Vin-. Una cosa así no cabe duda de que lo haría caer en desgracia si saliera a la luz.

-Probablemente le costaría la cabeza. -Taladro sonrió-. Quizá deberíamos hacer llegar la noticia fuera de aquí. Me encantaría ver a ese jefe de fosos decapitado.

-Nos decapitarían a nosotros antes, -hizo notar Vin.

-Sí, claro, eso es cierto. Por supuesto, después de la inspección, Shalit Mileen tendrá tiempo de sobra para hacer lo que quiera con nosotros. Creo que, si no nos rendimos entonces, pondrá a trabajar a los picadores por encima de la celda y nos enterrará vivos.

-El cuenco dijo que venía en camino ayuda, -recordó el daergar.

-Sé lo que dijo el cuenco, -retumbó Taladro con pesimismo-. Y me pregunto si no estaremos todos locos por creer lo que nos dijo un cacharro de madera.

En ese momento sonó una trompeta en la distancia, seguida de otras. En la oscura celda, los enanos escucharon y se miraron unos a otros. Ya habían oído ese toque antes; era el toque de inspección que avisaba a todo el mundo en Klanath que estuviera preparado.

-Sea lo que sea lo que el cuenco tenga en mente, más vale que se dé prisa. La inspección empezará mañana, con la primera luz del día, -dijo Taladro con gesto torvo.

-¡Chist! -Vin la Sombra se incorporó de un salto-. ¡Escucha!

El distante toque de trompetas se había convertido en un poderoso coro al que se habían unido todos los cornetas de la ciudad. El clamor casi ahogaba los demás ruidos, pero no del todo. Los agudos oídos enanos captaron algo más; en alguna parte, muy cerca, sonaba el repicar de las armas, y unos roncós gritos de guerra, -gritos de guerra enanos-, hacían eco de los gritos de los asustados, sorprendidos humanos.

La Batalla De La Mina

Al llegar a las cumbres por encima de las minas de Klanath, Derkin indicó por señas a sus seguidores que se pusieran a cubierto y avanzaran gateando para inspeccionar la zona de abajo. Por un instante, la vista lo dejó pasmado; nunca había contemplado Klanath desde lo alto, y la desmesurada extensión del asentamiento lo impresionó. Era una ciudad de buen tamaño, desplegada sobre la llanura y los altozanos que había más abajo de las minas. En un promontorio central se levantaba una gran plaza fuerte, un palacio que se alzaba en medio de andamios y rodeado de patios amurallados. En torno al complejo central había apiñamientos e hileras de edificios de todo tipo, a centenares, que se desplegaban por las faldas del promontorio extendiéndose hacia los distantes bosques.

Ante aquel panorama, lo primero que se le pasó a Derkin por la cabeza fue cancelar toda la operación. Allí abajo había humanos a millares, y entre ellos había patrullas armadas que llevaban la bandera del imperio. Incluso bajo la escasa luz del anochecer, con el sol de Krynn metido tras las cordilleras occidentales, la tarea parecía imposible. ¿Cómo iban a conseguir un par de cientos de enanos pasar inadvertidos e infiltrarse en un sitio así

para llegar hasta los pozos de las minas, y mucho menos liberar a los esclavos metidos en ellas?

Ceñudo y preocupado, examinó el terreno que se extendía allá abajo, aprendiéndolo de memoria. Y, al hacerlo, analizó su distribución y sintió renacer cierta esperanza. Aunque se tratara de una ciudad, era como cualquier campamento de esclavos. Las defensas estaban pensadas para mantener dentro a la gente, no para impedir que entrara.

Justo debajo de él, y extendiéndose a ambos lados, estaban las cornisas y las rampas bajo las cuales se encontraban los pozos de las minas. Un poco más abajo, la pronunciada pendiente era un apiñamiento de edificios destartados, casi todos ellos simples cobertizos de palos. Y justo detrás de éstos estaban los fosos de metales blandos, cuatro hoyos anchos y profundos en los que se movían lámparas y antorchas. Reconoció el que estaba más próximo por su amplia rampa de entrada; era el primer foso, y en su interior se hallaba la celda en la que había estado preso hasta hacía pocos días.

Por toda la ciudad había patrullas y guardias, y en la distante calzada del norte se veía un ingente campamento de soldados del imperio. Pero el sector de las minas sólo contaba con guardias del perímetro, que en su mayoría estaban situados en el lado más bajo. Cada mina tenía sus propios guardias, desde luego, pero la mayoría se encontraba dentro. No era preciso que los Elegidos atravesaran el hervidero de humanos que era la ciudad de Klanath, que estaba al otro lado de las minas, por debajo. Sólo con que uno o dos dioses les sonrieran, podrían entrar y salir de las minas antes de que las fuerzas de la ciudad tuvieran tiempo de reaccionar.

-Oh, Reorx, concédenos tu favor en esta hora, -musitó al tiempo que hacía planes.

Llamó por señas, y otros enanos gatearon hacia él.

-Allí -señaló, indicando una cárcava en la que crecían matojos y que descendía por la vertiente de manera que separaba en dos las cornisas de los pozos de las minas-. Ésa es nuestra vía de entrada, y, con un poco de suerte, también la de salida.

Al caer la noche, Derkin puso a los suyos en marcha. Dejó a las mujeres y a los heridos escondidos en la parte alta de la ladera, y condujo a los demás por la amplia cárcava, cuesta abajo, ocultos con los arbustos. Al llegar al punto entre los pozos de las minas donde se habían encendido linternas, se deslizaron en completo silencio. Cien metros, e hicieron un alto mientras escuchaban. Otros cien más, y se agruparon en las densas sombras de la maleza, por encima del arracimado grupo de cobertizos y almacenes. En voz susurrante, Derkin seleccionó a dos pelotones de doce enanos cada uno, y les impartió órdenes. Los seleccionados eran jóvenes, fuertes y ágiles, y todos ellos tenían algo de sangre daergar. Cuando entendieron lo que tenían que hacer, hicieron señales al resto y salieron de las sombras, dirigiéndose directamente hacia la rampa del foso uno. Desde aquí hasta el foso no había cobertura, pero Derkin contaba con la oscuridad y el factor sorpresa, y más aún con la naturaleza de la raza humana. Los guardias de la rampa, suponía, estaban interesados en dos cosas: la mina que había debajo de ellos, y la calzada pavimentada que ascendía, sinuosa, desde la ciudad.

-Los humanos son animales de costumbres, -le había dicho su padre una vez, mucho tiempo atrás-. Son rápidos para ver lo que esperan ver, pero lentos en reparar en lo que no esperan.

Detrás de los cobertizos había cincuenta metros de espacio abierto, sin nada que ocultara su aproximación. En consecuencia, Derkin descartó el sigilo en pro de la rapidez y la sorpresa.

Ciento setenta pares de piernas fuertes y cortas corrieron hacia la entrada de la rampa, donde cuatro guardias envueltos en sus capas se recostaban en las lanzas. La arena sonó al pisotearla ciento setenta pares de pies lanzados a la carrera, y uno de los guardias levantó la cabeza con curiosidad; después lo hizo otro; y otro más.

-Por Reorx, -masculló Derkin mientras aferraba con fuerza la maza. Y, como casi ni se había atrevido a esperar que ocurriera, los cuatro guardias se pusieron alertas con el ruido, y todos ellos se volvieron hacia la calzada de Klanath, dando la espalda a los enanos atacantes.

Sin gritos de advertencia ni de desafío, los enanos se les echaron encima. Uno de los hombres cayó despatarrado cuando la maza de Derkin se descargó entre sus hombros, aplastándole la espina dorsal. Por el rabillo del ojo, el hylar vio caer a los otros guardias, y siguió corriendo, rampa abajo. Tenía la impresión de que el choque había sido ruidoso en extremo, pero enseguida se dio cuenta de que los otros cuatro guardias que estaban al pie de la rampa no se habían percatado de lo que ocurría. En las minas siempre había mucho ruido, y los cuatro hombres estaban arrodillados en un apretado círculo, jugando a los dados. Seguramente, ninguno de ellos llegó a saber qué los había golpeado.

En el suelo de la mina, los esclavos que acababan de finalizar su jornada de trabajo miraban boquiabiertos a los enanos armados que pasaban en tropel junto a ellos, dirigiéndose al corredor de la celda. Un sorprendido esclavo dejó caer una artesa cargada, y, de repente, la boca del corredor se llenó de humanos; los hombres miraron sin salir de su asombro el ataque que se les venía encima, y tropezaron unos con otros en su precipitación por coger las armas.

De nuevo sin vacilar, Derkin condujo a los Elegidos hacia el grupo de humanos arremetiendo a diestro y siniestro con su maza, en tanto que con la rodela sujeta a su antebrazo izquierdo paraba las estocadas lanzadas por sus enemigos.

Ya no había silencio y tampoco era necesario que lo hubiera, así que Derkin bramó el único grito de guerra que había aprendido, el antiguo grito de guerra hylar que se perdía en la noche de los tiempos; a su alrededor, otros enanos lo recogieron, y el fragor del combate resonó con los cantos que antaño habían acompañado el batir de los tambores de guerra.

La fuerza de guardias del corredor era una compañía completa: cincuenta humanos altos, armados con espadas y mazas, lanzas y dagas. El ímpetu del ataque de los enanos llevó a Derkin bastante dentro del corredor, y hacia la mitad del grupo de hombres. Entonces se encontró en medio de la lucha; cerca, un hacha fabricada con precipitación rompió su filo al chocar con el escudo de un humano, y el enano cayó, retorciéndose, con la punta de una lanza hincada en el pecho. Los enanos eran abatidos, pero también lo eran los humanos, y cada arma de buen acero que caía, era recogida por una mano enana antes de que dejara de repicar contra el suelo.

Los antiguos esclavos combatían con una feroz energía, compensando con entusiasmo la falta de práctica. En una ojeada, Derkin vio dos aullantes enanos saltar sobre un guardia, arrancarle la espada de la mano mientras lo derribaban, y después matarlo con su propia arma.

El fragor de la lucha continuó durante lo que parecieron horas. Entonces, la furia del combate disminuyó repentinamente. Más de la mitad de la compañía de guardias yacía en el suelo, su sangre mezclándose con la de una docena o más de enanos que no verían un nuevo amanecer. El resto de los humanos estaba dominado por el pánico, intentando escapar de la furia de los enanos. Unos pocos lograron escabullirse entre los atacantes y

salir al foso abierto. La mayoría, sin embargo, dio media vuelta y corrió por el pasillo, hacia la celda de los esclavos. Derkin fue tras ellos sin dejar de gritar, seguido por los Elegidos. El corredor giró, luego volvió a ser recto, y al fondo se vio la barricada que defendía las rejas de la puerta de la celda. Allí terminaba el corredor.

Fue entonces cuando los aterrados humanos se dieron cuenta de que se habían metido en una trampa. Giraron sobre sus talones con desesperación; pero, mientras se daban media vuelta, enarbolando sus armas ensangrentadas, una andanada de saetas de bronce, piedras lanzadas con hondas y otros objetos diversos arrojados se descargó a través de las verjas contra ellos. Los hombres se desplomaron por todas partes, pero no fueron los únicos. Un grueso dardo zumbó entre dos guardias, pasó rozando el rostro de Derkin, y se hundió en la cabeza de un enano que iba tras él. Y, a medida que los humanos se desplomaban, moribundos, más proyectiles pasaban silbando entre los enanos.

-¡Alto! -bramó Derkin-. ¡Eh, los de la celda! ¡Estamos de vuestra parte!

La lluvia de proyectiles cesó repentinamente, y detrás de la reja una voz gritó:

-¡Vaya, por todos los cubos oxidados! ¡Pero si es el hylar! ¡Vamos, muchachos, salgamos de aquí para ayudarlos!

Las barricadas fueron derribadas sin miramientos, las grandes verjas se abrieron de golpe, y por ellas salieron cientos de enanos en tropel. Algunos tenían armas y otros, no. Todos estaban sucios, andrajosos, desaliñados, pero el fervor con el que cayeron sobre los pocos humanos restantes rayaba en una pura y salvaje alegría. En cuestión de segundos, los únicos seres vivos en el corredor eran enanos.

Empujando y maldiciendo, Derkin se abrió paso a empujones a través de la apiñada multitud.

-¡Seguidme! -gritó, intentando hacerse oír en el tumulto-. ¡Salgamos de aquí!

De manera gradual, con mucha ayuda de sus lugartenientes y de otros, consiguió que la muchedumbre guardara silencio y se dirigiera hacia el foso abierto. Se encontró atrapado en una estampida de entusiastas enanos; a ambos lados, manos fuertes lo agarraron por los hombros y lo llevaron casi en volandas hacia adelante mientras una cuña de enanos arremetía entre la bullente multitud, abriéndose paso a base de puñetazos y juramentos.

-¡Apartaos! -bramó alguien-. ¡Dejad paso al jefe! ¡No puede dirigirnos desde aquí atrás, por los clavos oxidados!

De repente, Derkin se encontró al frente del éxodo, y las manos que lo sostenían por los hombros lo soltaron en el suelo. A la débil luz de una antorcha reconoció al esclavo neidar llamado Taladro, y al minero daergar llamado Vin la Sombra.

-Me alegro de que lo consiguieras. -Taladro sonrió al hylar mientras admiraba su atuendo y su reluciente armadura-. Aunque jamás te habría reconocido si no hubieses hablado en el corredor.

-He venido para sacaros de aquí -explicó Derkin.

-Lo sabemos, -intervino Vin con voz ronca, y una sonrisa asomó bajo la enmarañada barba-. El cuenco nos lo dijo.

Derkin no tuvo ocasión de preguntar a qué cuenco se refería. Avanzaban a lo largo del corredor a paso ligero, y en ese momento se encontraron con más enanos, justo en la entrada. El que venía delante se detuvo, miró boquiabierto al espléndido hylar seguido por una horda de guerreros y esclavos, y después se volvió y retrocedió. Detrás de él había entrado en el túnel una doble fila de harapientos esclavos que arrastraba los cuerpos ensangrentados y mutilados de varios guardias humanos.

-Éstos intentaban huir, -explicó uno de los enanos recién llegados-. Nosotros, eh... Bueno, suponíamos que no querías que escaparan.

-Están bastante machacados, -dijo otro, como disculpándose-. Las cadenas y las artesas causan esos daños, ya sabes.

-Gracias, -respondió Derkin-. Ahora, apartaos. Tenemos que salir de aquí antes de...

-¿Salir? -lo interrumpió un enano, que lo miraba ceñudo-. Todavía no has sacado a todos. Hay otras tres celdas en los pozos restantes.

-No tenía planeado...

-Hemos hecho que corra la voz por los túneles, -le aseguró otro esclavo-. No llevará demasiado tiempo, y todo el mundo estará preparado para marchar tan pronto como los libres. ¿Pero qué vamos a hacer con nuestras cadenas?

Taladro pasó junto a Derkin y se adelantó.

-Sacad a vuestros amigos de las celdas, -dijo-, y nosotros les quitaremos las cadenas.

Derkin echó una mirada a los esclavos que lo rodeaban, y comprendió que, a pesar de ser el cabecilla, en esto no tenía voz ni voto. Había venido a liberar a dos mil esclavos; se marcharía con ocho mil, o no saldría de allí.

-¡De acuerdo! -bramó-. ¡Los Elegidos, seguidme! Los demás, manteneos a cubierto y estad preparados para romper cadenas. ¡Reorx bendito! -añadió para sí-. A estas alturas todos los humanos de Klanath habrán oído el estruendo de la lucha.

-Probablemente no, -dijo un esclavo-. Fuera del foso apenas se escucha nada. Dudo que alguien de arriba haya oído lo más mínimo.

Derkin había planeado no estar más de quince minutos en los fosos; su estrategia había sido realizar un ataque sorpresa, moverse con rapidez, y salir lo antes posible. Pero la campaña cobró vida propia, como suele ocurrir, y había pasado una hora para cuando los Elegidos llegaron al cuarto foso. En los pozos dos y tres sólo habían encontrado unos pocos guardias adormilados, y la operación de liberar a los esclavos había sido rápida y bastante silenciosa.

Sin embargo, en el cuarto pozo hubo sorpresas. Moviéndose con rapidez y en silencio, con la experiencia ya de la práctica, los Elegidos entraron en el corredor de ese pozo como una tromba, mataron limpiamente a los guardias de la entrada, e iban de camino a la celda cuando por el recodo del túnel aparecieron docenas de humanos con túnicas y armaduras. El hombre que iba a la cabeza era el adjunto en persona, Shalit Mileen.

Los hombres se pararon, mirando sin salir de su asombro las armas y las manos ensangrentadas, y los feroces ojos de los enanos que avanzaban hacia ellos. Mileen se quedó boquiabierto, después desenvainó la espada ancha que llevaba a la espalda, y gritó:

-¡Matadlos! -y cargó.

Derkin que iba a la cabeza, desvió con el escudo el primer golpe del fornido humano, pero el impacto lo hizo caer. Rodó hacia un lado, rompió la rodilla de un hombre que se le echaba encima, y golpeó a otro en los pies, haciéndolo caer; después se incorporó rápidamente. El feroz combate retumbó en el túnel, y no pocos enanos cayeron al arremeter contra los humanos.

De repente, sin embargo, el estruendo remitió, y sólo quedó un hombre de pie. Era Shalit Mileen. El jefe de fosos arremetió y lanzó estocadas a diestro y siniestro, manteniendo a raya a docenas de enanos con su centelleante espada ancha.

Rápidamente, Derkin soltó sus armas, se despojó del peto de la armadura, y sacó a tirones la blusa remetida en la falda montañesa. Sus endurecidas manos desenrollaron la pesada cadena que llevaba en torno a la cintura, la dobló y la hizo girar en círculo sobre su cabeza.

-¡Apartaos! -ordenó a los enanos-. Éste es mío.

Shalit Mileen giró sobre sus talones al oír la voz, y sus crueles ojos se iluminaron.

-Ah, -dijo-. El de la capa roja. ¿Qué tienes ahí, gorgojo? ¿Una cadena?

-Tú deberías saberlo, -replicó Derkin con voz ronca y tan fría como el hielo-. Me la pusiste tú.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

-¿Que te la...? ¡Sí, te reconozco! ¡Agitador!

Con un rugido de rabia, saltó Derkin al tiempo que descargaba un golpe de arriba abajo con la enorme espada. El hylar hizo un finta, y la hoja de acero resonó contra el suelo de piedra. Derkin arremetió con la cadena doble; los pesados eslabones golpearon como una serpiente, enroscándose en torno a los tobillos del humano, y Derkin plantó los pies firmemente y tiró. Con un estruendoso batacazo, Shalit cayó de espaldas al suelo; rodó sobre sí mismo, intentando incorporarse sobre las rodillas, pero Derkin le saltó a la espalda y le golpeó las costillas con los talones. La cadena se deslizó alrededor del grueso cuello del jefe de fosos, y los músculos de los hombros del enano se hincharon al girarla y apretar como si fuera un garrote.

Shalit se debatió y pateó, rodó sobre sí mismo y forcejeó, pero el enano estaba agarrado a él como una lapa, sin aflojar un solo instante la brutal presión de la cadena. El rostro del humano se amarató, los ojos se le pusieron saltones, y su lengua hinchada salió entre los labios. Sacudiéndose débilmente, rodó sobre su espalda, con el enano debajo de él, que seguía aumentando la presión de la cadena estranguladora.

El humano se debatió un instante más, y las sacudidas se redujeron a movimientos espasmódicos. Después se quedó inmóvil. Derkin salió de debajo de él, soltando los extremos de la cadena. Miró en derredor, encontró su maza, la recogió, y señaló la celda de los esclavos.

-Abrid la puerta, -ordenó-. Dejad salir a esa gente.

-Fijaos en esto, -indicó un enano que estaba cerca.

Alguien alzó una linterna. Detrás de la celda, donde se había abierto la reja, la luz descubrió otra caverna, un espacio grande, recién excavado, lleno a medias con montones de brillantes y ricos minerales metalíferos.

-Estaba acumulando las extracciones de minerales, -dijo un enano al tiempo que propinaba una patada al cadáver de Shalit-. Pensó que podría convertirse en el jefe de las minas.

-Pues ahora no es jefe de nada, -añadió otro esclavo liberado-. Yo diría que si hay algún jefe de las minas ahora, es él, ése de la maza de marra. -Señaló a Derkin.

Taladro Tolec miraba en derredor, pensativo, dándole vueltas a unas palabras.

-Maza de marra, -dijo, sin dirigirse a nadie en particular-. Un buen nombre, sí. Derkin Mazamarra es el verdadero jefe de estas minas. Y yo al menos lo ayudaré a convertirse en jefe de cualquier otro sitio al que decida ir.

En el futuro se diría que Derkin Mazamarra gozaba del favor de los dioses. Se diría que cuando invocaba a Reorx, el dios más poderoso accedía a ayudarlo. Así lo contaría la historia, y a cualquiera que lo pusiera en duda se le recordaría la Noche de Klanath, cuando

Derkin Mazamarra, -cuyo nombre hasta entonces había sido Derkin Semilla de Invierno-, atacó las minas de Klanath con doscientos guerreros conocidos como los Elegidos, y liberó a casi ocho mil enanos de la esclavitud de las minas. Los dioses, al menos Reorx, y puede que también otros, debían de ver con buenos ojos a Derkin, pues ni una sola vez durante el ataque se dio la alerta en la ciudad de Klanath. No quedaba ningún soldado vivo en las minas cuando el ejército de esclavos emprendió la marcha rampa arriba en dirección a las montañas, y ninguno de los súbditos del emperador que se encontraban al norte de Tharkas se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Sólo a la mañana siguiente, cuando lord Kane y su grupo llegaron para inspeccionar las minas, los humanos descubrieron que todos los esclavos habían huido; ocho mil enanos que se desvanecieron escalando por la escarpada cara de la montaña con la ayuda de eslingas de cuerda escamoteadas en los cobertizos, y todos los otros esclavos de distintas razas que desaparecieron en distintas direcciones.

La historia no se relataría sólo entre los enanos; la Noche de Klanath también se convertiría en una leyenda entre los humanos de las tribus cobars. En los postreros años de su vida, Penacho Tierra Ancha nunca se cansaba de relatar la hazaña... y las que siguieron después.

-Lo recuerdo como si fuera hoy, -diría-. Nos encontrábamos en la ladera, por encima de las minas, esperando. El complejo nos parecía mucho más grande de lo que habíamos imaginado, y estábamos preocupados. Esa preciosa criatura, Helta, había perdido la paciencia y estaba dispuesta a bajar y hacer... lo que quiera que se le hubiera pasado por la cabeza. Entonces, de pronto, allí estaban ellos, apareciendo por detrás de los cobertizos, mirando a lo alto de la vertiente. ¡Y cuántos eran! ¿Os imagináis a ocho mil enanos trepando por la cara de la ladera a la vez? Era como si la montaña hubiera cobrado vida.

Quizá los dioses favorecieron a Derkin, como se dice, o puede que ese elfo, Despaxas, tuviera algo que ver en ello. En aquellos días iba acompañado a menudo por una criatura de sombras, Céfiro, que tal vez también ayudó de algún modo. Pero lo cierto es que no sonó ninguna alarma, y ningún soldado de la ciudad los vio ni los oyó, ni siquiera cuando los esclavos dejaron atrás los pozos de las minas y empezaron a escalar.

Le pregunté a Derkin hacia dónde nos dirigiríamos a continuación, y él se limitó a responder. Más allá de Tharkas, a las tierras agrestes. Tengo que formar un ejército. Pero no vendrás en este viaje, humano. No habrá lugar para alguien como tú. Aquí nos separamos.

Entonces se frenó de golpe y se volvió, y justo detrás de él estaba esa cosa, Céfiro, que acababa de aparecer flotando en el aire, como un pez moviéndose en el agua. Parecía mirar a Derkin fijamente, y el hylar hacía otro tanto. Entonces se marchó, y Derkin juró que había hablado con él, aseguró que le había dicho que hiciera caso de sus sueños, porque en ellos aprendería los usos de los calnars. Le pregunté quiénes eran esos calnars, y me contestó que así era como se llamaba su pueblo, antes de adoptar el nombre de hylar.

Los enanos se marcharon y yo me separé de ellos... durante un tiempo. Salí de las montañas, encontré un caballo y regresé con los míos. Por entonces estábamos en plena guerra con los invasores del imperio. Un año después era el jefe de mi tribu, aunque no fue un ascenso agradable. Me convertí en jefe porque nuestro anterior líder, Airón Viento de las Llanuras, murió con el corazón atravesado por una lanza caergothiana.

La guerra se alargó de meses a años. Seguíamos pensando que tenía que terminar pronto, y algunos de los elfos Montaraces con los que compartíamos las hogueras también lo pensaban. Pero había otros cuyas predicciones resultaron más atinadas que las nuestras.

Entre los elfos se hablaba de un líder llamado Kith-Kanan, y a veces nombraban a Despaxas. Contaron que el hechicero elfo había enviado a Céfiro a mirar el alma del general humano, Giarno, al otro lado del frente de batalla, y que la criatura no encontró hastío en el corazón del humano y sí una total indiferencia por el coste de vidas y el sufrimiento. Y Despaxas llegó aún más lejos, al parecer. De algún modo, el mago logró salvar la distancia de medio continente para ver lo que guardaba el corazón del propio emperador. Dijo que era como mirar en un agujero negro que apestaba a ambición y ansia de poder.

Entre los elfos había otra historia. Decían que Despaxas creía que el emperador, Quivalin Soth, tenía la energía de dos personas, aunque una de ellas carecía de alma.

Los elfos profetizaron que la guerra de Ullves no terminaría hasta que el emperador controlara todo Ansalon, o hasta que él muriera.

Y la guerra continuó y continuó. Durante un tiempo, corrieron rumores de que enanos salvajes bajaban de las montañas para lanzar ataques relámpago a las caravanas de provisiones del imperio, que caían sobre ellas, cogían lo que querían, y desaparecían por el sur. Se llevaban armas, caballos, víveres... todo tipo de cosas.

Los rumores proliferaban por todas partes; se decía que Thorbardin abriría sus puertas y que los enanos marcharían a la guerra. Pero entonces las noticias sobre los asaltantes enanos cesaron, y pasaron las estaciones sin que supiéramos ni una palabra de ellos. Era como si los enanos de las Kharolis hubieran desaparecido sin dejar rastro. Casi todos los que pensaban alguna vez en ellos daban por sentado que los enanos salvajes se habían unido a sus hermanos de la montaña en la legendaria fortaleza subterránea, y que se habían aislado del mundo.

Yo nunca creí eso. Pensaba a menudo en Derkin, y en lo que me había dicho cuando nos separamos, que tenía que crear un ejército, y había algo en la manera en que lo dijo... Siempre tuve la corazonada de que volvería a verlo algún día. Derkin tenía algo especial; había algo en sus ojos, en su actitud, en la forma de hablar... Tuve el presentimiento de que los señores de la guerra del emperador volverían a oír hablar de Derkin.

EL SEÑOR DE LOS ELEGIDOS

siglo de la Lluvia
década del Cerezo
verano, año del Estaño

De Las Tierras Salvajes

Los centinelas de un puesto avanzado de invierno, a gran altura en la cara occidental de la montaña Fin del Cielo, fueron los primeros que divisaron la aproximación de los forasteros. Allí arriba, donde los ventisqueros de la estación fría todavía prestaban afilados dientes a los vientos, jóvenes voluntarios, con las barbas blancas de escarcha, hacían turnos de guardia. Durante más de un siglo los protectores de la gran fortaleza subterránea habían mantenido estos refugios de centinelas en las cimas heladas de los picos más altos que rodeaban la montaña llamada Buscador de Nubes, bajo la cual se encontraba la fortaleza de los enanos.

En buenos y malos tiempos, a través de años de desunión y discordia, incluso en los días en que la hostilidad entre clanes había hecho estallar una guerra a gran escala, el consejo de thanes y el consejo de protectores habían mantenido los puestos avanzados de vigilancia para evitar una invasión. Thorbardin era inexpugnable, pero no invulnerable, y los que vivían allí lo sabían. Incluso en mitad de un conflicto armado entre ellos, los clanes pagaban tarifas para conservar los puestos avanzados y la vigilancia exterior, y los voluntarios que actuaban de centinelas procedían de todas las tribus.

Los voluntarios prestaban servicio durante una estación, y recibían una paga acorde con la época. Los más duros preferían los servicios de invierno. Un joven enano lo bastante rudo para aguantar un invierno en uno de los puestos del Fin del Mundo, o de los que estaban en lo alto de los picos del Trueno, al sur, podía ganar una paga con la que vivir holgadamente todo un año en Thorbardin, y todavía le sobraría dinero para ir de juerga a los tugurios que había en las callejas retiradas de cualquiera de las ciudades subterráneas.

El puesto de vigilancia occidental del Fin del Cielo estaba a una altitud de tres mil seiscientos metros, y, desde allí, sus seis centinelas, -un hylar, un daewar, dos daergars y dos theiwars- podían ver lo que parecía la mitad del mundo en un día claro; o, en el caso de los daergars, en una noche despejada. Ahora, cuando los gélidos vientos empezaban a suavizarse un poco, y los lejanos valles, allá abajo, se pintaban con los tonos verdes de los pastos, todos estaban más que ansiosos de regresar a casa. No habían visto un alma en todo el invierno; ni pequeños grupos de neidars emigrantes ni patrullas fronterizas elfas ni el

humo de hogueras de campamentos humanos, que tan comunes habían sido en años recientes desde que había estallado la guerra en las llanuras orientales; ni siquiera habían visto un ogro vagabundo. Durante todo el invierno, una extraña quietud había reinado en los baluartes montañosos, y los centinelas estaban más que hartos del incesante frío y de los vientos aulladores y gemebundos. También estaban terriblemente aburridos.

En las últimas semanas, sus charlas ajenas a los deberes del servicio se habían referido a menudo a las comodidades y placeres de Thorbardin: jarras de espumosa cerveza delante de agradables fuegos en las incontables tabernas de las ciudades; combates de competición en los fosos; el olor del pan moreno que salía de las tahonas; el placer de levantar una barra de buen metal de la ardiente fragua y forjarlo a golpes de martillo sobre un yunque; la diversión de una partida de dados; la emoción de apostar por uno o otro tiro de gusanos remolcadores. Y las chicas. Todos ellos guardaban maravillosos recuerdos y sentían una excitación anticipada al evocar a alguna fémina en particular que aguardaba su regreso... o dos o tres o, en el caso del joven daewar de barba dorada, por lo menos una docena.

Entre ellos había nacido una gran camaradería durante la larga y fría estación, y compartían sus ideas y sus sueños como lo harían amigos íntimos, pasando por alto el hecho de que, una vez que hubieran regresado a Thorbardin, era más que probable que se vieran envueltos en las luchas entre clanes como antes y que pronto se tiraran unos a las gargantas de los otros. Estas duras realidades podían disiparse de la mente en el curso de una estación invernal en el Fin del Cielo.

Mañana, tarde y noche, por parejas, hacían su guardia en la helada vertiente y esperaban con ansia el día que recibirían las brillantes monedas de la paga cuando cruzaran la Puerta Norte.

Y entonces, una radiante mañana, el aburrimiento terminó.

El daerwar y uno de los fornidos theiwar que hacían el turno de mañana en la oculta cornisa fuera de la cueva de los centinelas fueron los primeros que vieron a los forasteros, y despertaron a los demás. En la distancia, allá a lo lejos, por lo menos a cincuenta kilómetros por el oeste, se divisaba movimiento en lo alto de una cumbre, el diminuto, metódico movimiento fluido del tránsito de muchísimas personas, o alguna clase de criaturas. Durante un rato los seis permanecieron en la cornisa, envueltos en las gruesas pieles de oso que los hacían parecer unos tejones barbudos con brillantes yelmos, mientras continuaba el lejano movimiento.

-Hay un montón, -comentó el theiwar-. Miles de ellos, parece.

Durante una hora o más siguió el fluir del lejano movimiento, hilera tras hilera de pequeños puntos que aparecían sobre la distante cima y después descendían por la cara visible, hasta desaparecer en algún valle de abajo.

-¿Será una manada de bisontes? -sugirió uno de los daergars.

-No lo creo probable. -El hylar sacudió la cabeza-. Se mueven en una dirección distinta del rumbo que siguen los bisontes en esta estación. Creo que son personas, tal vez una caravana de mercaderes, -comentó.

-¿Procedente de dónde? -objetó el daewar-. Vienen del oeste, y por allí sólo hay tierras salvajes.

-Están los poblados neidars.

El intuitivo theiwar sacudió la cabeza.

-Son personas, en eso estamos de acuerdo, pero no son neidars.

-Los únicos enanos que están fuera de Thorbardin en esta época del año son neidars.
-El daewar frunció el entrecejo-. ¿Crees que son humanos?

-¿Por qué iban a venir tantos humanos desde las tierras agrestes?

-Por el motivo que han tenido siempre para venir aquí: atacar Thorbardin.

-Lo llevan intentando siglos sin ningún resultado. La última vez... ¿Cuándo fue, hace cuatro o cinco años? ¿Un tal lord Kane o algo así? Trajo a todo un ejército desde Daltigoth, pero no consiguieron entrar. Se limitaron a golpear la Puerta Norte durante un tiempo y después se dieron por vencidos y se marcharon.

-Pero venían del norte, y éstos vienen del oeste. Tal vez no sepan que no pueden entrar, o quizá lo han olvidado. Tengo entendido que los humanos son muy olvidadizos.

El hylar había sacado un tubo de visión distante, un cilindro de cobre con lentes de cristal montadas en él, y se lo fueron pasando por turno. Pero los pequeños puntos y se lo fueron pasando por turno. Pero los pequeños puntos estaban a demasiada distancia incluso para el artilugio de visión aumentada. Después, pasado un tiempo, no hubo nada a lo que mirar, ya que todos los puntos en movimiento se habían perdido de vista, ocultos por las elevaciones intermedias.

-Creo que será mejor que demos aviso, -dijo el hylar al tiempo que se volvía hacia la cueva.

-¿Aviso de qué? -dijo el daergar con sorna-. ¿De que hemos visto moverse algo, pero no que sabemos lo que es? Opino que debemos esperar hasta que veamos mejor de qué se trata.

El hylar siguió caminando hacia la cueva, y regresó con un gran vibral y un par de mazos de madera, pero dejó el instrumento a un lado y se puso en cuclillas en la cornisa, aguardando.

-Los veremos mejor cuando estén más cerca, -dijo-. Pero entonces, quienquiera o lo que quiera que sea, avisaremos. En el momento en que varios miles de criaturas de cualquier tipo se aproximan a Thorbardin, los guardias de las puertas tienen que estar informados.

-Estoy de acuerdo. -El daergar que había hablado se acuclilló al lado del hylar, su rostro oculto tras la máscara de hierro que su gente, dotada para ver en la oscuridad, llevaba puesta durante el día-. Pero hay tiempo de sobra para dar el aviso. Nos separan todavía muchos kilómetros de quienesquiera que vienen hacia aquí.

El sol se encontraba directamente sobre sus cabezas cuando los extranjeros volvieron a aparecer, coronando otra elevación del terreno montañoso. Aunque todavía lejos, se habían aproximado varios kilómetros, y la dirección que seguían era evidente ahora. Se movían al sureste, directamente hacia Thorbardin. El centinela hylar miró por el tubo de lentes.

-¡Por Reorx! -gruñó-. ¡Son enanos!

-¿Enanos? -A su lado, el daewar parpadeó por la sorpresa-. ¿Qué enanos? ¿Quiénes son?

-No lo sé -respondió el hylar, esforzándose por ver a través del tubo de lentes-. Neidars, supongo. Todos los otros clanes están en Thorbardin. Pero ¿tantos? ¡Son millares! Nunca he visto más de unas veintenas de neidars viajando juntos. Toma, velo por ti mismo.

El daewar cogió el artilugio y miró a través de él. Aumentada por las lentes, la distante horda todavía resultaba diminuta, apenas identificable, pero no cabía duda: eran enanos. Intentó calcular su número, pero se dio por vencido. Tal como había dicho el hylar, eran miles. Varios miles. Y marchaban como lo hacía un ejército: compañías claramente

diferenciadas en ordenadas filas que mantenían la formación a pesar de lo abrupto del terreno.

Al frente y a los flancos iban compañías de caballería, las figuras de los enanos montados luciendo espléndidos atavíos, y entre las de infantería había cientos de grandes bestias, algunas de ellas tirando de carretas cargadas con bultos.

Aquí y allí, el sol de mediodía se reflejaba en brillantes metales, -el familiar destello de yelmos, escudos y petos-, pero lo más sorprendente eran los llamativos colores de las finas vestimentas. Cada grupo y compañía parecía tener su combinación de colores particular. En una unidad, el amarillo y el marrón predominaban. En otra, dominaban el verde y el negro; y en otra, el azul y el cobrizo. Sólo los que iban en medio de la formación, caminando con las carretas y animales de carga, no llevaban colores uniformes, pero sí abundaban los tonos fuertes.

-Visten llamativamente, -comentó el daerwar, cuya mirada se detuvo en la cabeza del grupo en marcha. En la punta de la primera unidad de caballería, cuyos colores eran el rojo y el gris, cabalgaba una figura cuyo yelmo y peto reflejaban la luz del sol como un espejo. Llevaba una capa rojo fuerte, y los atalajes de su montura eran del mismo color. El centinela forzó la vista intentando captar más detalles, y después le entregó el tubo a otro voluntario, uno de los theiwars.

-¿Qué opinas del que va a la cabeza? -preguntó-. No me parece un neidar. De hecho, ninguno de ellos me lo parece.

El theiwar atisbó a través del tubo de lentes y después se lo entregó al hylar.

-Mira tú -dijo-, a ver si es alguien que conoces.

El hylar escudriñó por el artulugio y después sacudió la cabeza.

-A tanta distancia no distingo ningún rasgo. ¿Por qué pensabas que quizá lo conocía?

-No lo sé. -El theiwar se encogió de hombros-. Tiene algo que me recuerda a los hylars.

-Cuando has visto a un hylar, los has visto a todos, -dijo el daewar con una risita-. Claro que lo mismo es válido para los theiwars. Los de vuestro clan tenéis los brazos tan largos como las piernas.

-Puedes meterte tus opiniones donde te quepan, fundidor de oro -gruñó el theiwar cordialmente.

Tras echar otro vistazo, el centinela hylar pasó el tubo a los otros y, recogiendo el vibrante, se colgó del hombro la correa de cuero.

-Ya hemos visto lo bastante para dar aviso a la puerta, -dijo mientras cogía los mazos.

Uno de los enmascarados daergars se volvió hacia él.

-¿Qué vas a decir que viene hacia aquí, una caravana o un ejército?

-Esa muchedumbre podría ser cualquiera de las dos cosas -opinó otro de los centinelas que estaba mirando por el tubo-. O tal vez un poco de ambas. ¡Por Reorx! ¡Fijaos en esas armaduras!

Haciendo caso omiso de sus compañeros, el hylar se adelantó al borde de la cornisa, alzó los mazos, y empezó a golpear profundo, atronador, que era el complejo lenguaje de los tambores que sus antepasados habían traído a estas montañas siglos atrás. La montaña retumbó con la voz del instrumento, y, al cabo de un minuto, otro tambor, desde la otra cara del Fin del Cielo, recogió el toque y lo transmitió. Instantes después, otro tambor se unió al canto, desde más lejos, y a continuación otro, creando un creciente coro rítmico, una cadena

de atronadores sonos perdiéndose en la distancia y transmitiendo el mensaje hacia la Puerta Norte de Thorbardin. Pasaron varios minutos mientras los tambores tocaban, y después el theiwar que seguía observando a los forasteros a través del tubo de lentes dijo:

-Esa gente se ha detenido. Deben de haber oído los tambores.

-¿Y qué hacen? -preguntó el daewar.

-No lo sé. Algo pasa en la unidad que va a la cabeza, pero no alcanzo a ver qué es.

El centinela hylar continuó con el redoble durante un tiempo, y después soltó el vibril y escuchó. Del sur llegó una breve respuesta, y el enano asintió con la cabeza.

-Mensaje recibido, -dijo-. La Puerta Norte está alerta.

Se dirigía hacia la abrigada cueva para guardar el vibril cuando el aire resonó de nuevo con un lejano redoble. Giró sobre sus talones bruscamente y escuchó. El sonido no llegaba del sur ni de Thorbardin, sino del oeste, y el mensaje hizo que se quedara boquiabierto.

-¡Son ellos! -gritó al tiempo que señalaba-. ¡Los forasteros! ¡Están... comunicándose con tambores!

Por un instante, los seis centinelas se miraron unos a otros sin salir de su asombro. Era increíble que unos extranjeros que venían del salvaje oeste tuvieran tambores que supieran cómo hacer hablar a los vibrales; incluso entre los clanes de Thorbardin, pocos enanos, aparte de los hylars, habían conseguido dominar ese lenguaje.

Los centinelas otearon a lo lejos, a través de los kilómetros, escuchando, y después el daewar se volvió hacia el hylar.

-Bueno, ¿qué es lo que dicen?

-Hablan de Thorbardin -respondió el hylar lentamente-. Mandan el saludo de Mazamarra al consejo de thanes. Dicen que Mazamarra viene a comerciar, y que acamparán debajo de la Puerta Norte. Invitan a los protectores del comercio a que salgan a inspeccionar sus mercancías. También dicen que Mazamarra quiere tener una reunión con el consejo de thanes.

-¿Quién es Mazamarra? -El daewar estaba desconcertado-. Nunca había oído ese nombre. ¿Y vosotros?

Ninguno de ellos lo conocía.

-Sea quien sea, no le falta arrogancia, -dijo el theiwar-. ¡Un forastero solicitando audiencia con el consejo de thanes!

-No lo solicita, -lo corrigió el hylar, que seguía escuchando los tambores, interpretando su mensaje-. No pide una reunión. La exige.

A lo largo de aquel día y del siguiente, los centinelas del Fin del Mundo, así como los centinelas del Buscador de Nubes, vigilaron mientras la muchedumbre de forasteros se aproximaba, avanzando al paso lento de las bestias de carga que iban con ellos. Casi al final del segundo día habían salvado las últimas elevaciones y tenían las vertientes septentrionales del Buscador de Nubes directamente frente a ellos. El campamento que levantaron junto a un gélido arroyuelo estaba a menos de cinco kilómetros de las empinadas laderas donde empezaba la gran montaña.

Para entonces, centenares de tubos de lentes estaban fijos en ellos, desde los puestos de los centinelas y desde la repisa amurallada que coronaba las grandes rampas que conducían a la Puerta Norte. El inmenso portal ovalado estaba abierto, con el inexpugnable obturador replegado en las sombras, detrás de su cubierta de acero, y una multitud de enanos cada vez más numerosa se agrupaba en la repisa, observando a los intrusos.

Los extraños tambores guardaban silencio ahora, y los forasteros se dedicaban a sus quehaceres, levantando el campamento para la noche, y parecía que hacían caso omiso, intencionadamente, de los que los observaban desde la cara de la montaña. Varias veces, los tambores habían salido de Thorbardin para pedir a los extranjeros que se identificaran, que dijeran de dónde venían y qué querían comerciar, preguntando quién era el tal Mazamarra que exigía entrevistarse con el consejo de thanes, pero no hubo ninguna respuesta. Era como si los forasteros hubieran dicho todo lo que tenían que decir y no estuvieran interesados en responder a preguntas.

Poco antes de anoecer, aparecieron en la repisa unos guardias hylars que se valieron de sus escudos para abrirse paso entre la multitud allí apiñada. Tras ellos, dos enanos salieron por el inmenso portal y se dirigieron a la muralla para mirar hacia abajo. Si había alguien de quien pudiera decirse que estaba al mando de Thorbardin en estos tiempos turbulentos, eran estos dos enanos. Ambos eran de mediana edad, y estaban endurecidos por la carga que llevaban. De todos los thanes, protectores, jefes, y líderes de grupos que iban y venían por el vasto reino subterráneo, había recaído en Dunbarth Cepo de Hierro y en Jeron Cuero Rojo la responsabilidad de mantener Thorbardin en funcionamiento a despecho de las candentes reyertas y las múltiples hostilidades internas.

Jeron Cuero Rojo, jefe del clan daewar y miembro más antiguo del consejo de thanes, era un enano fornido, de ojos relucientes. Las elaboradas incrustaciones de oro de su yelmo y su peto reflejaban el dorado de su largo cabello y espesa barba, y tanto la gema exquisitamente tallada que lucía en el yelmo, justo encima de sus espesas cejas, así como el profundo azul de su ondeante capa, reflejaban el color de sus ojos. Unas mejillas rubicundas y una nariz chata le daban el aspecto risueño de una constante y secreta sonrisa, y la llamativa suntuosidad de su atavío podría haberse tomado por jactanciosa vanidad. Como casi todos los daewars, a Jeron le gustaban los colores llamativos y las vestimentas ricas hasta el punto de dar la impresión, a los enanos de los otros clanes, de ser pomposo y algo ridículo, pero nada más lejos de la verdad. Jeron podía mostrarse jovial en ocasiones, y quizá pavonearse un poco de vez en cuando, pero quienes lo conocían, amigos y enemigos por igual, eran conscientes de que podía ser tan duro y rígido como las propias rocas de Thorbardin.

Su compañero, Dunbarth Cepo de Hierro, era el clásico jefe hylar de la cabeza a los pies, aunque había rechazado durante años ser el thane de su clan. A su modo de entender, ser cabecilla lo obligaría a tomar parte en las disputas que estallaban constantemente en Thorbardin, y él no tenía el menor interés en enfrentamientos y reyertas. De todas las tribus, sólo la hylar se las había ingeniado a lo largo de los años para eludir los continuos conflictos desatados bajo la montaña, aunque incluso Harl Lanzapesos, el último thane hylar, había tenido que soportar grandes presiones para conseguir mantenerse al margen cuando todos los demás estaban a matarse.

Harl era un personaje legendario entre los de su clan. Había mantenido y reforzado la Paz Hylar entre las tribus hasta que pereció en un misterioso desprendimiento cerca de la ciudad theiwar de Theibardin. Aunque nunca se había probado nada, se sospechaba que el derrumbamiento no había sido accidental, y un numeroso grupo de theiwars, dirigidos por el intrigante Than-Kar, había partido de Thorbardin poco después para no regresar jamás.

Harl Lanzapesos fue el último thane de los hylars porque Dunbarth Cepo de Hierro rehusó asumir el cargo, y su testarudo pueblo se negó a elegir a otro. Así pues, los hylar no tenían cabecilla en la actualidad, si bien Dunbarth representaba a su clan en el consejo de

thanes, y con el paso del tiempo se había convertido en uno de sus miembros más influyentes en muchos aspectos.

Entre los dos, con el respaldo del resto del consejo o sin él, el daewar y el hylar habían actuado con sabiduría influyendo para conservar Thorbardin funcionando como un reino, y para impedir que los conflictos y rivalidades entre clanes, siempre a punto de estallar, desembocaran en una guerra civil total.

Sagaz y pensativo, el cabello y los ojos oscuros del hylar y su corta barba peinada hacia atrás le daban un aire circunspecto que era una impresión tan errónea como la aparente despreocupación jovial del daewar. Vestido con su habitual indumentaria de colores discretos -falda montañesa de cuero, botas de piel oscura, blusón pardo y capa gris, peto de armadura, escudo y yelmo casi desprovistos de ornamentación-, Dunbarth Cepo de Hierro podía parecer frío y distante, indiferente a los tumultos y disturbios del reino enano en el que tanta influencia ejercía. Los que lo conocían, sin embargo, sabían que no era así. La mayoría coincidía en que en todo Thorbardin no había nadie más dedicado al bienestar y la perpetuidad del reino subterráneo que Dunbarth Cepo de Hierro.

Ahora los dos líderes, el daewar y el hylar, dirigieron sus miradas al valle abierto al pie de la ladera, desconcertados y preocupados. Nunca habían oído hablar de un enano llamado Mazamarra, ni de un conglomerado tan numeroso de enanos como el que ahora se extendía a lo largo del pequeño arroyo.

Los centinelas les habían descrito al cabecilla, y según ellos parecía ser de origen hylar, pero nadie había reconocido ni su nombre ni a él. Y ahora, con la horda acampada a pocas horas de marcha hasta las rampas de la Puerta Norte, no se lo veía por ningún sitio. Ninguno de los cientos de vigías lo habían visto desde la noche anterior, cuando los forasteros se encontraban todavía a unos veinticinco kilómetros de distancia.

-¿Alguna idea? -preguntó Dunbarth, que hacía visera con una mano para resguardarse los ojos de los últimos rayos del sol poniente.

-Dicen que vienen a comerciar, -respondió Jeron-. Y esas carretas y bestias de carga parecen transportar mercancías. Creo que deberíamos... -Calló de repente, se giró un poco y luego se encogió de hombros-. Qué extraño, -musitó-. Me pareció que alguien me había rozado.

-¿Decías? -le recordó Dunbarth.

-Oh, sí -El daewar se volvió de nuevo hacia la muralla-. Creo que deberíamos enviar mercaderes a reunirse con ellos mañana. Si tienen mercancías con las que comerciar, ¿por qué no darles la bienvenida?

-Pero ¿y lo demás? ¿Esa exigencia de reunirse con el consejo?

-Oh, eso no lo haremos, desde luego, -dijo Jeron-. Y, por supuesto, no permitiremos que ninguno de ellos entre en Thorbardin. No hasta que sepamos mucho más de ellos, en cualquier caso.

-Entonces, después de que los mercaderes vayan a su encuentro mañana, cerraremos la puerta y así la dejaremos, -concluyó Dunbarth.

Dieron órdenes a los guardias que estaban cerca, y después regresaron por la Puerta Norte a través de la garita, con su gigantesco tornillo y sus mecanismos de cierre; luego pasaron por las viejas madrigueras de Talanquera, y continuaron por la pasarela que conectaba un extremo de Eco del Yunque con el otro. A su alrededor, unos ojos alertas vigilaban desde los agujeros de la muerte, pero eso no los preocupaba. Su escolta eran las fuerzas de elite de la guardia personal de Dunbarth. Al otro lado del Eco del Yunque, unos cuantos metros dentro del gran túnel que era la calzada septentrional que conducía a las

ciudades centrales de Thorbardin, Dunbarth se paró de repente y se volvió. Unos doce metros más atrás, su compañía de guardias se detuvo, aprestando las armas.

Por un instante, el cabecilla hylar miró a su alrededor, pero luego echó a andar de nuevo, al lado de Jeron Cuero Rojo.

-¿Qué pasaba? -preguntó el daewar-. ¿Por qué te detuviste?

-No lo sé -respondió Dunbarth-. Durante un instante tuve la impresión de que nos seguían. Era como si alguien fuera caminando justo detrás de nosotros.

Balladine

Al amanecer, el fresco viento del oeste que corría, susurrante, por los valles y las vertientes del Buscador de Nubes tenía un cierto aroma a primavera. La Puerta Norte de Thorbardin había permanecido cerrada durante la noche, pero ahora su gigantesco tornillo volvió a girar y el colosal obturador de piedra revestido de acero, que era la puerta, retrocedió la brisa y la luz matinal. Los guardias salieron por el gran portal, tomaron posiciones en la plataforma y en las rampas, y observaron con curiosidad el valle, allá abajo.

El humo de las lumbres se alzaba por encima del enorme campamento, y había movimiento por todas partes mientras los forasteros del oeste tomaban sus desayunos, atendían al ganado, y empezaban a desmontar las tiendas de viaje. Se preparaban para una marcha, y los enanos de arriba contemplaban con curiosidad cómo iba creciendo el ritmo de la actividad.

Desde aquella distancia, las diminutas figuras junto al arroyo parecían moverse al unísono, ocupándose de distintas tareas matinales, pero con una armonía ostensible, como si hubiera música y todos la estuvieran escuchando.

Entonces la dirección del viento varió un poco, soplando ladera arriba, y los guardias del repecho también la oyeron. El débil sonido era el de un solitario tambor tocado suavemente, a un ritmo sostenido, profundo, vibrante, que pareció conmover el alma de los enanos. Fascinados, los guardias de la montaña observaron y escucharon; después se pusieron firmes cuando un pelotón de la guardia de elite salió por la puerta abierta a la luz del día.

Los recién llegados se desplegaron, revisaron la pendiente por encima de la Puerta Norte, el declive por debajo de la muralla de la plataforma, y las cuestas de las dos rampas. Cuando hubieron completado la inspección, se apartaron y se cuadraron haciendo un saludo. Jeron Cuero Rojo salió a la luz de la mañana, seguido por Dunbarth Cepo de Hierro y el viejo Bando Basto, thane de los theiwars.

Igual que los guardias, los tres líderes observaron con curiosidad el valle que se extendía hacia el oeste, donde los forasteros recogían sus tiendas y reunían a los animales. El humo que había flotado sobre el campamento había desaparecido, ya que las lumbres habían sido apagadas. Evidentemente, los extranjeros estaban preparados para ponerse en camino.

-¿Hay ya alguna señal de su jefe? -preguntó Jeron a uno de los guardias, que sostenía un tubo de lentes.

-No lo hemos visto, -respondió el soldado-. Al menos, no hemos visto la capa roja y la brillante armadura. Quizá se ha cambiado de atuendo.

-Si lo hubiera hecho, no podría distinguírselo entre todos los demás, -dijo otro de los guardias-. Nadie sabe realmente cómo es.

Dunbarth se había acercado a la muralla y escuchaba con gran atención.

-Ese tambor, -musitó-. Hay algo en ese tambor...

-¿Qué? -preguntó Jeron-. ¿Está diciendo algo?

-No, sólo está tocando, pero hay algo en ese ritmo. Es como si se tratara de algo que debería recordar, algo que debería entender, pero estoy seguro de no haberlo oído nunca.

-Quizá tus antepasados escucharon algo semejante, -sugirió Jeron-. Vosotros, los hylars, habéis sido siempre un pueblo de tambores.

-Sí, es posible, -admitió Dunbarth, y siguió escuchando, sintiendo como si el toque débil, obsesivo, le estuviera hablando a él personalmente. Entre los guardias, los que eran hylars tenían su misma expresión desconcertada.

Incluso sin los tubos de lentes, podían ver a la gente del valle colocándose en formación, las capas de llamativos colores ondeando, las relucientes armaduras centelleando, mientras se preparaban para cruzar el arroyo. La larga fila de carretas y animales de carga avanzó y, a los flancos, enanos vestidos con atuendos uniformes subieron a las monturas ensilladas y se situaron en sus posiciones. La compañía rojo y gris se reunió, montó, y cruzó el arroyo, levantando rociadas de agua brillante con los cascos de sus caballos. Sin embargo, no había señal de la figura de la capa roja que había cabalgado a la cabeza cuando se los había avistado por primera vez.

Cuando estuvieron al otro lado de la corriente, todos los demás empezaron a moverse; fila tras fila y grupo tras grupo cruzaron para colocarse en sus posiciones de marcha. Era como si toda una ciudad se hubiera puesto en movimiento.

-En verdad son muchísimos, -comentó Jeron mientras los extranjeros se desplegaban y avanzaban, dirigiéndose hacia Thorbardin-. Millares.

-Mis guardias calculan que por lo menos son nueve mil, -le dijo Dunbarth-. Puede que incluso más. No se me ocurre de dónde pueden venir. Que yo recuerde, no hay nada al oeste de aquí que sea mayor que alguna que otra aldea neidar. Pero, por Reorx, hay tanta gente ahí abajo como en toda Hybardin.

-Hablando de Hybardin -dijo Jeron-. ¿Sabes si alguno de los tuyos ha estado merodeando por la orilla de nuestra ciudad anoche? Los guardias no vieron a nadie, pero había un bote hylar en el embarcadero esta mañana, aunque nadie que respondiera de él.

-¿También vosotros? -preguntó Bando Basto-. Me han dado una docena de informes acerca de merodeadores rondando por Theibardin durante la noche. Y uno de mis operarios de canales jura que se dio la vuelta y vio el rostro de Harl Lanzapesos mirándolo fijamente.

-Demasiada cerveza. -Jeron esbozó una sonrisa-. O demasiada imaginación. ¿Harl Lanzapesos dices?

-No, Harl Lanzapesos no. Sólo su rostro. No tenía cuerpo.

-Definitivamente, demasiada cerveza, -repitió Jeron-. Cerveza y, posiblemente, remordimiento de conciencia. Es lo que hace ver fantasmas.

-El operario de canales no tuvo nada que ver con el accidente del thane hylar, -se encrespó el viejo theiwar-. E, incluso si alguien de mi clan estuvo implicado, hace mucho tiempo que desapareció.

-¡Chist! -Dunbarth levantó una mano con gesto imperioso-. ¡Escuchad!

Allí, en el valle, toda la caravana de extranjeros había cruzado ya el arroyo y se aproximaba a un paso constante, regular. El quedo tambor seguía entonando su toque rítmico, pero ahora era más audible, como si le hubieran quitado al instrumento la envoltura amortiguadora. Otro tambor se unió al primero, poniendo un contrapunto emocionante a la melodía. Poco después se les sumaban un tercero y un cuarto, cada uno de ellos añadiendo un nuevo tono y dimensión al creciente sonido.

-¿Qué es eso? -instó Jeron con voz ronca-. ¿Dicen algo? ¿Es una señal?

Antes de que Dunbarth pudiera responder, un viejo hylar de cabello canoso salió corriendo a la plataforma, miró a su alrededor, y después sacó una hoja de burdo papel y un trozo de grafito de su túnica. Los que estaban a su alrededor se quedaron un poco sorprendidos de ver al viejo Chane Fogón en el exterior a una hora tan temprana, aunque como custodio de legajos de Thorbardin generalmente iba y venía a su antojo. El viejo enano escuchó atentamente y empezó a hacer extrañas marcas en el papel al compás del toque de los tambores. Jeron se asomó por encima del hombro del recién llegado y frunció el entrecejo. Nunca había sido capaz de descifrar ni las señales enviadas por los vibrales hylars ni las extrañas y retorcidas runas con las que se representaban.

-Si están hablando, -respondió Dunbarth a la pregunta de Jeron-, no es un lenguaje comprensible para mí. -Se volvió hacia el jefe de señales-. Chane, ¿sabes...?

-¡Chitón! -instó el viejo con brusquedad, sin dejar de escribir.

Durante largos minutos, el canto de los tambores creció en el viento mientras Chane transcribía sus notas, ritmos y matices. Luego sacó de su túnica un pergamino, viejo y amarillento, y lo desenrolló. Sostuvo los dos papeles ante sí, comparándolos, y luego alzó la vista; en sus viejos ojos había un brillo de asombro y excitación.

-¡Lo es! -exclamó-. ¡Realmente lo es!

-¿Que es qué? -inquirió Dunbarth.

-¡Toma, mira esto! -Chane le tendió el antiguo pergamino-. Esto lleva siglos guardado entre los legajos, junto con otros pergaminos de Mistral Thrax. Es de los viejos tiempos, de los primeros hylars, o puede que de antes. Es... -Inclinó la cabeza y escuchó-. Lo he estudiado, pero nunca lo había oído. Jamás se había tocado en estas montañas, pero este pergamino es lo que esos tambores están entonando. ¡Escuchad! ¡Es realmente hermoso!

-Estoy de acuerdo, -asintió Dunbarth-. Es bonito, pero ¿qué es?

-Una canción de un pasado remoto, de un lugar muy, muy lejano. Era el canto del solsticio de verano, en aquel sitio.

-¿El solsticio de verano? -Jeron enarcó una ceja, rubia y tupida-. ¡Pero si apenas ha empezado la primavera!

-El canto se utilizaba para convocar reuniones, -continuó el viejo hylar-. Era el canto de las ferias y de la época de comercio. Era la Llamada a Balladine.

-Leyendas del antiguo Thorin, -musitó Dunbarth-. Quizá existe realmente ese lugar.

-Una llamada al comercio. -Jeron observó a la multitud del valle con desconfianza-. Puede que estén aquí realmente para negociar. Ya veremos.

-¿Mercaderes que marchan como un ejército? -se encrespó Bando-. ¿Y por qué unos comerciantes iban a pedir reunirse con el consejo de thanes? Es evidente que esa gente intenta invadir Thorbardin.

-En ese caso, -le aseguró Jeron-, haremos lo que hacemos siempre: cerrar las puertas hasta que se hayan marchado.

-Hacer lo que siempre hacemos, -rezongó Dunbarth-. A veces me pregunto... -No completó la frase, sin embargo, y Jeron lo miró de reojo y se encogió de hombros. En ocasiones, Dunbarth podía ser muy quisquilloso, como todos los hylars, y Jeron lo había oído protestar muchas veces de que la gente de Thorbardin había vivido dentro de una concha durante tanto tiempo que parecían tortugas. En cierto modo, Jeron estaba de acuerdo con él, pero poco podía hacer al respecto. El propósito principal de Thorbardin era su condición de inexpugnable; la fortaleza subterránea había sido creada para dar a los clanes enanos un lugar seguro, inaccesible, donde pudieran vivir a salvo de invasiones. En Thorbardin los enanos estaban protegidos del mundo exterior, y, con el paso de los siglos, muchos de ellos habían llegado a pensar que el reino bajo la montaña era el mundo, y que nada de lo que había fuera tenía importancia.

Al igual que el jefe hylar, Jeron lamentaba que fuera así. En su opinión, un pueblo con menos seguridad y menos recluido encontraría otros intereses aparte de comer, dormir, discutir y albergar resentimientos.

El thane daewar sintió un ligero roce, como si la capa de alguien lo hubiera tocado, y se volvió, pero no había nadie. Un instante después, uno de los guardias de la rampa occidental siseó, empezó a desenvainar su espada, y después miró a su alrededor, desconcertado. Dunbarth se volvió hacia él al oír el ruido.

-¿Qué pasa ahí? -preguntó.

-Nada, creo, -respondió el soldado con cortedad-. Me pareció ver algo, pero supongo que lo imaginé.

-Bueno, ¿y qué te pareció ver?

-Un rostro, justo delante de mí, mirándome. Pero enseguida desapareció.

-Fantasmas, -masculló Jeron.

Al cabo de una hora, la masa de extranjeros en movimiento se encontraba a menos de kilómetro y medio de distancia, bastante dentro de la herbosa cañada flanqueada por el Buscador de Nubes y el Fin del Cielo. Una muchedumbre cada vez más numerosa se iba apiñando en la plataforma de la Puerta Norte y observaba a los forasteros con curiosidad, escuchando el obsesivo canto de los tambores. El sol estaba alto ahora, haciendo resaltar la plétora de llamativos colores de la caravana, y los observadores pudieron distinguir detalles que antes no habían visto. Entre las unidades de caballería, sólo un enano de cada tres o cuatro llevaba armadura metálica, y dicha armadura, aunque brillante y bien cuidada, era una mezcla diversa de tipos y diseños, como si fueran piezas sueltas reunidas en un bazar o en un campo de batalla.

Todos los enanos forasteros, tanto mujeres como hombres y niños, llevaban armas, pero algunas estaban burdamente fabricadas, como si se hubieran forjado con prisas, y muchas de ellas parecían ser de manufactura humana o elfa.

-Tienen hierro, pero muy poco acero, -apuntó Jeron-. De donde quiera que vengan, sus tejedores y curtidores disponen de buenos materiales con los que trabajar, pero sus metalúrgicos han tenido que arreglarse con lo que han podido encontrar. -Se volvió hacia el protector de comercio-. Toma nota de eso, Ágata. Muchos de esos animales de carga transportan fardos de buenas pieles, y apostaría a que en las carretas hay algunos tejidos excelentes.

-Por el aspecto de sus armas, la mayoría las han conseguido en saqueos, -añadió Dunbarth-. Muchos llevan espadas humanas.

No obstante, con sus excelentes caballos y sus hermosas capas, los extraños enanos ofrecían una estampa formidable y tenían un aire de resolución y firme propósito.

Cuando la caravana estuvo más cerca, uno de los jinetes de la primera unidad, -la de rojo y gris-, espoleó su montura y salió a galope llevando por las riendas a otro caballo ensillado. Este segundo corcel iba equipado con un magnífico atalaje: hermosa silla, cabezada de cuero con bocado y refuerzos de plata, y faldar de excelente acero sobre la gualdrapa de un tejido de color rojo fuerte, con el que también se adornaban el resto de los arreos.

-Ése es el corcel que cabalgaba su cabecilla cuando los avistamos, -dijo un guardia.

-Pero ¿dónde está él? -rezongó Dunbarth.

Entonces, en la muralla de la plataforma, alguien dijo:

-¡Mirad!

Todos los ojos se dirigieron hacia abajo, a la izquierda. Al pie de la rampa occidental se encontraba un enano que lucía una capa escarlata y cuyo oscuro cabello brillaba al sol a medida que descendía por el último tramo de la cuesta.

El jinete solitario se dirigió hacia él a todo galope, pero frenó los caballos cuando el otro enano levantó una mano. Sin volver la vista atrás, el de la capa roja se dirigió hacia el caballo que iba sin jinete, tomó las riendas, y montó en él, tras lo cual enrolló la escala de cuerda y la sujetó a la silla. Soltó las riendas en el pomo del arzón, se colocó una rodela y un yelmo, y cogió una maza. Seguido por el otro jinete, salió a galope por el prado, hizo caracolear a su montura, y levantó el brazo. Al instante, en la cercana caravana, los tambores interrumpieron el canto, y un único vibral ejecutó un breve y complejo redoble.

-Dicen que estarán dispuestos para recibir a nuestros comerciantes a mediodía, -tradujo Chane para que todos los que estaban en la plataforma se enteraran-. También dicen que el consejo de thanes habrá de reunirse mañana.

-¡Y un cuerno! -masculló Bando-. Dunbarth, haz que tus tambores les transmitan que el consejo de thanes sólo se reúne en el Gran Salón de Audiencias de Thorbardin, no en el exterior.

Tras un cabeceo de aquiescencia por parte de Dunbarth, dos tambores se adelantaron y enviaron el mensaje. Al cabo de un momento, los tambores de los extranjeros respondieron.

Mazamarra no lo admitiría de otro modo, dijeron.

-¡Arrogante! -escupió el thane theiwar cuando se tradujo la respuesta-. Yo digo que cerremos la puerta, ¡y a la corrosión con esos intrusos!

-¡Es él! ¡Es la cara que vi flotando ante mí! -gritó un guardia de la rampa antes de que nadie pudiera responder. El soldado había cogido un tubo de lentes y estaba observando a través de él al jinete de capa escarlata que se encontraba en el prado.

Dunbarth Cepo de Hierro cogió otro tubo del guardia que estaba más cerca y atisbó a través de él. El rostro del cabecilla forastero se volvió en su dirección, y el hylar lo escrutó intensamente. Eran unos rasgos firmes, francos, enmarcando unos oscuros ojos pensativos que parecían estar mirándolo directamente. El cabello, oscuro y ondulado, asomaba por debajo del yelmo de excelente manufactura, y una barba recortada, peinada hacia atrás, encuadraba una boca grande, de gesto firme, que al entreabrirse dejaba ver una blanca dentadura.

Dunbarth soltó un sonoro juramento mientras apretaba el tubo contra su ojo. En ciertos aspectos, el rostro del desconocido le recordaba al thane hylar muerto años atrás, Harl Lanzapesos: los altos pómulos, la mirada firme de aquellos ojos imperiosos.

-¡Tengo la sensación de que debería reconocerlo! -exclamó el hylar con voz ronca al tiempo que le tendía el tubo a Jeron-. ¡Mira! ¿A quién ves?

El daewar atisbó por las lentes, y después se volvió hacia Dunbarth, con el entrecejo fruncido.

-¿Quién otro sino un hijo podría parecerse tanto a un padre? -dijo pensativamente.

-¿Estás sugiriendo que ése es Derkin, el hijo de Harl? -inquirió el hylar.

Jeron volvió a atisbar por el tubo.

-No lo sé -admitió en un susurro-. Existe gran parecido. Sin embargo... ése no es el Derkin que recuerdo.

Sin andarse con contemplaciones, Chane Fogón se abrió paso apartando a los thanes a codazos, y arrebató al daewar el tubo de lentes que tenía en la mano. Se apoyó en la muralla de la plataforma y miró por el tubo; después se volvió hacia los otros.

-He visto esa cara, -declaró lentamente-. En los archivos más viejos de Hybardin hay un retrato que es tan antiguo como el propio Thorbardin. Y el rostro del retrato es esa cara del valle.

-¿Estás diciendo que el enano de ahí abajo no es el hijo perdido de Harl Lanzapesos? -demandó Dunbarth.

-Recuerdo vagamente a Derkin Semilla de Invierno, -contestó el viejo custodio de legajos-. Era un muchacho retraído, solitario, callado y de genio huraño.

-¿Genio huraño? -repitió Jeron-. Según recuerdo, Derkin sólo tenía dos modos de tratar con los demás: o hacía caso omiso de ellos o los insultaba. Fue un milagro que alguien no le rompiera la cabeza. Creo que ni siquiera a su padre le caía demasiado bien. Personalmente, sin embargo, creo que no llegué a conocerlo.

-No estaba mucho por aquí -dijo Chane, haciendo memoria-. Derkin era un tipo raro. No parecía un neidar, pero siempre estaba viajando a lugares del exterior. No le gustaba Thorbardin, y eso era algo que dejó muy claro. Luego, nunca regresó del último viaje que emprendió, hace muchos años. -Chane se giró un poco para señalar hacia la herbosa cañada-. Si la persona que está ahí abajo fue Derkin Semilla de Invierno alguna vez, ha dejado de serlo. Fijaos en su porte. Esa persona tiene mando, autoridad. Derkin jamás habría dirigido a nadie.

-Volviendo al viejo retrato de los archivos, -insistió Dunbarth-, ¿de quién es?

-De Colin Diente de Piedra, -repuso Chane-. El primer cabecilla de los hylars, el enano que unió a los clanes para construir Thorbardin. En el retrato es mucho más viejo, pero juro que es la misma cara que la del que está ahí abajo.

En los prados al pie de la Puerta Norte crecía un vasto campamento. Los estandartes ondeaban en lo alto de los pabellones de fuertes tonalidades, rodeados de puestos y de un impresionante despliegue de mercancías. De las carretas se descargaban piezas de llamativas telas y de tejidos de cuero trenzado y engrasado; grandes rollos de cuerda de cañamo; alfombras de intrincados dibujos; una gran variedad de muebles y accesorios de madera tallados a mano; esculturas, tapices y pinturas realizadas de muy diversos estilos y tendencias; paquetes de hierbas medicinales, especias y frascos de exóticos óleos; tintes y esencias; tarros de valiosa sal; frutos secos y cereales silvestres; miles de artículos de manufactura elfa; fardos de pieles y cueros curados... Una fortuna en mercaderías como jamás habían visto los comerciantes daewars de Jeron Cuero Rojo desde que la guerra de Ergoth había cortado tantas rutas comerciales.

-Desde luego sabe muy bien lo que se trae entre manos, -comentó un comerciante que observaba desde la plataforma mientras el enano de la capa roja, llamado Mazamarra, dirigía el emplazamiento de puestos y mercancías en el suelo del valle.

-Sabe lo que se valora en Thorbardin -se mostró de acuerdo otro-. Y lo que nos resulta difícil conseguir aquí. ¡Fijaos en esas maderas! ¡Y qué pieles! La mitad de Thorbardin va a intentar hacer mejores ofertas que la otra mitad para conseguirlas.

-Si las conseguimos, -comentó el primer comerciante.

-Oh, ya lo creo que sí. La única cuestión es qué tendremos que ofrecer a cambio.

A mediodía, los tambores volvieron a tocar, y docenas de comerciantes daewars, seguidos por varios cientos de mercaderes de las otras ciudades de Thorbardin, emprendieron la marcha rampas abajo, acompañados por un pelotón de guardias armados.

La escolta no era más que un gesto ceremonial, por supuesto, y todo el mundo lo sabía. Con millares de extranjeros armados y aguardando al contingente allí abajo, ni los comerciantes ni su séquito tendrían la menor oportunidad en caso de que se desencadenaran hostilidades. Pero así era siempre la vida de mercaderes y comerciantes; para adquirir mercancías había que ir a donde las había, negociar y regatear por ellas, y correr riesgos. Además, había algo en el toque de los tambores, ahora amortiguados pero todavía sonando, que resultaba tranquilizador. Ésta era una ocasión para el comercio, parecían decir, una ocasión para regatear, pero no para pelear... Una ocasión para los negocios, no para la violencia.

Durante toda la tarde, centenares de enanos de Thorbardin deambularon por el campamento del valle, examinando mercancías y acordando precios, haciendo listas y tomando abundantes notas. Al final de la tarde, mientras el sol se ponía tras las cumbres occidentales, se reunieron con sus guardias y regresaron por las rampas a la Puerta Norte para desaparecer por ella. Los guardias esperaron hasta que estuvieron a salvo dentro y después giraron sobre sus talones y fueron tras ellos; entonces el gigantesco obturador de la Puerta Norte se cerró al tiempo que los últimos rayos del sol rozaban los altos picos.

Dentro, los comerciantes se separaron y se dirigieron hacia sus ciudades y tiendas, cada uno de ellos acompañado por su grupo de hombres de armas a sueldo. Ninguna calle, vía o túnel de Thorbardin podía considerarse completamente seguro. Los que tendían emboscadas a menudo estaban al acecho en las sombras esperando una ocasión de atacar a algún rival en particular o a cualquier otro miembro de ese clan antagonista.

Los comerciantes designados se dirigieron presurosos hacia donde Jeron Cuero Rojo esperaba que le presentaran sus informes. Una cámara excavada en la roca cerca de la Puerta Norte, que generalmente servía como nave de almacenaje, había sido acondicionada precipitadamente la noche antes como cuartel general provisional.

El thane daewar solía encargarse de todos los asuntos que estaban relacionados con el comercio, del mismo modo que el jefe hylar estaba reconocido como el personaje que se hacía cargo de la defensa y el orden interno. Sin embargo, sorprendentemente, los comerciantes encontraron al consejo de thanes casi al completo esperándolos.

Dunbarth Cepo de Hierro, de los hylars, se encontraba allí, como también Bando Basto, de los theiwars, Trom Thule, de los kiars, e incluso Risco Visera, de los daergars. El único miembro del consejo ausente era Mugroso I, Gran Bulp del clan aghar, pero tal cosa no era de extrañar. Desde hacía mucho tiempo nadie había visto al jefe gully ni a su tribu. Durante épocas conflictivas, los aghars tendían a desaparecer.

Los comerciantes presentaron sus listas e informes a los tañes reunidos. Las mercancías traídas por los extranjeros eran realmente valiosas y beneficiarían mucho a Thorbardin. Lo que los forasteros pedían a cambio era acero.

-¿Acero? -repitió Bando con voz ronca-. ¿Sólo acero?

-Acero forjado, -puntualizó el protector de comercio, enfrascándose en las notas y rollos de pergamino-. Citaron algunas clases de herramientas y utensilios que aceptarían, pero principalmente piden armaduras y armas. Mazas, hachas, espadas, cuchillos, saetas, puntas de jabalinas, escudos, yelmos, un amplio abanico de armamen...

-Como sospechábamos, -lo interrumpió Jeron-. Esa gente no tiene acceso a las fundiciones, las buenas forjas y los talleres metalúrgicos de los que disponemos aquí.

-Pero saben mucho sobre nosotros, -señaló Dunbarth-. Es como si supieran exactamente qué productos necesitamos más y lo que mejor sabemos producir para comerciar. Están muy familiarizados con Thorbardin.

-Lo está su cabecilla, -asintió Jeron-. Tiene que ser el hijo de vuestro antiguo thane, el que desapareció, Derkin. ¿Quién otro podría ser?

-Uno de los nuestros oyó mencionar ese nombre, Derkin - intervino uno de los comerciantes-. Pero el que utilizan con más frecuencia para referirse a su jefe es Mazamarra.

-Contadnos lo demás, -dijo Jeron, que se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes. Además de ser astutos negociantes, sus representantes de comercio estaban entre los mejores espías del reino enano o quizá del mundo. Sin embargo, la respuesta lo decepcionó.

-No hay más que contar. -El jefe de comercio se encogió de hombros-. Nos mostraron lo que ofrecían a la venta, nos dijeron lo que querían a cambio, y dijeron el nombre de su cabecilla: Mazamarra. Según nuestras observaciones deben de ser al menos nueve mil, y muchos tienen cicatrices de heridas de batalla. Han estado combatiendo. Así mismo, algunos llevan marcas hechas con hierros candentes, que es el modo en que algunos humanos señalan a sus esclavos, y también tienen marcas de latigazos. Casi todos ellos hablan con acento neidar, aunque la entonación varía. Parecen proceder de todas partes.

-¿Enanos nómadas? -masculló Trom Thule.

-No son nómadas, -lo corrigió el comerciante-. No transportan telares, yunques ni fogones. Eso, y el grano, las pieles y los artículos de madera, pero los artículos de madera que traen, indican que tienen alguna base permanente en alguna parte. Entre ellos hay mujeres también, pero vimos muy pocos niños. Tienen pieles escogidas, buenas telas y excelentes objetos de madera, pero los artículos de metal de su producción son de hierro, cobre, bronce y latón. Todo lo que vimos hecho de acero era obviamente de manufactura humana, modificado para el uso de enanos.

-Con una excepción, -le recordó otro mercader.

-Oh, sí, con una excepción. La armadura de su cabecilla, la de Mazamarra, es de fabricación enana, de la mejor calidad, aunque el diseño es muy antiguo. -El jefe de comercio hizo una pausa y se encogió de hombros-. No hemos podido conseguir mucha más información aparte de esto. En toda mi vida había tratado con gente más reservada.

Un mensajero de la garita apareció en la puerta de la cámara, se asomó y después entró.

-Los tambores, -dijo-, los del valle, dijeron que trajéramos un mensaje aquí.

-¿Aquí? -Dunbarth frunció el ceño-. ¿A esta cámara?

-Sí -asintió el mensajero-. Esos tambores dijeron que viniéramos a esta cámara y comunicáramos al consejo de thanes que se reúna mañana en el Gran Salón de Audiencias para recibir a Mazamarra.

-¡Herrín! -Jeron frunció el ceño-. ¿Cómo es posible que esa gente sepa dónde estamos ahora mismo?

-Los tambores dicen que os comuniquemos, -añadió el mensajero- que Mazamarra hablará con vosotros mañana.

Los jefes reunidos intercambiaron miradas.

-Bien, enviad la respuesta, -dijo Dunbarth-. Comunicad que Mazamarra puede entrar en Thorbardin al amanecer.

-Pero acompañado únicamente por una escolta ceremonial, -gruñó Bando Basto-. No queremos que un montón de extranjeros ande suelto por Thorbardin.

-Asignaré a los mejores guardias para acompañarlos, -se mostró de acuerdo Dunbarth, molesto, como siempre, con los modales bruscos del theiwar-. Jeron, la compañía de tu hijo está disponible, así que los asignaré a ellos.

Thorbardin

Los tambores retumbaron al apuntar el día, y el enano llamado Mazamarra empezó a subir por la rampa de la Puerta Norte con su escolta ceremonial, diez fornidos veteranos aguerridos en la batalla que vestían armadura y el uniforme rojo y gris, y todos equipados con escudos y buenas espadas en las que se apreciaban las mellas y arañazos de un uso entusiasta, así como con hachas cargadas al hombro. El duodécimo miembro del grupo era un viejo enano manco vestido con ropas de cuero y lino. Un cesto de juncos tejidos colgaba de su hombro, lleno a rebosar con rollos de pergaminos, y las empuñaduras de unas dagas asomaban por el cinturón de su falda montañesa, por el borde de las botas, y por el cuello de su capa gris.

Con los demás siguiéndolo de cerca, Mazamarra recorrió la amplia plataforma amurallada y llegó al mismo centro de la inmensa puerta forrada de acero. El gigantesco obturador, un sólido muro de roca recubierto de acero oscurecido por el tiempo, tenía toda la superficie señalada con pequeños arañazos, abolladuras y marcas de las armas y herramientas de aquellos que, a lo largo de los siglos, habían intentado en vano entrar. Como su gemela en la cara meridional de la montaña, a muchos kilómetros de distancia, la Puerta Norte era un monumento al obstinado rechazo de los enanos a ser molestados por forasteros.

El viejo enano manco escudriñó atentamente el impassible acero de la puerta y frunció los labios, una expresión que hizo que la barba se le encrespara.

-Hacía ochenta años que no veía esta puerta, -comentó-, pero no ha cambiado. Su superficie es como un testamento a la futilidad de la invasión.

-Más bien un monumento a la empecinada testarudez de los que están dentro, -gruñó Mazamarra. Soltó la correa de la maza que llevaba sujeta al fornido hombro, hizo una pausa y echó un vistazo al cielo oriental-. ¿Han encontrado ya a esa condenada chica, Calan?

-Todavía no. -El barbicano enano sacudió la cabeza-. Nadie la ha visto desde ayer, justo después de que regresaras de tu exploración. -Bajó la voz y se acercó más a Derkin-. Te das cuenta de que te vio quitarte la capa de invisibilidad, ¿no? Te observa de manera continua, al parecer. Me sorprendería que tuvieras algún secreto que ella no conozca.

-No pondría la mano en el fuego, -gruñó Mazamarra-. En fin, es probable que esté escondida en algún sitio, enfurruñada. Quizá debí mostrarme un poco más amable ayer, cuando le dije que no podía acompañarnos esta mañana.

-Realmente es una chica con carácter, -se mostró de acuerdo Calan. Como antes había hecho el enano más joven, echó un vistazo al cielo, por el este. Unas pinceladas de luz teñían las distintas nubes, anunciando que el sol no tardaría en salir-. Ya ha amanecido -comentó-. Es hora de llamar.

Mazamarra asintió con un cabeceo, levantó la maza, dio un único e imperioso golpe en la superficie oscurecida por el tiempo de la enorme puerta, y retrocedió un paso.

Transcurrieron varios segundos y después la puerta chirrió en su marco y se deslizó lentamente hacia adentro, apartándose de los que esperaban en la plataforma. Se retiró varios palmos del cerco de acero, y después se paró. Por ambos extremos unos ojos escudriñaron a través de la estrecha abertura.

-¡Identificaos! -instó una voz desconfiada.

Sin mirar hacia los lados, el enano de capa roja se adelantó y propinó otro golpe contundente a la puerta entreabierta.

-¡Soy Mazamarra! -manifestó con voz profunda, imperiosa y lo bastante potente para que fuera oída por cualquiera que estuviera en la garita al otro lado-. ¡Vengo a reunirme con el consejo de thanes! ¡Abrid!

-¿Cómo sabemos que eres realmente él? -inquirió la misma voz con tono quisquilloso.

El viejo enano manco se adelantó y se puso junto a Mazamarra.

-¡Abrid la maldita puerta o nos haremos una nosotros! -gruñó-. Vamos a entrar.

De la rendija al otro lado del obturador, otra voz distinta, imperiosa, ordenó:

-¡Abrid la condenada puerta, estúpidos! Se nos dieron instrucciones y éste es al que se supone que debemos dejar entrar.

-¿Y a los demás también? -preguntó la primera voz con desconfianza.

-¡Deja de discutir y abre la puerta! ¡Todo está en orden!

Se escucharon rezongos a través de las rendijas, y después el gigantesco obturador empezó a moverse otra vez, retrocediendo hacia el interior de la garita de entrada. Los enanos que estaban en la plataforma aguardaron sumidos en un impasible silencio hasta que estuvo totalmente abierto, empotrado seis metros en su hueco de encastre. Entonces el enano de la capa escarlata bajó la maza, masculló un irónico gracias y echó a andar seguido por su escolta.

Dentro de la garita, pasaron en fila alrededor de la inmensa puerta, algunos de ellos parándose brevemente para mirar boquiabiertos el increíble tamaño del obturador de piedra forrado de acero y el inmenso engranaje accionado por una rueda hidráulica que había detrás. El tal Mazamarra y el viejo manco, en cambio, apenas echaron una ojeada al imponente mecanismo de la garita de entrada y siguieron adelante, en tanto que los demás se apresuraban a ir tras ellos. Los vigilantes de la puerta y otros guardias de aspecto huraño retrocedieron mientras los recién llegados pasaban, y un joven daewar de rubia barba, con la insignia de oficial de la guardia nacional, se situó al lado de Mazamarra y caminó junto a él.

-Soy Oropel, -se presentó con actitud afable-. Oropel Cuero Rojo, y te conduciré al Gran Salón de Audiencias.

-Conozco el camino, -contestó Mazamarra con aspereza, pero luego suavizó un poco su tono al tiempo que echaba una ojeada al daewar-. ¿Oropel Cuero Rojo? ¿Eres hijo de Jeron?

-¿Conoces a mi padre? -inquirió el daewar, animado.

-Me llamo Mazamarra, -se presentó el enano de la capa roja, pasando por alto la pregunta del otro. Señaló al viejo enano que llevaba el cesto de juncos tejidos y añadió:- Éste es Calan Pie de Plata.

Oropel hizo una pequeña inclinación de cabeza al anciano enano, y dirigió una mirada a los diez guerreros fuertemente armados que los flanqueaban.

-¿Y éstos? -preguntó.

-Los Diez, -respondió Mazamarra-. El del yelmo con cimera es Taladro Tolec, el Primero de los Diez. ¿Eres la única escolta que nos han enviado? ¿Un hombre solo para protegernos de cualquier daño?

-Claro que no, -rió Oropel-. Tengo a un centenar de guardias esperando justo al otro extremo del Eco del Yunque. Para vuestra protección, naturalmente. Nos espera una larga caminata, y las calzadas pueden resultar... eh... peligrosas en ocasiones. Mi padre no querría que te ocurriera nada, al menos hasta que satisfagas su curiosidad por ti.

-¿Curiosidad respecto a qué?

-A todo, realmente, -contestó el daewar-. Quién eres, de dónde vienes, cuáles son tus propósitos.

-Eso ya lo sabe, -manifestó Mazamarra con aspereza-. Vinimos a comerciar con mercancías a cambio de acero.

-Desde luego, -El joven daewar asintió con un cabeceo-. Armaduras de acero, armas de acero...

-Las mejores fundiciones y forjas del mundo están en Thorbardin -dijo el de la capa roja-. ¿A qué otro lugar íbamos a ir?

-Pero después de que consigáis las... eh... mercancías de acero -insistió Oropel-, entonces ¿qué? Debéis de tener pensado un uso específico para todas esas armas.

-Y la curiosidad debe de ser una peculiaridad de tu familia -comentó Mazamarra.

Pasaron entre largas filas de pasadizos cerrados que jalonaban ambas paredes del gran túnel iluminado con claraboyas. Unas amplias madrigueras que había más allá habían sido en su momento los alojamientos para los constructores de la Puerta Norte, pero ahora se utilizaban como almacenes. De repente, el túnel desembocó en un espacio abierto, y el camino se convirtió en un puente colgante, una pasarela que se extendía de un extremo a otro de una gran caverna, jalonada por arriba y a ambos lados de pequeños y oscuros orificios.

Ni Mazamarra ni Calan Pie de Plata dedicaron más que un breve vistazo a las mortales aberturas y al imponente vacío que salvaba la pasarela cuando salieron a la caverna, pero Oropel escuchó murmullos entre los diez guardias que los seguían:

-Así que éste es el Eco del Yunque. Había oído hablar de él.

-Supongo que tienes que verlo para creerlo.

-¡Mirad esos agujeros de la muerte! ¿Creéis que nos están vigilando desde ellos?

Impulsivamente, Oropel volvió la cabeza hacia los soldados y dijo:

-Quizá en este momento haya un centenar de vigilantes en esas aberturas, puede que más. Pero no os preocupéis. Todos son gente de Dunbarth Cepo de Hierro, y nadie entra en los cuartos de defensa sin su consentimiento.

-Es una lástima que en el resto de Thorbardin no haya la misma disciplina que en sus defensas, -masculló Mazamarra.

-Los hylars estarían completamente de acuerdo contigo en ese punto. -Oropel esbozó una sonrisa-. Tú pareces hylar. ¿Lo eres?

-Soy Mazamarra, -retumbó el enano de la capa roja-. Eso es todo, al menos por ahora.

Sin azorarse lo más mínimo por la réplica, el joven daewar continuó:

-Chane Fogón afirma que te pareces a Colin Diente de Piedra.

-Es muy posible, -intervino Calan con aspereza, pero guardó silencio al reparar en la mirada furibunda que le lanzó su jefe.

La pasarela terminó, y la vía alumbrada por claraboyas empezó de nuevo; a partir de allí, el grupo marchó entre dos filas de un centenar de soldados que aguardaban firmes. Al pasar ante ellos, los guardias echaron a andar colocándose a los lados y detrás, rodeándolos. Taladro Tolec echó una mirada desconfiada a los soldados, musitó unas órdenes, y los Diez cerraron filas en torno a su líder y a los dos que caminaban con él. Sus gestos ceñudos dejaron claro a los guardias que debían guardar las distancias con Mazamarra. En respuesta a sus miradas hoscas, algunos de los soldados de Thorbardin se aproximaron más aún, con ganas de incordiarlos. Entonces uno de ellos soltó un chillido y retrocedió, deteniéndose un momento para frotarse la pierna.

-¿Qué pasa? -preguntó uno de sus compañeros.

-Uno de esos forasteros me ha dado una patada en la espinilla -barbotó el afectado.

Mazamarra giró sobre sus talones, haciendo que la procesión se detuviera. Dirigió una mirada seria a Taladro Tolec, y a continuación a los otros nueve guardias personales, uno tras otro. Todos ellos sacudieron la cabeza.

-Ninguno de mis hombres dio una patada a tu soldado, -le dijo Mazamarra a Oropel-. Si alguno de ellos lo hubiera hecho, su pierna tendría algo más que un simple moratón.

Con gesto imperioso, dio media vuelta de nuevo y echó a andar al tiempo que el doble anillo de escoltas volvía a formarse a su alrededor.

Los ojos de Oropel Cuero Rojo chispeaban divertidos.

-Los tuyos cuidan de ti, -comentó.

Mazamarra no respondió, pero sí lo hizo Calan:

-Los Diez son los escogidos de los Elegidos. Tus soldados harían bien en tratarlos con respeto.

-¿Mis soldados? ¿Cien de los mejores guerreros de Thorbardin? -preguntó Oropel, sonriente.

-Si son los mejores que tienes, entonces no querrás perderlos -intervino Mazamarra sin alzar la voz-. Si se pegan demasiado a mis hombres, lo que les ocurra será culpa suya. A los Diez no les gusta que los achuchen.

Con un ademán, Oropel Cuero Rojo dio una orden a sus cien soldados, que dejaron más espacio entre ellos y el grupo compacto de guerreros, manteniendo una distancia más respetuosa. De alguna parte del flanco izquierdo llegó un furioso susurro:

-¡Te digo que uno de ellos me dio una patada! No sé cuál, pero alguien lo hizo.

Tras una caminata de media hora, el gran túnel que seguían, llamado la calzada segunda, viró bruscamente a la izquierda, donde unas runas cinceladas en la pared de piedra indicaban que Theibardin, la primera de las dos ciudades theiwars, estaba más adelante. Los guardias de Thorbardin habían formado un círculo completo alrededor de los visitantes y marchaban muy alertas y con los escudos levantados. Un centenar de metros más allá del recodo, varias docenas de figuras oscuras salieron repentinamente de una madriguera lateral, gritando una retahíla de insultos y pullas. Varias arrojaron piedras al numeroso grupo que venía caminando; los guardias de Thorbardin que iban a la cabeza desviaron las piedras fácilmente con sus escudos y desenvainaron sus armas. Sin dejar de lanzar

denuestos e inectivas, la horda de atacantes dio media vuelta y echó a correr, para desaparecer luego por un recodo en la distancia.

-Parece que a algunos no les gusta nuestra presencia aquí -comentó Calan arrastrando las palabras.

-No es por vosotros, -aseguró Oropel a sus invitados-. Somos nosotros. A muchos no les gusta la guardia nacional. Hemos duplicado las patrullas desde las últimas revueltas, y eso le ha estropeado la diversión a mucha gente.

-¿Ésta es una zona de revueltas? -preguntó Calan.

-A veces pienso que lo es todo Thorbardin, -respondió Oropel tristemente-. Todas las ciudades de la caverna han tenido problemas de una clase u otra durante las últimas décadas, salvo, quizá, la ciudad hylar. Por regla general los hylars no se inmiscuyen en las luchas entre clanes, pero en todos los demás sitios siempre hay alguien dispuesto a dirigir una banda contra otros.

-¿Por qué luchan? -preguntó uno de los Diez.

-Por todo y por nada. -Oropel se encogió de hombros-. ¿Quién sabe? Mi padre dice que el peor rasgo del carácter enano es que nunca perdonamos un desaire ni olvidamos un resentimiento. Y en Thorbardin ha habido suficientes generaciones para acumular rencillas de sobra.

-¿Y no hay nada mejor que hacer que enzarzarse en peleas? -preguntó Calan.

-Para algunos de nosotros, no. No hay suficiente trabajo de verdad para tener a todo el mundo ocupado.

-Pues debería haberlo, -rezongó Mazamarra-. Y lo habría si Thorbardin no hubiese olvidado por qué está aquí.

-¿A qué te refieres? -Oropel lo miró con interés, sintiendo curiosidad por la cólera soterrada que se advertía en la voz del forastero, una cólera que parecía incrementarse a cada paso que daba hacia el interior del reino subterráneo.

-He venido a hablar de ello con el consejo, -respondió el enano de la capa roja, con el ceño fruncido en un gesto tormentoso bajo su brillante yelmo.

Las madrigueras de Theibardin se extendían a su alrededor para entonces, y giraron hacia una amplia vía que conducía a la caverna central de Thorbardin. Por doquier, enanos a centenares se volvían para verlos pasar. La mayoría eran theiwars, identificables por su cabello y barbas pardos, así como por los anchos hombros y largos brazos característicos de su clan. Pero otros muchos eran obviamente mestizos, con rasgos heredados de ascendencias daewar, daergar, hylar, y kiar.

Siglos de casamientos entre tribus habían fortalecido en muchos aspectos a los enanos de Thorbardin, pero también habían iniciado los conflictos entre familias y clanes.

La mayoría de la gente junto a la que pasaban no parecía albergar animosidad, sólo curiosidad. Pero aquí y allí oyeron pullas y rechiflas, y unas cuantas piedras golpearon contra los escudos de la guardia nacional. Entonces, una piedra del tamaño de un puño lanzada desde un lado y desde arriba, sobrepasó el escudo levantado de un guardia y voló directamente hacia Mazamarra.

Con la misma destreza demostrada por los guardias de Thorbardin, el invitado desvió la piedra con su escudo; pero, cuando el proyectil todavía repicaba al caer al suelo, notó un furioso movimiento justo detrás de él y oyó el inconfundible zumbido de una honda. Giró a tiempo de ver aparecer una pequeña mano entre el grupo, disparando con ágil destreza una honda de cuero tejido. La piedra silbó por el aire, penetró por el sombrío vano de una puerta abierta en el segundo nivel, y se oyó un claro impacto.

Al cabo de un segundo, por el umbral salió un enano trastabillado, con el rostro manchado de sangre; se agarró al cerco un momento, y después se desplomó de cabeza al pavimento de la calzada.

Barbotando un juramento, Mazamarra se lanzó hacia la pequeña mano que sostenía la honda y la agarró. La mano daba la impresión de no estar conectada con nada, pero, al sujetarla, una bonita cara apareció volviéndose hacia él.

Mascullando de nuevo otro juramento, Mazamarra tanteó el aire aparentemente vacío que había detrás del rostro y tiró. A su alrededor, los guardias de Thorbardin soltaron un respingo cuando una persona quedó al descubierto: una enana de gran belleza, que sostenía la mirada furiosa al enano de la capa roja con una expresión de testaruda determinación en los ojos.

-¿Te das cuenta? -exclamó con brusquedad-. Menos mal que vine con vosotros. Esa persona intentó apedrearte.

Cerca, uno de los guardias se había arrodillado junto al enano caído; luego se puso de pie y se encogió de hombros.

-Está muerto, -anunció-. Tiene partido el cráneo.

-Vaya, vaya, vaya, -dijo Oropel Cuero Rojo mientras contemplaba con clara admiración a la muchacha que seguía mirando, furibunda, a Mazamarra-. ¿A quién tenemos aquí?

-Se llama Helta Bosque Gris, -gruñó el cabecilla-. Entre otras cosas, es una peste.

Apartando a duras penas los ojos de la chica, Oropel miró fijamente la mano de Mazamarra; daba la sensación de no sostener nada, pero algunos de los dedos habían desaparecido.

-¡Magia! -dedujo el daewar-. ¿Qué es, algún tipo de capa?

-De origen elfo, -admitió Calan.

-Entiendo, -Los azules ojos de Oropel relucían-. Ah, sí. Esto explica los rumores de la otra noche. Al parecer, se nos ha estado inspeccionando, y por el propio Mazamarra en persona.

-He pasado años fuera de Thorbardin, -contestó Derkin-, y decidí echar un vistazo, de incógnito.

-¿Que has pasado años fuera de...? -empezó Oropel, pero se interrumpió, esbozó una sonrisa y se puso en jarras-. Entonces mi padre tiene razón. ¡Eres Derkin Semilla de Invierno!

-Lo fui, -admitió el hylar-. Mi gente me dio un nuevo nombre.

-Derkin Mazamarra, -dijo Oropel-. Es un buen nombre. Pero ¿por qué todo este misterio? Como hijo de Harl Lanzapesos, podías entrar libremente, cuando quisieras. Eres ciudadano de Thorbardin.

-Me importa un bledo ser ciudadano de Thorbardin, -repuso Derkin con aspereza.

-¿Por qué?

-De eso es de lo que voy a hablar con el consejo, si es que podemos reanudar la marcha sin más interrupciones.

-El theiwar muerto era uno de los agitadores locales, -informó uno de los hombres de la guardia nacional-. Si la joven no le hubiera roto la cabeza, lo habría hecho algún otro antes o después.

-Entonces ¿no hay demandas ni reivindicaciones? -preguntó el oficial daewar.

-Ninguna manifestada públicamente.

-En tal caso, sigamos adelante. -Oropel se inclinó levemente ante Helta e hizo un gesto cortes con el brazo-. El resto del camino será mucho más agradable con una compañía tan... visiblemente atractiva.

Una sonrisa deslumbrante iluminó el rostro de la joven.

-Gracias, -respondió, haciendo una reverencia. Después, la sonrisa fue reemplazada por un fruncimiento de ceño cuando Derkin Mazamarra se alejó a grandes zancadas.

El Mandato De Kal-Thax

El Gran Salón de Audiencias de Thorbardin, localizado en el extremo sur de la fortaleza subterránea, estaba lleno a reventar cuando Derkin Mazamarra llegó allí. Se había corrido la voz rápidamente sobre la inminente reunión del consejo de thanes, una reunión exigida por los extranjeros de los territorios salvajes, y parecía que la mitad de la población de Thorbardin se hubiera dado cita allí. Decenas de millares de enanos abarrotaban los asientos de las gradas talladas en piedra que rodeaban la inmensa caverna circular; el ruido era tal que daba la impresión de que todo el mundo estaba hablando a la vez. Los ecos de las voces se podían oír a medio kilómetro de distancia, en la amplia explanada del túnel de la calzada novena.

Pero, cuando Oropel Cuero Rojo y su guardia nacional escoltaron a los forasteros al interior de la gran cámara, se hizo un silencio casi absoluto.

De hecho, sólo unos pocos habitantes de Thorbardin habían ido a la Puerta Norte a ver el ejército ahora acampado en los prados bajos, pero todo el mundo había oído hablar de los forasteros, de la música de sus tambores, de las mercancías que habían traído para comerciar, y de su misterioso cabecilla que se parecía a un antiguo jefe hylar y que llevaba una armadura igualmente antigua. Se había difundido la especulación sobre si los forasteros habían venido sólo para comerciar o también con intención de invadirlos.

Ahora, el llamado Mazamarra estaba aquí, en Thorbardin, y casi todos los enanos, del reino subterráneo aguardaban con curiosidad escuchar lo que tenía que decir.

Los mensajeros los habían precedido en el Gran Salón de Audiencias, y Derkin Mazamarra dio por sentado que los que esperaban -al menos los thanes y personajes agrupados en el estrado del centro de la caverna- sabían ya todo lo que Oropel había descubierto, incluido su nombre completo. Su suposición se confirmó por los murmullos que llegaron a sus oídos mientras, a la cabeza de su grupo, bajaba por uno de los pasillos centrales entre apretadas filas de expectantes enanos.

-Derkin, -susurró alguien-. Es Derkin, el hijo de Harl Lanzapesos.

Seguido por Helta y Calan, y flanqueado por los Diez, Derkin se dirigió hacia el estrado y subió a él; entonces, su mirada pensativa examinó a los allí reunidos. Le pareció reconocer vagamente a Dunbarth Cepo de Hierro, de los hylars, que en tiempos había sido el capitán de la guardia bajo el mando del viejo Harl. A los demás no los había visto nunca, pero sabía quiénes eran. El daewar de mediana edad y ojos sagaces, con los delegados de comercio detrás de él, era evidentemente Jeron Cuero Rojo. El viejo theiwar de mirada desconfiada que lo observaba con el ceño fruncido desde su sillón del consejo debía de ser Bando Basto. Risco Visera, de los daergars, se quitó la máscara como un gesto de cortesía, y estrechó los ojos para resguardarlos de la luz de los conductos solares y reflectores que

había en el techo de la cámara; una vez que el forastero hubo visto sus rasgos, se apresuró a colocarse otra vez la máscara protectora.

El cabello y la barba espesos y despeinados del siguiente jefe lo identificaban como kiar, el thane Trom Thule. El sexto y séptimo asientos estaban vacíos. Nadie sabía dónde encontrar al balbuciente Mugroso I, Gran Bulp del clan aghar, y habían pasado muchos años desde la última vez que un neidar había asistido a un consejo.

Derkin los estudió uno a uno, y después asintió con la cabeza y se adelantó hasta el centro del estrado.

-Me llamo Mazamarra, -les dijo-. Mi gente se autodenomina los Elegidos.

Jeron hizo una leve inclinación de cabeza, dando la bienvenida al recién llegado, y después observó a los que lo acompañaban. Ya había oído comentar, por los guardias de su hijo, la belleza de la muchacha que iba en el grupo, pero sus ojos se abrieron como platos cuando miró al viejo manco que llevaba el cesto de juncos.

-Te conozco, -dijo-. Eres Calan. Te fuiste de Thorbardin hace mucho tiempo, según algunos para vivir entre los elfos.

-Tu memoria es excelente, mi señor. -Calan esbozó una mueca-. De eso hace por lo menos ochenta años.

-Y ahora regresas, con otro que prefirió el estilo de vida del mundo exterior al suyo propio, -Jeron volvió la mirada de nuevo hacia el guerrero de la capa roja-. Mi hijo me ha dicho que, efectivamente, eres Derkin Semilla de Invierno, el hijo del último thane hylar.

-Ahora me llamo Derkin Mazamarra, -replicó el enano más joven-. Es un nombre que me gusta. Mi pueblo lo escogió.

-¿Y quién es tu pueblo? -preguntó Dunbarth-. ¿De dónde procede?

-Se llaman los Elegidos, -repitió Derkin.

-¿Los Elegidos? -retumbó Bando, frunciendo el ceño-. ¿Quién los eligió?

-Yo, -repuso Derkin-. Y, en cuanto a de dónde procedemos, somos de Kal-Thax.

-Kal-Thax es esto, -puntualizó el thane kiar-. Kal-Thax es nuestra tierra.

-Lo era, -dijo Derkin-. Hasta que Thorbardin la abandonó a su suerte. La mayoría de los míos han sido neidars, y muchos de ellos provienen ahora de las mismas celdas y las mismas pocilgas de cautivos de las que vengo yo, unas celdas pertenecientes a los invasores humanos que vosotros no os tomasteis la molestia de expulsar.

Algunas voces furiosas se alzaron entre la vasta audiencia, y a ellas se sumaron otras. El jaleo se convirtió en un clamor que se fue apagando lentamente cuando Jeron levantó una mano en un gesto imperioso. Los soldados de la guardia nacional se desplegaron por toda la inmensa cámara y tomaron posiciones, listos para imponer el orden si se hacía preciso.

-¡Este hombre es nuestro invitado! -manifestó el thane daewar, cuya voz llegó a todos los rincones del Gran Salón de Audiencias-. Y, como invitado de esta asamblea de clanes, estamos en nuestro derecho de preguntarle, pero también él tiene derecho a expresarse libremente y a ser oído.

-¡Preguntadle, entonces! -gritó una voz en alguna parte entre la multitud-. ¿Por qué está aquí? ¿Qué es lo que quiere?

-Ésas son preguntas acertadas, -concedió Jeron, que hizo un gesto a Mazamarra.

-Hemos venido por dos razones, -continuó Derkin-. La primera, para comerciar. Vosotros, -señaló a los delegados de comercio que estaban detrás de Jeron-, habéis inspeccionado nuestras mercancías y habéis oído lo que queremos a cambio.

-Principalmente instrumentos de acero, -comentó el thane daewar.

-¿Instrumentos? -Derkin enarcó una ceja; sus ojos parecieron traspasar a Jeron-. Llámalas por su nombre. Queremos armas. Buenas armas fabricadas con buen acero enano.

-Armas, entonces, -concedió el cabecilla daewar.

-Eso, si es que tenéis acero para hacerlas, -añadió Derkin-. No he visto el fulgor de las fundiciones en el Pozo de Reorx.

-Tenemos acero de sobra, -gruñó Dunbarth-. Hay almacenados montones de existencias.

-Me alegro por vosotros, -dijo Derkin irónicamente-. Entonces ¿haremos negocio?

-¿Para qué queréis las armas? -demandó Bando.

-Para hacer la guerra contra las legiones humanas que han invadido nuestra tierra.

Un murmullo se propagó por la multitud.

-Dijiste que habíais venido por dos razones, -intervino Dunbarth-. ¿Cuál es la segunda?

-También quiero que tropas de Thorbardin me ayuden en la lucha -manifestó Derkin, poniéndose en jarras.

Los murmullos se hicieron más intensos y hubo algunos gritos y vítores desperdigados.

-¿Por qué íbamos a ayudarte? -gruñó Bando Basto-. Tu lucha no nos atañe.

-La tierra que intento recobrar es la tierra de los enanos. -Derkin dirigió una mirada funesta al theiwar-. Es el territorio de Kal-Thax.

-¡Está en el exterior! -replicó Bando ásperamente-. Thorbardin es lo que nos concierne, así que dejemos que los que viven fuera se encarguen de sus propios conflictos.

-Kiars no tienen tiempo de salir a guerrear, -manifestó Trom Thule-. Mucho que hacer aquí.

-Si enviamos tropas, ¿quién las dirigiría? -preguntó Dunbarth.

-Yo, -respondió Derkin-. Mi pueblo y yo. Conocemos el terreno, y también al enemigo. Dirigiremos la contienda contra el humano lord Kane. Os pido que os unáis a esta causa.

Jeron Cuero Rojo se puso de pie.

-¿Son éstas, pues, tus peticiones? ¿Que os vendemos armas y que enviemos un ejército para unirse al vuestro?

-Así es, -asintió Derkin.

Las voces de la multitud se habían callado. Todos guardaban silencio, esperando la respuesta del consejo.

-En tal caso, el consejo debatirá el asunto. ¿Piensas quedarte y escuchar las deliberaciones? Como ciudadanos de Thorbardin, Derkin Semilla de Invierno y Calan Pie de Plata tienen derecho a presenciar el desarrollo del consejo.

-Pero no los otros que me acompañan ¿verdad? -Derkin sacudió la cabeza-. No, esperaré con ellos en la explanada y volveré para conocer vuestra decisión.

Giró sobre sus talones y bajó del estrado, seguido de cerca por Helta y los Diez. Por su parte, Calan caminó hasta la grada más próxima donde se sentaba el público y se hizo sitio.

-Yo me quedo, -masculló-. Han pasado ochenta años desde la última vez que presencié una agarrada entre los thanes de tribus.

Derkin y su grupo abandonaron el salón por unas grandes puertas de madera. Oropel Cuero Rojo y alrededor de la mitad de su compañía los siguieron, y cerraron las puertas tras ellos.

-Se supone que no debo perderte de vista, -explicó el joven daewar a Derkin.

-¿Qué crees tú que pasará? -le preguntó el hylar.

-¿Quién sabe? -Oropel se encogió de hombros-. Mi padre tal vez respalde tu propuesta, y quizá Dunbarth Cepo de Hierro también. Los dos lamentan el rumbo que han tomado las cosas en Thorbardin. Pero los demás... ¿Quién sabe?

Habían pasado horas, y la luz de los conductos solares estaba menguando, cuando las puertas del Gran Salón de Audiencias se abrieron otra vez y un guardia llamó por señas. Seguido por Helta y los Diez, Derkin se dirigió de nuevo hacia el estrado central. Al pasar junto a Calan, el viejo enano frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

-Estos idiotas no han cambiado un ápice, -susurró.

Las conclusiones del consejo de thanes, que Jeron leyó a Derkin con una voz neutra que no dejaba entrever los detalles de lo que había ocurrido en la intimidad del abarrotado salón, confirmaron lo anticipado por Calan. Thorbardin fabricaría las armas y el equipamiento demandado por Mazamarra y comerciaría con ellos a cambio de las mercancías ofrecidas por los Elegidos. Pero Thorbardin no armaría un ejército ni se uniría a la guerra de Mazamarra.

En un aparte, Dunbarth susurró:

-Lo lamento, Derkin. La votación fue tres a dos.

Detrás del estrado la áspera voz de Calan se hizo oír:

-¿Imaginas cuál fue el argumento que llevó a esta decisión, Derkin? Pues fue que, si Thorbardin enviaba un ejército al exterior, no quedarían suficientes guardias dignos de confianza para mantener la paz dentro.

-¿Para mantener la paz? -masculló Derkin, que se volvió hacia los thanes-. Habéis tomado vuestra decisión, y nosotros, las gentes de Kal-Thax, estamos solos. Tú, Jeron Cuero Rojo, dijiste antes que tenía derecho a expresarme libremente. ¿Aún lo tengo?

-Este consejo está todavía en sesión, -asintió el daewar.

-De acuerdo, -Derkin se volvió y dirigió a toda la asamblea con voz fría y clara- Hubo un tiempo en que vuestros antepasados dejaron a un lado sus disputas y resentimientos para crear una gran nación en estas montañas, -empezó lentamente-. Esa nación ya no existe. Ni siquiera esta fortaleza, donde todos respiráis el mismo aire, bebéis la misma agua, coméis de los mismos cultivos y despensas, y os escondéis tras las mismas puertas, es una verdadera nación. ¡Os decís que Thorbardin vive! Porque los respiraderos todavía proporcionan aire fresco y el agua sigue fluyendo por el sistema de canales y los campos de cultivos de los suburbios todavía producen alimentos, os decía que todo marcha bien. ¡Pues yo digo que no es así! ¡Thorbardin está aletargada y, si no sale pronto de su sopor, estará muerta!

Estalló un estruendo de voces en la multitud, y Derkin giró sobre sí mismo y miró desafiante a las filas de enanos, sus ojos tan oscuros como nubes de tormenta. De manera gradual, el clamor se acalló.

-Hubo un tiempo en que las puertas de Thorbardin eran cauces llenos de vida, -bramó el cabecilla de los Elegidos, cuya profunda voz llenó la gran cámara-. Hubo un tiempo en que la Puerta Sur era una concurrida vía de tránsito de las minas, y por ella llegaban los minerales de las explotaciones daergars repartidas por los picos del Trueno, y de las excavaciones theiwars diseminadas por todo el Promontorio. Hubo un tiempo en que las patrullas y los exploradores de Thorbardin llegaban en su recorrido hasta lugares tan lejanos como la Falla y los picos Cabezas de Yunque en busca de nuevos depósitos ricos en

minerales. Hubo un tiempo en que la Puerta Norte se abría a diario, y neidars de todas partes de Kal-Thax venían aquí para comerciar con los productos de las activas forjas de Thorbardin. Ahora las puertas se mantienen cerradas salvo por decreto, y Thorbardin es una gigantesca y eficaz prisión.

Hubo un tiempo en que el Pozo de Reorx alimentaba fundiciones que trabajaban día y noche, abastecidas por los metales de las minas daergars y las vetas metalíferas theiwars. Ahora las fundiciones están silenciosas, y las forjas, paradas.

Hubo un tiempo en que las gentes de todos los clanes trabajaban hombro con hombro para crear un hogar sin parangón en este mundo, y para forjarse un destino grandioso. Ahora Thorbardin no es un hogar, sino un palenque en el que dirimir mezquinas disputas e inútiles enemistades. Y aquel gran destino forjado por vuestros antepasados ha sido olvidado, al igual que la razón por la que se forjó.

-¿De qué gran destino hablas? -gritó, sarcástico, un enano entre la audiencia, que enmudeció cuando los ojos de Derkin se clavaron en él.

-Hablo del Pacto de los Thanes, -respondió Mazamarra-. El gran compromiso acordado hace mucho tiempo con el propósito de preservar los territorios enanos. ¡Eso es lo que se ha olvidado! El pacto no se ha revocado. ¡Simplemente se ha hecho caso omiso de él! Vuestros antepasados lucharon para defender Kal-Thax contra los invasores humanos y construyeron Thorbardin con tal propósito. ¡Pero vosotros habéis dado la espalda a Kal-Thax! ¿Dónde estaban los poderosos ejércitos enanos cuando los humanos marcharon a través de Kal-Thax y saquearon las aldeas neidars? ¿Dónde estaba Thorbardin cuando el emperador de Ergoth envió a sus esbirros por el paso de Tharkas para capturar enanos y esclavizarlos para trabajar en sus minas? ¿Y dónde está ahora Thorbardin, cuando lord Sakar Kane y sus regimientos ocupan los pasos al sur de Tharkas y ponen en funcionamiento más minas, minas robadas a los enanos, para abastecer a los ejércitos del emperador en la guerra del este?

Thorbardin se creó con un solo propósito: que Kal-Thax estuviera siempre protegida contra la invasión. ¡Estaba destinada a convertirse en el corazón palpitante de una nación! ¡La nación enana de Kal-Thax!

¡Pero Thorbardin se ha encerrado en sí misma, y Kal-Thax ha sido invadida, conquistada y ocupada! Y cuando vengo aquí, buscando la ayuda de Thorbardin para poder llevar a cabo una labor que es la suya, ¿con qué me encuentro? ¿Con ejércitos dispuestos a marchar para defender los territorios enanos? No, sólo encuentro compañías de guardia nacional que marchan entre puertas cerradas para reprimir disturbios y mantener a raya a los agitadores. ¿Encuentro gentes tenaces, que trabajan duro para engrandecer este reino y hacerlo más rico y poderoso? No. Encuentro multitudes descontentas, resentidas, sin nada mejor que hacer que perjudicar a sus vecinos y arrojar piedras a cualquiera que pasa por las calles.

Aquí y allí, en el Gran Salón de Audiencias, estalló el clamor de los que se sentían ofendidos, pero enseguida fueron acallados por los guardias.

Cuando se le pudo oír de nuevo, Derkin continuó:

-Cuando salí de Thorbardin hace años, cuando escogí vivir en el exterior a vivir aquí, no fue porque prefiriera las costumbres neidars. Yo era una persona de martillo, no de hacha, pero estaba harto de contemplar cómo mi hogar, el hogar de mi padre y del padre de mi padre y de todos los que los precedieron, pasaba de ser brillante acero a metal corroído por el óxido. Me sentía avergonzado. ¡Estaba asqueado!

Y ahora regreso, y sigo sintiendo vergüenza. Jeron Cuero Rojo me ha llamado ciudadano. Por derecho de nacimiento, lo soy. Hybardin, el Árbol de la Vida de Hylar, fue mi cuna, y Thorbardin, mi hogar.

¡Pero eso se acabó! Cuando me marche de Thorbardin esta vez, dejaré atrás mi ciudadanía. Renuncio a ella. Preparad las armas que se han acordado para intercambiar por nuestras mercancías, y sometedlas a la inspección de Calan Pie de Plata. Él se quedará aquí hasta que las armas estén preparadas y les dé su visto bueno. Cuando se haya hecho esto, las enviaréis junto con él a mi campamento al pie de la Puerta Norte. Comerciaremos, y, cuando los negocios se hayan terminado, mi pueblo y yo nos marcharemos. Nos dirigiremos hacia Tharkas, y allí combatiremos en nombre de Kal-Thax. Si Reorx lo quiere, encontraremos el modo de expulsar a lord Kane de nuestro territorio de una vez por todas.

De nuevo retumbaron las voces en el Gran Salón de Audiencias, gritos y preguntas mezclándose con comentarios de conformidad a regañadientes.

-Venceremos o moriremos, -dijo Derkin cuando el tumulto se hubo calmado-. ¡Pero, si tenemos éxito, entonces Kal-Thax será nuestra! Hace mucho tiempo que dejó de perteneceros. Al haberla abandonado, Thorbardin no tiene derecho a reclamarla como suya. -Hizo una pausa, pensativo, y después continuó- Puede ocurrir que, cuando las mercancías que trajimos se hayan acabado, vosotros, los de Thorbardin, queráis volver a comerciar. Pero la próxima vez los Elegidos no vendrán aquí. Seréis vosotros los que tendréis que venir a nosotros. En alguna parte al oeste de aquí, en territorio agreste, construiremos una nueva ciudad, un sitio de comercio. Se llamará Trueque, y vuestros mercaderes... los de cualquiera... serán bienvenidos, lejos de Thorbardin. Éste es el regalo que os hace Mazamarra. A algunos de los vuestros les vendrá bien tener que salir al mundo exterior para conseguir lo que necesitáis.

Suavemente, a su espalda, oyó unos aplausos. Se volvió. Jeron Cuero Rojo y Dunbarth Cepo de Hierro estaban de pie, aplaudiendo sus palabras y pasando por alto las miradas furibundas de los otros thanes.

Tras una cortés inclinación de cabeza, Derkin Mazamarra bajó del estrado y se dirigió a las puertas. A su lado, los bellos ojos de Helta Bosque Gris relucían con ardor.

En la explanada, Oropel Cuero Rojo los hizo detenerse, esperando que su compañía formara.

-Desde luego, dejaste bien clara tu opinión. -Soltó una risita contenida y sonrió a Derkin-. Creo que te echaré de menos cuando te marches, pero supongo que no piensas volver, ¿verdad?

-No lo sé -respondió Derkin, pensativo-. Tal vez sí.

-¡Pero si dijiste que renunciabas a tu ciudadanía!

-Si vuelvo a Thorbardin, -manifestó Mazamarra lentamente-, no será como ciudadano del reino.

Exultante de orgullo, Helta se adelantó hasta situarse al lado de Derkin y tomó la mano del enano entre las suyas.

-Y yo digo lo mismo, -dijo.

Lejos al norte de Thorbardin, largas filas de soldados humanos se movían hacia el este a lo largo de una serpenteante calzada de montaña. Por encima de ellos, a la derecha, se alzaban los impasibles picos nevados de la cordillera Muro del Cielo. Debajo y en la lejanía, a la izquierda, estaban los vastos y brumosos bosques, y al frente se encontraba la plaza fuerte de Klanath, en la entrada del paso de Tharkas.

Las nieves invernales habían desaparecido ya en las estribaciones bajas, y las fuerzas del emperador se habían puesto en movimiento. La campaña de expansión oriental, que muchos habían empezado a llamar la guerra de Ullves, entraría pronto en su cuarto año, y el Pequeño General del emperador, Giarno, había estado en el frente durante tres años. En ese espacio de tiempo, la guerra de conquista se había ampliado y extendido, ya que numerosas tropas elfas de Silvanesti, al mando de Kith-Kanan y los Montaraces, habían avanzado por las llanuras al este de Ergoth para hacer frente a los ataques de los humanos. Y unidades cada vez más numerosas de elfos, a menudo reforzadas por nómadas humanos de las planicies, llegaban incluso hasta los bosques situados al este de Daltigoth y Caergoth.

Lo que en principio se había previsto como una campaña rápida y sencilla para extender el imperio de Quivalin Soth V -o Ullves-, por todo Ansalon meridional, ahora se había convertido en una prolongada guerra al encontrarse los invasores humanos con una resistencia mucho más tenaz de lo que esperaban. No sólo los elfos habían demostrado ser unos maestros de la estrategia y las tácticas, así como unos luchadores formidables, sino que también contaban con los refuerzos de las tribus humanas libres de las llanuras centrales. Bajo el liderazgo de las feroces e implacables tribus cobars, hordas de los saqueadores nómadas, de guerreros baruks, de furtivos faerots, y hombres de otra docena de tribus habían unido sus fuerzas para frenar los propósitos del imperio.

A menudo, en las últimas estaciones, unidades del imperio se habían encontrado luchando a la desesperada contra ejércitos consolidados de humanos y elfos, todos ellos con una única meta: mantener sus pueblos y sus tierras libres del yugo del imperio.

Pero los ejércitos seguían llegando, procedentes de Daltigoth, reforzados por tropas de Caergoth y aprovisionados en Klanath a su paso hacia el este, estación tras estación, para luchar y morir por capricho del emperador Quivalin Soth V.

Y aunque el general al mando, Giarno, dirigía cada campaña, a menudo había otro con él: el siniestro, enigmático hombre conocido sólo por Dreyus. Se murmuraba que allí donde iba Dreyus, no sobrevivía ningún enemigo en la batalla.

Cada invierno traía un cese de hostilidades, simplemente por el hecho de que los desplazamientos eran difíciles en la estación fría. Pero ahora era otra vez primavera, y los ejércitos del imperio emprendían de nuevo la marcha. Por regimientos y brigadas, por compañías y pelotones, las unidades imperiales avanzaban hacia el este, en dirección a las estribaciones bajas y a las llanuras que había a continuación, para volver a intentar la conquista.

Una de las claves de la estrategia de la invasión era la fortaleza de lord Kane en Klanath. Localizada en la entrada al paso de Tharkas, no sólo almacenaba vituallas y provisiones para las últimas etapas a través de las llanuras, sino que también proporcionaba una zona de seguridad a mitad de camino donde los soldados, cansados por el viaje, podían descansar y recuperar fuerzas para los combates que les aguardaban. Las fuerzas de lord Kane dominaban un amplio perímetro merced a las patrullas regulares que se llevaban a cabo a lo largo de las lindes del bosque encantado donde exploradores y guerrilleros elfos estaban al acecho, y también por las montañas al sur de Tharkas para prevenir cualquier ataque lanzado por ese flanco.

Durante un tiempo, tras la revuelta de esclavos en las minas de Klanath, las incursiones de grupos de enanos habían agobiado y molestado a las tropas y caravanas de suministros del imperio. En el transcurso de unos meses, había habido centenares de ataques discontinuos, siempre repentinos, siempre inesperados, y en la mayoría de las ocasiones llevados a cabo con éxito. Los reducidos y mortíferos grupos de enanos armados

aparecían de repente, como si salieran de la nada, arremetían y mataban, saqueaban y desvalijaban, y después desaparecían tan rápidamente como habían llegado.

Los caballos, armas, aprovisionamiento y víveres que habían obtenido con estos asaltos habrían equipado y alimentado a un ejército bastante numeroso.

Pero entonces los ataques habían cesado. Desde hacía casi dos años, los exploradores y patrullas de lord Kane no habían avistado ni un solo enano. Parecía como si se hubieran cansado de sus incursiones y se hubieran marchado de esta parte de Ansalon. Muchos de los consejeros de lord Kane suponían que los enanos se habían retirado a los vastos terrenos agrestes en los lejanos picos Cabezas de Yunque, situados al suroeste de Tharkas. Otros sospechaban que se habían dirigido hacia el sur, a la misteriosa e inexpugnable fortaleza subterránea que llamaban Thorbardin. Incluso unos cuantos sugirieron que los saltantes enanos habían emigrado hacia las tierras heladas.

Pero, dondequiera que se hubieran ido, habían desaparecido. Y, aunque las patrullas humanas tenían que seguir haciendo sus recorridos de vigilancia hasta penetrar bastante en la antigua Kal-Thax, la tarea de lord Kane de mantener Klanath bajo su dominio resultaba ahora más fácil al no tener que vérselas con esa raza de hombres bajos y fieros a quienes antaño habían pertenecido estas montañas.

EL SEÑOR DE THARKAS

Una Incursión Cobar

Si Sakar Kane hubiera sido un personaje menos importante, la ignominia que había sufrido unos años antes, cuando los miles de enanos esclavos de las minas se habían amotinado, asesinando a sus capataces y escapado a las montañas al otro lado de Tharkas, habría sido su ruina. El emperador de Ergoth no era un hombre clemente ni de los que toleraban el fracaso. El Muro de las Calaveras en Daltigoth daba testimonio de ello.

Dicho muro tenía dos metros de espesor y una alzada tal que un hombre alto no llegaba a tocar la parte superior. Rodeaba por tres lados el simétrico jardín que lindaba con el ala este del palacio del emperador, y estaba construido enteramente con las calaveras blanqueadas de aquellos que habían incurrido en el enojo de Quivalin Soth V y sus imperiales antepasados.

Otro hombre en la situación de lord Kane, que hubiera perdido a sus mejores esclavos y hubiera puesto así en peligro la producción de las minas del emperador, habría sido llamado a Daltigoth y allí habría sufrido el interrogatorio llevado a cabo por el propio emperador, las subsiguientes torturas prolongadas, y la muerte. Y su cráneo habría entrado a formar parte del Muro de las Calaveras.

Pero Sakar Kane no era un súbdito corriente del imperio. Sin esperar la llamada para presentarse a la corte, lord Kane había actuado. De inmediato envió patrullas armadas para encontrar y arrestar a todos sus subordinados y hacerlos conducir al salón de su fortaleza de Klanath. Cuando los tuvo reunidos allí a todos, -desde el viejo Renus Sabad, el delegado de minas, hasta sus adjuntos, jefes de la guardia e incluso los tenedores de los libros de cuentas, casi todos ellos vestidos todavía con el camisón-, Sakar Kane dio órdenes a cincuenta de sus soldados de más confianza, y, esa mañana, los únicos que salieron vivos del salón fueron aquellos cincuenta hombres, pringados de sangre.

Luego, con las brigadas a su mando, Sakar Kane recorrió el territorio hacia el este, a través de la Quebrada de Roca Roja, el último acceso a las vastas planicies, y lanzó un relampagueante ataque hacia el norte, asolando campamento tras campamento y aldea tras aldea de los bárbaros instalados en las áridas llanuras que había más allá de las estepas cobaras. Con los varios miles de esclavos que consiguió en la incursión, lord Kane tenía las minas funcionando de nuevo a pleno rendimiento antes de que los espías del emperador tuvieran tiempo de llegar a Daltigoth. Y con el refuerzo de esclavos que pudo comprar en Xak Tsaroth -dejando sus arcas personales casi vacías-, había conseguido incluso aumentar la producción para cuando los delegados del emperador llegaron a Klanath.

Además, tuvo un golpe de suerte. En uno de los pozos de las minas, sus guardias encontraron un importante almacenamiento de excelentes minerales ya extraídos que, obviamente, algún capataz había estado acumulando para su propio provecho.

Lord Kane fue requerido a presentarse en Daltigoth, escoltado por los delegados del emperador. No viajó encadenado, sino cabalgando, orgullosamente, a la cabeza del séquito, seguido por los inspectores del imperio que acababan de ver la afanosa actividad de las minas y los montones de ricos metales. Y regresó varios meses después, pero no caído en desgracia, sino como príncipe de Klanath. Quivalin Soth V era un hombre cruel, despiadado, pero no era necio. Comprendió todo lo ocurrido en Klanath, la rebelión de los esclavos enanos y lo que Sakar Kane había hecho, actuando de manera expeditiva y tajante, para recobrar su favor.

El emperador sabía que un hombre así le serviría bien siempre y cuando pudiera servirse a sí mismo en el proceso. Al hacer a lord Kane príncipe de Klanath, el emperador le dio mano libre en lo concerniente al antiguo territorio enano al sur de allí... y una razón excelente para hacer cuanto estuviera a su alcance para cimentar y consolidar una poderosa representación del imperio en la entrada al paso de Tharkas.

En los años transcurridos desde entonces, Klanath se había convertido en una poderosa sede del imperio. No sólo se había reforzado la propia fortaleza, sino que se había levantado una ancha muralla alrededor del perímetro, de manera que el antiguo campamento minero, un feo agrupamiento de viviendas de rápida expansión, ahora era una ciudad amurallada; una ciudad que servía y defendía la calzada meridional del imperio, por la que marchaban los ejércitos, refuerzos y suministros requeridos por el general Giarno para sus campañas en el este.

Durante un tiempo, tanto las zonas circundantes de Klanath como la calzada que llegaba a la ciudad fueron importunadas por las incursiones de los enanos salvajes, que atacaban rápida y ferozmente desde las vertiginosas alturas al sur de la calzada. Los asaltantes habían robado muchos cientos de caballos de las manadas que eran conducidas hacia el este. Las caravanas de suministros habían sido atacadas, a menudo en plena noche, y grandes cantidades de provisiones, destinadas a los almacenes de Klanath, habían desaparecido. También se habían llevado incontables armas, y el número de conductores de ganado, carreteros, traficantes y soldados muertos por los desmandados enanos había ascendido a centenares a lo largo de las estaciones.

Lord Kane dio órdenes a todas sus unidades de coger prisioneros cuando fuera posible, pero resultó una tarea difícil. Incluso cuando se preparaba una emboscada y un grupo de asaltantes era rodeado, los enanos se negaban a deponer las armas, prefiriendo luchar hasta la muerte. Finalmente, sin embargo, una compañía de caballería logró capturar a cinco enanos. El capitán de la compañía informó que eran todos los que quedaban de un grupo de catorce atraídos hacia una trampa en la calzada por la que llegaban los suministros, y que había perdido a dieciocho hombres antes de lograr reducirlos.

Dos de los prisioneros eran mujeres, y todos ellos llevaban marcas de esclavos. Uno de los enanos había trabajado en las minas de Klanath; los otros dos, así como las mujeres, habían sido esclavos en Tharkas. Lord Kane hizo que llevaran a los cinco a través del paso, internándose en las montañas del sur, y allí fueron torturados hasta morir en lo alto de un risco donde sus cadáveres serían encontrados y servirían de advertencia a los enanos salvajes. Durante la tortura, incluso en las puertas de la muerte, sólo uno de los cautivos habló. Era una mujer, y escupió a los hombres que le habían roto las piernas:

-Mazamarra se ocupará de vosotros cuando esté preparado.

Sólo hubo un asalto más tras aquel incidente. Un día, al amanecer, cinco de los guardias al servicio personal de lord Kane fueron encontrados muertos en la propia puerta de la fortaleza. Los habían atado y amordazado, y posteriormente torturado hasta morir. Después de eso, los ataques cesaron, y los enanos desaparecieron.

Lord Kane mantuvo destacada una de sus brigadas al sur del gran paso, como un puesto avanzado permanente y punto de concentración de los hombres en servicio de patrullas. Pero la amenaza de los enanos era sólo parte de la razón de hacer eso. El príncipe tenía en Klanath un grupo de topógrafos haciendo mapas con los informes que recibían de las patrullas itinerantes. Una vez que las campañas del general Giarno terminaran, planeaba poblar las tierras que habían pertenecido a los enanos con gente elegida por él mismo. La rebelión de los esclavos le había dejado los cofres vacíos, y, algún día, las tierras arrebatadas a los enanos los llenarían con creces.

Penacho Tierra Ancha despertó como lo hacía un guerrero cobar. Un momento antes se hallaba profundamente dormido, y al siguiente ya estaba despierto, agazapado junto a su jergón, con la espada desnuda en la mano, sus ojos escudriñando la semioscuridad que lo rodeaba, sus oídos captando hasta el más leve ruido.

Durante un instante, no percibió presencia alguna. Una brisa veraniega agitaba la lona de su pequeña tienda, y del exterior llegaban los apagados sonidos nocturnos del campamento vigilado: los tranquilizadores silbos de pájaros que eran las llamadas entre los centinelas, el débil trapaleo de los cascos de los caballos encerrados en el improvisado corral, y las apagadas voces de los que charlaban junto a una hoguera.

Sabía que no eran estos ruidos los que lo habían despertado, sino otra cosa. Como jefe de los tekars, una de las siete tribus cobars, tenía su propia tienda y esta noche no la había compartido con nadie, pero ahora notaba que no estaba solo. Entonces, en las sombras, a unos palmos de distancia, algo se movió.

-Guarda tu espada, humano, -dijo una voz queda-. No vengo a hacerte ningún daño.

Penacho estrechó los ojos, los músculos todavía tensos, preparados para atacar.

-¿No te acuerdas de mí? -inquirió la voz-. No ha pasado tanto tiempo.

Ahora sí que reconoció la voz y bajó la espada.

-¡Tú! -masculló. Sin volverse, tanteó al borde del catre y cogió una bolsita de suave cuero que abrió con una mano, manteniendo la espada aferrada en la otra, y sacó un pequeño objeto metálico, un recipiente del tamaño de la palma, con una tapa sujeta a una bisagra, que abrió con el pulgar. Dentro de la tapadera, debajo de su pulgar, había una ruedecilla dentada de acero templado que se apoyaba contra una esquirla de pedernal. Dio un ligero toque a la ruedecilla, y saltaron unas chispas que prendieron una mecha de algodón empapada con alcohol mineral destilado.

La llama era pequeña, pero alumbraba lo suficiente para ver. En el rincón opuesto de la tienda, una figura encapuchada estaba en cuclillas, apoyada cómodamente en los talones de las suaves botas.

-Veo que todavía guardas el juguete que te di, -dijo el intruso con su voz queda, musical-. Pedernal, acero y yesca, todo en un pequeño recipiente. Es uno de los inventos más prácticos de mi madre, creo. A Eloeth no le gusta mucho la magia, pero le agradan las comodidades.

-Hola, Despaxas, -saludó Penacho al tiempo que dejaba la espada a un lado-. Podrías haber hecho una entrada menos teatral, elfo. Estuviste a punto de hacer que se me parara el corazón.

-Tu corazón está en perfecto estado, -dijo el recién llegado, que retiró la capucha y dejó al descubierto un rostro intemporal, de barbilla puntiaguda, barbilampiño; en los ojos sesgados había una expresión divertida. Las delicadas puntas de sus orejas quedaban casi ocultas por el largo y ondulado cabello-. Y también lo están tus reflejos, he de añadir. Un leve susurro y ya estabas despierto y preparado para luchar.

El cobar sacó una vela del morral y la encendió con la llama del yesquero, que cerró con la tapa y lo guardó.

-¿Qué haces aquí? -preguntó-. Creí que habías regresado a tus bosques hace años.

-Y lo hice. -El elfo asintió con la cabeza-. Pero ahora he vuelto. Una semilla que ayudaste a plantar por aquel entonces ha crecido bien y está a punto de dar frutos. Pensé que te gustaría participar en la cosecha.

-Una semilla... -Penacho enmudeció y sus ojos relucieron-. ¿Los enanos? ¿Derkin ha formado su ejército?

-Está preparado, -respondió Despaxas-. Hace una estación, acampó al pie de la fortaleza enana con su pueblo de elegidos, todos ellos dispuestos a combatir bajo su dirección, incluso sin disponer de las armas apropiadas. Ahora empieza una nueva estación, y están en camino hacia el paso de Tharkas, equipados con las mejores armas que pueden forjarse con la destreza de los artesanos enanos.

-¿Planea atacar a los soldados en el paso? ¿Con una horda de enanos?

-Con un ejército, -corrigió el elfo-. Puede que incluso sea un buen ejército. ¿Te gustaría presenciar la campaña?

-Por supuesto que sí. -Penacho resopló-. Pero te conozco, Despaxas, y sé que planeas algo más que simplemente dejarme observar mientras Derkin pone a prueba sus fuerzas contra la plaza fuerte de lord Kane.

-Naturalmente. -El elfo sonrió-. Nada es así de sencillo nunca. -Hizo un ademán señalando con gesto elocuente la solapa cerrada de la tienda-. Tienes una gran tribu, Penacho. Calculo que por lo menos hay trescientos guerreros en este campamento.

-Trescientos ochenta y uno, -admitió el cobar-. Y otro tanto más de mujeres y niños.

-Con un centenar sería suficiente para lo que tengo en mente -dijo Despaxas-. Cien de tus mejores jinetes.

-¡Todos lo son! -replicó bruscamente el hombre-. Son guerreros cobars y, por lo tanto, la mejor caballería del mundo.

-Estupendo. Entonces, servirá con cien cualesquiera. Partiremos al alba. Supongo que podremos estar en la Quebrada de Piedra Roja dentro de dos días, ¿verdad?

-Sí, si continúa el buen tiempo, -contestó Penacho-, pero mis hombres no van a ir a ninguna parte sin una razón.

-Desde luego que no. -Despaxas se encogió de hombros-. ¿Te parece suficiente razón la oportunidad de poner una emboscada a una columna de infantería imperial?

-Tal vez. -Penacho estrechó los ojos-. ¿Se dirigen hacia territorio cobar?

-Podría decirte que sí, pero te estaría mintiendo. Van hacia las llanuras meridionales, para reforzar las tropas del general Giarno. Con el rumbo que llevan pasarán a varios kilómetros de distancia de vuestras estepas.

-Entonces, son problemas de los elfos, -comentó Penacho-. ¿Por qué has acudido a mí con este asunto? ¿Por qué no se lo cuentas a Kith-Kanan? Sus Montaraces son tan expertos en emboscadas como nosotros.

-Como antes dije, las cosas no son tan sencillas como parecen. Si los refuerzos del imperio son atacados por los elfos, no es probable que lord Kane salga de Klanath para

tomar represalias. Conoce a los de mi raza, y sabe de sobra que sus posibilidades de perseguir y dar alcance a los Montaraces son escasas, si no nulas. Tendría que ir tras ellos hasta el cordón montado por los ejércitos del general Giarno. Lord Kane tiene sus propios intereses, y no malgastaría todos esos recursos en una empresa que no redundaría en su beneficio.

-Pero quizá sí lo haría si atacaran los cobars. ¿Es eso lo que quieres decir? Puede ser que enviara a sus compañías de caballería porque sabe que no podemos llegar muy lejos en nuestra retirada. -Penacho frunció el entrecejo-. ¿Estás sugiriendo, elfo, que salgamos y fustiguemos al oso para que después nos persiga hasta nuestra casa?

-Hasta vuestra casa, no, -dijo Despaxas-. Tú y tus guerreros sólo tenéis que conseguir que la caballería de lord Kane salga en vuestra persecución y tenerla entretenida durante un tiempo, haciendo que os siga en círculo o algo por el estilo durante unos cuantos días. ¿Qué dificultad puede entrañar esa maniobra para los mejores jinetes del mundo?

-No me importaría disparar unas cuantas flechas contra algunos soldados imperiales, -admitió el hombre-. Ni tampoco engatusar a los miserables patanes embutidos en chirriantes armaduras de lord Kane hacia una divertida persecución dando vueltas y vueltas como si fueran el burro de una noria. Pero no quiero comprometer a mis guerreros sin saber el porqué. Hablabas de los enanos hace unos minutos. ¿Tiene esto algo que ver con ellos?

-Desde luego que sí. -La sonrisa que bailaba en los francos ojos de Despaxas era tan inocente como la de un bebé, pero Penacho había aprendido hacía tiempo que la expresión inocente del terso semblante del elfo se acentuaba cuando el mago era más taimado y calculador-. Los Elegidos de Derkin son aguerridos y están bien armados, pero siguen siendo enanos. Se les dio bien hostigar a los humanos hace años, pero eran incursiones en pequeños grupos. Para lanzar y consolidar un ataque a gran escala, los enanos deben disponer de una base segura. Dejemos que los enanos de Derkin se atrincheren en el paso de Tharkas, y ya sabes lo que vendrá a continuación.

-Claro, -asintió el cobar-. Se desatará un infierno allí. El paso de Tharkas está a tiro de piedra de Klanath, y lord Kane no puede tolerar la existencia de una base enemiga tan cerca de su cuartel general. Tendrá que expulsarlos.

-Tendrá que intentarlo, -dijo Despaxas-. Y, cuando lo intente, Derkin contraatacará.

-¿De verdad crees que un puñado de enanos puede tomar Klanath?

-No lo sé. -El elfo se encogió de hombros-. Nuestro Derkin ha cambiado desde la última vez que lo viste, y tampoco has visto a su ejército. El caso es que el tal Giarno no querrá correr el riesgo de que sus líneas de abastecimiento y refuerzos pasen por un campo de batalla. A él no le interesan estas montañas, y le traen sin cuidado las ambiciones de Sakar Kane.

-Pero si no cruzan las montañas por aquí...

-Exactamente. La única ruta alternativa desde Caergoth a las planicies meridionales está a unos ciento sesenta kilómetros al norte de aquí. Tendrán que rodear el perímetro de nuestros bosques, ya que ni siquiera las mejores tropas de Giarno tienen el menor interés en enfrentarse a los Montaraces en su propio terreno. Si los enanos interrumpen las vías de suministro en Tharkas, eso añadirá semanas, puede que incluso meses, al tiempo que tardan las provisiones y los refuerzos en llegar hasta las fuerzas invasoras.

-Y nos dará mucho más campo abierto para, como tú dices, tenerlos entretenidos, -comentó el cobar, bajo cuya barba asomaba una feroz sonrisa.

-¿Te parece ésa una razón suficiente? -preguntó el elfo con voz sosegada.

Penacho se puso de pie, manteniéndose un poco doblado para no toparse con los soportes de la tienda. Se volvió, abrió la solapa de la puerta, y salió fuera; se frenó de golpe al tiempo que estrechaba los ojos. Directamente enfrente de él, algo flotaba en el aire, algo que guardaba cierta semejanza con una manta marina nadando lánguidamente si no hubiera resultado tan difícil de ver. El cobar giró sobre sí mismo bruscamente, volvió a entrar en la tienda y lanzó una mirada furibunda al elfo.

-¿Por qué traes a esa cosa aquí? -demandó-. Sabes que a mi gente no le gusta.

-Céfiro no hará daño a los tuyos. -Despaxas se encogió de hombros-. Y yo lo necesitaba a mi lado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, Penacho, y a veces los humanos cambiáis.

-¿Has hecho que tu mascota husmee mi alma? -El ceño del cobar se acentuó-. ¿Y qué tiene que decir al respecto?

-Que tu alma es tan fuerte como tu corazón, -respondió el elfo-. Igual que antes.

Cuando Penacho volvió a salir, a Céfiro no se lo veía por ningún sitio. Reprimiendo un escalofrío, el cobar inhaló hondo. Sabía que el astral no quería hacerle ningún daño; había aceptado hacía mucho tiempo la palabra de Despaxas a ese respecto. Con todo, había algo que le repugnaba en la idea de una criatura mágica a la que sólo se la podía ver en las sombras, que tenía el cuerpo como una manta raya y los dientes como agujijones de escorpión, algo que aparecía y desaparecía a voluntad, y que podía leer el alma de un hombre con la facilidad con que una persona lee un pergamino.

Penacho silbó, un sonido que cualquiera que no fuera cobar habría confundido con el trino de un pájaro nocturno. De inmediato, todo a su alrededor, el silencioso campamento empezó a bullir de actividad.

Penacho regresó a la tienda y recogió las botas.

-Partiremos con la primera luz del día, -le dijo al elfo que esperaba dentro.

A menos de ocho kilómetros al este de Klanath, la barrera de elevados picos que enmarcaban el paso de Tharkas se desviaba y se dividía en cordilleras que se extendían al norte y al sur, separando los reductos montañosos de la antigua Kal-Thax de las estribaciones bajas y las llanuras que se extendían, ondulantes, hacia el este. Y era aquí, en el punto en que la gigantesca cordillera se desviaba, donde la calzada de Caergoth penetraba en un valle angosto y tortuoso llamado la Quebrada de Roca Roja. El valle era un paso natural que conducía a las vertientes orientales que había al otro extremo. Desde él, la calzada imperial descendía en una serie de arcos, serpenteantes para, finalmente, ramificarse en varias calzadas al llegar a las planicies.

Ése era el desfiladero por el que los primeros ejércitos de conquistadores habían llegado, para dirigirse hacia las llanuras meridionales y a los bosques elfos que había más allá. Y era por este paso por el que las caravanas de suministros y las tropas de refuerzo avanzaban ahora, descansadas tras la parada a mitad de camino en Klanath.

Tres días después de la visita de Despaxas al campamento de Penacho Tierra Ancha, una larga fila de hombres salió de la hendidura. Eran casi ochocientos, con animales de carga entre ellos; llevaban estandartes del imperio y marchaban al paso regular de quien lleva un largo camino recorrido y todavía tiene ante sí otro largo trecho. Eran tres compañías que habían sido asignadas para unirse a las fuerzas del general Giarno en Ergoth meridional.

Una hora después de salir de la Quebrada de Roca Roja, la caravana descendía, sinuosa, por la vertiente, con las estribaciones más suaves al frente. Pasó otra hora, y la

calzada se hizo menos inclinada y más recta. En los accidentados terrenos altos los soldados habían marchado con los escudos en el brazo y las espadas en la mano por si les tendían una emboscada, pero ahora, a medida que el terreno se hacía más llano, casi todos ellos se colgaron los escudos y envainaron las armas. Se veía a kilómetros de distancia y no había nadie por los alrededores salvo ellos mismos.

Entonces, de repente, aparecieron. Con estridentes gritos de guerra y lanzados a galope tendido, un centenar de jinetes bárbaros cargaron por encima del borde de una pequeña cárcava en apariencia tan poco honda que no habría podido esconderse en ella ni un conejo. Como mensajeros de la muerte, los asaltantes llegaron con los arcos tensos y los oblicuos rayos del sol brillando en los abalorios y las plumas de sus tocados.

Segundos después de sonar el primer grito guerrero, los atacantes llegaban hasta la fila de asustados soldados; las flechas zumbaron y silbaron entre los soldados de infantería, dirigidas con mortífera precisión e impulsadas por sólidos arcos. Cayeron docenas de soldados, y otros tantos echaron a correr, ciegos de pánico. Tras la andanada de flechas llegaron los aullantes jinetes, con los arcos colgados ya y las relucientes espadas centelleando al descargarse mientras pasaban entre las filas de soldados; después dieron media vuelta y cargaron otra vez, enarbolando las armas con las hojas teñidas de rojo.

Entonces, de manera tan repentina como habían llegado, los jinetes se marcharon, desapareciendo en la nube de polvo que levantaban sus monturas, por la misma cárcava engañosamente somera de la que habían salido; reaparecieron en el otro lado, alejándose despreocupadamente hacia el norte. Tras ellos, el suelo quedó alfombrado con los cuerpos de los soldados del imperio muertos o heridos. Los oficiales corrían de aquí para allí, llamando a sus tropas e intentando restablecer el orden.

-Cobars, -masculló un oficial veterano que observaba cómo se alejaban los jinetes-. ¿Qué hacen los cobars tan cerca de Klanath? -Se volvió, levantó el brazo y llamó por señas a unos hombres-. Enviad mensajeros con espejos de señales de vuelta a la quebrada, -ordenó-. Todavía hay buena luz. Que desde allí hagan señales a Klanath y comuniquen lo que ha ocurrido. Que digan a lord Kane que, si sus hombres parten de inmediato, todavía pueden alcanzar a esos cobars y hacer un escarmiento con ellos.

-¿Alcanzar a los cobars? -preguntó un oficial joven con incredulidad-. Señor, esos hombres son...

-¿Es que estás ciego? -replicó ásperamente su superior mientras señalaba-. ¿Ves hacia dónde se dirigen los bárbaros? Mira lo que hay más allá. Ese humo en la distancia debe de ser su campamento. Creen que no los seguiremos porque no vamos montados. Son tan necios como arrogantes. ¿De verdad piensan que un batallón de caballería no puede encontrarlos?

Primer Derramamiento De Sangre

Desde la torre de su fortaleza, Sakar Kane contempló cómo su tercer batallón de caballería se desplegaba por la calzada hacia la Quebrada de Roca Roja cuando el alba apuntaba en el cielo delante de ellos. Se había tardado toda la noche en llegar hasta el batallón y hacerlo venir desde su puesto avanzado, al sur del paso de Tharkas, cosa que a lord Kane no le había gustado tener que hacer. Sin embargo, las señales enviadas desde Roca Roja habían sido claras: jinetes de las tribus bárbaras habían puesto una emboscada a

la columna de soldados de refuerzo del emperador en las estribaciones bajas que había al otro lado del paso, y después se habían retirado a su campamento.

Según las señales, ese campamento estaba sólo unos cuantos kilómetros al norte, y tropas de caballería podían alcanzarlo en un día o dos. El príncipe de Klanath había dudado sólo un instante. La impaciencia y el descontento estaba creciendo en el tercer batallón después de las largas e infructíferas estancias de patrullar por las inclementes montañas al sur de Tharkas. Un poco de acción les vendría bien a los hombres. Además, si capturaba y castigaba a los hombres de las tribus salvajes, el general Giarno le debería un favor. Sakar Kane no sentía el menor aprecio por el, así llamado, Pequeño General, pero era de todos conocido que el general Giarno era un protegido del emperador que gozaba de su favor. Incluso el siniestro Dreyus, el hombre que según los rumores era el principal consejero de Quivalin Soth, parecía no poner el menor reparo a Giarno. Sería muy interesante para Sakar Kane que el Pequeño General estuviera en deuda con él.

El cielo oriental estaba brillante para cuando la fila de los componentes del tercer batallón desapareció por la quebrada, empequeñecida por la distancia. Lord Kane dio media vuelta para entrar en sus aposentos y entonces se paró y ladeó la cabeza. ¿Qué era ese ruido que había escuchado? Algo débil y lejano, apenas un indicio de sonido traído por la brisa matinal que bajaba de las montañas.

Prestó atención, y volvió a oírlo, vago e intermitente tan desigual como la fresca brisa que lo traía. Se acercó al parapeto y miró hacia abajo, al patio interior de la fortaleza y la muralla almenada que había más allá, enfrente de la atareada villa. En las almenas, y en la muralla de la ciudad, más distante, los guardias patrullaban en parejas. Por el modo tranquilo en que caminaban comprendió que, a diferencia de él, no habían oído nada inusual.

Entonces escuchó de nuevo el lejano ruido y sacudió la cabeza con irritación. Supuso que eran truenos, los ecos distantes de una tormenta en las lejanas montañas, en alguna parte más allá del paso de Tharkas.

Pensó que era extraño, ya que no se veían nubes en el despejado cielo matinal, al menos desde su torre.

El antiguo campamento minero de Tharkas estaba en sombras y casi silencioso cuando la luz del amanecer asomó por encima de los altos picos que lo rodeaban. Destruído años atrás por los enanos, durante la revuelta de los esclavos, el campamento había sido reconstruido como un puesto avanzado de Klanath. Aunque austero, estaba ampliamente equipado y fortificado para servir como cuartel general del tercer batallón de caballería de lord Kane, pero ahora la mayoría de la dotación estaba ausente, requerida al otro lado del gran paso para algún tipo de maniobras. Sólo quedaban cocineros, criados, ordenanzas y dos compañías de infantería, la mayoría de los cuales estaban durmiendo. Habían pasado despiertos casi toda la noche, ayudando a las fuerzas de caballería a ensillar sus monturas, ponerse las armaduras, preparar sus armas y empaquetar sus equipos. Era más de medianoche cuando el batallón había partido a galope y había entrado en el paso a la luz de las dos lunas.

Una única lumbre de cocina empezaba a arder en el complejo, y los adormilados guardias del perímetro hacían sus rondas matutinas, conteniendo los bostezos, cuando a su alrededor estalló una especie de trueno continuo, un tremor complejo, un ritmo vibrante que parecía llegar de todas partes y que puso la carne de gallina a quienes lo oyeron.

Junto a la lumbre, los hombres se incorporaron de un brinco y se giraron hacia uno y otro lado, intentando ver de dónde venía el sonido.

-¡Mirad! -gritó uno de ellos mientras señalaba.

En la ladera más próxima, donde los pozos de la vieja mina seguían cegados y abandonados, se movían centenares de figuras bajas, vestidas con armaduras. Descendiendo con rapidez y seguridad por la inclinada pendiente que habría sido casi impracticable para los humanos, la horda de figuras corría cuesta abajo, los escudos y las armas centelleando a la luz de amanecer.

Los hombres reunidos junto a la lumbre los miraron sin salir de su asombro, boquiabiertos, y después recogieron precipitadamente sus escudos al tiempo que un guardia del perímetro gritaba:

-¡Enanos! ¡Son enanos! ¡Nos atacan! ¡A las armas!

A la vez que los hombres los descubrían, los enanos lanzaron gritos de guerra, sus profundas voces elevándose en cánticos espeluznantes que se mezclaban con el rítmico toque de tambores en lo alto.

El adormilado campamento despertó bruscamente; los soldados se ponían las armaduras precipitadamente mientras los oficiales corrían de un lado para otro intentando organizar la defensa. El ataque iba dirigido a la muralla occidental del complejo, y las unidades armadas se encaminaron en aquella dirección, aunque después vacilaron cuando sus oficiales gritaron órdenes contradictorias. Con una rapidez increíble, los enanos habían descendido por la vertiginosa pendiente de la ladera y cruzaron a la carrera el área despejada exterior. Ahora estaban en la muralla y se encaramaban por ella como un aluvión de fornidas figuras de relucientes armaduras. Los había a centenares, y tras ellos venían muchos más.

Un guardia del perímetro les arrojó su lanza, aterrorizado, y después giró sobre sus talones e intentó huir, pero los enanos lo tenían ya rodeado. Uno de ellos esquivó la espada del guardia y lanzó con la suya un golpe vertiginoso, en semicírculo. El guardia gritó y cayó cuando la hoja le cercenó los dos pies. Otro enano se detuvo para levantar su maza de guerra y descargarla, y reanudó la carrera inmediatamente después.

-¡Desplegaos y retiraos! -gritó un oficial humano-. ¡Retroceded al otro lado de la muralla!

Como un solo hombre, las tropas humanas se desplegaron, con las espadas extendidas ante sí, en posición defensiva. En el campo ésta era una táctica acertada, ya que daba a cada hombre espacio para blandir su arma y su escudo, y presentar un frente más amplio contra el enemigo. En cuestión de segundos, los soldados humanos estaban desplegados en una doble fila a través del complejo del campamento, retirándose lentamente a medida que la oleada de enanos se les echaba encima.

Los combatientes se encontraron a todo lo largo de la fila; el acero chocó contra el acero, y durante unos pocos segundos la carga de los enanos fue refrenada; pero entonces las profundas voces prorrumpieron de nuevo en cánticos, y los atacantes reanudaron la carga con los escudos en alto y las pesadas armas arremetiendo como lenguas de serpientes. La sangre brotó y fluyó bajo la creciente luz del amanecer, y los hombres que estaban más cerca pudieron oír las sílabas que se repetían en el canto:

-¡Mazamarra! ¡Mazamarra! ¡Mazamarra!

Superada por la ferocidad de la carga, la línea de humanos vaciló y se rompió.

-¡Retirada! -bramó uno de los oficiales-. ¡Retroceded hasta la muralla!

El retroceso de los humanos hasta la parte opuesta de la muralla no fue una retirada, sino una desordenada huida con los enanos rodeándolos y persiguiéndolos al tiempo que descargaban sus armas incansablemente.

-¡Saltad la muralla! -bramó un oficial-. ¡Esto es una ratonera! ¡Salid y los combatiremos desde fuera!

De los más de trescientos hombres que había en el campamento Tharkas al amanecer, menos de doscientos consiguieron llegar a la zona sur de la muralla, y aun fueron menos los que lograron salvarla. Y, de los que lo hicieron, muchos se quedaron parados en lo alto en medio del terror y la confusión y se precipitaron los dos metros y medio que los separaban del suelo al ser empujados por los que venían detrás.

Al otro lado de la muralla no había dónde refugiarse; al pie del muro, yacían muertos varios guardias, y más adelante había enanos, largas filas de fornidos guerreros que aguardaban con las armas enarboladas. Tras ellos, había compañías de caballería, enanos encaramados en sillas de cortos estribos sobre corceles de guerra. Por cada enano en el interior del complejo, parecía haber diez o veinte más al otro lado de la muralla. Era como si la raza enana al completo hubiera venido a Tharkas dispuesta a matar.

Cuando la muchedumbre de humanos, aterrados y sangrantes, se hubo apiñado en el estrecho tramo de lo alto de la muralla, un jinete enano se adelantó, separándose de su compañía. Su armadura relucía como un espejo a la luz matinal, y una capa, roja como la sangre, ondeaba sobre sus fornidos hombros.

Sin vacilar, cogió una gran maza que llevaba colgaba al hombro y la alzó sobre su cabeza. Los tambores empezaron a tocar de nuevo, como si fueran la voz de aquella maza. Con un ceño feroz, el enano bajó el brazo, señalando con la maza a los humanos encaramados a la muralla. A lo largo de la primera línea del ejército, docenas de enanos avanzaron por parejas, dieron tres pasos y se detuvieron. De cada pareja, uno de los enanos puso una rodilla en tierra y apuntó con la ballesta, mientras que el otro colocaba una piedra en una honda y empezaba a darle vueltas. Los tambores hicieron un redoble atronador y después callaron. Las hondas zumbaron y dispararon; las ballestas emitieron un vibrante sonido. Piedras del tamaño de un puño y saetas de bronce con puntas de acero silbaron por el aire, golpearon carne, y donde un momento antes habían muchos humanos apiñados unos contra otros en lo alto de la muralla ahora sólo quedaban unos pocos.

Con un clamor que levantó ecos en los picos en derredor, las líneas de enanos se lanzaron a la carga.

Cuando el sol de Krynn se alzaba sobre los picos orientales, Derkin Mazamarra y los Diez condujeron sus caballos a lo largo de la línea de enanos de ojos relucientes y humanos cautivos. Cincuenta y cuatro hombres del imperio habían sobrevivido al ataque a Tharkas; cincuenta y cuatro de más de trescientos que había habido cuando se inició el asalto.

No había escapado ninguno; los que lo intentaron fueron inmediatamente alcanzados por jinetes enanos que les dieron muerte.

Hacia la mitad de la línea, donde se encontraban apiñados los humanos, despojados de sus equipos y rodeados por guerreros daergars con los rostros cubiertos por las máscaras de acero, Derkin frenó su montura cuando Calan Pie de Plata se adelantó y le salió al paso.

-Son los prisioneros, -gruñó el viejo manco, señalando al reducido grupo de humanos-. ¿Qué quieres que hagamos con ellos?

-No quiero prisioneros, -repuso Derkin-. ¿Por qué siguen vivos?

-Pues porque este puñado de cobardes no quiso pelear, -dijo Calan-. Arrojaron sus armas al suelo y se negaron a empuñarlas de nuevo.

-¿Y qué?

-Bueno, cuando los daergars de Vin se les echaron encima, todos se tiraron al suelo y empezaron a balbucir y a gemir. Rehusaron defenderse.

-¿Y qué? -repitió Derkin con impaciencia.

Una fornida figura, cubierta con la máscara daergar, se adelantó de la fila de los guardias enanos. No se quitó la máscara, pero Derkin reconoció a Vin la Sombra.

-No sabíamos qué hacer con ellos, -explicó el daergar-. Yo... en fin, no es agradable matar gente que se arrastra a tus pies. Ni siquiera humanos. Así que esperamos a que decidieras tú.

-No quería prisioneros, -bramó Derkin.

-Tranquilo, no hay problema. -El viejo Calan esbozó una mueca y sacó de la bota una daga, afilada como una navaja de afeitar-. Los degollaremos y ya está. -Se volvió y se dirigió alegremente hacia los humanos.

-¡Alto! -bramó Derkin-. Ya que los tenemos, saquemos algún partido de ellos. Pueden limpiar el desorden del campamento y enterrar a los muertos.

-Oh, vale, -accedió Calan, que guardó la daga y se giró de nuevo hacia Derkin-. ¿Podremos degollarlos después?

-Cuando hayan dejado todo limpio y ordenado aquí, subidlos al pozo principal de la mina y encerradlos en él, -ordenó Derkin-. Quizá se me ocurra alguna otra cosa en la que puedan sernos útiles.

-¿En la vieja mina? -resopló uno de los Diez-. Todavía apesta a goblins. El hedor de esos asquerosos no se va nunca.

Con el campamento de Tharkas ya en su poder, Derkin estuvo deambulando por los alrededores durante un rato dando instrucciones, organizando guardias y patrullas, y asignando diversas tareas a todo el mundo. También reflexionó; durante la visita a Thorbardin y en los meses que siguieron mientras los Elegidos acampaban al pie de la Puerta Norte, comerciando con sus productos y armándose, había estado pensando mucho, dando vueltas a la forma de proceder del mundo y, en especial, a la actitud de los de su raza. Ahora se daba cuenta de que, aparte de sus familias y sus comodidades, había dos cosas que los enanos amaban por encima de todo: trabajar y luchar, en ese orden.

Era innato en ellos... en sí mismo y en todos y cada uno de los de su raza. Si se le daba la ocasión de hacerlo, un enano trabajaría. Excavaría cavernas, construiría calzadas, levantaría poderosas construcciones o cavaría túneles. Fabricaría hermosos muebles, forjaría herramientas, tallaría juguetes, ensartaría cuentas, pintaría cuadros o acarrearía cosas a las cumbres de las montañas. Cultivaría cosechas, criaría ganado y aprovecharía los recursos de los bosques. Martillaría y serraría, moldearía y templaría, y daría forma y modificaría objetos. Tantearía una piedra, después la tallaría y la convertiría en una columna, una estatua o una chuchería. Tantearía el metal, y luego haría algo útil de él. Construiría monumentos y fortalezas, o haría silbatos de caña. Fuera el trabajo que fuera, un típico enano se volcaría en él con energía y entusiasmo... siempre y cuando lo hiciera por deseo propio.

Pero los enanos sin trabajo se volverían de inmediato hacia su segunda pasión: discutirían y pelearían, y, cuando las disputas dieran paso a las enemistades, lucharían. Thorbardin era la prueba evidente de esto. La fortaleza más poderosa del mundo se había convertido en un semillero de mezquinas disputas e inútiles enfrentamientos porque se

había aislado del mundo exterior y había reducido gradualmente sus recursos hasta el punto de que no había mineral suficiente para mantener en funcionamiento las fundiciones, ni bastante madera para tener ocupadas las carpinterías, ni suficiente comercio con el mundo exterior para tener una razón para producir mucho de nada.

Y, a medida que disminuía el trabajo, aumentaban las peleas.

Sospechaba que para algunos de los que vivían en la fortaleza subterránea había sido como una revelación el hecho de que, cuando se encendieron las forjas para fabricar los productos requeridos por los Elegidos, las disputas y las luchas callejeras en las ciudades de Thorbardin se habían reducido a la mitad. Esos meses de verano, en su opinión, con su pueblo acampado en el exterior y las forjas funcionando dentro, probablemente habían sido los mejores meses que Thorbardin había visto desde hacía un siglo o más.

Pero ahora apartó Thorbardin de sus pensamientos y se centró en su gente, los Elegidos. Decían que se llamaban a sí mismos de ese modo porque Mazamarra los había elegido. De hecho, Derkin sabía tan bien como ellos que era al revés, él no los había escogido, sino que se había limitado a liberarlos, y ellos lo habían seguido, y se les habían unido otros a lo largo del camino. Eran ellos los que lo habían elegido a él como su líder.

Del mismo modo que Taladro Tolec y Vin la Sombra lo habían elegido tanto tiempo atrás, en la celda de esclavos de las minas de Klananth, así estos otros miles lo habían escogido. Habían elegido seguirlo, cumplir sus órdenes, porque, -al igual que trabajar y luchar-, en ellos era innato seguir a un líder, siempre y cuando fuera el que hubieran escogido y mientras que lo hicieran por propio gusto.

Trabajar y luchar. Tal era la naturaleza de este pueblo... de su pueblo. Trabajar o luchar, elegir y seguir, vivir y hacerse merecedores de vivir en su propia tierra, con sus propios fines, libres de intrusiones e invasiones de todos los lores Kane y emperadores Quivalin Soth, con todas las fuerzas aliadas que hacían la guerra, al parecer, por todos los territorios que tocaban.

-¡Éste es mi pueblo, y merece vivir como escoja hacerlo! -masculló, y después se volvió, algo turbado, cuando una pequeña mano se cerró sobre la suya.

Perdido en sus pensamientos, se había ido alejando del antiguo campamento minero con su muralla de construcción humana, y ahora se encontraba en lo alto de un risco de la ladera de la montaña, observando el bonito lago que antaño había servido a mineros enanos en tierras enanas, pero que actualmente no era útil a nadie.

Taladro Tolec y el resto de los Diez se encontraban cerca, desde luego. Siempre lo seguían, sin perderlo de vista, dondequiera que fuera. Y de pie a su lado, mirándolo con expresión preocupada, estaba Helta Bosque Gris. Derkin no tenía idea de cuánto hacía que estaba con él, o siguiéndole los pasos.

Todavía sujetándole la mano, la joven alzó la otra y le acarició con suavidad la mejilla.

-Te preocupa tu gente, ¿verdad? -preguntó-. Estás pensando que tal vez ninguno de nosotros siga con vida mañana, o la semana que viene, o dentro de un año. Que quizá podamos volver a ser esclavizados, o acabemos todos muertos.

-No pensaba nada semejante, -gruñó mientras sacudía la cabeza con tozudez-. Pensaba que más valía que me encargara de buscar algún trabajo para todo el mundo, o en caso contrario nunca pondremos las barricadas en el paso.

La mirada de la joven sostuvo la suya sin vacilar.

-Si sólo estabas pensando en barricadas y en trabajos -respondió con voz queda-, entonces ¿por qué hay una lágrima en tu mejilla?

-¡No hay ninguna lágrima! -le gritó. Por el rabillo del ojo vio que Taladro y algunos de los Diez miraban rápidamente a otro lado, como si se sintieran azorados.

-También la vieron ellos, -dijo Helta.

Carraspeando y con un gesto estirado, Derkin recuperó su actitud severa.

-Bueno, pues no volveréis a ver ninguna, -prometió-, Kal-Thax necesita sudor, y en ocasiones exige sangre, pero las lágrimas no le sirven para nada.

De vuelta en el complejo, Derkin encontró a Calan esperándolo.

-Dispondremos de una semana al menos, -dijo el viejo daewar-, pero no más de dos. Esos soldados de caballería que partieron anoche han salido en persecución de unos bárbaros. Despaxas prometió que se encargarían de...

-¿Despaxas? -Derkin lo miró de hito en hito-. ¿Tu elfo? ¿Está aquí?

-¡No es mi elfo! -bramó Calan-. Y tampoco está aquí. Pero a veces él... eh... Bueno, es como si hablara dentro de mi cabeza. No sé cómo, pero lo hace.

-Te creo, -asintió Derkin-. ¿Y qué te ha dicho?

-Que los cobars tendrán ocupados a los soldados humanos por lo menos una semana, y tal vez incluso más; pero que más vale que nos demos prisa porque, aun en el caso de que consigan mantener alejadas a esas tropas, las patrullas de lord Kane todavía utilizan el paso, y la siguiente vendrá por él dentro de unos quince días.

-Entonces, organicemos los grupos de trabajo, -dijo Derkin-. Pongamos en funcionamiento paletas y palancas, marras y tornos. Yo cogeré a la compañía roja y gris y patrullaré el paso. Tú escoge a algunos leñadores y llévalos a esas laderas para recoger madera. Mañana construiremos narrias para transportar la piedra.

-De acuerdo, -accedió Calan-. ¿Y dónde conseguimos buena piedra, eh? No disponemos de tiempo para extraerla de la cantera y cortarla.

-Aquí mismo tenemos suficiente para empezar. -Derkin se volvió y señaló la muralla de dos metros y medio de altura que rodeaba el puesto avanzado de lord Kane. Extendió el gesto, indicando los dos grandes barracones de piedra que había dentro del área-. Empezaremos con la de esas construcciones, ya que los humanos no van a necesitarlas más.

A un extremo del complejo, los prisioneros humanos sudaban bajo el sol mientras cavaban una gran fosa común donde enterrarían a los cientos de soldados muertos, apilados como cuerda de leña. Los rodeaban enanos armados, vigilándolos. Ningún humano del campamento Tharkas había escapado para dar la alarma a Klanath, y ninguno lo iba a hacer. Al otro extremo, fuera del recinto, algunos enanos también cavaban, enterrando a los suyos. No permitirían que los humanos tocaran, y mucho menos que enterraran, a sus compañeros caídos. Al fondo, los tambores mantenían un suave y doliente redoble con los vibrales amortiguados.

Derkin dio órdenes de que se agruparan los guerreros de rojo y gris, y después se encaminó hacia donde se cavaban las tumbas para los enanos. Estuvo observando un momento, con el yelmo bajo el brazo.

La primera sangre derramada, pensó. Hemos jurado recuperar Kal-Thax, con ayuda o sin ella, y ya hemos dado el primer paso.

No eran muchos enanos los que tenían que enterrar, pero habría más.

Kal-Thax, pensó. Tierra de enanos, tierra de mi pueblo. Kal-Thax necesita sudor... y en ocasiones exige sangre.

La Reclamación

Fue después de ponerse el sol cuando el tercer batallón montado de lord Kane tuvo a la vista el campamento de los bárbaros. Las amplias planicies de la zona, al pie de las estribaciones de las Kharolis, podían engañar a los ojos. Lo que había parecido el humo de una hoguera de campamento a seis u ocho kilómetros, había resultado estar a casi veinticinco kilómetros de distancia. Pero ahora se encontraban a menos de dos kilómetros, y a la luz del atardecer, en la penumbra de las altas montañas, los soldados alcanzaron a ver las hogueras de las que salía el humo.

-Unos cien salvajes, -comentó un teniente que cabalgaba al lado del jefe del batallón, el comandante Tulien Gart-. Es lo que calcularon los soldados de infantería de la quebrada. Veo nueve o diez fuegos distintos, y es, más o menos, el número apropiado para un campamento de ese tamaño. ¿Qué hacemos con ellos cuando los cojamos?

-Tendremos que matar algunos, supongo, -contestó el comandante, cuyos austeros rasgos denotaban desagrado. Como orgulloso soldado y descendiente de caballeros, Gart no veía honor alguno en hostilizar a unos simples bárbaros-. Lucharán cuando caigamos sobre ellos, pero tomaremos todos los prisioneros que sea posible. -Para sus adentros, se preguntó si perdonarles la vida era caritativo, ya que al hacerlos prisioneros se convertirían en propiedad de lord Sakar Kane, y el príncipe se valdría de ellos para dar un ejemplo, un mensaje a los otros salvajes que pudieran pensar en atacar tropas del imperio.

-Estos habitantes de las llanuras tienen caballos muy rápidos -comentó el teniente-. Si nos ven llegar, se darán a la fuga.

-Esperaremos hasta que oscurezca para atacar, -decidió Gart-. No quiero que se hable, que tintinee una sola armadura ni que se haga el menor ruido a partir de aquí. Avanzaremos en silencio, comunicándonos por señales únicamente. Haz correr la voz por todas las unidades. Aproximación silenciosa, y después, a mi señal, despliegue, formación de ataque y carga.

Mientras la oscuridad iba extendiéndose por las onduladas praderas, los componentes del tercer batallón condujeron a sus monturas remontando la suave cuesta de una herbosa prominencia. Allí se detuvieron, se desplegaron y maniobraron para formar una larga línea de cara al tranquilo campamento que se encontraba a trescientos metros de distancia. Los oficiales del batallón transmitieron señales desde el centro de la fila, y todos los soldados quitaron con cuidado las telas que habían servido para amortiguar el ruido de sus armaduras y las de sus monturas. Tal medida era necesaria para que una unidad armada llevara a cabo una aproximación silenciosa, pero constituiría un estorbo a la hora de cargar.

Con los escudos y las lanzas en ristre, la línea de jinetes aguardó, escudriñando el pequeño campamento. Era como si no se hubiera dado la alarma; los fuegos ardían bajos, y unas pocas figuras estaban reclinadas cerca de algunas hogueras o sentadas a la entrada de las tres o cuatro pequeñas tiendas que eran visibles a la luz de los fuegos. No había centinelas a la vista, y nadie parecía estar haciendo nada, aparte de descansar, disfrutando de la brisa vespertina.

-Pobres salvajes ignorantes, -masculló el comandante Gart al tiempo que levantaba el brazo-. Esto no va a suponer el menor esfuerzo.

A todo lo largo de la línea, los tenientes levantaron también el brazo, listos para bajarlo al recibir la señal.

-Y pensar que nos pagan por hacer esto, -susurró uno de los soldados.

Estaba bastante oscuro ya, y éste era tan buen momento como cualquier otro. Con un suspiro de ansiedad, Tulien Gart bajó el brazo y clavó espuelas a su sobresaltada montura. El enorme corcel tensó las patas traseras y se lanzó hacia adelante a un trote rápido que se convirtió en galope tendido. A izquierda y derecha del comandante, toda la línea se movió junto con él, y la quietud del anochecer saltó hecha añicos con el atronador trapaleo de cascos y el tintineo de las armaduras.

En nueve segundos, la caballería lanzada a la carga recorrió cien metros; en siete cubrió otro centenar; y seis segundos más tarde irrumpía en el pequeño campamento, una avalancha de hombres y caballos cubiertos con armaduras y un erizado frente de lanzas en ristre. Las ascuas de las hogueras se esparcieron con el pataleo de los cascos y se apagaron bajo el polvo levantado. Las tiendas se desplomaron y quedaron aplastadas contra el suelo. Las lanzas atravesaron las figuras reclinadas, apenas entrevistas en el tumulto, y las voces se alzaron con sorpresa:

-¿Qué pasa aquí? -gritó un soldado-. ¡Esto no es un hombre, sino un pelele de paja!

-¡Igual que éste! -respondió otro-. ¿Dónde se han metido?

-¡Desmontad y registradlo todo! -ordenó Tulien Gart-. ¡Encontradlos! ¡Buscad sus huellas!

-No pueden haber ido muy lejos, -comentó un teniente-. Estos fuegos han estado atendidos hasta hace menos de una hora.

Durante un tiempo, el tercer batallón al completo registró a pie los alrededores, con las antorchas en alto y las espadas empuñadas. Tulien Gart permaneció en el centro del destrozado campamento de pieles, gritando órdenes a medida que el área de registro se ampliaba. Pero, al cabo de una hora sin obtener resultados, suspiró y llamó a sus hombres para que volvieran.

-Acamparemos aquí esta noche, -decidió-. Está demasiado oscuro para continuar. Por la mañana encontraremos el rastro.

El batallón empezaba a preparar las hogueras cuando dos tenientes, con el rostro ceniciento, aparecieron corriendo y se cuadraron al llegar junto a Tulien Gart.

-Nos faltan algunos caballos, señor, -informó uno de ellos.

-Y sabemos adónde han ido los salvajes, -añadió el otro.

El comandante los miró de hito en hito.

-¿Que faltan caballos? ¿Cuántos, y qué ha sido de ellos?

-Parece que unos veinte, señor. -El teniente se encogió de hombros-. Todavía los estamos contando.

-¿Y cómo es que se han perdido veinte caballos? -bramó Gart.

-Los han robado, señor, -repuso el oficial, nervioso-. Mientras registrábamos los alrededores, parece que algunos de los salvajes llegaron hasta ellos y se los llevaron. Había mucho barullo y...

-¡Dioses! -estalló Gart-. Quiero los nombres de todos los encargados de las monturas que estaban de servicio durante el registro. -Soltó una sarta de maldiciones cuidadosamente elegidas que resultaron toda una lección para sus subordinados más

jóvenes. Luego se volvió de nuevo hacia los dos tenientes-. ¿Dijisteis que sabéis dónde están los salvajes?

-Sí, señor, -contestó uno de ellos.

-Bueno, ¿dónde?

-Por allí, señor, -dijo el oficial mientras se volvía y señalaba hacia el este.

Gart miró en aquella dirección y empezó a soltar invectivas otra vez. Allí, en la pradera, a la luz de hogueras recién encendidas, se veían los preparativos de un campamento para pasar la noche. En la distancia, el pequeño campamento podía encontrarse sólo a un par de kilómetros. O tal vez estuviera a veinticinco o a treinta.

-Bueno, eso sí que ha sido divertido, -dijo Penacho Tierra Ancha a Despaxas mientras se tomaban una cerveza caliente junto al fuego recién encendido-. Y además conseguimos veintitrés caballos a un precio de ganga.

-¿Os seguirán? -preguntó el elfo.

-Desde luego que sí. Pueden vernos tan claramente como nosotros a ellos, y esos ergothianos no tienen ojo para calcular las distancias. Esperarán hasta mañana, y entonces vendrán tras nosotros metiendo un montón de ruido. Creo que no estaría mal que mañana unos cuantos de ellos acabaran cayendo en un agujero o algo por el estilo, sólo para mantener despierto su interés. Y tal vez dejemos a otros pocos sin montura. ¡Dioses, tiene que ser muy incómodo ir a pie con esas armaduras y cargados con unos escudos tan grandes y unas lanzas tan pesadas! Pero, por supuesto, no desecharán ni siquiera un guante o un brazal. ¡Eso sería deshonroso! -Esbozó una sonrisa lobuna.

-¿Pueden tus hombres ocuparse del asunto a partir de ahora? -preguntó el elfo-. Quiero decir que si es necesaria tu presencia o si tus guerreros pueden mantener ocupados a esos soldados durante una semana más o menos.

-Desde luego, -le aseguró Penacho-. Si hay una cosa segura con los hombres del imperio, es que puedes contar con ellos. En una persecución a corta distancia, pasarán varios días antes de que admitan que están haciendo el primo, y para entonces se encontrarán al menos a una semana de viaje de su punto de partida. Pero ¿por qué lo preguntas?

-Te prometí que tendrías ocasión de ver el ejército de Derkin -respondió Despaxas-. Si te apetece, podemos ir ahora.

-¿A Tharkas? -preguntó Penacho-. Sí, me gustaría ver qué se trae entre manos ese enano amargado. Podemos llegar allí en un par de días.

-No, he dicho ahora -lo corrigió el elfo-. Céfiro se encuentra cerca. En su propio plano es un gran hechicero, y con su condición de astral puede trasladarnos de un lugar a otro en un momento con sólo envolvernos en sus alas.

-¡Ni hablar! -bramó el cobar-. Que me cuelguen si me dejo envolver en esas alas de pescado.

-Entonces, me ocuparé yo de transportarnos hasta allí -repuso Despaxas-. Es un hechizo bastante sencillo.

El humano lo miró fijamente desde el otro lado de la hoguera.

-Sé cómo funcionan los hechizos de transporte, -le recordó al elfo-. Hacen que la gente se maree.

-Se pasa enseguida, -contestó Despaxas.

-¡No pienso ir a ninguna parte si no es encima de un caballo! -bramó el cobar-. Ir a pie queda para los Saqueadores y los ergothianos.

Despaxas sonrió, una sonrisa tan inocente que desarmaba.
-Entonces, ve a coger tu montura, -dijo.

En el transcurso de un solo día, el paso de Tharkas se había convertido en una activa colmena. Millares de atareados enanos trabajaban en las sombras, al pie de las altas y vertiginosas paredes de la garganta, a poco más de seis kilómetros de la plaza fuerte de lord Kane en Klanath.

En el punto donde un enano llamado Cale Ojo Verde había clavado una estaca metálica siglos atrás, marcando la frontera del territorio enano de Kal-Thax, los Elegidos trabajaban levantando un gran muro de piedra. Centenares de enanos desmontaban la muralla del campamento de Tharkas, situado a cinco kilómetros al sur, en tanto que varios cientos más cargaban las grandes piedras en narrias que eran arrastradas hasta el paso de Tharkas por tiros de bueyes, bisontes e incluso unos cuantos alces.

Dentro de la garganta, en el punto elegido por Derkin Mazamarra, los canteros recortaban, tallaban y taladraban los grandes bloques de piedra, los levantaban con tornos y eslingas, y los colocaban en su sitio mientras otros cientos de enanos se afanaban ajustando las juntas con clavijas de hierro para asegurarlas. Cada piedra pesaba al menos quinientos kilos y algunas hasta una tonelada. Con bloques de tal tamaño, los constructores humanos habrían rellenado las juntas con mortero, confiando en que el peso de los materiales aseguraría el muro. Pero éstos no eran humanos, sino enanos, y se aferraban a la filosofía enana de construcción: si no puedes hacerlo bien, entonces no lo hagas.

Ni siquiera un terremoto desplazaría un centímetro este muro una vez que estuviera terminado.

El paso en este punto tenía sólo dieciocho metros de anchura en la parte inferior, y el muro en construcción se extendía de lado a lado, cerrándolo totalmente a excepción de una brecha reforzada que había en el centro, donde se instalaría un estrecho portón. En el transcurso de un día, el muro tenía dos gradas de altura, es decir que llegaba al hombro de los constructores, y los albañiles de Derkin calculaban que tendría por lo menos seis metros de alto antes de que se terminara la provisión de piedras. Seis metros no era la altura imaginada por Derkin para el gran muro, pero sería un buen comienzo. Dentro de una semana o poco más, el paso de Tharkas estaría cerrado al tránsito. El único acceso, el portón hecho de maderos reforzados con acero, tendría un metro veinte de ancho y dos setenta de alto. Una vez que el muro estuviera terminado y el portón cerrado y vigilado, sólo un ataque a gran escala volvería a abrir la frontera septentrional de Kal-Thax a extranjeros. El muro no sería inexpugnable, como lo era Thorbardin, pero resultaría un formidable obstáculo para cualquiera que intentara entrar sin haber sido invitado.

Los enanos habían trabajado a lo largo del día, y, ahora que las sombras del anochecer oscurecían el paso, hubo cambio de turno. Los que tenían ascendencia daewar, theiwar y kiar fueron remplazados por enanos con ascendencia daewar, ya que sus ojos eran más sensibles a la luz del sol, pero tenían una excelente capacidad visual durante la noche. De este modo, el trabajo podía continuar sin interrupciones hasta su conclusión. Se encendieron antorchas para el último transporte de narrias del día, y ya habían llegado al paso y empezaban a descargarse cuando, de repente, estalló el caos a sólo unos cuantos pasos al sur del muro en construcción.

Donde un momento antes sólo había espacio vacío, en medio de un soto de piceas, de pronto apareció un caballo encabritado con un hombre aferrado desesperadamente a la ligera silla de montar. A cientos, los enanos se volvieron para mirar boquiabiertos la

inesperada aparición mientras el corcel corcoveaba y giraba, brincando y coceando con entusiasmo. El hombre montado a su lomo se agarraba con determinación y soltaba maldiciones y amenazas mientras trataba de dominarlo. Docenas de enanos habían empuñado las armas y empezaban a acercarse al jinete y a su corcel cuando una segunda figura surgió de la nada: una figura encapuchada, envuelta en una capa, que obviamente no era un enano. La segunda aparición echó un breve vistazo al espantado caballo y a su enfurecido jinete, y después se volvió y levantó una mano hacia los enanos que los rodeaban.

Entre la multitud, las espadas centellearon y las hondas empezaron a zumbar. Entonces Derkin Mazamarra se adelantó, se volvió hacia los suyos, y ordenó:

-¡Guardad las armas! ¡Éstos no son enemigos!

-Hola, Derkin, -saludó la figura encapuchada-. Ha pasado mucho tiempo.

-Saludos, Despaxas, -respondió el enano-. Calan dijo que creía que vendrías. - Señaló al caballo todavía encabritado y a su iracundo jinete-. ¿Qué pasa aquí?

-A los caballos no les gustan los hechizos de transporte. -El elfo se encogió de hombros-. Por lo general meten un poco de jaleo a su llegada.

Pasó más de un minuto antes de que el hombre pudiera dominar a su montura; una vez la tuvo bajo control, bajó de la silla y señaló a Despaxas con un gesto furioso.

-Sabías lo que iba a pasar, -bramó-. ¿Por qué no me lo advertiste?

El elfo se encogió de hombros con actitud elocuente.

-Dijiste que no irías a ninguna parte si no era montado en tu caballo, -ronroneó-. Y a mí jamás se me ocurriría insinuar a un cobar que sé más sobre caballos que él.

Por un instante, pareció que el humano estaba considerando la posibilidad de matar al mago, pero después sacudió la cabeza.

-Elfo loco, -rezongó. Se dio media vuelta y su mirada recorrió la multitud de enanos que lo rodeaba; luego fue hacia las sombrías paredes rocosas que se alzaban hacia el cielo-. ¿Dónde estamos?

-En el paso de Tharkas, -contestó Despaxas-. En el punto donde antaño un enano marcó la frontera de su patria.

-¿Y dónde está...? -Sus ojos se detuvieron en la fornida figura con capa roja del líder enano, y parpadearon-. ¿Eres tú, Derkin?

-Hola, Penacho Tierra Ancha, -saludó el enano.

-¡Vaya! En verdad has cambiado en estos últimos años. No te había reconocido.

-Todos cambiamos, -dijo Derkin, que miró de soslayo al elfo-. Bueno, casi todos. Venid conmigo. Nuestro campamento está en el extremo sur del paso, donde hay agua. Los dos me contaréis las últimas noticias. Tengo entendido que la guerra en las llanuras continúa todavía, ¿no?

-Así es, -respondió Penacho, taciturno.

-En fin, comeremos y, mientras, me hablaréis de ello. Mañana os mostraré lo que estamos haciendo aquí.

En el atareado y abarrotado campamento, la gente observó al humano y al elfo con hosca desconfianza hasta que Derkin dejó claro a todo el mundo que eran sus invitados. Entonces fue como si a los enanos les pareciera poco todo cuanto pudieran hacer por ellos. Se amontonaron a su alrededor llevando bandejas de carne asada, pan recién hecho y jarras de cerveza. Penacho se sorprendió de que un festín tan suntuoso pareciera ser la comida habitual de estas gentes.

-¿Cómo lo conseguís? -le preguntó a Derkin-. Quiero decir que aquí hay todo un ejército de personas, pero ¿de dónde sale la comida?

-Lo que ves sólo es una tercera parte de los que somos, -le dijo el enano-. Tenemos granjas y graneros repartidos por todo el suroeste de aquí, y hatos de ganado en todos los valles. Los ejércitos deben tener comida y provisiones, así que los Elegidos son algo más que una fuerza armada. Se han convertido en una nación. El primer año después de liberarnos de las minas del imperio, la última vez que nos vimos, dedicamos casi todo nuestro esfuerzo y tiempo a reunir a los neidars que querían venir con nosotros y explorar nuevos senderos y territorios. Los neidars han sido un pueblo desperdigado, razón por la cual tantos de ellos acabaron como esclavos en las minas humanas... Eso, y el hecho de que Thorbardin no los protegió como se suponía que tenía que hacer. Pero ahora ya no están desperdigados, y tampoco son esclavos.

Helta Bosque Gris salió de una tienda llevando mantas para que se sentaran mientras comían. Penacho sonrió a la joven e inclinó ligeramente la cabeza.

-Te recuerdo, -dijo.

-Todo el mundo recuerda a Helta siempre, -comentó Derkin suavemente.

-Pero no lleva prenda de matrimonio, -advirtió el cobar-. ¿Es que todavía no te has casado con ella?

-No, todavía no, -repuso Helta-. Le he pedido una docena de veces que se case conmigo, pero me ha rechazado. Dice que no se comprometerá con nada ni con nadie salvo con la reconquista de Kal-Thax. Entre otras cosas, es testarudo.

Y estúpido, pensó Penacho, pero se guardó para sí esa opinión. Casi todas las mujeres enanas que conocía distaban mucho de ser bellas, al menos a su parecer, pero Helta Bosque Gris era la excepción.

El viejo Calan Pie de Plata se unió a ellos, y extendieron las mantas alrededor de la hoguera recién prendida. Tras terminar un trozo de carne asada que estaba deliciosa, Penacho se volvió hacia Derkin.

-Me gustaría ver vuestro asentamiento en las tierras agrestes. Tu pueblo debe de estar haciendo maravillas allí.

-Ningún humano ha visto lo que estamos haciendo, -dijo Derkin con un tono sin inflexiones-, ni lo verá. Pero, si vuestro pueblo acaba alguna vez con esa estúpida guerra, verá los resultados. Tenemos el propósito de establecer rutas comerciales y centros donde negociar, al este, al oeste y al norte.

-Eso será después de que hayas reconquistado Kal-Thax, por supuesto, -replicó el cobar sin andarse por las ramas.

-Por supuesto. En ello estamos ahora. Es el motivo de que estemos construyendo un muro.

-El territorio que reclamas es el que lord Kane considera suyo -intervino Despaxas-. El emperador Ullves se lo ha concedido.

-En tal caso el emperador lo ha engañado, -repuso Derkin-. Esta tierra es nuestra. Nunca le perteneció para poder darla y nunca le pertenecerá.

-¿Crees que un muro va a detener a lord Kane de intentar recuperar lo que considera suyo? -preguntó Penacho.

-Tal vez no. -Derkin se encogió de hombros-. Los muros son como las vallas de las casas. Se construyen para impedir el paso de los vecinos, pero no significan nada para los ladrones.

-Entonces ¿con qué propósito lo construís?

-Si no lo detiene, al menos lo frenará un poco, -contestó el enano.

-Tendrás que enfrentarte a él, -dijo el elfo en voz queda.

Los ojos de Derkin, oscuros penetrantes, los estudiaron a ambos; en aquellos ojos había mucha más experiencia que unos años antes. Su escrutinio también cayó sobre Calan Pie de Plata.

-Es de esperar, -respondió finalmente-. Y empiezo a entender por qué todos vosotros estabais tan ansiosos de ayudarme antes... y por qué queréis alentarme ahora.

-Lo que estás haciendo aquí nos ayudará en nuestra guerra contra los invasores, -dijo Despaxas-. No hay ningún secreto en eso.

-Pero me pregunto si vosotros, cualquiera de los dos, entendéis que no quiero tener nada que ver con esa guerra, -gruñó Derkin.

-Tampoco querías ser el líder de nadie, -le recordó Calan-. A veces no se tiene mucha opción en cosas así.

Derkin se volvió y soltó un bostezo, haciendo caso omiso del viejo daewar, pero no le pasó inadvertida la mirada que cruzaron Despaxas y Calan, y sintió un repentino frío en los huesos. Lo sabían. El viejo enano manco y el intemporal elfo sabían que él lo sabía pero que no quería admitirlo, ni siquiera ante sí mismo. El señor de Klanath vería el muro de los enanos no como una frontera, sino como un desafío. Era totalmente improbable que se diera media vuelta y dejara en paz Kal-Thax.

En mitad de la noche, los amortiguados tambores entonaron sus cantos en las montañas. Tambores que los artesanos hylars habían enseñado a construir y utilizar a Derkin siendo un muchacho, del mismo modo que sus antepasados los habían construido y utilizado siempre. Y Despaxas, el elfo, le había enseñado un nuevo canto, en alguna parte de las tierras agrestes: la Llamada a Balladine.

Ahora los tambores enviaban mensajes, como habían hecho siempre. El pueblo de Derkin, -y los neidars que se encontraban lejos y que se les habían unido-, ascendía a unos veinte mil en la actualidad. Los nueve mil que estaban aquí, en Tharkas, eran los Elegidos, el núcleo guerrero de lo que se había convertido en un nuevo y extendido clan. La gran mayoría se encontraba en las tierras agrestes, cerca de un lugar llamado la Falla, si bien algunos otros estaban todavía más hacia el oeste, reclamando nuevos territorios para un futuro centro de comercio que se llamaría Trueque.

Estaban separados por muchos kilómetros, pero unidos por un mismo propósito, y así, los tambores transmitían sus mensajes de un lado para otro a través de las montañas.

El Señor Del Paso

Durante once días los enanos trabajaron en el muro día y noche mientras el único humano que había entre ellos, Penacho Tierra Ancha, observaba con pasmado asombro. El cobar nunca había tenido contacto con enanos a excepción de su breve aventura en este lugar, años antes, cuando había ayudado al que entonces era Derkin Semilla de Invierno a liberar a los esclavos de los goblins en el pozo de la mina de Tharkas, y había presenciado después cómo esos esclavos liberaban a miles más en las minas de Klanath.

Ahora lo admiraba su energía, su tenaz aplicación ante una tarea, y su inmensa fuerza física. Sabía, desde luego, que un enano adulto, a pesar de ser treinta centímetros más bajo, pesaría lo mismo que él, y había oído decir que esta maciza gente menuda era

más fuerte que los humanos. Pero, al contemplar cómo manejaban y encajaban enormes bloques de piedra día tras día, el cobar estaba impresionado. Una y otra vez, veía a seis enanos, -en ocasiones eran sólo cuatro-, darle la vuelta a un bloque cuadrado de piedra de una tonelada de peso, lado tras lado, para trabajar su superficie con tintineantes herramientas, abriendo agujeros de refuerzo en ella con taladro y martillo, y después meterla en una eslinga para que otros enanos la izaran desde arriba.

Utilizaban tornos y cuñas, palancas y eslingas, y todo tipo de herramientas de una forma que él nunca había visto usar. Y, aunque algunos eran más diestros que otros en el corte o la perforación o el encaje de la piedra, Penacho tenía la impresión de que cualquiera de ellos, elegidos al azar, podría haber hecho el trabajo de cualquier otro.

-Trabajan como si hubieran nacido con las herramientas en las manos, -le comentó a Despaxas a medida que el Muro de Derkin iba subiendo, creciendo grada tras grada.

-Puede decirse que así es, -contestó el elfo con tono coloquial-. Es la naturaleza de los enanos. Según se cuenta, un enano puede escalar antes de saber andar, labrar piedra antes de aprender a hablar, y excavar antes de que le hayan quitado los pañales.

-Son un pueblo sorprendente, -admitió Penacho-. Pero ¿saben utilizar sus armas?

-Muy pronto lo verás, -respondió el elfo-. Para un enano, un arma sólo es otra herramienta. La única diferencia es la aplicación que se le da.

Ahora, al undécimo día de iniciarse el proyecto, cuando la última piedra aprovechada de las construcciones del puesto adelantado de lord Kane era izada para encajarla en su sitio, Penacho se retiró unos pasos para contemplar la enorme estructura. El muro estaba empotrado a cada extremo en la sólida roca de las paredes del paso, cerrándolo por completo de lado a lado. La parte superior estaba rematada con macizas almenas talladas en roca que protegían un bastión al que se llegaba por unas rampas en la cara sur. La cara norte del muro, orientada hacia Klanath, era sólida piedra en la que las juntas apenas se apreciaban. Y en el centro había un único y pequeño hueco, alto y angosto, que estaba cerrado por un portón de aspecto tan sólido y macizo como el propio muro.

Mientras lo examinaba, el cobar llegó a la conclusión de que no era un obstáculo insalvable. Hombres decididos, equipados con ganchos y cuerdas, podrían escalar la cara norte y cruzarlo. Pero con una buena defensa en lo alto del bastión, el precio de tal ataque sería espantoso. ¡Y se había construido en once días! Terminar un proyecto así habría llevado a artesanos humanos medio año.

Con el muro acabado, la mayoría de los Elegidos trasladaron detrás de la barricada el campamento al paso, y Penacho vio cómo los constructores se convertían en soldados de Kal-Thax. Dejando a un lado las herramientas, los enanos se pusieron exquisitas armaduras y ropas de una gran variedad de colores llamativos. De los petates sacaron excelentes armas de acero de fabricación enana y se equiparon con ellas. Al día siguiente de que el muro quedara terminado, el cobar se encontró rodeado por millares de guerreros fornidos, la mayoría de los cuales tenía un aspecto tan fiero y formidable como el propio Derkin Mazamarra.

Hubo otra cosa de los enanos en la que reparó ahora. Los cincuenta kilos, más o menos, que pesaban la armadura de acero, el yelmo, el escudo y las armas no eran una carga para un fornido enano. Con el atuendo completo de batalla, todos ellos parecían sentirse tan cómodos y ligeros como si sólo llevaran puestas la falda montañesa y la camisa. A pie o a caballo, los bajos y fornidos guerreros daban la impresión de estar tan a gusto con las armaduras como si éstas formaran parte de ellos.

Penacho estaba contemplando con admiración a la multitud que lo rodeaba cuando una voz profunda y fría preguntó:

-¿Por qué sonríes, humano? ¿Acaso mi gente te resulta divertida?

Derkin se encontraba a su lado, puesto en jarras, y en sus penetrantes y pensativos ojos no había la más leve chispa de humor.

-En absoluto, -se apresuró a contestar el cobar-. Más bien todo lo contrario. Estaba pensando en el aspecto tan fiero y fantástico que ofrecen.

-Entonces, ¿por qué sonreías?

Penacho reflexionó un instante, y después señaló a un grupo de veinte o treinta enanos vestidos con armaduras que pasaba cerca de ellos.

-Incluso con el equipo completo, tus enanos no hacen ruido. Mi pueblo ha combatido a las fuerzas del emperador desde hace años, y oírlos venir ha sido una ventaja. Cuando esos patanes se ponen la armadura, meten tanto escándalo que se los oye a medio kilómetro de distancia.

-Si eso te resulta divertido, entonces vas a tener distracción de sobra dentro de poco, -dijo Derkin al tiempo que se daba media vuelta-. Los tambores hablaron esta mañana. Ese batallón humano que partió de Tharkas para perseguir a tus jinetes ha regresado a Klanath, y estarán de camino hacia aquí a no tardar. -Como si acabara de recordarlo, se volvió hacia el cobar, sonriendo también ahora-. Son unos cuantos menos hombres que antes, según las cuentas de mis centinelas. Y también hay muchos menos caballos que cuando partieron.

Fue a la mañana siguiente cuando los soldados del imperio aparecieron en el paso de Tharkas. Equipados con provisiones y nuevas monturas, -y todavía escocidos por el fuerte rapapolvo que el propio lord Kane les había echado-, el comandante Tulien Gart y su tercer batallón partieron de Klanath y se encaminaron hacia el puesto adelantado que habían dejado hacía casi dos semanas. Por encima de ellos, en los picos de las montañas, retumbaron truenos apagados que se perdieron en la distancia; los soldados alzaron la cabeza para mirar hacia arriba, pero no vieron nada fuera de lo normal.

Al entrar en el paso, el batallón avanzó en fila a trote ligero, sin esperar sorpresas. Cuando habían recorrido tres kilómetros por el interior de la garganta, sin embargo, un batidor hizo volver grupas a su montura y regresó a galope con la tropa.

-Hay algo en el paso, señor, -informó al tiempo que saludaba al comandante-. No sé qué es.

Al cabo de medio kilómetro más de marcha todos ellos pudieron ver ese algo, y se detuvieron, escudriñando desde lejos.

-¿Qué es eso? -demandó Tulien Gart-. ¡Primer pelotón, adelantaos y ved de qué se trata!

Unos treinta jinetes espolearon sus monturas y se alejaron al trote paso arriba. Durante unos minutos muy largos, el resto del batallón esperó, y entonces un jinete vino hacia ellos lanzado a galope. A punto de salir despedido de la silla al hacer que su caballo frenara en seco, el soldado hizo un precipitado saludo a su superior.

-¡Es una muralla, señor! -informó, todavía con un gesto de sorpresa plasmado en su rostro-. Un gran muro de piedra que cierra el paso, y alguien nos dijo desde las almenas que nos marcháramos y no regresáramos nunca.

-¿Quién os dijo eso? -inquirió el comandante con aspereza-. ¿Quién estaba en lo alto de la muralla?

-No lo sé, señor. -El soldado sacudió la cabeza-. El resto del pelotón siguió avanzando para echar una mirada más de cerca, pero el teniente me envió para informar.

-¡Una muralla! -farfulló Tulien Gart-. ¿Y ahora qué? -Con gesto impaciente, dio la señal de avanzar y espoleó a su montura. El batallón al completo fue en pos de él.

Era una muralla, en efecto; un muro alto y ancho de sólida piedra, con almenas en la parte superior y un único portón angosto que estaba firmemente cerrado. El primer pelotón se había desplegado justo al pie de la muralla, sin desmontar, con escudos y espadas enarbolados. Al irse aproximando al muro, Gart oyó gritar a su teniente:

-¡... no puede levantarse una maldita muralla en este paso sin una orden de lord Kane! ¿Quiénes os creéis que sois?

-¡Sabemos exactamente quiénes somos! -respondió desde arriba una voz profunda y resonante-. ¡Y también sabemos quiénes sois vosotros! ¡Fuera de aquí!

Barbotando un juramento, Tulien Gart sofrenó su montura junto a la del teniente.

-¿Quién es el que está ahí arriba? -demandó, a lo que el oficial respondió encogiéndose de hombros. Gart se incorporó en la silla y, haciendo bocina con las manos, preguntó: ¡Eh, los de la muralla, identifícaos de inmediato! ¿Quiénes sois?

Una silueta se adelantó en las almenas, y un yelmo relució con la luz del sol.

-¿Quién lo pregunta? -replicó una voz profunda.

-¡Soy Tulien Gart! -gritó el comandante-. ¡Estoy al mando de este batallón, al servicio de lord Sakar Kane, príncipe de Klanath por orden de nuestro ilustre emperador Quivalín Soth V! ¿Y tú quién eres y qué haces aquí?

-¡Me llamo Mazamarra! -respondió la voz profunda, sin inmutarse-. ¡Y estoy aquí porque quiero! ¡Ésta es la frontera de Kal-Thax, y por el momento está cerrada! ¡Marchaos!

-¿La frontera de qué? -gritó Gart-. ¡Esta tierra es el feudo de lord Kane! ¡Le pertenece!

-No es cierto, -le aseguró la voz profunda en tono coloquial-. Es nuestra.

Desde la retaguardia del batallón se alzó un murmullo que se fue extendiendo hacia adelante. Un teniente giró la cabeza, escuchó y se volvió hacia su comandante.

-Señor, -dijo-, los hombres de atrás pueden ver mejor. Dicen que los que están ahí arriba son enanos.

-Exactamente, -respondió la voz desde las almenas-. Somos enanos. Y este muro es la frontera de Kal-Thax, que es territorio enano, como siempre lo ha sido y siempre lo será. Empieza justo aquí, en este muro. Y ahora, por última vez, ¡dad media vuelta y marchaos!

Mascullando un juramento, Tulien Gart se puso una mano sobre los ojos para resguardarlos del brillante sol. Ahora eran visibles muchas cabezas cubiertas con yelmos entre las almenas de piedra. Girándose sobre la silla, ordenó:

-¡Arqueros, avanzad!

De inmediato, una compañía de arqueros montados se adelantó obedeciendo la orden.

-¡Cuidado, comandante Gart! ¡Estás a punto de cometer un grave error! -sonó de nuevo la voz profunda, fría y letal, en lo alto del muro.

-¡Arqueros, despejad ese muro! -ordenó Gart, haciendo caso omiso del enano.

Un centenar de flechas se tensaron en los arcos y se dispararon en un mortífero arco hacia el cielo. Pero donde antes se perfilaban cabezas ahora había brillantes escudos. Las flechas se quebraron o se desviaron al chocar con un ruido metálico contra los escudos, que al punto desaparecieron para ser reemplazados por enanos que apuntaban a los que estaban abajo. Las hondas giraron y zumbaron, las ballestas dispararon con secos chasquidos, y el pánico cundió entre los arqueros humanos. A docenas cayeron de sus monturas, atravesados por dardos o con la cabeza abierta por las piedras; el resto del pelotón se convirtió en un

revoltijo de espantados caballos corcoveando, con sus jinetes aferrándose a las sillas y empujándose unos a otros en su prisa por dar media vuelta y huir. Más hombres y varios corceles cayeron y fueron pisoteados por los cascos de las otras bestias.

En medio del barullo, Tulien Gart aferró las riendas y se mantuvo firme, con los iracundos ojos fijos en las almenas, prendidos en la figura de quien se había dado a conocer como Mazamarra. Tampoco él había vacilado, reparó el humano. La profunda y fría voz volvió a sonar, y Gart notó el impacto de aquellos ojos ocultos bajo la sombra del brillante yelmo; unos ojos que sabía que estaban clavados en los suyos.

-¡Atiende lo que Mazamarra te dice, humano! -tronó la voz-. ¡Presta atención y transmite a tu señor mis palabras! ¡Kal-Thax empieza a partir de aquí! ¡De hoy en adelante, Kal-Thax está cerrada a vosotros y a los de vuestra raza! ¡Kal-Thax les pertenece a los enanos, no a los humanos! ¡Si nos dejáis en paz, nosotros haremos lo mismo con vosotros! ¡Pero si atacáis, responderemos, como acabáis de comprobar! ¡Marchaos de una vez! ¡Id y no regreséis jamás!

A regañadientes, Tulien Gart hizo volver grupas a su montura y dirigió la retirada de sus tropas, pero sólo unos centenares de metros. Una vez que se encontraron fuera de tiro de hondas y ballestas, hizo que el batallón parara y desmontara. Transcurrieron varios minutos, y después dos pelotones se aproximaron de nuevo al muro, en esta ocasión a pie; pero, en lugar de ir equipados con arcos, llevaban angarillas. Casi tímidamente, esperando morir en cualquier momento, los hombres se acercaron al muro y empezaron a recoger a los compañeros muertos y heridos. Pero los enanos de las almenas no dispararon proyectiles, sino que se limitaron a observarlos.

En la rampa, al otro lado de la muralla, Penacho Tierra Ancha también observaba; luego se volvió hacia Derkin.

-Será mejor que les digas que recojan también las monturas muertas. Las están dejando ahí tiradas.

-Nos quedaremos con ellas, -manifestó el enano-. Ahí hay carne suficiente para dos o tres días.

El cobar miró a Derkin, conmocionado, y su rostro se puso muy pálido.

-¿Vosotros... coméis carne de caballo? -preguntó.

-La carne es carne, -repuso Derkin sin inmutarse-. Comemos cualquier cosa que no nos coma primero a nosotros. Eso es algo que aprendimos en las minas de esclavos y en las tierras salvajes.

Tras recoger a sus muertos y heridos, los humanos se retiraron hasta donde esperaba el batallón; pero, en lugar de montar y marcharse, parecía que los soldados se estaban instalando.

-No van a irse, -comentó Calan.

-No esperaba que lo hicieran... todavía, -respondió Derkin-. Ese comandante no puede aceptar sin más que le haya dicho que no son bien recibidos aquí. Tiene que intentar alguna otra maniobra.

A lo largo de la mañana y primeras horas de la tarde, los enanos vieron desde las almenas una frenética actividad en el paso, a cierta distancia; los hombres iban presurosos de aquí para allí, haciendo cosas. Al principio, no resultó fácil saber qué se traían entre manos, pero después los penetrantes ojos de los enanos encaramados en lo alto del muro distinguieron un gran tronco recién cortado que arrastraban desde una arboleda cercana hasta el paso.

-¡Están haciendo un ariete! -resopló el viejo Calan-. Intentan probar la resistencia de nuestro portón.

-¿Podrá aguantar los golpes del ariete? -preguntó Penacho, preocupado.

-Hacer un ariete es una cosa, -respondió Derkin-, y traerlo hasta aquí es otra muy distinta.

A varios cientos de metros de distancia, unos hombres se colocaron junto al pesado tronco, de dos en dos, a cada lado. Acucillados, se echaron sobre los hombros unos arneses y después se pusieron de pie, levantando el tronco del suelo. A una señal de Tulien Gart, iniciaron un trote hacia el muro.

Los enanos dejaron que se acercaran a una distancia de cincuenta metros, y entonces, a todo lo largo de las almenas, asomaron varios guerreros con hondas y ballestas. Los que transportaban el ariete los vieron aparecer, vacilaron, y fueron frenando la marcha hasta pararse. Tulien Gart también los vio, y sacudió la cabeza.

-Avísales que se retiren, -le dijo a un corneta-. No conseguirán llegar al muro.

Al sonido de la trompeta, los portadores del ariete dieron media vuelta, suspirando con evidente alivio, y regresaron trotando por donde habían venido, llevándose el tronco.

-La próxima vez lo intentará con un ariete escudado, -vaticinó Derkin.

Pasó una hora antes de que los que cargaban con el tronco volvieran a intentarlo, y esta vez venían bajo una cubierta de escudos, docenas de ellos unidos entre sí de manera que formaban un sólido techo por encima de los hombres y su ariete. Desde arriba ni siquiera se podía ver a los hombres que trotaban hacia el portón.

-¿Y qué harás ahora? -le preguntó Penacho a Derkin.

-Observa, -respondió el enano.

Cuando los portadores del ariete habían ganado velocidad, apuntando el grueso tronco hacia el portón, un panel de un palmo de altura, sujeto con bisagras, se levantó en la parte inferior de la puerta; detrás de él aparecieron un montón de ballestas. Los hombres resguardados bajo los escudos, al ver una muerte segura en las armas que les apuntaban a pocos metros de distancia, vacilaron. Uno de ellos tropezó, con lo que hizo perder el equilibrio a otros tres, y después todos se fueron al suelo, arrastrando consigo el largo ariete en tanto que los escudos unidos entre sí repicaban al caer sobre ellos. Desde el mortífero portón, una voz los increpó:

-Levantaos y retroceded si queréis seguir con vida. Y dejad el tronco donde está, pues ya no lo vais a necesitar.

Sin otra opción, los hombres caídos bajo los escudos se quitaron las correas de sujeción que llevaban en los hombros y se incorporaron lo más deprisa posible.

-Dejad también los escudos, -dijo una voz desde las almenas-. Es un trueque justo por las saetas que hemos gastado.

Los hombres se alejaron, renqueantes, con magulladuras y temblorosos; a uno de ellos lo llevaban entre dos al haber sufrido, al parecer, una fractura en una pierna.

-¡Decidle a vuestro comandante que la única razón por la que seguís vivos es porque aquí nadie ha resultado herido! -advirtió a sus espaldas la voz de Derkin.

El portón se abrió entonces, y una horda de enanos salió por él a cubierto de las armas dispuestas en lo alto del muro. Para cuando los portadores del ariete llegaron junto a su comandante, los escudos y todos los caballos muertos habían sido arrastrados al otro lado del muro, y el grueso tronco del ariete desaparecía a través de la puerta, que a continuación se cerró con un ruido contundente.

Al final de la tarde, cuando las sombras se hacían más densas en el paso, las flechas empezaron a caer sobre las almenas del muro. Los soldados humanos se habían deslizado furtivamente a lo largo de los costados de la garganta, aprovechando la cobertura de los arbustos, y se habían refugiado en un soto de coníferas, desde el que tenían el muro a tiro de arco.

Agazapándose tras las almenas, Derkin y sus hombres observaron el soto y esperaron. La oscuridad llegó rápidamente en la profunda garganta, dejando sin luz a los arqueros, cuyas flechas no habían causado daño alguno.

Ya de noche cerrada, los enanos oyeron el ruido que hacían los arqueros humanos al escabullirse hacia donde estaba su batallón para pasar la noche, y Derkin bajó del muro buscando a Vin la Sombra.

-Ya sabes lo que tenéis que hacer, -le dijo al daergar.

-Podríamos hacer más, -sugirió Vin, pero Derkin sacudió la cabeza.

-No, -contestó-. Ya oíste el mensaje que envié a su comandante. Esas flechas no han herido a nadie.

Con un brusco cabeceo, Vin reunió a otros doce daergars; se quitaron las máscaras de hierro, dejando a la vista los grandes ojos y los rasgos zorrunos característicos de su clan. Con movimientos rápidos, recogieron antorchas, yesca y recipientes de aceite, y salieron por el portón. Estaban de vuelta al cabo de unos minutos, y tras ellos ardía el fuego. A la mañana siguiente, el soto de árboles en el que podían esconderse arqueros sólo sería un montón de cenizas humeantes.

La situación en el paso de Tharkas siguió en tablas durante dos días más. Tullen Gart intentó todo lo que se le ocurrió para cruzar el muro de los enanos, pero sin éxito. Los escaladores enviados en plena noche, con ganchos y cuerdas, eran un blanco fácil para los daergars apostados en el muro, gracias a su capacidad visual en la oscuridad. Un ariete sin dotación humana, consistente en un tronco sujeto entre dos caballos lanzados a galope tras recibir un latigazo, dio un giro de ciento ochenta grados cuando los enanos que vigilaban en el muro echaron paja encendida en su camino. Los destrozos que el ariete de caballos causó en el campamento de Gart al cruzarlo a galope en su huida fueron realmente terribles.

A la mañana siguiente, cuando la patrulla del puesto de lord Kane llegó al paso, Gart decidió que era hora de regresar a Klanath e informar al príncipe. Quizá él supiera cómo expulsar a los enanos del paso de Tharkas, pero el comandante del tercer batallón era consciente de que ellos solos no podían.

Antes de partir, sin embargo, Gart montó en su caballo y cabalgó solo hasta el muro de los enanos. Sentado en la silla muy erguido y altanero, miró hacia arriba.

-Mazamarra, -llamó.

Por las almenas asomó el mismo yelmo brillante.

-Aquí estoy, comandante, -respondió la profunda y vibrante voz.

-Regreso a Klanath, -anunció Gart-, y transmitiré tu mensaje a lord Kane, aunque tal vez sean las últimas palabras que pronuncie antes de morir. Aun así, y sólo por curiosidad, ¿quién demonios eres?

-Eso es bastante obvio, -dijo la voz en lo alto-. Soy el señor de Tharkas.

Cuando el comandante se alejó a galope, el portón del muro se abrió y un puñado de sucios y desaliñados humanos salió precipitadamente por él. Eran los supervivientes del puesto adelantado de Tharkas, que habían estado retenidos en el pozo de la mina. A Derkin no le hacían falta ya, así que los dejaba volver a casa. En lo alto del muro, docenas de enanos prorrumpieron en carcajadas cuando el desharrapado grupo alcanzó al comandante,

que volvió la cabeza bruscamente e hizo recular a su caballo para apartarse. Aquellos pobres diablos estarían oliendo a goblin durante semanas por mucho que se lavaran y restregaran.

Derkin se volvió hacia el cobar, que estaba de pie a su lado.

-Ese comandante es un buen soldado, un tipo cabal, no un patán ruidoso.

-Estoy de acuerdo contigo, -admitió Penacho-. Tulien Gart es un soldado de verdad. Podría admirar a un hombre así si no fuera por los colores que defiende. Es un experto en su oficio, pero trabaja para el patrón equivocado.

EL SEÑOR DE KAL-THAX

Un Giro En La Guerra

Sakar Kane bramó y barbotó al escuchar la increíble noticia que le llevaba el comandante de su tercer batallón. ¡Un muro de piedra cerrando el paso de Tharkas! ¡Y enanos! Enanos prohibiendo la entrada a sus tierras, a sus propias tropas.

-¿Me estás diciendo que tú, con un batallón al completo, no has podido vencer a un puñado de estúpidos y acoquinados enanos escondidos tras un simple muro? -siseó el príncipe de Klanath, con los ardientes ojos clavados en los del oficial.

Tulien Gart aceptó el tono y la colérica mirada sin alterar el gesto. Cuadrado ante su señor, con el yelmo sujeto en el pliegue del brazo, el comandante parecía resignado a sufrir las consecuencias de ser el mensajero de tal noticia. Había canas en sus sienes, y las oscuras ojeras le daban un aspecto cansado. Cansado, pero no vencido. Mantuvo la mirada de su señor sin pestañear ni apartar los ojos.

-Sí, mi señor, -confirmó-. Intenté todo lo que se me ocurrió hacer, excepto una carga suicida que le habría costado a vuestra alteza la mayor parte del batallón. Con todos los respetos, mi señor, la muralla que han construido no es un simple muro, sino un bastión. Y, a mi modo de ver, los que lo defienden no están acogotados ni son estúpidos. Van bien armados, están muy disciplinados y, por lo que pude ver, más que dispuestos a hacer cualquier cosa para defender su tierra.

-¡No es su tierra! -increpó Kane-. ¡Es mía! -Con un resoplido irritado, cruzó a zancadas la mitad del ancho de la sala de columnas que era su sede de poder, haciendo, por el momento, caso omiso del veterano guerrero que seguía en posición de firme. Después giró bruscamente y apuntó con un dedo acusador al hombre-. Repítame lo que ese... ese enano dijo, -ordenó.

-Sí, mi señor. Dijo que se llamaba Mazamarra, y que Kal-Thax empieza en el punto donde está el muro, y...

-¿Qué es Kal-Thax?

-Según mi escribiente, es un término enano tomado de su antiguo lenguaje, mi señor. Literalmente significa forja fría, pero su significado en la práctica es tierra de los enanos.

-Prosigue, -ordenó lord Kane.

-Mazamarra dijo que el muro es la frontera de Kal-Thax y que, a partir de hoy, Kal-Thax está cerrada para todo el mundo. Dijo que, si se los deja en paz, ellos nos dejarán en paz a nosotros, pero que si los atacamos, responderán.

-¿Y comprobaste si decía la verdad?

-Hubo cuarenta y nueve bajas en el proceso, mi señor. Treinta y cinco muertos y catorce heridos. Sin embargo, que yo sepa, Mazamarra no perdió a ninguno de sus hombres.

-¿Quién se cree que es ese enano? -tronó el príncipe.

-Le hice esa misma pregunta, mi señor, y se limitó a responder que es el señor de Tharkas.

Lord Kane, que no había dejado de pasear de un lado para otro, se frenó de golpe delante de su comandante, y se inclinó hacia él para mirarlo a los ojos fijamente.

-Hablas como si admiraras a ese enano, -siseó-. ¿Acaso eres un traidor, Tulien Gart?

El curtido semblante del oficial se puso lívido por el insulto, pero mantuvo la expresión impasible.

-No, mi señor, -respondió-, no lo soy. He hecho cuanto estaba en mi mano para servir a vuestra alteza de un modo honroso.

-¡Al infierno con los modos honrosos! -bramó el príncipe-. Quiero a esos enanos expulsados del paso. Quiero que se los persiga y se los mate o se los aprese. Quiero ese condenado muro derribado, y mi puesto avanzado en servicio otra vez. Y quiero que se me traiga la cabeza de ese Mazamarra clavada en la punta de una lanza. Eso es lo que quiero. ¿Obedecerás esa orden si te la doy, Tulien Gart?

-Procuraré cumplir lo que mi señor me mande, -repuso Gart-. Pero con un único batallón a mi mando, será imposible.

-¿Por qué?

-Haría falta una legión, mi señor, con provisiones para un asedio en toda regla.

Sonó una llamada en la puerta cerrada de la cámara, y lord Kane se volvió hacia allí en el momento en que se abría y un mensajero uniformado entraba en la sala.

-¡Si esta interrupción no es por alguna emergencia, haré que te abran en canal aquí y ahora! -bramó el príncipe al recién llegado, que apenas había dejado atrás la infancia.

Los ojos del mensajero se abrieron de par en par por el terror, y sus rodillas empezaron a temblar.

-Yo... -Tragó saliva con esfuerzo y volvió a intentarlo-. Yo... Eh...

-¡Habla de una vez! -ordenó Kane.

-Al... alteza, hay un... un emisario en la puerta que demanda ser recibido de inmediato. Es de... de...

La puerta se abrió más y una figura fornida, envuelta en una capa oscura, pasó a la sala empujando al muchacho a un lado.

-Yo mismo presentaré mi petición, -anunció al tiempo que se retiraba la capucha que le cubría la cabeza.

-¡Dreyus! -musitó Lord Kane, que miraba al hombre de hito en hito.

-Sí, alteza. -La brusca inclinación de cabeza del hombre fue arrogante e irónica, casi desafiante. Su presencia pareció llenar la sala, como si el aire dentro del recinto estuviera saturado de repente con un halo de poder y crueldad-. Llevo cabalgando doce días para llegar aquí, y he reventado cuatro caballos. No tengo muchas ganas de estar esperando a que se me conceda audiencia.

Lord Kane miró fijamente al emisario del emperador durante unos segundos, y después suspiró. Como casi todo el mundo en Ergoth, Sakar Kane temía un poco al hombre que estaba ante él ahora. Incluso el emperador, según las habladurías, tenía mucho cuidado en no ofender a Dreyus, si bien se rumoreaba que nadie en Daltigoth había visto juntos a los dos. Aunque no era un hechicero declarado, lo cierto es que Dreyus poseía poderes

extraños. Rara vez se hallaba presente en los salones imperiales de Daltigoth, pero parecía estar siempre al corriente de todas las intrigas y comidillas de la corte. Aunque no poseía título oficial ni posición social alguna en Ergoth, a menudo representaba al emperador en asuntos importantes.

Nadie parecía saber de dónde había venido. Ni las órdenes clericales ni las órdenes de la Alta Hechicería parecían tener control sobre él, como tampoco lo tenían los mariscales del ejército del imperio, ni siquiera, -al parecer-, el propio emperador.

Tras una inclinación de cabeza, el príncipe de Klanath señaló con un ademán un rincón apartado a un lado del salón, donde había una mesita con el tablero de ámbar y unas sillas de marfil tallado, y fue hacia allí acompañado por el recién llegado.

-Ni que decir tiene que el eminente Dreyus es bien recibido aquí -dijo Kane-. Pero me sorprendió tu inesperada visita. Había oído decir que estabas con el general Giarno, en la campaña oriental contra los elfos.

-La campaña del general contra los elfos ha fracasado, y Giarno está... -Se interrumpió al fijarse en Tulien Gart, que seguía en posición de firme-. ¿Quién es éste?

-Nadie, excelencia, -dijo lord Kane, como si hubiese olvidado por completo la presencia del comandante-. Uno de mis oficiales. -Se volvió hacia Gart-. Puedes marcharte, pero quedas confinado en tus aposentos hasta que te mande llamar.

-Sí, mi señor. -Gart hizo un saludo militar y se dio media vuelta. Al acercarse a la puerta, ésta se abrió. En el umbral esperaban unos guardias, y el comandante supo, sin necesidad de ver la seña de lord Kane, que estaban allí por él. El príncipe no había acabado de hablar con él y, hasta que lo hiciera, el oficial estaría prisionero. Sin duda, su batallón había sido arrestado y puesto bajo vigilancia. Con la mirada fija al frente, el comandante cruzó el umbral y los guardias cerraron la puerta a sus espaldas; pero, antes, Gart tuvo tiempo de oír decir al hombre llamado Dreyus:

-Giarno ha perdido la campaña. Nuestras legiones fueron rechazadas en Sithelbec, y estoy... -Entonces la puerta se cerró y no oyó más.

¿Se habría terminado la guerra? Lo que Gart había escuchado lo sorprendió. Si, efectivamente, el Pequeño General había sido derrotado y su campaña había terminado en fracaso, ¿significaba eso el fin del sueño de expansión del emperador en las llanuras orientales y Silvanesti?

Por un instante, el comandante notó una sensación de alivio, pero no duró mucho. No, su intuición le decía que Quivalin Soth V no renunciaría a sus ambiciones sólo porque hubiera habido un fracaso. Las cosas darían un giro, pero seguirían igual. De un modo u otro, la guerra expansionista continuaría.

Fuera de palacio, Gart alzó la vista al cielo, asombrado. Cuando había entrado, hacía un día claro y soleado, pero ahora estaba cubierto con un denso y plomizo manto de nubes.

-Giarno emprendió una feroz campaña, -le dijo Dreyus a lord Kane-, pero al final fue un necio. Fracasó al no reconocer la tenacidad de los elfos y no darse cuenta de que no todos ellos se recluyen en los bosques. Los elfos occidentales, los Montaraces, combaten como los hombres de las planicies cuando tienen que hacerlo. Están llenos de sorpresas. Incluso han amaestrado grifos, al parecer. Por si fuera poco, el general fue traicionado por una mujer, su propia amante, Suzine.

-¿Suzine des Quivalin? -Lord Kane abrió los ojos de par en par-. ¿Una pariente de su majestad...?

-¡Basta! -La voz de Dreyus adquirió un tono bajo y frío-. Cuando se hable de esa mujer nunca se hará refiriéndose a su nombre de familia ni su linaje. Ya no está emparentada con nadie de Ergoth, ni siquiera con el siervo de clase más baja. ¿Queda claro?

-Perfectamente, -asintió Kane-. Pero, la campaña del este, ¿ha...?

-Prosigue, -lo interrumpió Dreyus-. Giarno fracasó, pero no el imperio. La guerra continúa. En este mismo momento, las fuerzas desperdigadas del ejército de Giarno se están reagrupando en las planicies para esperar mi regreso de Daltigoth. Y eso me lleva al motivo por el que he hecho un alto en Klanath de camino al palacio de Ullves. Requeriremos cierto... eh... incremento de tus servicios, príncipe Kane. Como bien sabes, Klanath fue importante en la campaña previa, y lo será mucho más en la próxima.

-Haré cuanto esté en mi mano para complacerlos, -repuso Kane con suavidad-. Como sin duda ya sabrás, he conseguido mantener abierta la calzada y las minas funcionando a pleno rendimiento a pesar de algunos pequeños problemas.

-Algunos pequeños problemas, -repitió Dreyus con patente ironía-. Sí, estoy enterado de ello. Primero, perdiste varios miles de esclavos. Después, durante dos años o más, permitiste que las caravanas del imperio fueran atacadas por ladrones y asaltantes.

-Ya di cuenta de todo eso, -espetó Kane-. Las arcas del imperio no sufrieron ninguna pérdida a causa de la revuelta de esclavos. Y en cuanto a aquellos asaltos aislados...

-Basta. -Dreyus levantó una mano para imponerle silencio-. Conozco todo el asunto, y no estoy aquí para reprenderte. Has probado ser un súbdito competente, lord Kane. O tal vez sólo has sido increíblemente afortunado, pero eso no importa. Lo que interesa ahora es saber el servicio que puedes prestar a mi conquista de los territorios orientales.

-¿Tu conquista?

-Cuando regrese de Daltigoth, seré yo quien dirija las fuerzas que pondrán fin a la resistencia de las tribus bárbaras y de los elfos de la frontera, -anunció Dreyus rotundamente-. Ya no dejaré... no dejaremos en manos de simples generales este asunto.

-Comprendo. -Kane dio unas palmadas, y un sirviente apareció por una puerta disimulada al deslizarse un panel de la pared. Llenó dos copas y se retiró presuroso-. ¿Y mi cometido, excelencia?

-Klanath será mi base mientras dure la campaña, -dijo Dreyus-. Tendrás el privilegio de servir como anfitrión a mi cuartel general, mis almacenes de suministros, y algunas de mis tropas. Verás, otro de los errores de Giarno fue utilizar Klanath sólo como depósito militar y parada para descanso de tropas de refuerzo. Debería haber comprendido desde el principio que la gran distancia entre Daltigoth, o incluso desde Caergoth, y las planicies de los bárbaros daba una excesiva ventaja a sus enemigos. Yo no se la daré.

Dreyus cogió su copa y la vació de un trago. Aunque el recipiente contenía el más exquisito vino de especias, enfriado con hielo picado procedente de los altos picos que rodeaban Klanath, el hombretón lo bebió como si fuera vulgar cerveza. Después soltó la copa a un lado y prosiguió:

-Poco después de mi llegada a Daltigoth, empezarán a llegar caravanas transportando todas las cosas que necesitaré para mi campaña. Dichas mercancías te serán entregadas y quedarán a tu cuidado para que las guardes hasta que esté de vuelta aquí. Y espero encontrarlas íntegras e intactas cuando llegue.

Lord Kane se limitó a asentir con la cabeza, sin pronunciar una palabra.

-Asimismo, -continuó Dreyus en tono imperioso-, cerrarás las minas hasta nuevo aviso.

-¿Cerrar las minas? -repitió Kane con el ceño fruncido.

-Ya lo has oído. De momento, tus esclavos tendrán otro trabajo. Los pondrás a sacar piedra de las canteras, inmediatamente. A mi regreso, necesitaré un alojamiento adecuado para mí, mi personal y mis sirvientes. Harás que dicho alojamiento se construya siguiendo los planos y especificaciones que llegarán con la primera caravana de suministros. -Miró a Kane con unos ojos en los que brillaban el poder y la determinación-. Confío en que no tengas ninguna objeción.

-Se hará como ordenas, excelencia, -manifestó Kane-. ¿Y cuándo piensas estar de vuelta?

-En primavera, si es posible. O en verano. Volveré cuando esté preparado para hacerlo. Y tú, príncipe de Klanath, lo estarás para darme la bienvenida cuando eso ocurra.

-Así será -repuso Kane.

-Mientras dure mi campaña en el este, mi puesto de mando estará establecido en Klanath -continuó Dreyus-. Tú gobernarás Klanath, desde luego; pero, hasta que el imperio de Ullves se extienda hasta el propio Silvanost, gobernarás a mi conveniencia. ¿Queda claro?

Lord Kane tenía las mandíbulas tensas por la cólera, pero logró mantener la voz firme. Se daba cuenta de que todo lo que Dreyus había dicho era cierto. Estar cara a cara con el hombretón era como estar ante el propio Quivalin. No había semejanza en sus rasgos, pero, por el modo en que imponía su sola presencia, podrían haber sido la misma persona.

-Muy claro, -respondió Kane.

-Yo... Es decir, nosotros, su majestad imperial y yo, te hacemos responsable de que todo salga como está previsto, -dijo Dreyus. Tratado el asunto, el hombretón se recostó en la silla y se relajó algo-. No cometeremos los mismos errores que Giarno, -añadió coloquialmente-. No sufriremos los perjuicios de retrasos en los suministros, de traidores en nuestra casa, de tormentas imprevistas, de grifos imprevistos, de enanos imprevistos...

-¿Enanos? -Un tic contrajo un músculo en la mejilla de lord Kane.

-Una legión de enanos tomó parte en la batalla de Sithelbec -comentó Dreyus-. En el bando de los elfos y sus aliados. Ésa fue otra de las cosas que Giarno no supo prever.

Cuando Dreyus se hubo marchado, lord Kane paseó por la gran sala, colérico y tembloroso. ¡Cerrar las minas, había dicho el emisario imperial! Sin ellas, desaparecería una gran parte de su fortuna. Con todo, no tenía mucha opción en el asunto. Un hombre que había conseguido salir con bien una vez de una situación comprometida, no podía esperar que el emperador lo perdonara una segunda si volvía a incurrir en su desagrado. Y no le cabía la menor duda de que, cuando Dreyus hablaba, lo hacía por boca del emperador. La sensación que despertaba su presencia era extraña. En cierto modo, era como si Dreyus fuera Quivalin Soth V.

Pero lo que más lo había impresionado era la exigencia de Dreyus de que se garantizara que Klanath y su región, -el feudo que le había sido concedido-, estuvieran bajo control y libres de problemas.

En Sithelbec habían combatido enanos. Y ahora, si se daba crédito a lo que decía Tulien Gart, un ejército de enanos estaba acampado tras un muro de piedra a poco más de seis kilómetros de Klanath. Tal cosa, cuando menos, era irritante. Pero ahora, a la vista de los planes de Dreyus, resultaba intolerable. Había que hacer algo, y hacerlo rápido.

Se alegraba de haber ordenado confinar al tercer batallón en el cuartel. No le convenía que Dreyus se enterara del problema en el paso de Tharkas. Eso era algo de lo que tendría que ocuparse él personalmente.

En un tranquilo claro, dentro del perímetro del campamento de los Elegidos, Despaxas y Calan estaban sentados juntos. El viejo enano observaba al elfo, que, a su vez, contemplaba fijamente el somero cuenco parcialmente lleno con un líquido lechoso.

Habían pasado largos minutos sin que ocurriera nada, y Calan empezaba a impacientarse.

-Vamos, -instó con aspereza-. ¿Qué es lo que dice?

Despaxas alzó la vista y lo miró con expresión inocente.

-No dice nada, amigo mío. No es así como funciona.

-Me importa un bledo cómo funciona, -dijo el enano-. Sólo quiero saber qué has descubierto.

-Bueno, me he enterado de que Kith-Kanan y sus aliados salieron victoriosos en Sithelbec.

-Eso ya lo sabía, -gruñó Calan-. Me lo dijiste hace una semana. ¿Qué novedades hay esta vez?

-El general Giarno ha caído en desgracia, -dijo el elfo.

-Me alegro. -Calan esbozó una sonrisa taimada-. Lo tiene bien merecido. ¿Significa eso que la guerra ha terminado?

-No. -Despaxas se encogió de hombros-. El emperador humano volverá a empezar con alguien nuevo al mando. Eso es lo que me desconcierta. El nombramiento ya se ha decidido, pero no sé quién puede ser. Es como... una presencia... pero no estoy seguro de que haya realmente alguien ahí. Es como si él, esa presencia, estuviera en otro lugar completamente distinto.

-Eso no tiene sentido.

-Tal vez lo tenga. -Despaxas frunció el entrecejo-. Hace tres años estaba con Kith-Kanan en las llanuras Rumorosas, donde los Montaraces estaban fortificando un pueblo. Giarno se encontraba a sólo sesenta y cinco kilómetros de distancia, con su ejército, y fui a echarle un vistazo. Céfiro me acompañaba. Inspeccionamos el ejército humano, pero ocurrió algo desconcertante. Había un hombre con Giarno, un emisario del emperador, llamado Dreyus. Lo vi, pero Céfiro no pudo. Para él, no había nadie allí.

-Magia, -gruñó Calan.

-Sí, magia. Pero de un tipo que fui incapaz de comprender. Me pregunto ahora si el nuevo comandante de las fuerzas será ese Dreyus. -El elfo contempló el cuenco con expresión pensativa. Luego, con un rápido giro de la mano, volcó el recipiente sobre el suelo rocoso. La mancha de humedad duró sólo unos segundos, y después desapareció. El elfo se puso de pie al tiempo que guardaba el cuenco en un bolsillo de la túnica-. Ahora hago falta donde está Kith-Kanan. -Con una rápida inclinación de cabeza, se alejó de Calan, que fue corriendo tras él.

El viejo enano lo agarró de la túnica con su única mano y lo hizo detenerse.

-¡Eh, un momento! -exclamó-. ¿Quieres decir que te vas otra vez, así sin más?

-Por supuesto. -Despaxas sonrió-. Aquí no hago falta ahora. La situación está en buenas manos. -Echó una fugaz ojeada al muñón del brazo de Calan y se corrigió:- Mejor dicho, en buena mano. -Apretó el fornido hombro del enano un instante, y Calan tuvo la impresión de captar una profunda tristeza en los ojos del elfo. Era como si Despaxas se

estuviera despidiendo para siempre de su viejo amigo. Pero la expresión triste pasó enseguida, y el elfo giró de nuevo sobre sus talones y echó a andar.

A mitad de camino a través del campamento, Despaxas se encontró con Penacho Tierra Ancha.

-Ve por tu caballo, humano, -indicó-. Tengo que marcharme, y los tuyos te estarán echando de menos ya... si es que han reparado en tu ausencia.

-Elfo loco, -masculló Penacho-. ¿No deberíamos despedirnos de Derkin antes de partir?

-¿Por qué? Ya se dará cuenta de que nos hemos ido.

-Me gustaría decirle adiós, -insistió el cobar-. Y tú deberías hacer lo mismo. Lo que ha conseguido aquí es digno de admiración.

-La tarea de Derkin, o su penosa misión, no ha hecho más que empezar, -repuso el elfo en voz queda-. Nos marchamos, humano. He vislumbrado algo de lo que está por venir, pero no puedo ayudar a Derkin Mazamarra. El destino sale a su encuentro.

-Si sabes algo que puede serle útil, merece ser advertido, -dijo el cobar con gesto ceñudo.

De nuevo, hubo un asomo de tristeza en la expresión de Despaxas que fue reemplazado rápidamente por una fría determinación.

-Confía en mí, Penacho. Debemos marcharnos ahora.

Desconcertado, como solía ocurrirle con el elfo, el cobar vaciló. Sin embargo, había confiado en el extraño mago en el pasado, y nunca lo había tenido que lamentar.

-De acuerdo, -aceptó finalmente-. Iré por mi caballo, y tú puedes pronunciar tu hechizo. Pero que me cuelguen si estoy montado en la silla cuando lo hagas.

La Venganza De Lord Kane

Habían pasado semanas desde la defensa del Muro de Derkin contra los ataques del tercer batallón, y durante esas semanas no se había visto ni un solo soldado en el paso de Tharkas.

Los exploradores de Derkin, escondidos en oquedades camufladas en lo alto de las cumbres que rodeaban Klanath, informaron de extrañas e inexplicables actividades dentro y alrededor de la plaza fuerte de lord Kane. Las grandes minas que había fuera de la ciudad estaban silenciosas ahora, y parecía que a todos los esclavos los habían trasladado. A algunos de ellos los habían llevado a explotar nuevas canteras en los alrededores, y a otros, a la propia ciudad. Y ahora se acarreaman piedras de construcción a centenares hasta la ciudad, donde se estaba levantando una edificación en un amplio enclave, justo al este del palacio. Cuadrillas de taladores iban y venían entre Klanath y los bosques del norte, de los que volvían con cientos de troncos.

Según comunicaron los tambores, parecía como si los humanos estuvieran construyendo una nueva fortaleza dentro de la ciudad.

Derkin Mazamarra admitió ante sus colaboradores más cercanos que estaba desconcertado. Lo que los humanos hicieran en Klanath era asunto suyo, pero le sorprendía que no hubiera habido más intentos de despejar el paso de Tharkas. Había dado por seguro que lord Kane lanzaría por lo menos un ataque a gran escala. No era propio de él aceptar sin más un ultimátum como el que los enanos le habían enviado. Kane no era una persona

pasiva, ni de los que aceptaban una derrota. Consideraba que las tierras al sur del paso eran suyas. ¿Iba a renunciar a ellas sin luchar?

Los Elegidos también empezaban a ponerse nerviosos, y eso era una preocupación más para Derkin. Con el muro terminado y sin planes para construir madrigueras permanentes en el paso, tenían poco que hacer. En los últimos días, las riñas, los altercados y las peleas a puñetazos eran algo corriente, y Derkin sabía que eran consecuencia del aburrimiento. Sin nada que hacer, su pueblo buscaba pelea, y no había nadie más con quien luchar salvo entre ellos mismos.

Anhelaba marcharse de allí, saber, de algún modo, que el paso de Tharkas estaba a salvo de una invasión para así poder coger a su gente y volver a las montañas. En ellas se unirían a sus diez mil coterráneos en las tareas de cazar y cuidar ganado, de plantar y cosechar, de construir y excavar, y vivir sus vidas.

El muro, como la pequeña estaca metálica sobre la que estaba construido, sólo era un símbolo, una señal para los que estaban al otro lado de que el territorio al sur de la muralla no podían ocuparlo porque ya tenía dueños. Era necesario construirlo, y lo habían hecho. Habían dado por hecho que los humanos lo pondrían a prueba; una prueba que los enanos aceptarían de buena gana.

Pero Derkin no tenía intención de pasarse meses o años en el paso de Tharkas. Había otros sitios en los que tenía que estar, otras cosas que hacer. Del mismo modo que se había cimentado una gran nación de enanos en las salvajes montañas tantos siglos atrás, ahora esa nación tenía que renovarse, y asegurar el paso de Tharkas sólo era el primer paso.

En sus sueños, Derkin veía una época en que los neidars de Kal-Thax vivirían seguros donde y como eligieran, sabiendo que tenían defensores que acudirían en su ayuda si algo los amenazaba. Los Elegidos serían esos paladines, constituirían el ejército de Kal-Thax. Servirían a la nación enana del mismo modo que los holgars, el pueblo de Thorbardin, habían prometido hacer antaño.

Tenía pocas esperanzas de que Thorbardin cambiara, de que volviera a convertirse en la fortaleza central, vital, de Kal-Thax. De los que habitaban en el reino subterráneo había pocos que tuvieran el espíritu que había alentado en sus antepasados. No abundaban los Dunbarth Cepo de Hierro, ni gente como el thane daewar, Jeron Cuero Rojo, y su hijo Oropel.

Si Kal-Thax tenía que convertirse en una nación otra vez, dependía de lo que los Elegidos hicieran.

Pero esta quietud era exasperante. No sólo lord Kane no había acudido con su ejército a poner a prueba la frontera amurallada, sino que no había hecho nada de nada.

Día tras día, la brisa vespertina que llegaba a través del gran paso era cada vez más fresca, y por las mañanas ya había escarcha. El invierno aparecía muy deprisa en estas montañas, y no tardaría en llegar. Derkin Mazamarra esperaba, impacientándose con el silencio.

Y entonces, cuatro semanas después del incidente en el muro, los tambores anunciaron que se aproximaba gente. Un grupo reducido cabalgaba hacia la frontera.

Cuando estuvo a la vista, Derkin subió a las almenas. Los que se acercaban eran soldados humanos que llevaban los colores del imperio y el estandarte de Klanath, pero sólo eran una docena. Cuando se aproximaron, Derkin reconoció al que iba a la cabeza. Era el oficial al que había dado su mensaje, el que se llamaba Tulien Gart. Siguiendo un impulso, Derkin bajó presuroso por la rampa, abrió el portón y salió a recibirlo. Los Diez,

como siempre, lo acompañaban, pero el cabecilla ordenó a todos los demás que se quedaran tras el muro.

Tulien Gart vio salir a los enanos por el portón e hizo que su escolta se detuviera. Luego, con la mano levantada en un gesto de buena voluntad, se adelantó solo. A unos pasos del grupo de enanos sofrenó su montura.

-Soy Tulien Gart, -dijo-, y traigo un mensaje para Mazamarra.

El enano que encabezaba el grupo adelantó un paso. Gart reconoció el brillante yelmo y la capa escarlata, y ahora pudo ver sus facciones: un rostro ancho, serio, con una oscura barba peinada hacia atrás y unos penetrantes ojos que parecían traspasar.

-Te conozco, Tulien Gart, -repuso el enano con aquella voz profunda que el humano recordaba-. Soy Mazamarra.

-Transmití tu mensaje a mi príncipe, lord Kane, -dijo el oficial-, y me envía con esta respuesta. Me ha encomendado que te comunique que no reconoce tu reclamación de las tierras que le fueron concedidas por su majestad imperial, pero que tampoco desea desperdiciar tropas y energías en un combate inútil. Por lo tanto, sugiere una tregua.

-¿Una tregua? -Mazamarra frunció el ceño, y Gart advirtió que los Diez levantaban ligeramente los escudos, como si se dispusieran a sacar las armas, pero su cabecilla los frenó con un gesto-. ¿Qué clase de tregua sugiere lord Kane?

-Mi señor pide que des tu palabra de honor de que tú y los tuyos os quedaréis al sur de vuestra... eh... frontera, y que no llevaréis a cabo ninguna acción contra Klanath hasta el día en que los dos podáis negociar vuestra respectivas reclamaciones y posiblemente llegar a una solución pacífica.

-Estoy dispuesto a hablar con lord Kane, -contestó Mazamarra-. La posesión de Kal-Thax no está abierta a negociaciones, pero podría haber acuerdos con los que se compensaría a lord Kane, ya fueran comerciales, por ejemplo, o con una alianza.

-¿Puedo comunicar a mi señor que tiene tu palabra de honor de que tú y tu gente no traspasaréis vuestra frontera hasta que se celebren las negociaciones?

-¿Qué ofrece lord Kane a cambio de ese compromiso?

-Hace la misma promesa, -repuso Gart-. Su alteza te da su palabra de honor de que ninguna fuerza armada será enviada contra vosotros hasta haber negociado.

-¿Y cuándo tendrían lugar esas negociaciones?

-Por desgracia, -dijo Gart mientras se encogía de hombros-, no será hasta la primavera. Lord Kane ha recibido órdenes de su majestad imperial que lo mantendrán ocupado durante todo el invierno.

-¿Órdenes de construir una nueva fortaleza en Klanath?

Gart parpadeó, y después esbozó una leve sonrisa.

-Ah, así que también lo sabéis, ¿verdad? Sí, eso es parte de su cometido. Y no puedo decirte nada más.

-No es de nuestra incumbencia, -comentó Mazamarra.

-Pero si te has enterado es que tienes espías vigilando la ciudad, al norte de aquí. Lord Kane exige que tu gente no vuelva a pasar al norte de la frontera... que vosotros mismos marcasteis.

-Cumpliré lo prometido mientras él cumpla con su parte, -declaró Mazamarra. Hizo un gesto para que los Diez se retrasaran más, y él se acercó al oficial humano. Cuando estuvo a unos palmos de él, alzó la vista hacia su rostro y lo estudió intensamente-. ¿Puedo confiar en que tu señor, lord Kane, mantenga su palabra, comandante Gart? ¿Confías tú en él?

El oficial vaciló. Tenía la sensación de que el enano podía leerle el pensamiento. Por un instante, sospechó que la magia estuviera involucrada, pero desechó la idea; que él supiera, ningún enano era partidario de la hechicería.

-Plantearé de otra forma mi pregunta, comandante, -dijo Mazamarra-. ¿Crees que lord Kane tiene intención de cumplir la promesa que me hace?

-Sí -respondió el oficial-. Creo que ésa es su intención. Dijo que lo haría.

-Gracias, -respondió el enano-. Creo que no confías realmente en el hombre para el que trabajas, pero que piensas que mantendrá su promesa por las razones que sean. Es suficiente. Dile a lord Kane que Mazamarra le da su palabra, y que acepta la suya. Negociaremos en primavera. Ah, y retiraré a mis observadores de las cumbres.

El enano giró sobre sus talones y se alejó sin mirar atrás. Por un instante, Tulien Gart lo estuvo observando, preguntándose qué clase de hombre podía ser tan perspicaz y, aun así, estar dispuesto a confiar en alguien que lo odiaba, como Mazamarra debía de saber que lo odiaba lord Kane. ¿De verdad retiraría a sus espías que vigilaban Klanath? Gart se preguntó qué haría si estuviera en su lugar.

El comandante creía sinceramente que lord Kane mantendría su promesa. Sin embargo, el enano tenía razón. Sakar Kane no era un hombre en quien se pudiera confiar. Cuando Mazamarra llegó junto a los guardias que lo esperaban, Gart hizo volver grupas a su montura y se alejó al trote, de vuelta con su escolta. Para cuando los enanos hubieron desaparecido detrás de su muro, los emisarios cabalgaban en fila hacia el norte, descendiendo por el paso.

Calan Pie de Plata se quedó pasmado cuando oyó la promesa que Derkin había hecho.

-¿De verdad piensas retirar a los centinelas? -demandó-. Será como si nos dejaras ciegos.

-Era una petición justa, -repuso Derkin-. Según la delimitación marcada por nosotros mismos, nuestros observadores están seis kilómetros más allá de nuestra frontera. Han penetrado ilegalmente en otro territorio. -Se volvió hacia el tambor que se encontraba más próximo-. Llamad de vuelta a los centinelas, -ordenó.

Los vibrales empezaron a hablar, pero Calan continuó despotricando:

-¡Estás cometiendo un error! -gritó, con la nariz a dos dedos de la de Derkin-. ¡No se puede confiar en los humanos!

-Si espero que lord Kane cumpla su promesa, entonces debo mantener la mía, -replicó el hylar, tajante-. Además, no hay razón para que nos traicione. Llega el invierno, y este paso estará intransitable hasta la primavera; no le sería útil aunque lo tuviera en su poder.

Seguido por el viejo manco y los Diez, el señor del paso de Tharkas se encaminó hacia el campamento. Por todas partes había enanos malhumorados e irritables a millares, y, dondequiera que mirara, Derkin veía señales de su encrespamiento: narices rotas, ojos morados, nudillos vendados y todo tipo de magulladuras. Habían estado ociosos unas cuantas semanas y daba la impresión de que vinieran de una batalla campal.

-Aburrimiento, -masculló Derkin-. Nuestro peor enemigo es el simple aburrimiento. Es nuestra forma de ser. -Se volvió hacia su escolta y ordenó:- Que los Elegidos empaqueten sus cosas y se preparen para viajar. Quiero dejar este paso tan pronto como los centinelas hayan llegado.

-¿Adónde vamos? -preguntó Calan, perplejo.

-A casa, -repuso Derkin ásperamente-. A Fragua de Piedra, donde hay trabajo que hacer. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, nos mataremos unos a otros.

-¿Y dejar el paso sin protección? -preguntaron Calan y Taladro Tolec al unísono.

-Yo me quedaré, con la compañía roja y gris, -decidió Derkin-. Estaremos hasta que lleguen las primeras nevadas. Después, el paso estará protegido por los elementos hasta la primavera. Llama a Vin la Sombra. Él dirigirá la marcha hacia Fragua de Piedra. Nosotros los alcanzaremos en el camino.

-Estás actuando como un necio, Derkin, -le dijo Calan.

-Hago lo que tengo que hacer, -gruñó el cabecilla mientras echaba una mirada a su pueblo, marcado con las cicatrices del aburrimento acumulado-. ¡Unos cuantos días más sin tener nada de que ocuparse, y los Elegidos no serán mejores que esos imbéciles de Thorbardin!

Aun antes de que Tulien Gart hubiese dado media vuelta para alejarse del paso de Tharkas, los centinelas de lord Kane, apostados en las murallas, observaron movimiento en lo alto de las cumbres que rodeaban Klanath. Con los tubos de lentes de fabricación enana, vieron a los vigías salir de unas oquedades camufladas y alejarse trepando por las inaccesibles pendientes.

-Mi mensaje ha dado resultado, -se refociló Sakar Kane cuando le comunicaron la noticia-. Los enanos nos han estado observando, pero ahora se marchan. -Cruzó a zancadas la amplia habitación y abrió la puerta bruscamente-. ¡Capitán de guardia! -llamó-. Preparad las máquinas, Morden, -ordenó cuando el oficial de su guardia personal apareció-. Nos dirigimos al paso de Tharkas.

-Entonces ¿funcionó? -El rostro de Morden, marcado por una cicatriz, esbozó una sonrisa taimada-. ¿Los enanos se han tragado lo del compromiso?

-Sabía que lo creerían, -contestó Kane con expresión sarcástica-. Lo supe cuando ese necio de Gart me describió al cabecilla. Dijo que era un enano hylar, y es de todos conocido que muchos de los de su clan tienen inculcados esos estúpidos principios de honor que nuestras propias órdenes de caballería guardan en tanto aprecio. Por ese motivo elegí a Tulien Gart para llevar mi mensaje. Él mismo es otro tonto en lo que a caballerosidad concierne, y cree que mantendré mi promesa a esos gorgojos.

-Al comandante Gart le dará un ataque cuando vea nuestras máquinas de asalto dirigiéndose hacia el paso. -Morden esbozó una mueca.

-Creo recordar que esa cicatriz de tu mejilla se la debes a la espada de Gart, -comentó Kane-. ¿Te duele todavía?

-En mi amor propio, sí -respondió Morden-. Tal vez algún día pueda devolverle el favor.

-Haz lo que gustes, -dijo Kane-. Tulien Gart ha dejado de serme útil.

Sólo quedaban seiscientos enanos en el paso de Tharkas cuando las grandes máquinas de asedio llegaron rodando en medio de la neblina del amanecer y fueron colocadas en línea a un centenar de metros del Muro de Derkin. Mazamarra había enviado a los Elegidos hacia el sur, a Fragua de Piedra, y los únicos que quedaban eran el propio Derkin, los Diez, la compañía roja y gris, y alrededor de otros cincuenta enanos que se habían ofrecido voluntarios.

Ahora, tres batallones de caballería y un millar de soldados de infantería del destacamento de Klanath aparecieron entre la bruma, remolcando grandes máquinas de

asalto, y situándose de manera metódica en formación de ataque, en tanto que los enanos se apiñaban en lo alto del muro, embargados por la cólera y la incredulidad.

-¡Te lo advertí! -le gritó Calan a Derkin-. ¡Te dije que no confiaras en los humanos!

-Creo que ese hombre fue sincero, -replicó Derkin, sombrío.

-Puede que él lo fuera, pero su príncipe, no, -comentó Taladro Tolec.

El ruido del martillo de unos machos resonó en el paso cuando una docena de grandes catapultas fueron afianzadas en el suelo rocoso, en tanto que unas carretas, arrastradas por bueyes, transportaban las piedras para cargarlas. En lo alto del muro, las hondas empezaron a zumbar, y las ballestas emitieron secos chasquidos. Aquí y allí, cayeron algunos humanos, pero fueron pocos. La distancia era excesiva para los proyectiles de las hondas y para las saetas.

Sin más preámbulos, la primera catapulta se cargó, se apuntó, y fue disparada. Una roca de cien kilos silbó por el aire y se estrelló en las almenas del muro. Allí donde hizo impacto, saltaron esquirlas de piedra y cayeron doce enanos.

-¡Abandonad las almenas! -bramó Derkin-. ¡Todo el mundo abajo! ¡Protegeos tras el muro!

Los enanos pasaron presurosos junto a Derkin y los Diez y descendieron en tropel por las rampas en tanto que los que se encontraban en el lado sur del muro se acercaban a éste y se apiñaban detrás. Otra piedra arrojada por la catapulta chocó contra la muralla, justo debajo de las almenas, y se rompió en varios fragmentos. En el punto del impacto sólo quedó una somera marca y Derkin dio gracias a los dioses de que su pueblo tuviera por costumbre construir estructuras sólidas. Las catapultas podían causar algunos deterioros en el muro reforzado, pero no lo derribarían.

Los arqueros se habían situado entre las máquinas de asalto, y las flechas volaban alrededor de los pocos enanos que quedaban en lo alto del muro. La mayoría pasó sin causar daños, y algunas se quebraron al chocar contra la piedra, pero hubo varias que tuvieron que ser desviadas con los escudos.

-¡Baja! -suplicó Taladro Tolec a Derkin-. ¡Es a ti a quien apuntan!

-Al infierno con ellos, -espetó el cabecilla-. Mirad, allí, detrás de la segunda máquina. ¡Es lord Kane en persona! -Cogió una ballesta a uno de los Diez, la tensó, encajó una saeta en la ranura, apuntó con cuidado, y disparó. Un jinete que estaba justo detrás del príncipe de Klanath cayó, con la garganta atravesada por el proyectil.

-Fallé -dijo Derkin ásperamente-. Dame otra...

-¡Mazamarra! -bramó Taladro-. ¡Cuidado!

Pero era demasiado tarde. Una enorme piedra, lanzada por una catapulta, zumbó por encima del muro directamente hacia el pequeño grupo de enanos que había en él. Lo último que Derkin Mazamarra vio fue una vislumbre del proyectil, y después sólo hubo oscuridad.

Entre los atacantes, Sakar Kane levantó un puño.

-¡Bien! -gritó-. ¡Su cabecilla ha muerto! ¡Ahora, acabad con los demás!

El capitán Morden escudriñó el muro y luego se volvió hacia el príncipe.

-Están protegidos, mi señor, -dijo-. Las piedras que lanzan nuestras catapultas rebotan contra la muralla.

-¡Entonces levantad la trayectoria del tiro! -instó Kane con brusquedad-. Apuntad al cielo, por encima de la estructura. Que las piedras vuelen alto y caigan sobre los que están detrás.

-Sí, mi señor, -sonrió Morden-. Eso funcionará.

-Cuando les hayamos arrojado encima rocas suficientes, -añadió el príncipe de Klanath-, envía soldados de infantería con ganchos y cuerdas. No quiero que quede ni un enano vivo cuando hayamos acabado aquí.

Los fríos vientos soplaban por los valles, las nubes bajas ocultaban las cumbres, y la cellisca había empezado a azotar a los viajeros que marchaban por la senda a Fragua de Piedra cuando los que iban en la retaguardia de la gran caravana oyeron el trapaleo de cascos a galope aproximándose. Un único jinete apareció por un recodo de la vertiginosa pendiente, y los que se habían vuelto a mirar vieron los colores de los Diez, la guardia personal de Mazamarra.

En cuestión de unos segundos, Taladro Tolec se encontraba junto a ellos, y a punto estuvo de caer al bajarse de la silla de su agotada montura. Un burdo cabestrillo le sujetaba el brazo derecho contra el peto de la armadura, y el lado derecho de la cara estaba cubierto por una costra de sangre reseca.

-¿Dónde está Vin? -demandó-. ¡Avisad a Vin en la cabeza de la caravana!

Mientras los tambores enviaban la llamada y los mensajeros corrían presurosos a la parte delantera de la marcha, el Primero de los Diez se tambaleó y tomó asiento en el duro suelo.

Unos cuantos minutos después, Vin estaba a su lado; se levantó la máscara y sus ojos brillaron con preocupación.

-Taladro, -dijo-, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

-La tregua era una artimaña, -le respondió Taladro, en cuya voz era patente la ira-. No hacía ni medio día que habíais partido cuando lord Kane atacó con toda su guarnición. Utilizaron máquinas de asalto..., catapultas. No tuvimos la menor oportunidad.

-¿Y Derkin? ¿Está...?

-Haz que la columna dé media vuelta, -instó Taladro con voz áspera-. Regresamos allí.

Tiempo De Represalias

En un calvero de montaña cubierto de nieve, a quince kilómetros al sur de Tharkas, catorce enanos se apiñaban alrededor de un pequeño fuego, compartiendo las mantas de los equipos de tres caballos que se encontraban a pocos metros, con las cabezas gachas y agotados. Algunos de los enanos tenían heridas que otros atendían, vendándolas con trozos de tela rasgada, tiras de cuero y corteza de árbol.

Helta Bosque Gris, que llevaba una mejilla tapada con un emplasto de musgo y barro, estaba sentada en una piedra junto al fuego, limpiando la frente y la sien derecha de Derkin Mazamarra con un paño húmedo. La cabeza del enano reposaba en su regazo. Cerca, yacía el brillante yelmo, con el perfil derecho abollado y rayado. El antiguo casco había recibido el rasponazo de una roca de cien kilos lanzada por la catapulta; la excepcional pieza de artesanía hylar, creada mucho tiempo atrás, le había salvado la vida, aunque no había recobrado el sentido hasta hacía muy poco, después de pasar varias horas sumido en la nada. Ahora, mientras Helta le limpiaba la sangre reseca de la cabeza, Garra Púa de Roble, Tercero de los Diez, se arrodilló junto a él y le habló en voz baja y cansada:

-Fue Helta quien te salvó. La piedra nos arrojó al suelo a la mayoría de nosotros, y supongo que quedamos aturcidos por el impacto. Creo que me moví a gatas por los alrededores para ver quién más estaba vivo, e intentando recordar qué había pasado. Y había gente por todas partes, apiñada contra el muro. Entonces oí decir a alguien que habías muerto, y de repente Helta apareció con otra mujer. Entre las dos apartaron a la gente a empujones, y entonces vi tu capa roja. Taladro Tolec se acercó a ayudarlas. También fui hacia ti, pero justo en ese momento cayó otra piedra lanzada por las catapultas, que rozó a Taladro y lo tiró hacia un lado. El proyectil cayó de lleno sobre la mujer que estaba con Helta.

Con los párpados sólo entreabiertos a causa del dolor, Derkin alzó los ojos hacia el rostro de la joven; vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla y desaparecía en el emplasto de barro.

-Era Nadeen, -dijo la muchacha-. La piedra la aplastó.

-Entonces cayeron más proyectiles, -musitó Garra-. Los humanos debieron de apuntar las catapultas casi en perpendicular, y empezó a caer una lluvia de piedras, y no había dónde protegerse. Recuerdo... -Un sollozo lo interrumpió. Carraspeó para aclararse la voz y prosiguió:- Todo el mundo intentaba resguardarse contra el muro, trepando unos sobre otros. Estaba ayudando a Taladro a ponerse en pie cuando miré a mi alrededor, y te vi a cincuenta metros por encima del paso. Helta te llevaba cogido por un brazo y te arrastraba, apartándote de la andanada de piedras. Era... -Su voz se quebró de nuevo-. Taladro y yo fuimos tras vosotros, y también Latón Bosque Oscuro, pero él no lo consiguió. Unos pocos vinieron detrás, y algunos de nosotros ensillamos varios caballos, montamos y... Podíamos oír las piedras cayendo detrás de nosotros. Toda esa gente... Pero no podíamos hacer nada, salvo intentar escapar.

-¿Cuántos lograron huir? -preguntó Derkin con voz enronquecida.

-Los que ves aquí -repuso Garra, que tuvo que sofocar un sollozo de rabia-. Sólo nosotros, y Taladro. Le vendamos el brazo, y después cogió uno de los caballos y partió para alcanzar a Vin y a los demás. Probablemente ya habrá llegado hasta ellos a estas horas.

-¿Sólo éstos? -musitó Derkin, que miraba a su alrededor-. ¿No escapó nadie más?

-Nadie más. -Garra sacudió la cabeza con gesto atribulado-. Acabábamos de meternos tras los cedros cuando oímos que cesaba la andanada de piedras. Me quedé un momento para ver qué pasaba. Esos... humanos pasaron sobre el muro como una riada, desenvainaron las espadas y empezaron a matar a todo aquel que todavía se movía.

Derkin miró de nuevo a su alrededor, al pequeño campamento, con una expresión de profundo dolor en sus ojos.

-Sólo éstos, -repitió-. Toda la compañía roja y gris... y Nadeen ... ¿Y Calan Pie de Plata?

-Vi cómo una piedra lo alcanzaba, -dijo Helta.

-¿Y tú...? -Derkin alzó la vista hacia la joven y apartó con delicadeza el emplasto de barro. Hizo un gesto de dolor y volvió a ponerlo en su sitio. Algo, quizá una esquirla, había dejado su huella en Helta. La muchacha más hermosa que jamás había visto no volvería a ser bella. La horrible herida que le cruzaba la mejilla le dejaría una fea cicatriz de por vida-. Lord Kane, -musitó-. Ese maldito incumplió su promesa.

Entonces el viento trajo sonidos, el ruido de miles de enanos en marcha. Al cabo de unos minutos Vin la Sombra y Taladro Tolec se arrodillaban junto a Derkin; una gran preocupación les ensombrecía los ojos.

-Mazamarra se pondrá bien, -dijo Helta-. Su yelmo lo salvó.

-Su yelmo y su compañera, -apuntó Garra Púa de Roble.

Encogiendo el gesto a causa del dolor en la cabeza, Derkin se incorporó y se puso de pie con esfuerzo. Se tambaleó un instante, como si estuviera ebrio, pero enseguida recuperó el equilibrio y puso los brazos en jarras.

-Lord Kane hizo una falsa promesa para tendernos una trampa -dijo con aspereza. Pasó largos instantes sumido en profundas reflexiones, y, entre tanto, más y más de los suyos se reunieron a su alrededor. Después levantó la cabeza y se dirigió a todos, alzando la voz-. A partir de ahora, habrá cuatro leyes para los Elegidos. Tres para nosotros, y una para nuestros enemigos. Ningún enano de los Elegidos hablará con falsedad a otro de los suyos. Ningún enano de los Elegidos actuará injustamente contra otro de los suyos. Ningún enano de los Elegidos tomará de otro de los suyos nada que no le sea entregado voluntariamente.

-Que así sea, -respondieron docenas de voces a su alrededor en tanto que los que estaban más apartados se hacían eco de esas palabras.

-Entonces, ésas son nuestras tres leyes, -confirmó Taladro Tolec-. Unas leyes justas: no mentir, no perjudicar, no robar. ¿Y la cuarta ley, Mazamarra, la concerniente a nuestros enemigos?

-Que se sepa que, de ahora en adelante, tomaremos represalias contra aquellos que nos traicionen, nos asesinen o nos invadan -proclamó Derkin-. Cuando se cometa alguna injusticia con el pueblo de Kal-Thax, siempre habrá represalias.

-¿Y cómo van a saberlo nuestros enemigos? -preguntó alguien.

-Daremos un escarmiento, -repuso Derkin-. Será un castigo ejemplar.

Mazamarra dejó a dos mil enanos en el calvero: los heridos, los débiles o enfermos, todas las mujeres y todos los niños, y suficientes guerreros para protegerlos y cuidar de ellos. Con el resto de su ejército se dirigió hacia el norte bajo el cielo encapotado que cubría las tierras montañosas con las primeras neviscas invernales. Los fuertes colores de los regimientos, -ropas llamativas, pulidas armaduras-, habían desaparecido. Con resina y ceniza, con alcoholes minerales y piritas trituradas, habían confeccionado tintes y pinturas, y ahora todo el ejército vestía en tonos negros, marrones y grises: los colores del luto, la determinación y la ira.

En el paso de Tharkas no encontraron ningún ser vivo, sólo los cuerpos mutilados, congelados, de los enanos que habían caído allí. Trabajando en un profundo silencio, los guerreros enterraron a sus muertos. Debajo de una rocosa escarpa, a corta distancia al sur del muro que todavía seguía en pie, tendieron los cadáveres en filas, y se quitaron los yelmos en señal de respeto mientras Derkin imploraba a Reorx -y a cualquier dios digno de ser invocado-, que acogiera a estos muertos con el honor que merecían.

Cuando la breve ceremonia hubo acabado, expertos canteros y excavadores treparon por la cara del risco. A quince metros por encima del paso quebraron y partieron la piedra de manera que cayó una lluvia de cascotes bajo la que quedaron enterrados los cuerpos.

Entonces Derkin se puso de nuevo el yelmo, se ajustó la armadura y montó en su caballo. Llevó tres horas pasar a todo el ejército a través del angosto portón del muro. El día empezaba a declinar, las nubes eran oscuras y estaban bajas, y cada ráfaga de aire que cruzaba, aullante, por el paso traía consigo rachas de cellisca. Cuando todos hubieran pasado por el portón, lo cerraron y continuaron hacia el norte.

A Derkin no lo sorprendió que los humanos se hubieran marchado del paso, dejando el muro intacto. El invierno se aproximaba, y los humanos temían la rigurosa estación fría en las montañas. Sin duda, lord Kane estaba convencido de que se había librado de los enanos y que podía esperar hasta la primavera para despejar el paso.

Durante todo el camino, Derkin estuvo conferenciando con los jefes de las unidades y con los que habían estado de centinelas vigilando Klanath. Justo cuando caía la noche salieron de la garganta a un ancho e inclinado repecho desde el que se veía la ciudad directamente al frente. Por lo general, este repecho debajo del paso era un lugar muy activo, ya que allí estaban los corrales, los mataderos y las curtidurías, así como los molinos de grano que servían a la población de la ciudad. Pero ahora, como los enanos habían previsto, la ladera estaba desierta. La noche había llegado tras un tempestuoso día de invierno, y todos los que podían hacerlo se encontraban tras las puertas cerradas, cerca de las chimeneas.

Los centinelas del perímetro estarían en sus puestos como de costumbre, por supuesto, así como las poderosas fuerzas de la guardia del alcázar de lord Kane. Pero aquí fuera, en la Cornisa del Matadero, no había nada que mereciera la pena ser vigilado en una noche así.

Escudriñando la ciudad a través de la cortina de nieve, que semejaba un sucio edredón de parches irregulares extendido bajo su propio humo y las nubes bajas, muchos de los hombres del ejército de Derkin sintieron un cosquilleo de incertidumbre. Calzo Cortapiedras, un joven enano que había entrado a formar parte del cuerpo especial de los Diez, musitó:

-Es tan grande... Y está tan extendida. ¿Cómo se puede atacar una población así?

-Del mismo modo que se ataca algo que es demasiado grande para una lucha cuerpo a cuerpo, -dijo Garra Púa de Roble irónicamente-. Se hace caso omiso del cuerpo y se va directo a la cabeza.

Órdenes impartidas en susurros fueron pasando de unidad en unidad, y una compañía de casi mil daergars se adelantó, dirigida por Vin la Sombra. La mayoría de estos daergars habían sido esclavos en las minas de Klanath años antes, y ninguno de ellos había olvidado el trato que les habían dado sus amos humanos. Con gesto severo y decidido, se cuadraron delante de Derkin Mazamarra y alzaron sus oscuras espadas en un saludo marcial. Todos ellos llevaban las botas envueltas en trapos para amortiguar el ruido de sus pasos, y también se habían quitado las máscaras metálicas. En los rostros feroces, sus grandes ojos relucieron en la oscuridad cuando los volvieron hacia la ciudad.

Derkin devolvió el saludo e hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha, donde varios enanos estaban vertiendo arena por un embudo de estaño instalado sobre una pequeña plataforma de mimbre.

-Arena para una hora, -le dijo a Vin la Sombra-. Después os seguiremos.

-Una hora es suficiente, -repuso el daewar-. Con la ayuda de Reorx, o incluso sin ella, podemos despejar un buen paso en ese tiempo.

-Por Kal-Thax -dijo Derkin.

-Por Kal-Thax.

Como sombras silenciosas en la oscuridad, los daergars se alejaron sigilosos hacia los suburbios de Klanath.

-No quisiera ser un guardia humano apostado en un lugar oscuro esta noche, -susurró Calzo-. Dicen que un daergar puede ver incluso cuando no hay nada de luz.

-¿Te has fijado en las espadas que llevan? -preguntó Garra-. Esas hojas de acero, curvadas y oscuras... ¿De dónde las han sacado?

Derkin, que se encontraba a unos pasos, volvió la cabeza hacia ellos.

-Siempre las llevan consigo, envueltas y escondidas. Las han sacado hoy en honor a lord Kane, -explicó.

-¿En honor al humano? -preguntó Garra, perplejo.

-Es una forma de hablar. Hace mucho tiempo, los daergars, utilizaban ese tipo de armas. Son tan ligeras como dagas, muy veloces y extremadamente afiladas. Una vez que las desenvainan, no vuelven a enfundarlas hasta haber mojado las hojas con sangre.

-No me gustaría ser un guardia de la ciudad esta noche -masculló Calzo, repitiéndose.

Mientras la arena pasaba a través de la estrecha boca del embudo, Klanath dormía a los pies de la Cornisa del Matadero. No se oyeron gritos ni sonaron trompetas ni campanas; no hubo la más mínima alarma. De no haberlos visto partir, el resto del ejército no habría sabido que un millar de daergars, con su visión nocturna, deambulaba por aquellas calles realizando su sanguinario trabajo.

El embudo quedó vacío de arena, y Derkin subió a su caballo; miró a su alrededor, circunspecto, mientras otras formas oscuras montaban detrás de él. Dio la orden de marcha a las tropas de infantería con una señal; no se lanzaron gritos de guerra mientras los millares de guerreros descendían como una avalancha por la pendiente. Mazamarra había ordenado guardar silencio, y los Elegidos cumplían lo mandado.

Derkin esperó hasta que las legiones de infantería estuvieron en las afueras de la ciudad y entraron por una docena de sucias callejuelas que conducían a la fortaleza de lord Kane, y entonces él y sus compañías de caballería avanzaron. Durante los primeros doscientos metros, llevaron sus monturas al paso; después, al pie de la pendiente, Derkin azuzó a su caballo, que inició un trote rápido, y a su alrededor se alzó el apagado retumbar de cientos de caballos aumentando la velocidad de marcha. En las afueras de la ciudad se abrieron unos cuantos postigos a medida que el sonido llegaba a las casas, y rostros humanos se asomaron a las ventanas; entonces los postigos se cerraron de golpe y se oyeron las trancas de las puertas. La mayoría de los habitantes de Klanath no tenía idea de lo que pasaba, pero no quería tener nada que ver con ello.

A lo largo de las estrechas calles los enanos montados avanzaron al trote según iban pasando los largos minutos. En un cruce Derkin vio un par de guardias tirados en un charco de su propia sangre, y un poco más adelante había por lo menos otros doce. No salía vaho de las gargantas degolladas de los hombres; los cuerpos ya empezaban a enfriarse. Los daergars habían despejado un paso para Mazamarra sin perder tiempo.

Una nieve hollinosa caía en ráfagas por las calles, y las chozas y cobertizos estaban cada vez más apiñados al ser más numerosos. Aquí encontraron más cuerpos, algunos con el uniforme de la guardia, y otros, no. Y, justo un poco más adelante, se oyó el repicar de acero contra acero. Los primeros soldados de infantería habían llegado a las puertas del recinto del castillo, pero el ruido acabó enseguida. Unos cuantos choques metálicos seguidos de otros pocos más, y una serie de gritos sofocados. Entonces los jinetes oyeron el inconfundible sonido chirriante de grandes puertas al abrirse.

-¡A galope! -bramó Mazamarra al tiempo que espoleaba a su montura.

El gran corcel, y todos los que lo seguían, tensaron los cuartos traseros y salieron a galope tendido. Las tres compañías de caballería cargaron a lo largo de calles paralelas que convergían treinta metros más adelante, para desembocar ante la muralla del recinto. Dos grandes puertas estaban abiertas, y por ellas entraban miles de enanos en tropel. Al tiempo que el batallón montado se reunía y cabalgaba hacia ellas, los soldados de infantería se apartaron a los lados, y cientos de caballos lanzados a la carga la cruzaron, cada jinete descolgándose por un lado de la silla mientras que un soldado de a pie, lanzado a la carrera, saltaba y se encaramaba al otro lado.

Dentro del recinto, los soldados humanos salían en tropel de los barracones y la fortificación, muchos de ellos sólo vestidos a medias, pero todos blandiendo espadas y escudos. Sin embargo, su resistencia resultó insignificante contra la abrumadora potencia de las fuerzas enanas. Más de prisa de lo que las adormiladas compañías humanas podían organizarse, filas compactas de enanos pasaban entre ellos propinando estocadas y tajos. En alguna parte sonó el toque de una trompeta, seguido de otro y otro más, y se encendieron antorchas en las almenas del palacio de lord Kane, en el centro del recinto de la fortaleza.

Dejando a los aterrados soldados humanos a merced de sus hombres de infantería, Derkin condujo a su compañía montada, lanzada a la carga, hacia el abierto portón principal del palacio, donde ardían antorchas y las cadenas empezaban a tintinear cuando los sorprendidos guardias se pusieron a girar los tornos... demasiado tarde. Todo el batallón montado pasó, atronador, bajo el rastrillo y penetró en el patio interior, lanzando a su paso guardias humanos y vigilantes de puerta en todas direcciones.

La guardia de palacio, la elite de todas las fuerzas de lord Kane, estaba saliendo del edificio cuando enanos y caballos irrumpieron en el patio y lo abarrotaron rápidamente. Mejor adiestrados que las compañías de la zona exterior, estos soldados, encabezados por un hombre con el rostro marcado por una cicatriz, montaron una feroz defensa. Durante largos minutos, la batalla fue disputándose de uno a otro lado del patio; los guardias se agrupaban y se reagrupaban, luchando desesperadamente, mientras los enanos arremetían por todas partes en disciplinadas filas de corceles protegidos con armaduras que transportaban fieros enanos a ambos lados de las sillas.

Derkin había recorrido la mitad del patio, gritando órdenes y blandiendo escudo y maza, cuando un guardia humano apareció por un nicho de la pared y arremetió con su pica. Derkin oyó cómo el arma alcanzaba al soldado de infantería que iba montado con él, y sintió moverse la silla cuando el enano cayó al suelo. Con un impulso, Derkin se encaramó a la silla y descargó su maza. El lancero ni siquiera tuvo tiempo de pestañear antes de que la pesada arma le aplastara el yelmo y el cráneo.

Haciendo que su montura girara sobre sí misma, Derkin miró a uno y otro lado, escudriñando. Entonces vio lo que buscaba. En una de las esquinas, debajo del torreón más alto, un grupo de humanos se retiraba lentamente hacia una sólida puerta, en tanto que los jinetes enanos descargaban sus armas sobre ellos. Con un grito, Derkin dirigió su montura hacia allí y bajó de un salto de la silla cuando estuvo cerca. Detrás de él, los Diez hicieron lo mismo, aterrizando sobre sus fornidas piernas flexionadas como si fueran gatos mientras sus monturas se alejaban al trote.

-¡La puerta! -gritó Derkin-. ¡Hay que impedir que la cierren!

A pie, Mazamarra y su recién reconstruida guardia, los Diez, corrieron hacia el pasaje abovedado. Los soldados, concentrados en la feroz arremetida de los jinetes, no repararon en los once enanos que iban a pie hasta que éstos estuvieron sobre ellos, abriendo un sangriento paso a través de la formación. Con escudo y espada, maza y hacha, con el impulso de su propio ímpetu, Mazamarra y los Diez se abrieron camino a través de todas las filas de defensores y llegaron ante la puerta de roble en el momento en que ésta se cerraba en sus narices... pero no del todo. De alguna parte, justo detrás de Derkin, una figura baja y fornida se arrojó contra la estrecha rendija. La hoja de tablones de roble topó con el peto de la armadura y se detuvo. A través de la brecha, Derkin vio descargarse una espada y saltó un chorro de sangre.

No tuvo ocasión de ver quién había frenado la puerta. A toda velocidad, él y los demás arremetieron contra la hoja, y los poderosos hombros la abrieron de golpe. Los

enanos irrumpieron en un salón grande e iluminado por el que los hombres se escabullían a todo correr. La gran mayoría de ellos iban desarmados, vestían como sirvientes o funcionarios, y algunos chillaron y buscaron dónde cobijarse cuando la puerta se abrió con un fuerte golpazo. Entre ellos, sin embargo, había también soldados, y éstos desenvainaron sus armas.

Derkin miró sus rostros, buscando uno en particular. Había visto a Sakar Kane sólo unas cuantas veces, y siempre a distancia, pero reconocería el semblante del tirano si lo veía. Pero, todas las caras le resultaron desconocidas. Retrocedió hacia la puerta y miró al enano que había muerto allí y que seguía tirado en el umbral. Era Calzo Cortapiedras, el joven voluntario que tan orgulloso se había sentido de convertirse en uno de los Diez. Derkin se incorporó y arrastró el cuerpo a un lado, apartándolo del paso; luego se volvió y cerró la puerta. El clamor de la batalla en el patio quedó amortiguado. Dejó caer la tranca en su sitio, y la pesada barra hizo un ruido hueco, ominoso.

Con el escudo y la maza enarbolados, Derkin Mazamarra echó a andar. Catorce soldados de la guardia de la casa, acobardados por su actitud calmada e inflexible, vacilaron y retrocedieron un paso. El cabecilla enano echó otra ojeada alrededor del gran salón.

-¿Dónde está Sakar Kane? -preguntó.

Nadie respondió. Los guardias empezaron a avanzar al tiempo que aprestaban sus armas.

-¿Cuál de vosotros mató a Calzo Cortapiedras? -demandó Derkin.

Tampoco esta vez hubo respuesta, pero no necesitaba ninguna. Entre los guardias había uno cuya espada todavía goteaba sangre. Derkin lo miró sólo un breve instante; luego giró sobre sí mismo y su brazo se disparó. La maza salió lanzada por el aire, hizo un brusco viraje, y se estrelló contra la cara del hombre. Mientras el guardia se desplomaba hacia atrás, muerto, Derkin desenvainó la espada. Flanqueado por sus nueve guardias personales, cargó contra los demás soldados.

El Humo De Klanath

A Sakar Kane no se lo encontró por ninguna parte.

Por la mañana, el palacio y su recinto amurallado estaban en poder de los enanos. El ataque había sido una completa sorpresa para los humanos de Klanath, y había cogido de improviso a los soldados, desprevenidos y sin su líder para dirigirlos. Para colmo, los enanos superaban casi diez a uno a las fuerzas del príncipe. En cuestión de horas, desde la primera escaramuza de los daergars, Derkin y sus tropas se encontraban dentro de la fortaleza y habían atrancado los portones. Muchos de los soldados habían muerto, y muchos más fueron desarmados y encerrados en las mazmorras de palacio. El resto del personal al servicio de Kane, -cuarenta o cincuenta mujeres, funcionarios, mayordomos, cocineros y porteros- fueron confinados en alojamientos seguros en lo alto de una de las torres.

Con la llegada del amanecer, Derkin ordenó realizar una inspección exhaustiva del recinto. Cientos de enanos recorrieron la fortaleza de cabo a rabo, registrando todas las habitaciones, salones, corredores y escaleras, pero su búsqueda resultó infructuosa. El hombre por quien Mazamarra había ido a Klanath no se encontraba allí.

Un escribiente humano, que fue llevado a presencia de Derkin por soldados enanos pringados de sangre, le dijo que cuando su alteza volvió de la expedición a Tharkas encontró un mensajero esperándolo para entregarle un rollo de pergamino sellado que le enviaba el hombre llamado Dreyus. Kane sólo había estado el tiempo suficiente para ascender al capitán de la guardia personal y ponerle al mando del tercer batallón. Después, el príncipe había salido otra vez a caballo, informó el escribiente.

Derkin se hallaba sentado en el trono de Kane, con los pies colgando a quince centímetros del suelo; la oscura capa y la armadura, cubierta con una capa de pintura parda, estaban salpicadas con sangre de humanos reseca. Escuchó en silencio al escribiente, y después clavó en el hombre aquella mirada fría y penetrante que tan a menudo resultaba perturbadora a la gente.

-¿Adónde fue? -lo interrogó.

-Lo ignoro, -repuso el escribiente, al que le temblaba la barbilla-. Que yo sepa, no comunicó sus planes a nadie de su personal.

-¿Tiene que habérselo dicho a alguien! -bramó Derkin.

El aspecto del escribiente era el de alguien a punto de desmayarse.

-Pue... puede que se lo contara al capitán... eh... al comandante Morden, -sugirió-. Su alteza lo dejó al mando, y supongo que tal vez le mencionara eh... adónde se dirigía.

-¿Morden? -Derkin frunció el ceño-. ¿Quién es Morden?

-El oficial que su alteza ascendió justo antes de partir -explicó el escribiente-. Era el capitán de la guardia personal y jefe de catapultas, pero ahora es comandante de las tropas de la ciudad y también del tercer batallón.

-¿Por qué?

-Una distinción concedida por su alteza como recompensa por... -El escribiente tembló visiblemente-. Por los servicios de Morden en... eh... la campaña de Tharkas contra los... los enanos. -Al no haber reacción por parte de Derkin a sus palabras, el hombre añadió, sin convicción-: Además, el tercer batallón estaba sin cabecilla desde la desaparición del comandante Gart.

-¿Gart? -repitió Derkin-. ¿El comandante Tulien Gart?

-Sí. De... desapareció, sin más. No regresó de Tharkas.

-Describe al comandante Morden, -pidió Derkin.

-Es... es un hombre delgado, no demasiado alto, pero sí muy fuerte. Y tiene una cicatriz grande en la cara. -Con un dedo tembloroso, el escribiente trazó una línea en su propio rostro que empezaba en el pómulo izquierdo y pasaba por encima de la boca hasta la parte derecha de la barbilla-. Así.

-El hombre que estaba a cargo de las catapultas, -masculló Derkin-. El que dirigía los tiros.

-He visto a un hombre así -intervino Garra Púa de Roble-, un oficial. Estaba en el recinto cuando atacamos.

-¿Ha muerto?

-O eso, o está en las mazmorras.

-Llevaos al escribiente, -ordenó Derkin, haciendo un gesto con la mano-, y después encontrad al tal Morden. Si no está muerto, traedlo ante mí.

Se levantó del trono de Sakar Kane y se dirigió a la ventana con verja que había a un lado del gran salón. Al otro lado de las rejas, la cellisca seguía cayendo, arrastrada por las ráfagas de viento bajo un cielo encapotado. Fuera del recinto, compañías y pelotones de enanos vestidos de oscuro se movían por todas partes.

-Quiero a Sakar Kane, -masculló Derkin sin dirigirse a nadie en particular-. Quiero enseñarle la ley de Kal-Thax.

Pasado un tiempo, una compañía de enanos entró al salón y se cuadró en un saludo.

-Mi señor, aquí no está el tal Morden, -informó el capitán-. Algunos de nosotros, que lo habíamos visto antes, lo hemos buscado, pero no está entre los muertos y tampoco se encuentra en las mazmorras.

-¿Y todos los combatientes que han sobrevivido están en los calabozos?

-Todos ellos, -respondió el oficial-. Preguntamos en cada una de las unidades que fueron asignadas en el perímetro anoche, así como a los daergars de Vin, que estuvieron apostados en el exterior. Desde el momento en que atacamos este lugar anoche, nadie ha salido de él.

Al otro lado de las puertas del salón se alzaron voces, y un joven soldado enano se asomó.

-Hay un hombre en las puertas del recinto, Mazamarra, -anunció-. Está herido, pero ha llegado caminando sin ayuda y solicita verte.

-¿Qué hombre? -bramó Derkin.

-Un soldado, señor. Dice que se llama Gart.

-Hazlo pasar, -ordenó el enano.

El hombre que entró en la sala, rodeado por ceñudos enanos, llevaba sólo parte de la armadura y no portaba ningún arma. Unos vendajes de tela y yeso le cubrían el torso. Estaba pálido, y parecía muy debilitado, pero Derkin lo reconoció. Era Tulien Gart.

Sin preámbulo alguno, Gart saludó al líder enano y declaró:

-Me rindo a ti, Mazamarra. Haz conmigo lo que gustes, pero antes te pido una gracia.

-Lo primero es lo primero, -dijo Derkin-. ¿Sabes dónde está Sakar Kane?

-¿Es que no está aquí?

-Su escribiente dice que se marchó nada más volver de la incursión con la que incumplió su promesa... La promesa que me transmitiste tú.

-Incumplió su promesa, -musitó Gart, que después alzó la voz para añadir-: Sí, fue una traición, una acción deshonrosa. Si hubiese sabido lo que planeaba hacer, habría dimitido de mi cargo antes que tomar parte en ello.

-Así que cuando te enteraste ¿te limitaste a desaparecer?

-Es lo que pudo parecer que ocurrió, pero he estado en una casa de la ciudad, un lugar donde me curaron las heridas de puñal que tenía en la espalda... por un precio. Las heridas fueron causadas por un asesino a este lado del paso de Tharkas. El hombre me creyó muerto y me dejó tirado allí. Me arrastré hasta donde podía encontrar ayuda.

-¿Y quién era el que intentó asesinarte?

-Otro oficial, -repuso Gart-. El capitán de la guardia personal de su alteza.

-¿Morden? -preguntó Derkin.

-Ah, entonces ¿lo conoces? ¿Sigue vivo?

-Todavía no lo hemos encontrado.

-La gracia que te pido es la oportunidad de ajustar cuentas con él.

-Ahora mismo, tu aspecto no es el de alguien en condiciones de ajustar cuentas con nadie, -comentó Derkin-. Apenas puedes sostenerte de pie.

-Puedo encargarme de Morden, -le aseguró Gart-. Es un cobarde, y sería necesario algo más que mi debilidad por la pérdida de sangre para que pudiera derrotarme.

Derkin se volvió de nuevo al grupo de búsqueda.

-¿Habéis mirado por todas partes? -preguntó.

-Por todos los sitios donde podría estar un soldado.

-Pero no donde podría estar un cobarde, -masculló Derkin, que se volvió hacia Garra Púa de Roble. Caminó por el salón acompañado por su oficial mientras le impartía algunas órdenes en voz baja. Mientras Garra transmitía las instrucciones de su líder a otros cuantos enanos, Derkin volvió hacia el trono y apartó las faldillas. De debajo del trono extrajo una piedra grande y la arrastró hasta ponerla detrás del mueble. Las anchas orejas del ostentoso sillón del trono de Sakar Kane ocultaban la piedra.

-Puedes descansar aquí tranquilamente, -le indicó a Tulien Gart-. Sólo ten cuidado de no dejarte ver.

Pasó media hora antes de que la puerta de una de las torres se abriera dando paso a enanos armados que escoltaban a varias docenas de humanos mujeres, escribientes, mayordomos y sirvientes. Al verlos entrar, Derkin se sentó en el trono.

-Traed a los civiles aquí -ordenó.

Los enanos condujeron a los humanos hacia adelante, y los ojos de Mazamarra pasaron de uno a otro hasta detenerse en el escribiente al que había preguntado antes.

-Vosotros no me hacéis falta, -dijo-. Sois civiles, y ninguno sabe combatir. En consecuencia, sois libres de abandonar este lugar. Os escoltarán hasta la puerta exterior y allí os soltarán. Lo único que os pido es vuestra promesa de que partiréis de Klanath y jamás volveréis, y que nunca alzaréis las armas contra un enano. ¿Lo prometéis?

El escribiente asintió con entusiasmo.

-Desde luego que lo prometo, -le aseguró-, por la memoria de mi padre. ¿Puedo irme ahora?

-Quiero que la misma promesa me sea hecha por cada uno de vosotros, -les dijo Mazamarra-. Poneos en fila y pasad ante mí, de uno en uno.

De mala gana, los humanos formaron en fila y caminaron hacia el trono. Un mayordomo que había al principio de la fila se arrodilló al llegar ante el solio e inclinó la cabeza.

-Lo prometo, -dijo.

-Ponte en pie, -gruñó Mazamarra-. No soy ningún príncipe humano despota.

El mayordomo se puso de pie y repitió la promesa. Derkin lo despidió con un ademán. La siguiente era una mujer que, como todas las demás, se cubría con un velo.

-Lo pro... -empezó.

-Quítate el velo, -la interrumpió Mazamarra.

-S... sí, vuestra... eh... vuestra... -Soltó el broche del velo y dejó el rostro a la vista.

-No te preocupes por los títulos, -le dijo Derkin-. Límitate a hacer la promesa.

-Lo prometo, -musitó ella.

Derkin la despidió.

-Nada de velos, -dijo en voz alta para que todos lo oyeran-. Quiero veros las caras cuando hagáis la promesa.

El siguiente, un humano vestido con librea de caballero. Una de las mujeres que estaba a mitad de la cola se recogió las faldas de repente y echó a correr hacia la puerta abierta que daba al patio. Pero Garra había estado esperando que ocurriera algo así; se arrojó sobre ella y, atrapándola por las rodillas, la hizo caer de bruces al suelo. Después, con eficiente indiferencia, le retorció los brazos a la espalda y se sentó encima de ella.

-El siguiente, -indicó Mazamarra, como si nada hubiera pasado.

Uno por uno, los restantes humanos hicieron su promesa y fueron despedidos. Cuando el último hubo acabado, Mazamarra se puso de pie y plantó los puños en las caderas.

-Todos vosotros me habéis dado vuestra palabra, -manifestó-. Sugiero que seáis más honrados en ese sentido que lord Sakar Kane. Asimismo, mientras crucéis la ciudad, decid a la gente que empaquete lo que pueda llevarse consigo y se marche de aquí. Y, ahora, salid.

Escortados por enanos armados, los humanos salieron en fila del salón hacia la puerta principal. Sólo cuando se hubieran ido todos y la puerta estuvo cerrada, Mazamarra hizo una seña a Garra, que se levantó de espaldas de la despatarrada y forcejeante mujer, y se apartó unos pasos.

-Ponte de pie, -le ordenó Derkin-. Y deja de gruñir que no has sufrido daño alguno.

Cuando la mujer se incorporó, varios enanos la condujeron al pie del estado y le quitaron el velo de un tirón.

-Vaya, vaya, -dijo Mazamarra quedamente-. Pero si no es una mujer. Si no me equivoco, creo que te llamas Morden.

La oscura cicatriz que cruzaba el rostro del hombre pareció resaltar aún más cuando su semblante se demudó.

-Déjame marchar, -jadeó-. Deja que... me vaya con los demás. No os molestaré, lo prometo. No me volveréis a ver.

Mazamarra hizo caso omiso de su súplica.

-Tú mandabas las catapultas en el paso de Tharkas, -dijo-. Tú ordenaste disparar las piedras que mataron a mi gente.

-¡Por favor! -Morden cayó de rodilla-. Por favor, sólo cumplía las órdenes de mi príncipe. Me dijo que subiera la línea de tiro. ¡Me lo ordenó!

-He traído a Klanath una de esas piedras que lanzasteis -prosiguió Mazamarra-. La traigo expresamente para ti, para dejártela caer encima desde un sitio alto.

-¡Por favor! -sollozó Morden-. Por favor, yo no...

-Pero, antes de eso, quiero que me contestes una pregunta. ¿Dónde está Sakar Kane? ¿Adónde se ha ido?

-S... su alteza sólo me dijo que Dreyus lo había mandado llamar. Tenía que... - Morden enmudeció; estaba boquiabierto y miraba con sus ojos desencajados detrás del enano.

-Te dije que era un cobarde, -manifestó Tulien Gart, que estaba plantado junto al trono.

-¡Estás muerto! -chilló Morden. De repente, se puso de pie, dio media vuelta, y arrebató la jabalina de la mano de un enano que estaba cerca. Con un penetrante grito, levantó el arma y la apuntó hacia el trono. Entonces trastabilló y se tambaleó como un borracho mientras una docena de espadas enanas arremetían contra él desde todos los lados. Las armas siguieron descargándose cuando cayó al suelo.

-Me pregunto si eso lo dijo por ti o por mí -comentó Tulien Gart, que contemplaba fijamente al asesino muerto.

-Eso no importa ya, -gruñó Mazamarra-. Sólo siento que no permanecieras oculto hasta que hubiera respondido a mi pregunta.

-Lo lamento, -dijo el soldado-. Sin embargo, si lord Kane fue llamado por Dreyus entonces probablemente esté en Daltigoth, ya que Dreyus representa al emperador. -

Examinó con ojos curiosos al fiero enano que seguía plantado de pie ante el trono-. ¿De verdad trajiste una de las piedras de las catapultas para tirársela encima?

-Has estado sentado en ella, -respondió Mazamarra.

En los días que siguieron a la toma de Klanath, varios escuadrones de enanos se desplegaron en abanico desde el recinto de la fortaleza. Calle por calle y casa por casa, registraron toda la ciudad. La mayoría de la gente había huido, pero dondequiera que los enanos encontraban algún humano lo hacían salir, a veces con cortesía, y a veces no, pero siempre con firmeza. Detrás de los que desalojaban las casas llegaban grupos incendiarios con lámparas de aceite y antorchas. A todo lo que podía arder, le prendían fuego, y los edificios de piedra, los demolieron. Durante varios días, un espeso humo se alzó sobre Klanath oscureciendo aún más los amenazadores nubarrones que cubrían la ciudad. A lo largo de varias noches, las llamas se extendieron paulatinamente hacia los suburbios, hasta que no quedó nada que quemar.

Cuando se apagaron los fuegos, Derkin ordenó que sacaran a los prisioneros humanos de las mazmorras y que los condujeran fuera del recinto de la fortaleza. Desarmados y acobardados, sin cobijo, sin empleo y sin un propósito, los hombres se marcharían lejos, la mayoría de ellos para no volver nunca. Algunos, tal vez muchos, puede que incluso se unieran a los enemigos del emperador en las llanuras centrales, en una guerra que quizá hubiera acabado con el general Giarno, pero que parecía destinada a seguir indefinidamente.

Cuando el área suavemente inclinada que rodeaba la fortaleza de lord Kane no fue más que un terreno baldío de cenizas y escombros, Mazamarra reunió a sus tenientes e impartió órdenes.

-Hay que enterrar toda esa porquería, -dijo-. Quiero que se are el suelo antes de que se hiele para que las cenizas y los cascotes se remuevan y queden cubiertos. Después, cuando eso esté hecho, nos ocuparemos de las minas de Klanath.

-¿Quieres que trabajemos esas minas? -protestó Vin la Sombra-. Todavía tengo un recuerdo muy claro de mis días de esclavo allí.

-No las trabajaremos, -repuso Mazamarra-. Vamos a cegarlas, a cubrirlas y a hundirlas. Este sitio está demasiado cerca de Kal-Thax para permitir que los humanos tengan minas en explotación.

-Eso nos llevará todo el invierno, -apuntó Garra Púa de Roble-. Sin embargo, puede ser entretenido. -Se volvió y miró en derredor la suntuosa fortaleza que Sakar Kane se había hecho construir-. ¿Y qué pasa con este palacio? -preguntó-. ¿Y esas nuevas fortificaciones que los humanos estaban construyendo? ¿Vamos a dejarlos en pie?

-No quedará nada en pie, -decidió Derkin-. Cuando nos marchemos, será como si Klanath no hubiera existido, como si Sakar Kane jamás hubiese estado aquí, como si no hubiera habido ningún humano.

-¡Eso sí que será divertido! -exclamó Garra.

-Y nos mantendrá ocupados a todos un tiempo, -masculló Vin la Sombra. Entonces, tras la máscara de hierro, sus grandes ojos se estrecharon con una oculta sonrisa. Mazamarra tiene razón, pensó. Cuando estamos mejor es cuando tenemos trabajo que hacer... y lo hacemos porque queremos.

-Me gustaría ver la cara de Sakar Kane si es que el príncipe de Klanath regresa alguna vez aquí y se encuentra con que ya no es príncipe de nada. -Garra soltó una risita queda. Luego, recobrando la seriedad, preguntó a Derkin-. ¿Crees que lord Kane volverá?

-No lo sé. -Derkin se encogió de hombros-. Si no regresa, quizá algún día vaya a buscarlo, dondequiera que esté. -Cruzó el patio de la fortaleza, seguido por los demás. Desde la muralla, contempló las calcinadas ruinas y la pendiente donde empezaba el paso de Tharkas-. Dejaremos una cosa en pie aquí -dijo-. Una única piedra, un monumento, justo donde la ciudad termina. A seis kilómetros de ese punto, empieza Kal-Thax. Eso será lo que cincelaremos en la piedra, así como la cuarta ley: Si se nos hace algún mal, tomaremos represalias. Siempre nos vengaremos.

-Se me ha ocurrido un nuevo nombre para nuestro Derkin, -le dijo Vin a Garra-. Imparte la ley, nuestra ley, a nuestros enemigos de la única manera que la entenderán. Seguí a Derkin Semilla de Invierno, y he seguido a Derkin Mazamarra. Ahora seguiré a Derkin Legislador, y lo haré con orgullo.

El Invierno De La Demolición

Para cuando las grandes nevadas empezaron en las estribaciones al norte de Tharkas, casi no quedaba rastro de la extensa ciudad que había habido en otros tiempos. Todas las piedras y maderos utilizables se habían llevado lejos, y las cenizas y escombros restantes fueron enterrados en el suelo removido. En primavera, la hierba nueva y los plantones brotarían allí. Dentro de unas cuantas estaciones, no quedaría rastro del asentamiento humano que había dominado la zona septentrional de las montañas Kharolis.

Entre los miles de enanos involucrados en el proyecto, el trabajo iniciado se conoció simplemente por hacer limpieza, ya que Derkin Legislador se había referido así a la tarea.

La operación de derrumbar y enterrar las minas de Klanath era el proyecto más laborioso, pero los enanos lo emprendieron con entusiasmo. Muchos de ellos, al igual que su líder, habían sido esclavos en estas minas, y para ellos sería una gran satisfacción hacerlas desaparecer para siempre. Los pozos, en la parte alta de la pendiente, fueron derrumbados y cegados con piedras. Después, cientos de excavadores, equipados con eslingas, cuerdas de escalar y taladros, treparon hasta un terreno situado por encima de las minas. Trabajando en condiciones que habrían sido impensables para los humanos, los resistentes montañeses empezaron a dar una serie de arremetidas contra la pétreo cara del gran pico. Unos maestros de excavación habían ido antes para hacer un reconocimiento de la roca, tanteándola, probándola, marcando sus contornos y sesgos, sus juntas y grietas, y señalando las fallas naturales en el granito. Marcaron cuatrocientos metros a lo largo de la cara de la montaña con sus muescas y rasponazos, sus agujeros y desconchones, todos ellos runas indicativas de excavación.

A continuación vinieron los taladradores, que trabajaron en equipos de dos en precarias plataformas a todo lo largo de la zona marcada. Desde abajo, las plataformas con los dos enanos en cada una semejaban un centenar de minúsculos puntos a gran altura en la cara rocosa. Pero, cuando empezaron a golpear los pesados machos resonando contra los taladros de acero, los ecos de su afanoso trabajo formaron un coro que se oía kilómetros a la redonda.

Y uniéndose a ese coro estaba el golpeteo de las hachas manejadas por taladores neidars que trabajaban en los cercanos bosques del norte. Día tras día, seleccionaban, cortaban y acarreaban los troncos con los que carpinteros y ensambladores fabricaban una escuadra de narrias para transportar piedra. Sólo se habían tardado seis semanas en el

desmantelamiento del recinto que rodeaba el palacio y de la fortaleza parcialmente levantada que los esclavos de lord Kane habían estado construyendo cuando los enanos atacaron. Ahora, con una capa de varios centímetros de nieve cubriendo el suelo, se estaban acarreado las piedras de construcción hacia el paso de Tharkas. Cuando llegó el pleno invierno a las tierras al norte de Tharkas, el único edificio que seguía en pie era el palacio de lord Kane. La alta estructura servía ahora de cuartel general para el ejército de Derkin durante el desmantelamiento de Klanath.

Con centenares de caballos, bueyes, bisontes y alces enganchados a las nuevas narrias, los conductores de tiros se ocupaban afanosamente de transportar todo salvo el palacio en sí a la frontera de Kal-Thax, a seis kilómetros de distancia.

Los conductores de los tiros tuvieron que admitir que el trabajo de transportar las piedras había mejorado gracias a un pacto hecho por Derkin; un pacto que a la mayoría de los enanos todavía les parecía increíble. Entre los incontables cientos de esclavos que encontraron en Klanath no había enanos, aunque sí miembros de varias razas. En su mayoría eran humanos, pero también había goblins, unos cuantos elfos y dos ogros. Siguiendo las órdenes de Derkin, todos los esclavos, incluidos los goblins y los ogros, habían sido puestos en libertad y se les dijo que se marcharan. Pero, en el último momento, Derkin había hecho regresar a los ogros. Entonces, con los Diez rondando cerca con las armas empuñadas y centenares más de enanos observando la escena con asombro e incredulidad, el Legislador había invitado tranquilamente a la pareja de brutos a entrar en sus aposentos de palacio para mantener una charla.

Se llamaban Goath y Ganat, y ahora trabajaban alegremente junto a los conductores de tiros, transportando las piedras de construcción hacia el paso de Tharkas.

Sólo Derkin, los ogros y los Diez sabían exactamente qué se había hablado en la reunión privada sostenida entre el señor de Kal-Thax y dos representantes de los mayores enemigos ancestrales de su pueblo. Pero el rumor generalizado entre los Elegidos era que Derkin les había hecho una oferta: cincuenta vacas lecheras y un buen toro de los rebaños de lord Kane a cambio del trabajo de un invierno.

Se sabía que el Legislador había dado una ley a los ogros con la que conducirse durante su servicio. Derkin les dijo a Goath y a Ganat que, si se les ocurría aunque sólo fuera ponerle las manos encima a cualquier enano, él en persona se encargaría de arrancarles el corazón.

Los ogros aceptaron esa última condición de su empleo, y no cupo duda de que creían a pies juntillas que Derkin cumpliría, lo dicho al pie de la letra. El hecho de que cada uno de ellos fuera dos veces más grande que Derkin no parecía tener la menor importancia para los ogros. Cuando salieron de los aposentos del enano, era evidente que Goath y Ganat respetaban, y en cierto modo temían, a su patrón.

Al principio, a muchos de los enanos los horrorizó la idea de trabajar junto a unos ogros. Las dos razas habían sido siempre enemigas irreconciliables. Los ogros eran peligrosos, y no se podía confiar en ellos. Pero, a medida que pasaban las semanas, los Elegidos comprendieron que Derkin había hecho un buen trato. Cada una de las enormes criaturas podía mover tantas piedras en un día como dos o tres de las narrias conducidas por enanos.

El único comentario del Legislador sobre el asunto -comentario que corrió de boca en boca por todo el campamento- fue:

-Los ogros no son necesariamente malos. Lerdos, desde luego, pero no malos. Y no apestan como los goblins.

La mayoría de los enanos todavía rehuía a Goath y Ganat, y por la noche los ogros hacían su propia lumbre a cierta distancia de los alojamientos de los enanos y comían y dormían separados de los demás. Sólo Derkin se acercaba a ellos libremente, aunque dos o tres veces, cuando se encendieron los hornos, Helta Bosque Gris había ido con un grupo de mujeres hasta la hoguera de los ogros para dejarles pan fresco con el que acompañar la carne.

Ahora, cuando el invierno llegaba a su mitad, Derkin Legislador -había aceptado su nuevo nombre, ya que todo el mundo parecía empeñado en llamarlo así- subió a lo alto de la torre mayor del palacio y estuvo un buen rato observando el trabajo que se había hecho y lo que quedaba por hacer. Su mirada se detuvo en un lejano grupo de enanos que trabajaban con picos y palancas en la amplia vertiente rocosa que había justo debajo de la entrada al paso de Tharkas. El monumento de piedra estaba acabado: un obelisco rectangular de tres metros de altura, en cuarzo negro, con la cuarta ley de Kal-Thax cincelada en sus cuatro caras. Los trabajadores habían hecho un agujero en la roca de la vertiente, un hueco de encastre en el que encajaría la base del obelisco de la ley.

-Habremos acabado aquí en primavera, -dijo Derkin-. Entonces regresaremos a Kal-Thax.

-¿A Fragua de Piedra? -preguntó Taladro Tolec. Curado ya el brazo, el guerrero de anchos hombros había vuelto a ocupar su puesto como Primero de los Diez.

Derkin sacudió la cabeza.

-Eso tardará todavía algún tiempo. Aún tenemos trabajo que hacer en la frontera.

Taladro miró de soslayo al hylar, preguntándose qué tendría ahora en mente Derkin, pero no preguntó, y se limitó a escuchar el lejano repique de los machos y los taladros en lo alto de la cumbre, el sonido de las hachas en el cercano bosque, el golpeteo de cascos y el susurro de los deslizadores de las narrias sobre la dura y compacta nieve, y el incesante coro de voces, voces de miles de enanos, bulliciosas, alegres, entregadas al trabajo.

-Tienes razón respecto a nuestra gente, -comentó Taladro-. No sabemos estar ociosos.

-Es nuestra naturaleza, -asintió Derkin.

-Recuerdo cómo sonaba Thorbardin cuando fuimos allí a intentar conseguir ayuda, -dijo el guerrero, con el ceño fruncido-. Las voces, por lo menos en su gran mayoría, sonaban hoscas. En la fortaleza se palpaban la ira y la desconfianza. Era un sitio desdichado. No me gustó mucho, aunque he pensado que podría gustarme vivir en él algún día.

Derkin se volvió y miró a su amigo con una expresión indescifrable, extraña, en los ojos.

-¿Por qué? -preguntó.

-No lo sé -confesó Taladro-. Nunca he vivido bajo la montaña. Sé que algunos de mis antepasados eran theiwars, pero mi pueblo siempre ha sido neidar, nunca holgar. Hemos vivido bajo el sol, no bajo la piedra. Y, sin embargo, a veces siento necesidad de estar... encerrado, como si en realidad fuera un holgar en el fondo de mi corazón.

-A menudo he tenido la misma sensación, -le confesó Derkin-. Algunos de mis antepasados fueron neidars, pero la mayoría eran holgars. Nací en Thorbardin, y me marché porque no me gustaba en lo que se estaba convirtiendo, pero hay ocasiones en las que pienso que me gustaría volver... si las cosas se pudieran cambiar allí.

-¿Cambiar las cosas? -gruñó Taladro-. Esa gente tiene tan arraigadas sus costumbres que no podría moverlas ni con una palanca. ¿Cuántas peleas vimos en el tiempo que estuvimos allí?

-Docenas. -Derkin se encogió de hombros-. No tienen nada mejor que hacer. Han contribuido a que las cosas sean así. Pero nuestra gente también se puso encrespada cuando no tuvo otra cosa que hacer que ese muro en Tharkas. Por esa razón es por lo que intenté que la mayoría regresara a casa.

-Pues ahora no los veo encrespados. -Taladro gesticuló, señalando a los miles de afanosos enanos que había por dondequiera que se mirara-. Están contentos, y yo también lo estoy, aunque algunas veces sueño con tener un buen techo rocoso sobre mi cabeza. Tal vez en el fondo sea un holgar como tú, Derkin.

El cabecilla desechó la conversación con un encogimiento de hombros y empezó a bajar la escalera de caracol de la torre. Tenía que hacer su propio trabajo: mil detalles que organizar, mil cosas en las que pensar, sobre las que decidir. Desde sus días de esclavitud en los pozos de Klanath, la gente le había confiado el liderazgo, conspirando para convertirlo en su cabecilla. Al principio, la idea le había repelido, pero ahora se daba cuenta de que disfrutaba con los desafíos de la jefatura: mandar un ejército; planear un asentamiento como Fragua de Piedra; negociar un tratado; planificar la construcción de una muralla o la demolición de una ciudad humana; meditar a fondo sobre un asunto; decidir el curso de acción que se debía seguir y después dirigir a los suyos para realizar lo que había decidido. En muchos aspectos, el trabajo de un cabecilla era el más duro que pudiera imaginarse. La responsabilidad que conllevaba resultaba más pesada que cualquiera de las piedras que sus trabajadores se afanaban en cargar en las narrias. Pero, de algún modo, se había convertido en un peso cómodo de llevar. Recordó algo que había leído en un viejo pergamino, un consejo de algún escriba hylar olvidado mucho tiempo atrás: Vivir es descubrir aquello que uno hace mejor, y entonces dedicarse a fondo a ello y para siempre. Conformarse con menos es no vivir en absoluto.

Los comentarios de Taladro sobre Thorbardin habían despertado en él viejos recuerdos y sentimientos. Por un instante, había sido como si el theiwar-neidar hubiese expresado en voz alta sus propios pensamientos. No le gustaba Thorbardin; lo irritaban sus costumbres y su forma de vida, y se había marchado de allí para no volver nunca. Y, sin embargo, en el fondo de su corazón, Derkin Semilla de Invierno, Derkin Mazamarra, Derkin Legislador, formaba parte de Thorbardin tanto como la fortaleza subterránea formaba parte de él.

Más a menudo de lo que nunca admitiría, Derkin había experimentado los sentimientos descritos por su amigo. Taladro había sido neidar siempre, pero en el fondo era holgar. Derkin había intentado ser neidar, pero en el fondo seguía siendo holgar. A veces anhelaba regresar a Thorbardin, vivir de nuevo dentro de la piedra viva de la gigantesca estalactita.

Si la gente de allí viviera como debían vivir los enanos... ¡Si vivieran...!

Al pie de la escalera de la torre lo esperaba Helta Bosque Gris, que le traía la comida de mediodía. La joven caminó a su lado mientras él se dirigía hacia el gran salón.

-Tú has estado dentro de Thorbardin, Helta, -dijo, siguiendo un impulso-. ¿Podrías vivir allí?

-Puedo vivir dondequiera que tú vivas, -contestó ella de manera pragmática-. ¿Cuándo vas a casarte conmigo?

-Pero Thorbardin es un lugar ocioso, triste, -comentó él, haciendo caso omiso de su pregunta.

-No lo sería si tú estuvieras al mando.

Derkin resopló, y cruzó la sala hasta el trono de lord Kane, donde tomó asiento. El sillón de estado era el único mueble de fabricación humana que quedaba en el palacio, y había sufrido algunos cambios. Derkin había utilizado una sierra para acortar la base del sillón a una altura más cómoda para un enano. Helta le tendió una bandeja con carne y pan, y se sentó en un banco, al lado de Derkin, con otro plato para ella.

El enano comió un poco, y después miró a la joven. Ya no llevaba el vendaje en la cara, y la cicatriz era tan evidente como él había previsto. Pero, cosa rara, no la afeaba. En todo caso, le daba más carácter. Seguía siendo la chica más bonita que había visto en su vida. Apartando los ojos de ella con gran esfuerzo, se dedicó de nuevo a su comida.

-Basta de hablar de Thorbardin -dijo, malhumorado-. No tiene un único dirigente, y nunca lo ha tenido.

-Quizá sea eso lo que le pasa, -repuso la chica-. Tal vez necesita un rey.

-Bueno, pues yo no soy un rey, -espetó Derkin-. Y no quiero hablar más de Thorbardin.

-Fuiste tú quien sacó la conversación, no yo, -le recordó la muchacha, que no dijo nada más sobre el tema; pero una sonrisa astuta asomó a sus labios cuando él miró a otro lado, una sonrisa que parecía decir: No eres mi marido, Derkin Mazamarra o Legislador o lo que sea, pero lo serás algún día. ¿Y quién sabe qué más podrás llegar a ser?

Cuando toda la piedra de los dos recintos hubo sido retirada y transportada a la frontera de Kal-Thax -ahora en el paso había enormes y ordenados montones de bloques de piedra cortada que tapaban por completo el Muro- Derkin Legislador puso a trabajar en el propio palacio a los expertos en demoliciones. Durante las últimas semanas de invierno, las torres fueron demolidas, y toda la estructura dio la impresión de irse encogiendo día a día. Al desaparecer los alojamientos, se levantaron fuera unos refugios provisionales. Y, durante toda esta actividad, el lejano repiqueteo de los taladros continuó resonando en lo alto del pico.

Entonces, de manera inesperada y repentina, el tiempo cambió. Un día que había amanecido claro y soleado, con una brisa del norte que traía la promesa de una pronta primavera, cambió. Nubes oscuras, plomizas, aparecieron por el oeste, y el viento varió, soplando también de aquella dirección. A mediodía, los oscuros nubarrones estaban encima y habían ocultado la luz del sol, convirtiendo el día en un prematuro anochecer. Entonces el viento dejó de soplar, y el denso manto de nubes pareció agarrarse en lo alto de los picos, bajando más y más a medida que pasaban las horas. Al cabo de un tiempo, el repicar de los taladros cesó, y los excavadores bajaron de la zona alta.

-La niebla es muy espesa allá arriba, -le dijo a Derkin el jefe de excavadores-. No vemos lo que estamos haciendo y es imposible trabajar.

Con la última luz mortecina de la tarde, los negros nubarrones flotaron justo sobre sus cabezas, lo bastante bajos para que la piedra lanzada por la honda de un enano curioso llegara hasta ellos. El proyectil desapareció en la bruma y reapareció al caer. El aire estaba en completa calma, y saturado de fría neblina.

De hora en hora, las extrañas nubes descendieron. Más allá de la titilante luz de las hogueras, la noche estaba tan oscura como boca de lobo.

A media noche, el manto nuboso tocaba el suelo, y una densa niebla lo envolvía todo. Incluso los daergars estaban ciegos en estas condiciones.

Taladro Tolec despertó a Derkin de un breve sueño; lo acompañaba todo el grupo de los Diez. Llevaban velas resguardadas en fanales, pero la humedad había conseguido penetrar en el interior y la luz que daban era amortiguada y extraña.

-No nos gusta este tiempo, -dijo Taladro cuando Derkin estuvo despierto-. Hay algo extraño en él.

Frotándose los ojos para despejarse, Derkin miró a su amigo de hito en hito.

-¿Me has despertado para hablarme del tiempo? No puedo hacer nada al respecto. ¿Qué es lo que quieres?

-Pasa algo raro, -insistió Taladro-. Todos hemos visto tormentas de primavera en estas latitudes, pero esto no es una tormenta.

-A lo mejor es un temporal de invierno.

-Tampoco, -persistió Taladro-. Ponte las botas y ven fuera. Algo va mal.

-Tú y tu intuición theiwar, -rezongó Derkin, pero se puso las botas, se cubrió con la capa, cogió la maza y siguió a Taladro a lo largo de uno de los últimos pasillos que quedaban en el casi demolido palacio. Al igual que en su dormitorio, el corredor estaba lóbrego por la fría neblina. Taladro abrió una puerta y salió al exterior, seguido de Derkin y los demás. Estaba muy oscuro, y reinaba un profundo silencio. La mortecina luz de los fanales sólo alumbraba unos cuantos palmos al frente.

-Está oscuro y hay niebla, -Derkin se encogió de hombros-. ¿Y qué?

-Espera un momento, -respondió Taladro-. Espera y atiende.

Transcurrió un minuto, y después otro, y, de repente, surgió un súbito destello de luz que desapareció al instante.

-Ahí tienes, -dijo Taladro-. Eso es lo que nos preocupa.

-¿Un relámpago? -Derkin estaba desconcertado-. ¿Desde cuándo os asustan los...?

-¡Chist! -lo acalló Taladro-. Escucha.

Con paciencia, Derkin permaneció callado, escuchando. Los demás hicieron lo mismo.

-A eso es a lo que me refiero, -manifestó Taladro cuando hubo pasado un minuto.

-¿A qué? -demandó Derkin-. Yo no oí nada.

-Tampoco nosotros, -explicó el Primero-. Hace una hora que pasa lo mismo, relámpagos, pero nada de truenos.

De nuevo, se produjo el fugaz destello de luz, y, como antes, sólo lo siguió el silencio. Derkin tuvo una repentina intuición y se estremeció.

-Magia, -musitó-. Es algún tipo de magia.

-Eso es lo que nosotros pensamos, -dijo Garra-. Pero ¿quién la hace? ¿Y para qué?

-Buscad a uno de los tambores, -ordenó Derkin-. Alertad a todo el mundo. Pronto amanecerá, y puede que entonces esta niebla levante. Cuando lo haga, quiero que todos estén preparados... para lo que quiera que esté pasando ahí fuera. Que vayan con armaduras, equipos y armas. Y estableced posiciones defensivas en el perímetro tan pronto como podamos ver lo suficiente para movernos. Cuando se ejecutan hechizos siempre hay un motivo para ello. -Cogió uno de los fanales y regresó a sus aposentos para vestirse.

El mortecino brillo de la vela relució en el brillante peto de la armadura mientras se lo ponía, y se reflejó en el yelmo de cuernos como si éste fuera un espejo. La falda montañesa que llevaba era de cuero tachonado, y su capa volvía a ser de un fuerte color escarlata. Para la toma de Klanath, los colores oscuros les habían parecido apropiados a los Elegidos, pero en seguida habían vuelto a sus tonos llamativos, ya que los otros les resultaban deprimentes.

-Es nuestra naturaleza, -musitó para sí Derkin mientras se colgaba el escudo y la maza-. La naturaleza de los enanos. Nos expresamos con colores del mismo modo que los elfos lo hacen con sus canciones.

La niebla no levantó con la llegada del amanecer; simplemente se retiró, como si nunca hubiera estado allí. En un momento, el mundo era un lugar gris, cerrado, y al siguiente hubo un último destello de aquella extraña luz, y la niebla empezó a retroceder por todas partes, como enrollándose sobre sí misma, dejando un campo visual más y más amplio. Bajo las frías y altas nubes del cielo encapotado, los enanos se movieron apresuradamente, saliendo de los refugios donde dormían y dirigiéndose desde los puestos nocturnos hasta las posiciones asignadas en el perímetro de lo que había sido Klanath.

Y, a medida que la niebla se alejaba en derredor, Derkin Legislador y todos los demás descubrieron que la bruma había sido enviada como cobertura. Por todas partes, rodeando el campamento enano, había filas y legiones de soldados humanos. Los había a millares, batallones montados y de infantería, piqueros y lanceros, compañías de arqueros y ballesteros: un poderoso ejército al completo en posición de ataque por todos los lados. Y encima de cada unidad ondeaban estandartes de Daltigoth, del imperio de Ergoth, de las tropas del emperador Quivalin Soth V.

Derkin giró sobre sí mismo, intentando calcular el incalculable número de las fuerzas enemigas, buscando rutas de huida que no existían.

-¡Herrín! -masculló-. Nos superan en mucho. ¡Y estamos rodeados!

EL SEÑOR DE LAS MONTAÑAS

La Calzada Imperial

Durante largos instantes, las dos fuerzas, -los Elegidos y el ejército del emperador-, se limitaron a observarse mutuamente. Luego sonaron las trompetas, y un reducido grupo de jinetes humanos se separó de la apiñada formación situada a los pies de la montaña. Portando el estandarte en una larga asta, avanzaron al paso hasta encontrarse en la mitad del espacio que separaba su regimiento de la compañía de enanos más próxima. Allí se pararon y se quedaron esperando.

Derkin Legislador los observó durante un momento y después se volvió hacia Taladro.

-Trae mi caballo, -dijo.

Montado y flanqueado por los Diez, Derkin condujo a su corcel a través de las líneas enanas y cabalgó hacia el punto donde los humanos aguardaban. Cuando estuvo cerca, el hombre que se encontraba a la cabeza del grupo levantó la visera de su yelmo y alzó una mano.

-¿Eres el cabecilla de estos enanos? -demandó.

-Eso dicen, -respondió Derkin-. ¿Quiénes sois y qué queréis?

-Me llamo Coffel, -contestó el hombre-, y soy sargento mayor de los lanceros montados, al servicio de su majestad imperial. En nombre del emperador, te ofrezco la clemencia del imperio a condición de que toda tu gente deponga las armas y se rinda de inmediato.

-¿Y a qué equivale esa clemencia? -preguntó Derkin.

El hombre levantó la cabeza ligeramente, con desdén.

-Si os rendís sin oponer resistencia, no moriréis, -dijo-. En cambio, tendréis el privilegio de servir a su majestad imperial en trabajos apropiados.

-Quieres decir como esclavos, -replicó Derkin con el mismo desdén mostrado por el humano-. La mayoría de nosotros ya probamos eso, y no nos gustó. ¿Os envía Sakar Kane? ¿Está con vosotros?

El oficial vaciló un instante, y después se inclinó hacia el hombre que estaba a su lado para susurrarle algo. Este segundo jinete hizo volver grupas a su corcel y trotó de regreso hasta sus líneas. Observando atentamente, Derkin lo vio acercarse a un hombre cubierto con una capa oscura y que montaba en un caballo negro de poderosa estampa. Un instante después, el mensajero volvió al trote para decirle algo a Coffel en voz baja.

El sargento mayor se volvió de nuevo hacia Derkin.

-Estoy autorizado para informarte que el hombre llamado Sakar Kane ya no está al servicio de su majestad imperial ni goza de su favor, -manifestó-. Ha desaparecido.

-Entonces ¿quién está al mando aquí? -demandó Derkin.

-Puedes transmitirme a mí tu decisión, -dijo Coffel-. ¿Depondréis las armas?

-No quiero hablar contigo. -El enano lo miró, furibundo, y luego señaló:- Quiero hablar con él.

Coffel se giró en la silla, vio a quién señalaba Derkin, y frunció el ceño.

-No estás en condiciones de ser arrogante, -le echó en cara.

Derkin hizo un ademán fortuito, los Diez cogieron las ballestas que llevaban colgadas en las sillas. Como un solo hombre, tensaron los muelles, pusieron las saetas en las ranuras y apuntaron.

-Y tú, humano, no estás en condiciones de volver vivo con tus amigos, -retumbó Derkin-, así que deja de discutir. Quiero hablar con el hombre que está al mando.

Pálido y furioso, el sargento mayor volvió a susurrar algo a su ayudante, y de nuevo el mensajero regresó hasta sus líneas, esta vez a galope. Tras unos instantes, el hombre de la capa oscura hizo que su caballo se adelantara y siguió al mensajero a donde se mantenía la conferencia. Haciendo caso omiso de las ballestas aprestadas, el recién llegado contempló a Derkin con unos ojos en los que el poder era palpable, unos ojos que semejaban pequeños espejos oscuros en un semblante de rasgos fuertes y expresión brutal.

-Soy Dreyus, -dijo-. Y tú debes de ser el enano al que llaman Derkin. Durante todo el invierno han estado llegando vagabundos a Daltigoth hablando de tu ataque a Klanath. Dijeron que quemaste la ciudad, pero ahora veo que has hecho algo más que eso. Sois unos hombrecillos muy laboriosos, ¿verdad?

-¿A qué habéis venido? -preguntó Derkin.

-Me ocupo de los asuntos del emperador, y ésta es la calzada imperial, -ronroneó Dreyus-. Y lo que quiero es que todo vuelva a estar en orden, siguiendo mis instrucciones. Podréis empezar tan pronto como os hayáis rendido. Por cierto, eso es algo que podéis hacer ahora.

-Antes te veré asándote en el infierno, -replicó Derkin.

-Ah, -siseó Dreyus-. Eres como me habían contado. Muy bien, en tal caso, no me verás de ningún modo. Ni verás ninguna otra cosa.

Apuntó con un dedo a Derkin y musitó algo en un lenguaje que no era tal.

Recordando algo que había leído en un antiguo pergamino hylar. Derkin agachó la cabeza y cerró los ojos. La cegadora luz que salió disparada del dedo del humano fue como un relámpago silencioso; pero, en lugar de dar en los ojos del enano, se reflejó en su yelmo, brillante como un espejo, y rebotó. Coffel soltó un aullido y se llevó las manos a los ojos; después cayó de espaldas cuando su caballo se encabritó al tiempo que relinchaba enloquecido. En un instante, hombres y corceles cegados se encontraban brincando, corcovando, cayendo y tambaleándose en distintas direcciones. De todos los humanos del pequeño grupo, sólo Dreyus continuaba sentado en la silla, ajeno al pandemónium.

-No vuelvas a hacer eso, -sugirió Derkin-. La próxima vez, los que me acompañan te convertirán en un puerco espín.

-Deduzco que no pensáis rendiros, -replicó, furioso, Dreyus.

-Desde luego que no, -repuso Derkin-. Somos enanos libres, y lo seguiremos siendo o moriremos. Lo que es más, Klanath no volverá a levantarse, como pretendes. Está demasiado cerca de Kal-Thax, y no queremos tener asentamientos humanos tan próximos. Asimismo, ésta no es la calzada imperial, porque aquí no hay ninguna calzada. Si tú y tu emperador queréis seguir molestando a estas gentes del este, tendréis que buscar otra ruta, porque esta está cerrada.

-¿Cerrada? -repitió Dreyus con desdén-. No podéis impedirnos que utilicemos la Quebrada de Roca Roja.

-No tenemos que hacerlo. -Derkin esbozó una sonrisa-. Ya no existe ese paso. Mis excavadores lo cegaron hace un mes. Podéis escalarlo a pie, pero no conseguiréis que un caballo lo cruce.

Los ojos del hombretón parecieron arder, y su rostro se ensombreció por la cólera.

-Habéis perdido la oportunidad de salvar la vida, -siseó.

-Oh, por cierto, ¿puedes decirme dónde está Sakar Kane? -preguntó el enano con tono coloquial-. Todavía tengo un asunto pendiente con él. Si hay algo que no soporto, es a un mentiroso.

Dreyus dirigió una mirada furibunda a Derkin.

-Estás loco, -dijo. Sin añadir una sola palabra más, hizo que el caballo negro volviera grupas, y se alejó al trote.

-¿Por qué no le clavamos una cuantas saetas? -preguntó Taladro-. Todavía está a tiro.

-No. -Derkin sacudió la cabeza-. Aún no nos han atacado. -Sin moverse del sitio, siguió con la mirada al hombretón que regresaba junto a sus tropas. Al cabo de un momento, un par de jinetes salieron de la formación y se dirigieron a galope hacia el este.

-No ha creído lo que le he dicho sobre la Quebrada de Roca Roja, -comentó Derkin. Entonces hizo volver grupas a su caballo y regresó con sus tropas-. Quizá cuando compruebe que es verdad que el paso está cegado, dé media vuelta y se marchen.

-Si no lo hacen, probablemente todos moriremos aquí -comentó Garra-. Esos soldados nos tienen rodeados. No tenemos fortificaciones, y nos superan por dos a uno.

-Entonces, tal vez muramos, -se mostró de acuerdo Derkin. Sus ojos, entre tristes y coléricos, recorrieron el campamento. En un área de doscientos metros de diámetro, el terreno baldío de lo que una vez había sido Klanath, se distribuían las tropas enanas en formaciones defensivas. Cada enano llevaba un escudo al hombro, y manejaba dos jabalinas; uno de cada dos tenía colgada a la espalda una ballesta, y los otros llevaban hondas. Además, cada enano estaba equipado con una espada y un hacha o una maza.

Dentro del círculo aguardaban en hosco silencio las otras compañías, cientos de soldados a caballo y muchos cientos más de a pie. Incluso en circunstancias tan adversas, rodeado en un terreno abierto y árido, sin más fortificación que el reducido esqueleto del viejo palacio donde algunas de las mujeres cuidaban de los débiles, el ejército de Derkin resultaba formidable.

-Tal vez nos maten, -admitió el cabecilla-, pero hacerlo les saldrá muy caro.

Era mediodía cuando los vigías situados en las ruinas del palacio vieron a los dos exploradores de Dreyus regresar por el este. Los tambores sonaron, y Derkin se reunió con su grupo de comandantes una última vez.

-El humano ya lo sabe, -dijo-. Le han confirmado que la Quebrada de Roca Roja es intransitable, y ahora se marchará o atacará. -Se volvió hacia el único humano que había en el campamento, Tulien Gart-. ¿Cuál de las dos cosas crees que hará?

Gart sacudió la cabeza.

-Un oficial normal se marcharía, -dijo-. Oh, sí, puede que hiciera alguna ostentación de fuerza, maldiciéndote y lanzando unas cuantas flechas contra tus fuerzas, pero se daría cuenta de la futilidad de entablar una batalla campal aquí, aunque saliera victorioso de ella,

y se retiraría e iría a buscar otra ruta hacia el este. Pero el que está ahí no es un oficial normal, Derkin. Es Dreyus, y a ese hombre no le gusta que obstaculicen sus planes.

-Eres libre de marcharte, -le dijo Derkin-. Te dejarán incorporarte a sus filas.

-No, no lo harán, -repuso Gart, taciturno-. Dreyus sabría que he estado aquí por propia elección, y comprendería cómo te has enterado de las tácticas de combate de las tropas imperiales. Si tengo que morir, prefiero que sea aquí, de manera rápida y honorable, y no caer en manos de los torturadores del emperador.

-Entonces, ármate, -dijo Derkin-. Y busca un caballo que te acomode. -Se volvió hacia sus oficiales-. ¿Estamos preparados?

Todos los comandantes asintieron con la cabeza.

-Tan preparados como siempre, -contestó uno de ellos.

Dieron media vuelta y se dirigieron hacia sus respectivas unidades.

Taladro dio un codazo a Derkin y señaló. A corta distancia, Helta había salido de las ruinas del palacio; llevaba puestos un yelmo y una armadura hecha con piezas descabaladas, todo demasiado grande para ella, y manejaba una espada y un escudo. Se encaminaba hacia la primera línea del frente.

-¿Quieres que la hagamos volver al refugio? -preguntó el Primero.

-No serviría de nada, -contestó Derkin-. Está decidida a luchar. Pero tráela aquí, y así podré tenerla cerca y vigilada.

Las trompetas sonaron por doquier, y el cordón humano empezó a cerrarse en torno a los enanos. Dreyus había tomado una decisión. Las compañías de infantería iban a la cabeza, con arqueros entre sus filas. Cuando se encontraron a una distancia de setenta metros, los soldados de a pie se detuvieron; los arqueros se adelantaron y se situaron en una doble fila, la primera con una rodilla en tierra y la segunda de pie.

-Primero vienen las flechas, -musitó Derkin como si estuviera recitando un manual de tácticas de guerra-. ¡Tambores!

Los vibrales alzaron sus voces, y los escudos se levantaron por todo el campamento de manera que, desde la línea exterior hacia el centro, las filas enanas se convirtieron en un muro de acero.

Los arqueros humanos dispararon a la par, y el cielo cobró vida con una nube de flechas. Sin embargo, en el mismo momento en que los proyectiles salían impulsados por las cuerdas, pequeños grupos de enanos cargaron a través de la línea exterior por una docena de puntos distintos y corrieron tan deprisa como se lo permitían sus fornidas y cortas piernas. Las flechas pasaron por encima de sus cabezas y fueron a caer en las filas que había detrás de ellos; antes de que los arqueros tuvieran tiempo de reaccionar, los enanos se les habían echado encima descargando ferozmente sus armas a diestro y siniestro.

Los humanos, desconcertados y con los ojos desorbitados, armados sólo con sus arcos y sus dagas, cayeron a docenas antes de que las compañías de infantería que estaban detrás pudieran reaccionar. Y, cuando los soldados mejor armados se lanzaron a la carga, entorpecidos por los arqueros que se batían en retirada y por los cuerpos de los caídos, sólo vieron las espaldas de los enanos de los grupos de ataque que corrían de vuelta a la seguridad de sus líneas protegidas con escudos.

Entre los enanos, unos pocos habían sido alcanzados por las flechas. La mayoría de los proyectiles sólo había encontrado escudos en su camino, y otros se habían hincado en el duro suelo, pero, aquí y allí, unos cuantos enanos habían caído, algunos de ellos muertos y otros heridos.

-Ballestas y hondas, -ordenó Derkin.

Los tambores iniciaron un redoble, y en la línea exterior todos los enanos arrodillados levantaron sus ballestas. Los que estaban entre los ballesteros empezaron a dar vueltas a sus hondas, saturando el aire con un profundo zumbido, de manera que el campo de batalla semejó por un instante una colmena de furiosas abejas. Entonces las ballestas chasquearon, las piedras volaron, y en derredor de los enanos, por doquier, los soldados humanos gritaron y cayeron.

-Primer ataque, primera represalia, -masculló Derkin. Subió a su caballo de batalla y aupó a pulso a Helta, que se sentó detrás de él. A su alrededor, los Diez montaron y formaron un cerrado cordón defensivo. Los tambores lanzaron un redoble, y por doquier las compañías de enanos montados subieron a sus corceles-. Adelantará a su infantería otra vez, -predijo Derkin-. ¡Jabalinas!

Como respondiendo a las previsiones del cabecilla enano, las trompetas hicieron eco de los tambores, y los piqueros humanos y los soldados que manejaban mazas avanzaron trotando por todas partes. Los enanos de la línea exterior se arrodillaron tras sus escudos, sin moverse, mientras los atacantes incrementaban la velocidad de la carga. Los humanos llegaron a cuarenta metros, luego a treinta, después a veinte.

-¡Lanzamiento y carga! -ordenó Derkin, y los tambores transmitieron su mensaje.

Como un solo hombre, todos los enanos de primera línea se pusieron de pie, apuntaron y arrojaron las jabalinas, que fueron seguidas de inmediato por un segundo lanzamiento. Al mismo tiempo que la primera andanada de afilados proyectiles alcanzaba a los humanos y la segunda iba en camino, todos los enanos de la segunda línea levantaron escudos y espadas y cargaron a la par que lanzaban gritos de guerra.

Ésta no era una táctica humana, sino una estrategia nueva de los Elegidos, y sus efectos fueron mortíferos. Todavía avanzando, enfrentándose a las jabalinas que abrían huecos en sus filas, tropezando con los cuerpos de sus compañeros empalados, los piqueros y maceros humanos fueron cogidos completamente desprevenidos cuando un millar o más de enanos les salió al paso frenando su avance y arremetiendo a diestro y siniestro. Las picas acometieron, y en su mayoría pasaron sobre las cabezas de los enanos. Las espaldas enanas se tiñeron con sangre humana; las mazas y los escudos enanos machacaron rodillas y mandíbulas humanas.

Entonces, como había ocurrido antes, los enanos dieron media vuelta y se retiraron para regresar rápidamente a sus líneas. Al incorporarse a ellas, dichas líneas retrocedieron hacia el centro, cerrándose más y presentando un frente defensivo más compacto. No todos los enanos que habían lanzado el contraataque habían regresado; muchos yacían en el suelo, y su sangre se mezclaba con la de sus enemigos. Pero la mayoría volvió, y la línea exterior se cerró un poco más para cubrir el hueco de los que faltaban.

Alrededor de la compacta fuerza enana, la sorpresa y el desconcierto cundieron entre las filas humanas. A la orden de Dreyus, sus oficiales habían lanzado un ataque de manual militar contra un enemigo que estaba rodeado. Primero, una andanada de flechas, seguida de picas y mazas para sobrepasar la línea exterior, con las compañías de caballería en reserva que después consumirían el ataque con una carga demoledora.

Era una táctica clásica, y debería haber funcionado, pero los enanos no habían actuado como era de esperar. En lugar de acobardarse y huir de las flechas, habían avanzado por debajo de la andanada de proyectiles y habían diezmado a los arqueros. En lugar de reagruparse para defenderse contra la infantería, habían lanzado su propia andanada de flechas. Y, en lugar de caer ante las picas y las mazas, habían contraatacado, y ahora reinaba un caos total en las compañías de infantería de la vanguardia.

Sonaron las trompetas, y por todo el perímetro los soldados humanos dieron media vuelta y retrocedieron hacia sus posiciones originales, algunos corriendo tan deprisa como podían.

Derkin condujo su caballo hacia donde se encontraba Tulien Gart junto a una montura ensillada para un humano.

-Gracias, -dijo el enano-. Me enseñaste bien la estrategia de las fuerzas humanas.

-Todavía no ha acabado, -repuso Gart, que lo miraba con gesto sombrío-. Ése era sólo el primer asalto. Volverán.

-¿Por qué? -preguntó Derkin-. Han perdido centenares de hombres. ¿No es suficiente?

-Lo sería para un oficial normal, -dijo el hombre-. Pero habéis humillado a Dreyus, y no puede dejar que os quedéis sin castigo por ello.

Detrás de Derkin, Helta se asomó por un lado para mirar al humano.

-Pero ¿quién es ese tal Dreyus? -preguntó.

-No lo sé realmente. -Gart se encogió de hombros-. Nadie sabe gran cosa sobre él, salvo que lo que hace y dice es como si lo hiciera o lo dijera el propio emperador. Algunos sospechan que en realidad es Quivalin Soth bajo otra apariencia... en otro cuerpo, por así decir. Dos hombres distintos, pero con una sola mente. Sin embargo, ni siquiera los hechiceros que conozco saben cómo puede hacerse algo así.

-¿Cuál será su siguiente maniobra? -preguntó Derkin.

-Probablemente intentar una aproximación con una carga de la caballería, -respondió Gart-, con los lanceros a la cabeza y la infantería detrás de ellos. Es una táctica utilizada desde antiguo en circunstancias como ésta, cuando un primer ataque ha sido repelido. Quivalin Soth no ha sido nunca soldado, y probablemente ocurre otro tanto con Dreyus, así que se dejará aconsejar por sus oficiales otra vez.

-La carga de caballería, -dijo Derkin, pensativo-. Sí, teníamos prevista esa maniobra. Y, si también fracasa esa táctica, entonces ¿qué?

-Eso es algo que ya no estoy en condiciones de prever, -le dijo Gart-. Si sus oficiales fallan de nuevo, creo que Dreyus se pondrá al mando, y en ese caso quién sabe lo que puede intentar.

Aprovechando la retirada de los humanos, los enanos iban y venían corriendo por terreno de nadie recogiendo a los muertos a los que podían llegar sin que los alcanzara alguna flecha. Los arrastraban de vuelta hacia su campamento asediado y, tras tenderlos de manera honrosa, permanecían un momento junto a ellos para pedir a Reorx que acogiera sus almas. No había tiempo para entierros ahora; eso tendría que esperar hasta que sus tropas, bajo el liderazgo de Derkin Legislador, hubieran expulsado a los humanos.

Los vigías situados en lo alto de las ruinas del palacio hicieron una señal, y los tambores hablaron. Todo en derredor de los enanos asediados, el poderoso ejército humano se estaba reagrupando. Las compañías de caballería se movieron hacia el frente, con los lanceros montados seguidos por una ingente masa de soldados de infantería.

El Último Día

Con la última luz de la tarde llegaron los lanceros en un ataque unificado contra tres puntos distintos de la defensa enana. Desde el sur, el noroeste y el noreste, hombres y caballos protegidos con armaduras cargaron, poniendo lanzas en ristre a medida que se aproximaban al impasible frente de escudos enanos. Conforme se acortaba la distancia entre lanceros y enanos, se alzó el resonar de las trompetas, y largas filas de soldados de a pie se pusieron en movimiento cruzando el helado suelo en pos de la caballería.

Los enanos situados en los puntos de ataque se mantuvieron firmes como si hubieran echado raíces en el rocoso suelo, en tanto que los lanceros se precipitaban sobre ellos. Las puntas de acero impulsadas con el ímpetu de los corceles a galope tendido se alinearon con los escudos de acero sostenidos sólo por enanos. Entonces, en el último momento, los escudos se echaron hacia atrás y hacia abajo, y los defensores en esos puntos se dejaron caer de espaldas en el suelo, con los escudos sobre el cuerpo.

Las puntas de las lanza sólo atravesaron el frío aire en su carga, y el atronador ruido de los cascos se tornó una trápala irresoluta cuando los caballos, con los ojos desorbitados por el terror, intentaron eludir la extraña superficie horizontal de escudos. Aquí y allí, algún escudo fue pateado por los cascos, pero la mayoría de las bestias frenaron y giraron sobre sí mismas, o iniciaron un salto intempestivo para salvar la atemorizante superficie metálica. Unos cuantos lanceros salieron despedidos de las sillas, y otros se encontraron cargando en dirección contraria, contra sus propios soldados de infantería. La mayoría de ellos, sin embargo, pasaron por encima de los enanos tendidos y entraron en el campamento. Detrás de ellos, los enanos rodaron sobre sí mismos y se incorporaron al tiempo que levantaban los escudos y desenvainaban las espadas.

Ahora varios centenares de lanceros humanos giraban arremolinados tras las líneas enanas, que se cerraron a su alrededor. Unos pocos consiguieron hacer blanco con sus lanzas, pero el acoso sólo duró unos segundos. Precedida por el atronador trapaleo de cascos, la caballería enana arremetió contra los lanceros, al parecer desde todas partes. Cada corcel transportaba un enano a cada lado, y cada enano enarbolaba un arma y un escudo. Con letal eficacia, los caballos de guerra de los enanos cruzaron entre los desorganizados lanceros y volvieron grupas para cargar, repitiendo la maniobra una y otra vez.

Equipados con corazas y mallas de acero enano, y protegidos por los mismos escudos que protegían a sus jinetes, los caballos eran como una máquina demoledora contra los lanceros y sus armaduras mucho más ligera. Hombres y monturas caían a derecha e izquierda mientras las espadas y las mazas enanas se descargaban desde ambos lados de cada caballo de guerra, cortando y aplastando todo cuanto tenían a su alcance.

Ninguno de los lanceros que cruzaron las líneas enanas volvió a sus filas. Algunos, en los segundos finales de su vida, quizá habrían depuesto las armas y se habrían rendido si hubieran tenido la oportunidad de hacerlo; pero en la carga de los lanceros habían muerto enanos y, cuando la trampa se cerró sobre ellos, la señal de Derkin fue poner el pulgar hacia abajo. Sin cuartel, sin compasión. Era la cuarta ley de Derkin, simple y llanamente: si los enanos eran atacados, los enanos tomarían represalias. Si morían enanos, sus atacantes también morirían.

Durante la matanza de los lanceros, Derkin se mantuvo apartado, limitándose a seguir el combate y escuchar el canto de los tambores desde el lomo de su caballo, con

Helta sentada detrás. Ahora, cuando el último lancero cayó, Derkin alzó la vista hacia el cielo y notó el inclemente y frío viento que llegaba con el anochecer. Sabía lo que tenía que hacer a continuación. Centenares de los suyos habían muerto y otros tantos estaban heridos. A fuerza de puro y tenaz coraje y a sus astutas tácticas, habían acabado con tres humanos por cada enano caído, pero seguían rodeados y superados en número. Si los humanos persistían en sus ataques al día siguiente, los Elegidos perecerían. Era inevitable.

-El enemigo se retira para pasar la noche, -le dijo a Taladro-. Nos hemos estado defendiendo durante todo el día, y ahora debemos atacar. Tráeme a los maestros excavadores, y pide a Vin la Sombra que venga a hablar conmigo, que lo necesito.

Tulien Gart se acercó conduciendo por las riendas a su cansado caballo. El humano estaba vapuleado, y sangraba por la herida que una lanza le había abierto en el muslo, pero aguantó con dignidad de pie, plantado ante el líder enano.

-Jamás pensé que podríais rechazar esa carga, -admitió-. Los humanos no lo habrían hecho, no habrían tenido el coraje de tenderse en el suelo delante de los caballos, como hicieron los tuyos.

-Tal vez lo habrían hecho si alguna vez hubieran sido esclavos -dijo Derkin, que bajó de su corcel y ayudó a Helta a desmontar-. Lleva al comandante Gart a un cobijo, -pidió a la joven-. Véndale las heridas y búscale un sitio junto al fuego. Esta noche sopla un viento frío.

Cuando los maestros excavadores se presentaron, junto con Vin la Sombra y algunos de sus compañeros daergars, Derkin los reunió a su alrededor.

-¿Está terminada la perforación en el pico? -le preguntó al jefe de excavadores.

-Todo está preparado, Legislador, -asintió el enano con la cabeza, haciendo que su rubia barba se agitara, reluciente, a la luz de la hoguera-. Sólo hace falta apalancar.

Derkin se volvió hacia Vin.

-Hemos preparado la cara de ese pico sobre los pozos de Klanath -le dijo-, para enterrarlos con un alud de rocas. Con eso habríamos finalizado nuestro trabajo aquí, después de que las últimas piedras cortadas se hubieran transportado al paso, pero ahora necesito que el derrumbe se produzca esta noche. La mayoría de los excavadores son de ascendencia daewar, y no pueden trepar por esas pendientes en medio de la oscuridad. ¿Tienes gente capacitada para hacerlo?

Vin se había quitado la máscara, y sus grandes ojos brillaron con la luz de la lumbre cuando su rostro, de rasgos zorrunos, se arrugó con una tensa sonrisa.

-Hay luz de sobra para nosotros, -respondió-. Explicanos qué hay que hacer.

-Los excavadores han perforado agujeros para meter palancas a todo lo largo de una falla existente en lo alto de ese pico, -señaló Derkin-. Ellos te dirán lo que tenéis que buscar y cómo quebrar la roca, y os proporcionarán sus eslingas y cuerdas de escalada, así como las palancas.

-¿Un desprendimiento de rocas nos ayudará a regresar a Kal-Thax? -preguntó Vin.

-Es posible. -Derkin se encogió de hombros-. El viento es frío esta noche, y nuestros vigías dicen que algunos de los humanos han encendido sus hogueras en los fosos de las minas, para resguardarse del viento. Cabe la posibilidad de que su cabecilla, Dreyus, se encuentre allí. Sin él, los demás tal vez decidieran dar media vuelta y marcharse, en vez de perder más hombres mañana sin motivo alguno.

-Entonces esperemos que Dreyus se esté calentando a resguardo del viento, -contestó Vin, sin perder la sonrisa-. Si es así, lo enterraremos en los fosos.

-Que Reorx os proteja, Vin, -deseó Derkin-. Cuando hayáis acabado la tarea encomendada, coge a tus escaladores y trepad más arriba, hasta la cumbre, y seguid caminando. Si mañana seguimos vivos, nos reuniremos con vosotros en Fragua de Piedra. Si no vamos, comunicad a nuestro pueblo las cuatro leyes. -Apoyó la mano en el hombro del daergar y le dio un fuerte apretón; luego giró sobre sus talones y se alejó a paso vivo, seguido por los Diez.

-¿Crees de verdad que Dreyus estará en los fosos? -le preguntó Taladro, poco convencido, mientras recorrían la línea exterior del campamento, observando los centenares de hogueras humanas que los rodeaban.

-¿Quién sabe? -Derkin se encogió de hombros-. Si Tulien Gart está en lo cierto, es posible que Dreyus ni siquiera note el frío del viento. Pero nos propusimos enterrar los fosos de Klanath, y no querría dejar sin hacer ese trabajo. Además, es cuestión de que se cumpla la ley. Todo el día hemos sido atacados, y, ocurra mañana lo que ocurra, debemos tomar represalias esta noche. No se me ocurre un modo mejor de hacerlo.

Durante las horas precedentes a la media noche, los exploradores y rastreadores deambularon por la zona que había entre el campamento enano y el ejército que lo rodeaba, buscando puntos débiles, alguna posible vía de escape. No encontraron nada, y sus informes sólo confirmaron lo que Derkin ya sabía: si los humanos reanudaban el ataque a la mañana siguiente, todos los suyos estaban condenados. No podían huir, y no conseguirían resistir otro día más en esta área baldía, expuesta e indefendible.

Cerca de la medianoche, Derkin entró en las ruinas del palacio una última vez. Encontró a Helta y se sentó a su lado un momento, junto al moribundo fuego.

-Nos habríamos casado a nuestro regreso a Kal-Thax -dijo-. Es a lo que esperaba. Quería desposarte en suelo enano, en una tierra segura para los de nuestra raza.

-¿Vamos a morir mañana, Derkin? -preguntó ella en voz queda.

-Existe una posibilidad, una muy pequeña, de que los humanos se retiren, -contestó-. Pero si no lo hacen...

Dejó que su voz se desvaneciera sin finalizar la frase. Helta cogió entre sus manos la de él.

-A partir de este momento, eres mi esposo, -dijo-. Quisiera disfrutar de una larga vida a tu lado, si ello es posible; pero, si no lo es, al menos moriremos siendo un solo ser.

De repente, el suelo pareció sacudirse con un temblor, y un ruido atronador retumbó en las paredes. Todavía cogidos de la mano, la pareja salió de las ruinas del palacio. El frío viento nocturno había hecho jirones el denso manto de nubes, y se veían brillar las estrellas. Detrás del sector del campamento humano situado al sur, y a bastante altura sobre él, una gigantesca porción de la cara de la montaña se deslizaba pendiente abajo, ganando ímpetu con cada palmo que bajaba; millones de toneladas de roca quebrada se precipitaban por la escarpada pendiente, aplastando y enterrando todo cuanto se encontraba en los cuatrocientos metros de anchura de su destructivo paso. En cuestión de segundos, el alud, un inmenso muro de peñascos rodantes, se precipitó sobre la parte inferior de la ladera y continuó, arrollador, hacia los fosos de Klanath iluminados por fuegos de hogueras. A pesar del ruido atronador del desprendimiento, los enanos alcanzaron a oír los gritos de los humanos.

Las rocas, rebotando y brincando, llegaron a los pozos de las minas y los cubrieron, y siguieron rodando otros cien metros arrasando hilera tras hilera de soldados humanos acampados. Y, al tiempo que moría el aterrador estrépito, se levantaron nubes de polvo que se alejaron a lomos del viento.

Vin la Sombra había hecho su trabajo; él y otros cincuenta o sesenta mineros daergars habían puesto punto final a la labor iniciada por los excavadores daewars. Las minas de Klanath ya no existían.

Pero, mientras todavía contemplaba cómo se alzaban las nubes de polvo, Derkin supo que Dreyus había sobrevivido. De algún modo percibió que el extraño y perverso hombre, que tal vez fuera otra encarnación del emperador Quivalin Soth V, no había estado en el paso del alud. Dreyus seguía vivo, y al día siguiente su ejército terminaría lo que había empezado ese día.

Con una expresión en los ojos tan fría y desapacible como el viento nocturno, Derkin se volvió hacia Taladro.

-Despierta al campamento, -ordenó-. Nos ponemos en movimiento de inmediato.

-Pero ¡si no hay salida! -musitó Garra Púa de Roble-. Seguimos estando rodeados.

-Vamos hacia allí. -Derkin señaló la todavía ondeante polvareda-. En esa zona, con la montaña a nuestra espalda, podremos hacerles pagar mucho más cara nuestra muerte.

La oscuridad y la rapidez eran los últimos aliados de los enanos. Antes de que los soldados acampados al este y al oeste de la nube de polvo en expansión causada por el alud tuvieran tiempo de reaccionar y volver a cerrar el cerco, todo el campamento de Derkin se había puesto en marcha. Dejando tras de sí la desolada área que rodeaba el palacio en ruinas, se trasladaron llevándose consigo todo lo que podían cargar, transportar o conducir hacia la zona de cascotes rodados que se amontonaban al pie del escarpado y fracturado risco.

Sin embargo, mientras los suyos se atrincheraban allí, en la última hora de oscuridad, Derkin recordó una deuda de honor. Al borde de las rocas desprendidas en el alud, Tulien Gart se esforzaba por imponerse a un reacio caballo para ir tras los enanos por el laberinto de piedra desperdigada. Ordenó a los Diez que se quedaran y organizaran la defensa, y él bajó por la pendiente, presuroso, hacia el hombre. Al acercarse, levantó una mano.

-Has hecho cuanto podías hacer por nosotros, humano, -dijo-. Dreyus sigue vivo y, si te quedas aquí, morirás. Sube a ese caballo y sigue la nube de polvo. En la oscuridad y la confusión, un jinete tiene posibilidad de escabullirse.

Gart vaciló un instante, y después asintió con la cabeza. Ya no podía hacer nada más allí. El enano le estaba devolviendo una deuda de gratitud, ofreciéndole la posibilidad de vivir. Tulien Gart apartó al caballo de las piedras e inclinó la cabeza en un gesto de sincero respeto.

-Adiós, Derkin Legislador, -dijo-. Que los dioses a los que sirves te protejan.

Entonces montó y se alejó al trote hacia el este, bajo el brillo de las estrellas, siguiendo el rumbo de la nube de polvo.

Derkin se volvió y vaciló. Percibía que no estaba solo, pero no se veía a nadie. De pronto, bajo la luz de las estrellas, de la nada apareció un rostro, y Derkin suspiró. Helta lo había seguido.

-Sigues teniendo la capa elfa de invisibilidad, -dijo con voz áspera-. Creí haberte dicho que...

Unos pies arrastrándose por el suelo y unos murmullos excitados llegaron a sus oídos.

-¡Es el jefe! ¡Cogedlo!

-¡Derkin, cuidado! -gritó Helta.

Pero era demasiado tarde. Algo pesado lo golpeó en el casco, a la altura de la sien izquierda, y se hundió en la negrura mientras el suelo salía a su encuentro.

Aturdido, incapaz de moverse ni de emitir un gemido, Derkin vio la luz de una antorcha, y se encontró rodeado por humanos. Era una patrulla que rondaba por el campo. Sonó el zumbido de una honda, y un soldado gritó y la antorcha se apagó. En la oscuridad, Derkin sintió que algo se extendía sobre él. Entonces las voces sonaron de nuevo, unas voces guturales, humanas:

-¡Bah, es sólo una chica enana! -dijo una-. Ésta no es el jefe, Cooby.

-Juro que estaba aquí -gruñó otra voz-. Al menos, es lo que me pareció.

-Bueno, pues ahora no hay nadie más que la chica. ¡Eh, cogedla! ¡No dejéis que escape!

-Tranquilo, ya la tengo. ¡Ay! ¡Eh, echadme una mano! ¡Es tan fuerte como un buey!

Gritando sólo en su mente, Derkin no pudo hacer otra cosa que escuchar cómo los humanos se llevaban a Helta. Pasaron unos segundos, y empezó a recobrase, pero los sonidos ya se perdían en la distancia.

Pero entonces las pisadas que se alejaban se detuvieron, y la voz de un humano gritó:

-¡Oh, cielos, no!

Otras voces ahogaron la suya, gritando y chillando. Sonaron varios golpes sordos, y ruidos metálicos. A fuerza de pura voluntad, Derkin obligó a sus dedos a moverse, luego a sus manos, sus brazos y sus piernas. Rodó sobre sí mismo, se incorporó tambaleándose, y la capa de invisibilidad cayó al suelo. El mundo pareció oscilar a su alrededor, pero se esforzó en enfocar los ojos cuando atisbó un movimiento. Estrechó los párpados para ver mejor y entonces soltó una exclamación ahogada.

Helta venía hacia él bajo la luz de las estrellas, y empezó a acariciarlo y a hablar atropelladamente.

-¡Estás vivo! -dijo-. Oh, qué miedo he pasado.

Derkin miró por encima de la joven a las dos enormes y tambaleantes figuras que habían aparecido tras ella. Helta volvió la cabeza.

-Goath y Ganat estaban vigilando, -explicó-. Me salvaron.

-Compañera bonita de Derkin, -retumbó uno de los ogros, con un tono casi de disculpa-. Pequeña mujercita hermosa. Humanos actúan mal con ella.

-Pero no molestan más hermosa enana, -añadió el otro-. Hemos partido sus cabezas.

La primera luz del alba trajo desconcierto a las fuerzas de Dreyus. El campamento enano en el centro del área desmantelada había desaparecido, pero no tardaron mucho en descubrir dónde se había trasladado. Durante la noche, un gran alud había aplastado el sector central del cordón del ejército, en la zona meridional. Donde antes estaban los pozos de las minas ahora sólo había una vertiente de rocas y peñascos desprendidos, y al menos un batallón de soldados acampados allí había desaparecido como si nunca hubiera existido. Pero a los enanos sí los encontraron. Se habían refugiado entre las piedras desprendidas en la pendiente.

Justo fuera del alcance de ballestas, jabalinas y hondas, Dreyus y sus oficiales se reunieron en el llano y miraron hacia arriba, a los enanos que quedaban.

-Mi señor, hemos perdido casi dos mil hombres en un día y una noche, -hizo notar uno de los primeros oficiales-. Esos enanos no pueden vencer, desde luego, están atrapados en ese sitio, con el risco a sus espaldas y nuestras unidades rodeándolos. Pero todavía son varios miles, y combaten ferozmente. Hoy perderemos muchos más hombres. Con la

calzada cerrada sin posibilidad de volver a abrirla, ¿merece este sitio tan alto precio para su majestad imperial?

-Hablo por boca del emperador, -replicó Dreyus ásperamente-. Esos enanos se han entremetido en el destino del imperio, y deben pagarlo. Sin cuartel y sin tomar prisioneros. Acabaremos con ellos de una vez por todas.

En la ladera de piedras rodadas, aparecieron varios enanos sobre una roca lisa, apenas a sesenta metros de distancia de Dreyus y sus oficiales. Dreyus reconoció a Derkin y gruñó como una fiera. El enano estaba a plena vista, con los brazos en jarras y mirando en esta dirección, como si estuviera contando el ejército humano, como refocilándose con las evidentes bajas que había sufrido.

-Quiero que mueran todos, aquí y ahora, -siseó Dreyus-. Quiero que la cabeza de ése sea enviada a Daltigoth.

-Sí, mi señor. -El oficial mayor saludó-. Entonces, nos reagruparemos. Su nueva posición requiere algunos cambios de tácticas.

-¿Un retraso? -Dreyus lanzó una mirada furibunda al hombre-. ¿Cuánto tiempo?

-Tardaremos unas cuantas horas en situar nuestras tropas en sus nuevas posiciones, pero estaremos listos antes del mediodía, -repuso el oficial-. Entonces podremos atacar a los enanos.

-¡Quiero que esto acabe hoy! -manifestó Dreyus.

El oficial conferenció con sus tenientes un momento, y después saludó de nuevo a Dreyus.

-Se hará como ordenáis, mi señor.

A la izquierda de los humanos, justo detrás de la vertiente este del desprendimiento, se levantó un clamor. Durante largos minutos la ladera quebrada del pico retumbó con el ruido de un furioso combate, y entonces una compañía de lanceros y varios cientos de soldados de infantería aparecieron corriendo por entre las rocas desprendidas, gritando y señalando hacia atrás.

-¡Enanos, un millar o más! -gritó el oficial-. ¡Nos atacaron por la retaguardia!

Los Elegidos, encaramados a las rocas, también habían oído el clamor, e intentaron ver qué ocurría. Un centenar o más treparon hasta unos puntos de observación y miraron hacia el este justo en el momento en que un gran grupo de enanos aparecía en las rocas por aquel punto. Eran extraños, pero a su paso habían dejado el rocoso suelo sembrado de humanos muertos. Sin ningún tipo de ceremonia, los recién llegados avanzaron a paso vivo entre las piedras desprendidas.

-¿Dónde está Mazamarra? -gritó uno de ellos, un joven enano fornido, de dorada barba.

Derkin y los Diez rodearon a toda prisa un montón de piedras.

-Aquí estoy, -respondió-. ¿Quiénes sois? -Se paró y parpadeó-. ¿Oropel? ¡Por la barba bermeja de Reorx! ¡Es Oropel Cuero Rojo!

-Por supuesto. -El daewar sonrió-. Y éstos son amigos míos. -Señaló a un joven hylar, robusto y de barba oscura, que estaba a su lado-. Éste es Calom Vand, hijo de Dunbarth Cepo de Hierro. Entre él y yo dirigimos a esta tropa, por turno. Te estamos buscando desde el otoño, y entonces, hace una semana, Calom tuvo un sueño extraño.

-Soñé con un canto de tambores, -explicó el joven hylar-. Y oí una voz que decía que debíamos venir al paso de Tharkas.

-Y eso hicimos, -añadió Oropel-. ¿Sabes que esa garganta está llena de piedras cortadas? Hay suficientes para construir una ciudad. En fin, que vinimos a través del paso, y aquí estáis.

-¿Por qué me buscabais? -Derkin frunció el entrecejo-. ¿Es que el consejo de thanes ha cambiado de opinión? En tal caso, ya es un poco tarde.

-Bueno, no es eso exactamente, pero los thanes lo pensaron mejor después de lo de Sithelbec.

-¿Sithelbec?

-Oh, supongo que no sabes nada sobre ello. Hubo una gran batalla allí, entre las fuerzas del emperador y los elfos. Fuimos allí con Dunbarth, para ayudar a los elfos. Después, Dunbarth y mi padre mantuvieron una dura conversación con el viejo Bando Basto.

-¿Basto? ¿El thane theiwar de Thorbardin? -Derkin miraba con curiosidad al joven daewar.

-El mismo, -confirmó Oropel-. Resulta que esos theiwars renegados a los que siempre ha defendido han estado metidos hasta las orejas en esa guerra, ayudando al imperio. Basto insiste en que no sabía nada del asunto, pero mi padre no lo cree. Y, hablando de guerra, habéis montado una buena aquí. ¿Podemos unirnos a vosotros?

-Ya lo habéis hecho, -comentó Derkin-. Pero tal vez os arrepintáis. No tenemos muchas posibilidades de llegar con vida al final del día.

Calom Vand había trepado hasta una zona alta, y se resguardaba los ojos con una mano mientras su mirada recorría el inmenso ejército humano extendido frente a la zona del desprendimiento.

-Entiendo a lo que te refieres, -dijo-. ¿Quiénes son?

-El ejército del emperador, -contestó Derkin.

-¿El ejército al completo? -musitó Oropel, que frunció los labios y soltó un silbido bajo-. ¡Vaya! Nos hemos metido en algo gordo, ¿verdad? -Levantó la espada y contempló gravemente su ancha hoja de acero-. Bueno, Mazamarra, puesto que estamos aquí, supongo que ya formamos parte de tu ejército.

-Legislador -gruñó Taladro Tolec-. Se llama Derkin Legislador. Mazamarra era antes, en Kal-Thax.

Durante el transcurso de la despacible mañana, los Elegidos y sus inesperados refuerzos se atrincheraron entre las rocas desprendidas y observaron los movimientos de las legiones imperiales por el llano. Todos los enanos del ejército de Derkin sabían que este sitio sería su última posición y que no había esperanza para ellos. Incluso con la llegada de los ochocientos guerreros de Thorbardin, no podían vencer. Pero siguieron observando, fascinados, el espectáculo que ofrecía uno de los ejércitos más grandes mientras maniobraba para situarse en posición de lanzar un último y mortal ataque.

-No habrá más cargas de caballería, -les dijo Derkin a los que estaban a su alrededor-. Las compañías montadas se están situando en la retaguardia y a los flancos ¿veis? No pueden utilizar caballos en una zona inclinada de piedras desprendidas, como nos pasa a nosotros, pero se han asegurado de cortarnos cualquier posible retirada.

-Ahora lamento no haber guardado las catapultas de lord Kane -comentó Taladro-. Aquí podríamos utilizarlas.

Cuando el sol estuvo alto, el ingente movimiento de legiones y batallones terminó. Grandes compañías combinadas de infantería, cuyos soldados vestían pesadas armaduras, constituían ahora las primeras líneas de la formación humana. Los había a millares, fila tras

fila, y pelotón tras pelotón. Derkin no necesitaba que Tulien Gart le dijera lo que pretendían hacer los humanos. Se aproximarían a pie, protegidos por sus armaduras; algunos caerían, pero por cada uno que muriese habría otros diez detrás. Vendrían en una oleada tras otra, subiendo entre las rocas, y seguirían viniendo. Ahora no había nada que los enanos pudieran hacer para detenerlos.

Sonaron las trompetas, y la primera oleada de ataque empezó. Los miles de soldados de a pie con armadura echaron a andar hacia la zona del alud, marchando hombro con hombro, sin que parecieran tener mucha prisa. No hubo carga ni carreras. Los soldados se limitaron a caminar, dirigiéndose hacia el área del desprendimiento. Por encima de ellos, los enanos esperaron, con las armas prestas.

-Hacedles pagar muy caro el día de hoy, -instó Derkin Legislador a su gente-. Haced que nunca olviden a los enanos de Kal-Thax y de Thorbardin.

Ajuste De Cuentas

Los primeros soldados de infantería que entraron en el desprendimiento fueron recibidos por jabalinas lanzadas con mortífera precisión. Los mejores excavadores de Derkin y algunos de Thorbardin habían recogido todas las jabalinas que quedaban y se habían situado en la vanguardia, desde donde podían salir de detrás de cubierto, lanzar las armas arrojadizas, y volver a resguardarse.

La lección final que muchos humanos aprendieron ese día fue que la extremada puntería con una jabalina era algo innato en la raza enana, y en especial en los excavadores. Durante siglos, la jabalina había sido una herramienta básica en la mayoría de las culturas enanas. Se había utilizado para escalar, en las excavaciones, en las minas y para atravesar los precipicios mucho antes de que se utilizara como arma. Un buen escalador o cavador hundiría la jabalina en una grieta de dos centímetros de ancho con la fuerza suficiente para asegurar en ella las cuerdas de escalar.

Ahora, mientras las primeras filas de humanos entraban en la zona del desprendimiento, los enanos encontraron dónde hacer blanco: las aberturas de las viseras, el hueco desprotegido en la garganta, juntas entre los petos y la malla de los hombros, alguna espinillera mal ajustada; cualquier resquicio en las armaduras de los humanos lo bastante grande para que penetrara la afilada punta de las jabalinas. Todos sintieron el aguijón de las armas enanas. Casi ochenta soldados cayeron, alcanzados por las agudas y finas picas, antes de que los enanos hubieran arrojado todas las que tenían. Y otros cincuenta cayeron con los certeros disparos de las ballestas y los proyectiles de las hondas antes de llegar lo bastante cerca para poder utilizar sus espadas.

Pero la oleada de soldados era abrumadora. Los enanos combatieron contra ellos en la parte baja de la ladera del desprendimiento, y después retrocedieron y se detuvieron para volver a luchar, un poco más arriba de la pendiente sembrada de rocas. Lenta, inexorablemente, los enanos fueron obligados a retroceder y a agruparse por el peso de la superioridad del número del enemigo.

Murieron humanos y enanos mientras los ecos del feroz combate resonaban en las indiferentes cumbres.

Derkin y los Diez parecían estar en todas partes, reforzando la defensa aquí, defendiendo la retirada allí, organizando improvisadas emboscadas y contraataques. Una

vez dentro del laberinto de rocas desprendidas, los humanos perdían contacto con sus oficiales en ocasiones, y docenas de grupos pequeños y desperdigados deambulaban sin rumbo aquí y allí, a veces eligiendo el camino equivocado... y pagando con sus vidas el error. Pero los tambores enanos sonaban de manera constante, dirigiendo las estrategias y los movimientos de las disciplinadas fuerzas de Derkin. Durante una hora, y después otra, pareció que los enanos iban a poder mantener su posición entre los peñascos. Sin embargo, al mismo tiempo que Derkin caía en la cuenta de que estaban resistiendo, los tambores le informaron que otra oleada de atacantes penetraba en la zona del alud.

Mientras el sol continuaba su recorrido hacia poniente, la ladera del derrumbe se convirtió en un pandemónium de frenética lucha cuerpo a cuerpo. Hacia dondequiera que se volvieran los enanos, había soldados imperiales presionando, empujándolos, matándolos a docenas. Derkin se encontró en una angostura entre peñascos, luchando por su vida contra tres humanos. Al otro extremo de la grieta, los Diez, -o lo que quedaba de ellos-, se enfrentaban con una docena de soldados. Pero otros cinco humanos habían entrado por alguna otra parte, y Derkin y alguien más se encontraron luchando, espalda contra espalda, contra un número muy superior de enemigos. Maza y escudo contra escudos, armaduras y espadas centelleantes; Derkin Legislador admitió para sus adentros que sólo le quedaban unos instantes de vida.

-Por los Elegidos, -gritó-. ¡Por Kal-Thax!

Directamente detrás de él, una voz profunda respondió:

-Por Thorbardin. Everbardin, acoge mi alma.

Al oír la voz, Derkin supo quién luchaba a su lado. Era el hylar, Calom Vand, el hijo de Dunbarth Cepo de Hierro.

Derkin desvió con su escudo una feroz estocada a dos manos, y respondió al golpe. Su maza dejó una profunda abolladura en el peto de un humano, que retrocedió tambaleándose, pero el enemigo continuó atacando. Detrás de él, oyó una exclamación ahogada y el sonido de pulmones desgarrados, pero de nuevo sonó el choque de acero contra acero, y supo que Calom Vand seguía vivo y era el atacante el que había caído.

Dos espadas arremetieron a un tiempo contra él, una por arriba y otra por abajo. Se agachó, paró con el escudo el golpe bajo, y se preparó para el que venía de arriba. Pero éste no llegó a descargarse, y vio la sombra del escudo de Calom por encima de su cabeza.

Recuperó el equilibrio, arremetió y dijo con voz ronca:

--Gracias.

-Mi padre tiene mucho empeño en verte... preferiblemente vivo -respondió Calom a su espalda.

Entonces, de repente, por encima del estruendo de la batalla, los tambores lanzaron una nueva llamada. Uno de los soldados humanos desvió la vista un instante, y la maza de Derkin aplastó el yelmo contra el cráneo del hombre.

-Ése es el canto que oí en mi sueño antes de que viniéramos al paso, -dijo Calom a su espalda-. ¿Qué significa?

Derkin se agachó para eludir la arremetida de una espada, plantó firmes los pies, y golpeó con el escudo al enemigo que estaba más próximo. El hombre se dobló en dos sobre el escudo, y Derkin se irguió, levantando al soldado, y lo lanzó hacia atrás contra el otro humano. Los dos cayeron al suelo, y Derkin alzó la cabeza y escuchó. Entonces sus ojos se abrieron de par en par.

-¡Significa que vienen refuerzos! -gritó-. ¡Salgamos de aquí!

-Te sigo, -dijo Calom al tiempo que hacía retroceder un paso a su adversario.

Luego, mientras los soldados humanos arremetían contra ellos por ambos lados, los enanos se tiraron al suelo y lanzaron golpes a los tobillos de sus enemigos. En medio de un estruendo metálico, tres humanos chocaron entre sí por encima de los enanos y rebotaron contra los peñascos.

-Trepá, -ordenó Derkin, que enlazó las manos a guisa de estribo e impulsó a Calom hacia la parte alta del peñasco más cercano. El hylar lo aupó un instante después. Debajo de ellos, los aturridos soldados empezaban a incorporarse sobre manos y rodillas cuando Taladro Tolec y Garra Púa de Roble entraron en la angostura y les rompieron las cabezas metódicamente.

Los tambores entonaban un enloquecido redoble, y las trompetas sonaron a lo lejos. En lo alto del peñasco, Derkin miraba boquiabierto, sin dar crédito a sus ojos. En el área devastada de la llanura, más allá de la zona del alud, reinaba un completo pandemónium. La unidades montadas humanas volvían grupas y giraban frenéticamente, los soldados de infantería corrían en todas direcciones, y se había entablado medio centenar de batallas campales.

Y más allá, saliendo del bosque, había elfos. A cientos y a miles bajaban por las áridas estribaciones corriendo y saltando, en tanto que sus mortíferas flechas los precedían como enjambres de enfurecidas avispas. Con el rubio cabello plateado ondeando al viento, y una expresión serena y resuelta en sus barbilampiños rostros, los elfos habían caído sobre el ejército de Dreyus por la retaguardia y lo estaban destrozando de manera metódica. Y entre ellos, cabalgando y lanzando estocadas como feroces y ágiles bestias, el cabello adornado con plumas, había centenares de jinetes cobars.

Trepando hasta el lugar más alto que pudo encontrar, Derkin alzó la maza por encima de su cabeza y después la bajó señalando al pie de las laderas.

-¡Al ataque! -bramó.

Antes de que los sorprendidos y desperdigados soldados imperiales pudieran reagruparse para responder al ataque de los elfos, se les echó encima la acometida de millares de enanos que bajaban en medio de gritos y cánticos por la pendiente de peñascos desprendidos. Algunos de los soldados respondieron con bravura; otros oyeron órdenes contradictorias y fueron de un lado para otro; y otros, simplemente, huyeron.

Ahora no había estrategias, ni ataques ni defensas planeados. Esto era un combate abierto, con muchas batallas campales disputándose por doquier mientras que los jinetes giraban y chocaban entre ellos. Derkin y los Diez, -que ahora sólo eran seis-, se abrieron camino descargando mazas y espadas contra cualquiera que llevara los colores de Daltigoth. Tras ellos venían los Elegidos, un sólido muro mortífero de fornidos enanos cantando al ritmo de los tambores. Y a sus flancos avanzaban varios centenares de hylars y daewars, uniéndose a los cánticos. Una legión completa de hombres del imperio desapareció a su paso, y Derkin se encontró cara a cara con un elfo encapuchado.

-Saludos, Legislador, -dijo Despaxas mientras se retiraba la capucha-. Los Montaraces y los guardabosques están aquí.

-Ya me he dado cuenta, -gruñó Derkin-. Pero podríais haber venido un poco antes.

-Habríamos llegado hace dos días si la Quebrada de Roca Roja hubiera seguido abierta para nuestros amigos cobars. -El elfo sonrió con aquella malicia que le daba un aspecto infantil-. Pero tuvieron que dar un rodeo.

-Eso es lo que quisiste siempre, ¿verdad? -Derkin lo miró fijamente-. Desde el principio nos utilizaste a mí y a mi gente para cortar el paso al emperador hacia el este.

-Todos nos valemos de los demás. -Despaxas se encogió de hombros-. Utilizar y ser utilizado, voluntariamente, es lo normal entre amigos, es el alma de las alianzas. La alternativa es ser dominados por emperadores y acabar como esclavos.

Una flecha perdida, con los colores de Daltigoth, silbó hacia Derkin. Sin apartar, aparentemente, los ojos de Despaxas, el enano desvió el proyectil con el escudo. Justo detrás del mago elfo, un Montaraz, vestido con ropas de ante, tensó su arco y disparó, respondiendo al tiro humano.

Por doquier, la batalla cobró intensidad.

Garra Púa de Roble llegó en ese momento montado en su caballo favorito y seguido por otros corceles. El de Derkin se encontraba entre ellos, aunque la silla ya estaba ocupada por alguien. Helta Bosque Gris se echó hacia atrás para dejar sitio a Derkin en la silla, y el enano montó.

Derkin bajó la vista hacia el suelo, pero Despaxas se había marchado. Al parecer, el elfo había dicho todo cuanto quería decir.

Otras compañías montadas enanas estaban ya en sus animales, y se movían de aquí para allí entre las filas humanas, descargando estocadas con ferocidad desde ambos lados de las sillas. Derkin escogió un combate prometedor y se unió a la contienda.

Al cabo de una hora, la lucha había perdido intensidad y era más dispersa. El sol estaba bajo, metiéndose tras los lejanos picos, y Derkin reparó en una oscura y extraña nube que se estaba formando encima del área donde se había levantado el antiguo asentamiento humano. Azuzó a su montura en aquella dirección, descargando su maza de vez en cuando sobre algún soldado que huía, y después tiró bruscamente de las riendas. Justo al frente, un hombre corpulento estaba sentado en un caballo negro, contemplando en silencio al enano con unos ojos que ardían por el odio.

-Dreyus, -masculló Derkin.

Con Helta aferrada a él, y seguido por los que quedaban de los Diez, espoleó a su montura hacia el hombre. Pero la oscura y extraña nube giró y descendió formando un embudo de negrura que llegó al suelo y envolvió a Dreyus. Se paró sólo un instante, y después se levantó. Dreyus había desaparecido. Era como si nunca hubiera estado allí.

No obstante, en el momento en que la nube se levantaba, una sombra pareció unirse a ella, una sombra con forma de una manta raya de grandes alas, que parecía nadar en el aire más que volar.

-Magia, -masculló Derkin, que se dio media vuelta.

Entonces Despaxas volvió a aparecer a su lado. Los ojos del elfo, rasgados e inteligentes, contemplaban fijamente el lugar en el que había estado la nube.

-Sí, magia, -dijo-. De una extraña clase, pero que Céfiro comprende.

-¿Céfiro? -Derkin ladeó la cabeza-. ¿Tu sombra mascota? ¿Fue eso obra de él?

-No, fue Dreyus quien lo hizo, pero Céfiro la utilizó para dejar de estar atrapado entre dos planos. Ha regresado a su mundo.

-Lo lamento, -dijo Derkin.

-Alégrate por él. Durante mucho tiempo, Céfiro ha estado buscando el camino de regreso a su plano. Yo no podía ayudarlo, pero encontró a uno que sí podía. Es extraño que quien lo ha liberado de ser un astral fuera la única persona, que yo sepa, a quien Céfiro nunca pudo ver.

Derkin estaba dispuesto a combatir un poco más, pero al parecer ya no quedaba nadie con quien luchar. Por todas partes, los soldados imperiales arrojaban los estandartes y las pesadas armaduras para huir, llenos de pánico, en tanto que elfos, enanos y cobars los

perseguían. A Derkin le pareció reconocer a Penacho Tierra Ancha entre los cobars, pero el alto guerrero estaba muy lejos y el enano no estaba seguro de que fuera él. Pero sí vio a otro humano conocido. Cabalgando junto a los cobars iba el ex oficial del imperio, Tulien Gart.

Taladro Tolec frenó su caballo junto al de Derkin.

-Nos hemos quedado sin soldados a los que combatir, -dijo-. ¿Qué hacemos ahora?

-Que los tambores llamen a nuestro pueblo, -ordenó Derkin-. Nos vamos a casa. Todavía queda luz suficiente para llegar a la frontera de Kal-Thax.

Con la última luz del día, los Elegidos y los voluntarios de Thorbardin pasaron entre los grandes montones de piedras de construcción para cruzar por el casi oculto portón del Muro de Derkin. La batalla al norte del paso de Tharkas había terminado, y el cabecilla enano dejó que los elfos y sus aliados despejaran el campo. Era su tierra, no la de los Elegidos.

Los enanos habían recogido a todos sus muertos y los llevaron a seis kilómetros de distancia, al lugar que mucho tiempo atrás un hylar llamado Cale Ojo Verde había marcado como la frontera del territorio enano. A la mañana siguiente, los caídos en la batalla serían enterrados con honores en su propia tierra. Por ahora, sin embargo, los Elegidos se dedicaron a prender unas cuantas hogueras, curar heridas y descansar.

Derkin miró a su alrededor, a las orgullosas y vapuleadas personas que lo habían hecho su líder, y lo inundó un gran respeto. Llenaban casi kilómetro y medio del paso de Tharkas con sus pequeñas hogueras, sus petates de dormir, sus susurrantes y cansadas voces, y sus ronquidos. Pero eran muchos menos que el audaz ejército que había marchado por este mismo paso meses atrás para deponer a Sakar Kane. Por cada tres enanos que habían partido para la guerra sólo habían regresado dos. Derkin se preguntó si había algo, incluso el feroz orgullo de una nación, que mereciera un precio tan alto.

Como si adivinara su sombrío estado de ánimo y lo que estaba pensando, Helta apareció a su lado y le agarró la mano con sus fuertes y cálidos dedos.

-Si decides dar media vuelta y volver a hacerlo, te seguirán -musitó-. Éste es tu pueblo, Derkin Legislador. Te quieren.

-Nunca he comprendido por qué -rezongó él.

-Y supongo que nunca lo sabrás. Pero yo sí lo entiendo.

Cerca de la medianoche, los guardias de la muralla fueron a despertar a Derkin.

-Hay gente en el portón, -anunciaron-. Solicitan hablar contigo.

-¿Qué gente? -siseó Derkin, que se frotaba los ojos para ahuyentar el sueño. Era la primera vez desde hacía casi una semana que había podido dormir, y ahora lo habían interrumpido.

-No son enanos, -contestó el guardia-. Uno de ellos es ese elfo, el que ya estuvo antes con nosotros. Lo acompañan otros.

A la luz de la única luna que había salido, Derkin se dirigió hacia el angosto portón, malhumorado, bostezando, más dormido que despierto. La hoja de madera reforzada estaba abierta, pero varios enanos se interponían en el vano de la puerta, impidiendo la entrada a los que estaban al otro lado. Se apartaron al aproximarse Derkin, y dos de ellos encendieron antorchas. Despaxas se encontraba en el umbral con otras figuras esbeltas, silenciosas, detrás de él. Todos eran elfos.

Molesto e irritado porque lo hubieran despertado, Derkin dirigió una mirada funesta al mago elfo.

-¿Qué queréis? -demandó.

-Tenemos lo que queríamos, -contestó Despaxas-. La calzada de la montaña entre el imperio humano y las llanuras centrales está cerrada. Es probable que Quivalin Soth continúe con sus insensatos propósitos de conquista, pero ya no podrá lanzar ataques rápidos o mantener un asedio. Por ello te damos las gracias, Derkin Legislador.

-Estupendo, -gruñó el enano-. Entonces, no os importará marcharos y dejarme dormir.

-Cuando tu antepasado estableció esta frontera, -continuó Despaxas, haciendo caso omiso de la brusca despedida-, el acuerdo se hizo entre él y mi madre, Eloeth. Entre un enano y una elfa.

-¿Y qué?

-Que os informamos que, de hoy en adelante, las tierras al norte de aquí son de la nueva nación elfa. Se llamará Qualinesti.

-Estupendo, -repitió Derkin con un gruñido-. Así que queréis que retiremos los bloques de piedra que hay en vuestra propiedad, ¿es eso?

-Sugiero que los utilicéis para lo que sirven, -repuso Despaxas-. Construid una ciudadela, aquí, donde está vuestra muralla fronteriza, en el paso de Tharkas. Mi líder, Kith-Kanan, sugiere que tu pueblo y el mío establezcan un tratado para formalizar el límite entre nuestras tierras. Y, puesto que esa ciudadela sería la frontera entre ambos reinos, quizá podríamos construirla juntos.

-¿Juntos? -Derkin lo miró boquiabierto-. ¿Quieres decir... enanos y elfos juntos? Nunca se ha hecho una cosa así.-Bostezó-. Mira, ¿por qué no hablamos de esto mañana? Estoy cansado.

-No hay nada más que hablar, -dijo Despaxas-. Te he transmitido nuestro agradecimiento, y te he planteado una sugerencia. Ya la has oído.

-Estupendo. Lo pensaré mientras duermo.

Con una sonrisa inocente, Despaxas levantó una mano y musitó algo que Derkin no entendió, pero, de repente, el enano se sintió descansado y lúcido, y, de algún modo, muy sabio.

-¿Qué has hecho? -preguntó.

-Te he dado dos regalos. Uno es de mi madre, y el otro es en nombre del pueblo de Qualinesti. Es una larga vida, si no haces que te maten antes de tiempo, y un poquito más de ese talento especial que has ido adquiriendo durante los últimos años. Tienes el don o la maldición del liderazgo, Derkin. Descubrirás que ahora se ha agudizado.

-Magia. -El enano se encogió de hombros-. No me gusta la... Oh, está bien, supongo que debo darte las gracias.

Con una leve inclinación de cabeza y otro atisbo de aquella inocente y gatuna sonrisa, Despaxas dio media vuelta y los otros elfos lo siguieron. Derkin los observó mientras se alejaban.

-¡Espera un momento! -llamó después-. ¡Dijiste que eran dos regalos! ¿Cuál es el primero?

-Si alguna vez necesitas saberlo, lo descubrirás, -respondió Despaxas-. Adiós, Derkin Semilla de Invierno, Mazamarra, Legislador. Ha sido interesante conocerte.

-¿No volverás?

-¿Quién sabe lo que nos reserva el futuro? -dijo el elfo, que se volvió de nuevo y echó a andar.

-¿Quién sabe lo que nos reserva el futuro? -repitió Derkin, irritado-. Si hay alguien que lo sepa, eres tú, elfo.

Al cerrar el portón entre Kal-Thax y Qualinesti, el enano sintió una extraña soledad, una sensación de pérdida, como si un buen amigo acabara de marcharse.

Helta lo esperaba junto al fuego, pero al verlo aproximarse la joven retrocedió un paso, mirándolo con los ojos muy abiertos.

-Derkin, -dijo mientras le señalaba la cabeza-, ¿qué es eso?

-¿Qué es qué? -Alzó la vista, no vio nada, y miró a Helta fijamente.

-Eh... ahora, nada, -respondió ella-. Pero hace un momento había algo sobre tu cabeza.

-Pues no hay nada, -insistió el enano, que volvió a mirar hacia arriba-. ¿Qué creíste que era?

-Parecía una corona, -contestó Helta, con sobrecogimiento-. Una corona de oro, con gemas engastadas.

Un Lugar Para Dos Naciones

Lo que a los Elegidos les había costado un invierno de trabajo reunir, toda la madera utilizable y piedra de construcción de la ahora desaparecida ciudad humana de Klanath, requeriría años para volver a cortarlo, taladrarlo y reutilizarlo. Cuando ordenó dismantelar Klanath, Derkin no pensó qué hacer con los materiales de construcción que ahora llenaban la mitad del paso de Tharkas. Sus preocupaciones más inmediatas habían sido asegurarse de que la ciudad humana no fuera reconstruida, y dar a su gente un par de razones para entretenerse trabajando. Para sus adentros, había esperado que lord Kane apareciera si esperaban algún tiempo en las estribaciones de Tharkas, pero Kane había desaparecido. Nadie, ni siquiera los elfos que exploraban zonas distantes, parecía saber qué había sido de él.

Cuando la nueva estación verdeció los pastos al sur de Tharkas, Derkin envió un grupo de enanos hacia el norte una última vez para completar la limpieza allí, pero descubrieron que no quedaba nada que hacer. Lo que los enanos habían empezado, los elfos, que ahora reclamaban la tierra al otro lado del paso como suya, lo habían terminado. Salvo por el monumento de cuarzo negro con la ley de los enanos, no había el menor rastro de que hubiese habido un asentamiento de ninguna clase allí. Los últimos vestigios del antiguo palacio habían desaparecido, todo indicio de las minas estaba borrado, toda señal de la gran batalla disputada había sido suprimida, y las pedregosas planicies estaban cubiertas de hierba y trébol.

Cuando regresaron para informar, los enanos dijeron que el bosque parecía estar más cerca ahora, como si estuviera avanzando hacia las montañas para ocultar las estribaciones yermas bajo un denso follaje. Sólo una fronda encantada podía reconquistar un terreno tan rápidamente, dijeron a sus compañeros. Informaron haber visto un pequeño grupo de elfos, quienes los saludaron con la mano desde la distancia. Y que entre ellos jurarían haber visto un unicornio, justo al borde del bosque en expansión.

Pero los elfos no habían tocado el monolito de la ley de Derkin, que seguía erguido en el mismo sitio, con su severa advertencia: ...Siempre nos vengaremos.

Derkin tenía intención de llevar a su pueblo de vuelta a Fragua de Piedra, su asentamiento neidar en constante crecimiento, que bullía de actividad, en las montañas occidentales, cerca de la Falla; pero, a medida que las semanas daban paso a los meses,

retrasó la partida. Los enanos estaban muy atareados aquí, construyendo y transportando, trepando y levantando, añadiendo grada tras grada al muro que habían construido en el paso. Y, a medida que el trabajo progresaba, el muro se convirtió en dos murallas, con compartimientos y cámaras en su interior; y después, en tres.

-Dale a un enano un trabajo que le guste, y estará ocupado en él hasta que le quede aire en los pulmones y su corazón siga latiendo -le dijo Derkin a Helta un día-. Es el carácter de nuestra raza.

-Se marcharán cuando tú decidas hacerlo, -contestó Helta-. Si les dices que regresamos a Fragua de Piedra, irán. Es tu pueblo, Derkin Legislador.

-Pero no quieren regresar, -comentó él-. La mayoría preferiría quedarse aquí y construir murallas que volver a Fragua de Piedra. Lo sabes tan bien como yo.

-Pero si tú quieres... -empezó ella.

-Fragua de Piedra está terminada, -la interrumpió Derkin-. Tiene sus campos de cultivo, sus forjas y sus tiendas, sus rebaños. Es un asentamiento neidar, igual a cualquier otro poblado neidar, salvo que es más grande. La gente que dejamos allí es neidar en su mayoría, y está satisfecha con Fragua de Piedra. Pero éstos, mis Elegidos, son diferentes, Helta. Casi todos ellos han sido esclavos, y todos han sido guerreros. Ahora han encontrado algo que hacer y que disfrutan haciendo, y esa satisfacción puede durarles a lo largo de muchas generaciones.

-¿Construir murallas? -preguntó la joven, frunciendo el entrecejo.

-Algo más que murallas, -la corrigió-. Si continúan, esos muros se convertirán en los cimientos de una gran fortaleza, tan orgullosa e importante como cualquiera de este mundo. Y puede que llegue a ser algo más. Si no lo interrumpen, este pueblo nuestro podría establecer un nuevo estilo de vida para los enanos.

-La ciudad fortaleza que el elfo llamó Pax Tharkas, -dijo Helta.

-Pax Tharkas, sí -confirmó, asintiendo con la cabeza-. Ahora mismo, sólo hay enanos trabajando aquí. Lo que es mejor, porque lo que los elfos saben sobre albañilería y encajar juntas podría resumirse con tres runas, y dos de ellas se habrían utilizado para poner énfasis. Pero más adelante, cuando nuestra gente haya hecho los puntales de este lugar, sólidos y fuertes, los elfos vendrán. Entonces tendremos que establecer un tratado entre nosotros, por supuesto. Habrá que llegar a un millar de compromisos, y pactar acuerdos. Cuando se haya hecho esto, el tratado de Pax Tharkas tendrá que significar que las espadas se envainarán de una vez por todas entre ambas razas. No será fácil, y en verdad me cuesta imaginar a enanos y elfos compartiendo una misma ciudad, pero la mayoría de nuestra gente cree en el fondo de su corazón que es algo que puede hacerse. De algún modo, yo también lo creo.

Mientras lo decía, Derkin parecía tan seguro, tan convencido, que Helta casi pudo compartir su visión. Sin embargo, había algo que la incomodaba. A despecho del aparente entusiasmo de Derkin en ampliar su muro fronterizo en una gran plaza fuerte, Helta tenía la sensación de que el corazón del enano estaba en otra parte.

No le había pasado inadvertido que, a menudo, era Garra Púa de Roble quien presidía las sesiones de planificación para las nuevas partes de la construcción. La idea de Pax Tharkas, a la que Derkin se había adherido de forma tan manifiesta, había enraizado firmemente en el corazón del antiguo neidar. Para Garra, la gran empresa se había convertido en una obsesión, una obra de verdadero amor.

A medida que los meses pasaban y el gran cañón de Tharkas resonaba con el agradable estruendo de millares de enanos construyendo alegremente los primeros

cimientos sólidos de una gran plaza fuerte, piedra por piedra. Derkin y Garra se encontraban en todas partes entre los trabajadores. Conferenciaban con los canteros, trazaban planos y discutían sobre ellos con los albañiles, sugerían la base de una torre aquí y exigían un apuntalamiento de refuerzo allí.

En el concepto de construir una ciudadela, Garra Púa de Roble había descubierto su verdadero talento. Derkin, por otro lado, tenía un talento diferente: la habilidad de dirigir. No obstante, la gente que había dirigido había elegido ahora su propio camino, y éste no era el que él habría elegido para sí mismo.

Muchas veces, Helta se encontró deseando que Derkin delegara todo el proyecto en manos de Garra y dejara de preocuparse por ello. Pero la primavera dio paso al verano, y éste dio paso al otoño, y Derkin seguía aplazando la partida de Tharkas.

Casi todos los enanos de Thorbardin todavía estaban con ellos. Con la típica franqueza hylar, Calom Vand le había dicho a Derkin que no volvería al reino subterráneo hasta que aceptara regresar con él.

-Thorbardin necesita tu destreza, -le confesó-. Prometí a mi padre y a Jeron Cuero Rojo que te encontraría y te llevaría de vuelta allí, y es lo que me propongo hacer. Si no vas ahora, me quedaré hasta que te decidas.

Puestas en claro las cosas, Calom Vand no volvió a hablar del asunto. Con la típica dignidad hylar, se limitó a esperar. Entre tanto, él y casi todos los hylars que lo habían acompañado habían encontrado algo que hacer. El hermoso lago situado detrás del campamento de Tharkas, que antaño abastecía a un gran asentamiento minero enano pero que se había dejado deteriorar durante la ocupación de los humanos, era un reto para la mentalidad de los eficientes hylars. Se habían puesto como meta limpiar y rehabilitar sus canales, y construir plataformas de bombeo.

-Los glaciares de Thorbardin podrían equipar esas bombas con lentes para hacer vapor, -le dijo Calom a Derkin-. Y nuestras fundiciones podrían producir ruedas movidas por vapor que bombearan el agua a tu nueva ciudadela de Pax Tharkas.

-No es mi ciudadela, -fue la única respuesta de Derkin-. Es suya... de los Elegidos.

A diferencia del reservado y paciente hylar, Oropel Cuero Rojo y otro centenar de daewars de barbas doradas se habían involucrado alegremente en la construcción de murallas y cimientos, y en el sueño de una gran ciudadela que algún día se levantaría hasta las mismas cumbres del paso de Tharkas para ser utilizada por dos naciones.

-¡Imagina las posibilidades para comerciar! -exclamó Oropel, entusiasmado, una tarde otoñal tras un festín de jabalí asado, pan moreno y cerveza. Con sus azules ojos encendidos por el amor al comercio propio de los daewars, Oropel paseaba de un lado para otro, con las manos enlazadas a la espalda en ocasiones, y a veces agitándolas alegremente sobre la cabeza-. ¡Productos elfos aquí, a las mismas puertas de Thorbardin! Vinos y especias, telas y sedas... ¡Se podrá ganar fortunas! ¡Proporcionaremos acero y cristal a los elfos, y almacenaremos mercancías elfas en Thorbardin para comerciar con el resto del mundo!

-¿Y cómo vais a comerciar a través de unas puertas cerradas? -le preguntó Derkin, malhumorado.

-Pues del modo que dijiste tú. -Oropel sonrió-. Construiremos ciudades comerciales en todas nuestras fronteras. Sitios abiertos a cualquiera que tenga algo para comerciar.

-¿Dije yo eso? -Derkin tenía fruncido el ceño.

-Dijiste que construirías un sitio llamado Trueque, -le recordó Oropel-. Sólo me limito a ampliar la idea.

-Ésa idea es para Kal-Thax -replicó Derkin bruscamente-, no para Thorbardin.

-Kal-Thax es Thorbardin -contestó Oropel.

-No, mientras esas puertas estén cerradas, -adujo Derkin-. Es lo que le dije a vuestro consejo de thanes.

Durante el intercambio, Calom Vand había permanecido callado, a un lado, limitándose a escuchar, pero ahora intervino:

-Si regresas a Thorbardin, Derkin, quizá tú puedas hacer que se abran.

Derkin lo miró con una expresión cínica en los ojos.

-¿Por una votación de tres a dos?

-Por decreto, -repuso Calom-, si fueras rey.

-No hay reyes en...

-Tal vez sea el momento de cambiar eso, -lo interrumpió Oropel-. El Pacto de los Thanés es sólo un documento, después de todo. Puede rectificarse.

Helta Bosque Gris dejó la bandeja que llevaba y, aproximándose a Derkin, le alborotó el pelo con los dedos.

-Es lo que he estado intentando hacer entender a este zoquete testarudo desde hace años, -le dijo la enana al daewar.

Derkin gruñó, sacudió la cabeza, se puso de pie, y se alejó en medio de la creciente oscuridad. Cuando Taladro Tolec y los Diez se levantaron para ir tras él, Helta los detuvo con un ademán.

-Dejadlo solo esta vez, -dijo-. Necesita pensar.

Más tarde, aquella noche, Derkin se encontraba a solas en lo alto de una escarpada cumbre contemplando el cielo estrellado en el que las nubes otoñales cabalgaban a lomos del viento y formaban figuras cambiantes a la luz de las dos lunas.

-Quiero ir a casa, -musitó para sí-. Helta lo sabe, y Taladro lo sabe también. Quizá lo sepan todos. Pero, si me llevo a mi pueblo de aquí, perderán uno de sus mayores sueños. La mayoría son ahora neidars, no holgars. Es como dijo Taladro: este pueblo se ha convertido en una nueva raza de enanos. Quizá Pax Tharkas sea su destino, pero ¿es el mío? -Inquieto y confundido, Derkin Legislador levantó las manos al cielo-. ¡Dioses! -exclamó-. Reorx... y cualquiera de los demás que os interese... ¡dadme una señal!

Las nubes giraron lentamente en las altas corrientes de aire, cambiando de forma una y otra vez. Entonces, durante un momento, un fragmento de nube se apartó del resto y se quedó solo. Y, justo durante un momento, mientras el viento lo moldeaba, pareció tomar la forma de una cuña, o de la punta de una flecha, que señalaba hacia el sur. Derkin bajó los brazos y suspiró.

-Tal vez sea una señal, -se dijo.

En la distancia, la moteada luz de las lunas se deslizó sobre la maciza construcción que ahora llenaba el tercio inferior del paso de Tharkas. Donde había estado el Muro de Derkin, una muralla de piedra de seis metros de altura que había defendido un paso de montaña, ahora se alzaban los inicios de una ciudadela; una ciudadela que algún día sería el puente que uniría dos mundos diferentes: el antiguo reino enano y la nueva nación de los elfos occidentales.

Por encima del paso, las nubes se movieron con el viento, y, por un instante, pareció que había una cara, el ancho y barbudo rostro de un enano; sus rasgos se dibujaron y desdibujaron al tiempo que la brisa en el paso susurraba nombres largo tiempo olvidados, una letanía de generaciones de líderes hylars: Colin Diente de Piedra... Willen Mazo de Hierro... Damon el Anunciado... Cort Fuego Fundidor... Fascinado, Derkin permaneció con

la vista fija en el cielo mientras la brisa le susurraba nombres, los nombres de sus antepasados. Y, con cada nombre, el rostro de la nube se transformaba en otro distinto. Harl Lanzapesos musitó la brisa, y el semblante que Derkin vio fue el de su propio padre. Y ahora la brisa cambió y el susurro fue una voz como la de su padre. Thorbardin, musitó la voz. Thorbardin nunca ha tenido rey... pero debe ser gobernada. Ése es tu destino, hijo mío.

La brisa se desvaneció, y las nubes en lo alto volvieron a ser sólo nubes, pero en la mente de Derkin permaneció el eco de un susurro. Ahora sabía cuál debía ser su camino, y lo inundó una extraña sensación de paz.

-Mi destino, -murmuró.

Sólo quedaba un pesar en su corazón. No había cumplido su promesa, la que se había hecho a sí mismo y a su pueblo: dar a Sakar Kane el castigo que merecía. El humano había desaparecido.

-Si lo supiera, -dijo Derkin en voz alta-. Si estuviera seguro de que ha muerto.

Como respondiendo a su deseo, sonó una voz. Derkin sabía que estaba solo, que no había nadie más en quinientos metros a la redonda, pero la voz sonó clara, como si estuviera a su lado. Era una voz queda, musical; la voz de Despaxas. Y sólo pronunció una palabra:

-Chapak.

Al instante, Derkin se encontró metido en un lugar oscuro, maloliente; un lugar donde el moho tapizaba viejas paredes de piedra, y la humedad brillaba con la mortecina luz de una única vela. En una de las paredes colgaba el esqueleto de un hombre, un hombre que llevaba muerto mucho tiempo, y Derkin supo exactamente dónde estaba y lo que estaba viendo. Con absoluta certeza, comprendió que estaba contemplando una celda profunda en las mazmorras que había debajo del palacio del emperador humano de Daltigoth. Y supo que el esqueleto encadenado que colgaba en la pared era de lord Sakar Kane, el príncipe de Klanath.

La vela que iluminaba la escena la sostenía un hombre que parecía ser dos personas. Cada vez que la llama titilaba, la apariencia del hombre cambiaba. En cierto momento parecía un humano bajo, corpulento, con la barba trenzada y vestido con ropas elegantes; un instante después, parecía un hombre alto, fuerte, vestido con una túnica oscura y calzado con botas polvorientas.

Derkin conocía uno de los rostros. Era el del hombre que llamaban Dreyus. Y también reconoció el otro, aunque nunca lo había visto. El humano de la barba trenzada era Quivalin Soth V, emperador de Daltigoth y de Ergoth.

De nuevo la vela titiló, y Derkin se volvió a encontrar donde estaba antes, de pie en una escarpada cima de un paso de montaña, quinientos metros al sur del lugar que sería Pax Tharkas. A su lado no había nadie, pero la voz musical de Despaxas susurró:

-Éste es el regalo que mi madre quiso hacerte, Derkin: que supieras que no habías fracasado.

Con los ojos desorbitados por la sorpresa, Derkin Legislador giró sobre sus talones, y después sacudió la cabeza.

-Magia, -masculló-. Un hechizo latente.

Con una última mirada al cielo, que volvía a ser sólo un cielo otoñal, Derkin Legislador giró sobre sus talones y regresó a su alojamiento. En el camino se detuvo junto a la hoguera de Calom Vand, y después en otros puntos del campamento. Para cuando llegó ante su puerta y la abrió, lo seguía una multitud.

Helta y los Diez lo estaban esperando, alertas y preocupados, como sabía que los encontraría. Eran contadas las ocasiones en que cualquiera de ellos lo perdía de vista. Mientras más y más enanos iban entrando, Derkin se plantó delante de ellos, con los brazos en jarras; el resplandor de la lumbre se reflejaba en la pulida superficie de su armadura.

Fue mirando uno por uno a los que se habían reunido en torno a su hogar, y después sus ojos se detuvieron en Helta.

-¿Todavía piensas que puedes vivir conmigo en cualquier parte? -le preguntó.

-En donde sea, -aseveró ella.

-Entonces, vive conmigo en Thorbardin -dijo. Su mirada se volvió hacia Taladro Tolec-. ¿Todavía sueñas con ser un holgar?

Taladro enarcó una ceja. La irónica expresión, combinada con sus anchos hombros y largos brazos, lo hizo parecer más theiwar que los que no eran mestizos.

-Como siempre, -respondió-. Quizá tanto como tú.

-¿Podrías ser el thane de un clan?

Taladro parpadeó, sorprendido por la pregunta.

-Existe la leyenda en mi familia de que uno de mis antepasados fue jefe del clan hace mucho tiempo. Se llamaba Talud Tolec, y dicen que dirigió a los theiwars en los tiempos gloriosos de Thorbardin.

Derkin asintió con la cabeza y se volvió.

-¿Y tú, Garra Púa de Roble? ¿Podrías ser líder de un pueblo?

-No tengo clan. -Garra se encogió de hombros-. Los míos siempre han sido einars o neidars. ¿A qué pueblo iba a dirigir?

-A los Elegidos, -repuso Derkin-. Ellos son tu clan. Si te nombro su jefe mañana, ¿jurarás dirigirlos bien?

Garra miró a Legislador de hito en hito durante un minuto, sin dar crédito a sus oídos.

-Pondría todo mi empeño en hacerlo lo mejor posible, -respondió por último.

La primavera llegaría antes de que Derkin pudiera emprender viaje hacia el sur, a Thorbardin. Había que mantener conferencias y hacer planes. Había que enviar mensajes y hacer y tomar juramentos.

Algunos de los Elegidos preferirían partir con Derkin, y otros, como Taladro Tolec, que reemplazaría a Bando Basto como thane del clan theiwar de Thorbardin, necesitarían tiempo para adaptarse a lo que Derkin tenía pensado para ellos.

Hubo mucho que hacer y que decidir antes de que Derkin Semilla de Invierno, Mazamarra, Derkin Legislador, pudiera regresar a Thorbardin para buscar su destino.

EPÍLOGO

El Primer Rey

En la primavera del año del Níquel, el último de la década del Cerezo y del siglo de la Lluvia, los guardias apostados en un emplazamiento oculto, y tan alto en la montaña Fin del Cielo que sus barbas estaban cubiertas de escarcha, levantaron la vista de una de las muchas partidas de dados jugadas durante el largo invierno cuando divisaron en la distancia el movimiento de una gran caravana que se aproximaba desde el norte. Los tambores transmitieron la noticia a la Puerta Norte de Thorbardin, y unos correos llevaron el mensaje desde allí hasta todos los clanes. Era el día que los habitantes de la fortaleza subterránea habían estado esperando desde que había llegado el mensaje de Calom Vand meses atrás. Derkin Legislador, señor de las montañas, venía a Thorbardin. Y esta vez venía para quedarse, no como un ciudadano, sino como regente de todos los clanes.

Habían pasado cinco años desde la primera visita de Derkin y su ejército, cuando miles de enanos habían instalado pabellones para negociar con sus mercancías al pie de la Puerta Norte, y Thorbardin había descubierto el valor del comercio.

Esta vez, eran menos en la caravana. Sólo aquellos que habían escogido vivir como holgars, unos mil doscientos, habían seguido a Derkin desde Tharkas. Y esta vez no acamparon en las estribaciones al pie de la Puerta Norte, sino que sus tambores enviaron saludos y el gran obturador de la puerta se abrió para recibirlos.

Escortada por unos respetuosos soldados de la guardia nacional, la comitiva de Legislador se detuvo primero en Theibardin. Pasaron allí dos días, al final de los cuales el viejo Bando Basto anunció, hoscamente, su retiro como thane del clan theiwar, y Taladro Tolec fue aceptado clamorosamente por los theiwars como su nuevo jefe. Su primera acción como thane fue conceder amnistía a Bando Basto, y a sus seguidores, perdonándoles sus anteriores intrigas y su irreflexiva decisión de involucrarse en las guerras imperiales de los humanos. Su segunda acción fue hacer el solemne juramento de que, si algún theiwar volvía a avergonzar a la nación enana involucrándose en secreto con emperadores y generales humanos, él en persona se ocuparía de que el culpable sirviera de alimento a los gusanos remolcadores.

Desde Theibardin, la comitiva de Derkin fue a Daebardin, donde Jeron Cuero Rojo prometió el apoyo de los daewars a la regencia de Derkin. Pasaron otros dos días allí, con Jeron y sus consejeros, planeando detalles para acuerdos comerciales con los elfos de Qualinesti.

Desde Daebardin, los recién llegados se dirigieron a las ciudades kiars sin nombre, donde Derkin recibió la promesa de Trom Thule. Después fueron a Daerbardin, donde Vin la Sombra pasó horas con el thane del clan daergar, Risco Visera, explicándose las propiedades de la piedra y las riquezas de las vetas que podían extraerse en Tharkas, y

donde Risco juró lealtad a Derkin Legislador y de inmediato empezó a organizar una expedición de prospectores.

Por puro protocolo, Derkin también se paró durante unos minutos en los pozos de escombros que había debajo de Daerbardin, donde la pequeña tribu de los aghars vivía... cuando lograron encontrar el sitio. Allí, Derkin se presentó al jefe gully, Mugroso I, que no tuvo muy claro por qué habían ido a hablar con él hasta que Vin la Sombra lo cogió por el hombro y señaló a Derkin.

-Ése es el nuevo jefe del lugar, -explicó el daergar.

Mugroso se quedó pensando y después se encogió de hombros.

-Por mí, vale, -dijo. Terminado el asunto, el Gran Bulp de todos los aghars de Thorbardin dio media vuelta y se marchó.

Sonriendo y sacudiendo la cabeza, Vin le dijo a Derkin:

-Eso es lo más parecido a un juramento que puedes obtener aquí.

En Hybardin, la ciudad hylar excavada en la piedra viva de la estalactita llamada el Árbol de la Vida, Derkin se reunió con Dunbarth Cepo de Hierro.

-Como tu hijo te contó, he puesto condiciones para aceptar la regencia. Una de ellas es que aceptes que los hylars te nombren su thane, -dijo.

-Nunca he querido serlo, -contestó Dunbarth.

-Tampoco yo quería ser regente, -replicó Derkin con el ceño fruncido-. Pero lo seré, a condición de tener un líder hylar en el que pueda confiar. Y confío en ti, Dunbarth Cepo de Hierro.

El hylar extendió los brazos en un gesto de resignación.

-De acuerdo, -asintió-. Acepto el título de thane sólo porque tú lo exiges.

-¿Tengo, pues, tu juramento de lealtad?

-Lo tienes. Y te doy la bienvenida a tu reino, Derkin Legislador.

-No he aceptado una corona, -dijo Derkin bruscamente-. Sólo una regencia, o, como un antepasado mío lo expresó, seré el jefe de los jefes.

-¿Y por qué no rey? -Dunbarth lo miraba, desconcertado-. Todo Thorbardin está preparado para inclinar la rodilla ante ti.

-No seré rey de una nación dividida, -declaró Derkin-. Gobernaré, pero no reinaré, hasta que sepa que Thorbardin y Kal-Thax están realmente unidas. Y hasta estar convencido, en el fondo de mi corazón, de que puedo reinar sabiamente.

-Entonces, sé thane de thanes hasta que estés seguro, -instó Dunbarth-. Aceptaré eso.

Por primera vez en cinco años, el Gran Salón de Audiencias se llenó al completo cuando el consejo de thanes se reunió en él. Y, por primera vez en un siglo, la gran cámara retumbó con vítores y aplausos cada vez que se acordaba uno de los puntos de la orden del día. Taladro Tolec fue nombrado miembro del consejo de thanes, en representación del clan theiwar, y el título de Dunbarth Cepo de Hierro se rectificó en los pergaminos, sustituyendo el de representante por el de thane del clan hylar.

Entonces, con solemnidad, el antiguo pergamino en el que estaba redactado el Pacto de los Thanes se sacó y se le dio lectura. A continuación, Jeron Cuero Rojo propuso una única enmienda, que era la anulación del párrafo por el cual se admitía el gobierno por decreto únicamente en tiempos de crisis, como una emergencia. Tal enmienda era necesaria para poder nombrar un regente... o para coronar a un rey.

El antiguo pacto fue enmendado por votación unánime, y Derkin Legislador fue nombrado regente de Thorbardin en medio de los vítores de decenas de miles de enanos.

Mientras los aplausos retumbaban en la gran cámara, Helta Bosque Gris entró en ella y descendió por uno de los pasillos centrales hasta el estrado, seguida por varios enanos vestidos con ropajes de llamativos colores que transportaban un ornamentado sillón, el mismo que antaño había sido el trono del príncipe humano, lord Sakar Kane de Klanath.

Helta dirigió a los enanos en la colocación del sillón en el centro del estrado. Luego se volvió, repentinamente azorada ante los miles y miles de ojos que observaban todos sus movimientos.

-Eh... éste es el sillón de Derkin, -explicó-. Se ha encariñado con él, así que lo he traído hasta aquí.

Derkin, sorprendido, soltó una queda risita, y algunos de los thanes sonrieron. En la multitud reunida se hizo un profundo silencio de perplejidad, y Helta miró en derredor a la gran muchedumbre. Luego, poniéndose en jarras como tan a menudo solía hacer su marido, exclamó:

-¡Bueno, un regente no puede hacer su trabajo de pie!

La regencia de Derkin Legislador en Thorbardin duró treinta y seis años. Durante ese tiempo, la interminable guerra de conquista emprendida por el imperio ergothiano contra los elfos y los humanos del Ergoth oriental finalmente concluyó sin un claro vencedor. El conflicto no volvió a extenderse a territorio enano, pero los enanos sí tomaron parte en él. A causa de las maquinaciones de un theiwar llamado Than-Kar, Thorbardin había quedado desprestigiada, y elthane hylar, Dunbarth Cepo de Hierro, acudió al campo de batalla varias veces con guerreros hylars para ayudar a los elfos en la lucha.

Para cuando la guerra terminó, los elfos occidentales estaban muy adelantados en el desarrollo de una nueva cultura elfa, en realidad, una nueva nación, en la tierra llamada Qualinesti. Miles de ellos también se habían unido a los enanos en la construcción de una ciudadela en el paso de montaña: Pax Tharkas.

En el trigésimo primer año de su regencia, Derkin salió de Thorbardin durante un tiempo para viajar al emplazamiento de la ciudadela. Allí se reunió con el líder elfo, Kith-Kanan, para establecer un tratado permanente entre las dos naciones. En la solemne ceremonia estaban presentes los dos primeros gobernadores de Pax Tharkas, el elfo Selanas Prill y el enano Garra Púa de Roble.

El tratado formalizaba la alianza entre enanos y elfos, y consagraba Pax Tharkas como un monumento vivo a esa alianza... y a todos aquellos que habían muerto por la causa.

El pacto se llamó el Tratado de la Vaina de la Espada.

Fue la última vez que Derkin abandonó la fortaleza subterránea. Cinco años después, se convirtió en el primer rey de Thorbardin; una Thorbardin que ya no estaba confinada en las cavernas bajo tierra, aislada del mundo por sus inexpugnables puertas, sino que era una poderosa nación que se extendía por las tierras montañosas de la antigua Kal-Thax, desde Pax Tharkas hasta los picos del Trueno, desde Fin del Cielo hasta Cabezas de Yunque; una nación llena de emplazamientos enanos como Fragua de Piedra y Trueque, Cabañeros y Pirita, Peña Roja y Risco vivían como neidars, y los que preferían el abrigo de la piedra vivían como holgars, con la gran fortaleza de Thorbardin como capital de toda la nación.

Derkin gobernó como rey en Thorbardin durante ciento veintitrés años. Lo sucedió su nieto, Damon Diente de Piedra, quien decretó que él y todos los reyes futuros serían

conocidos tanto por su propio nombre como por el nombre de investidura al subir al trono, en honor del primer rey enano.

Ese nombre era Derkin.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar